

Todo en la vida

Taylor Fitzpatrick



Traducción de Ana Compañy Martínez

índice

[índice](#)

[agradecimientos](#)

[i. la suerte del principiante](#)

[ii. lo llevo bien](#)

[iii. ruedines](#)

[iv. dejar hueco para el suplente](#)

[v. el postergado juega](#)

[vi. intangibles](#)

[vii. tangibles](#)

[viii. no estás solo en esto](#)

[ix. una espera apremiante](#)

[x. interludio](#)

[xi. una vez revisada la jugada](#)

[xii. tráelo a casa](#)

[xiii. mantente en tus trece](#)

[xiv. haz que sea tuyo](#)

[epílogo: todo en la vida](#)

[copyright](#)

agradecimientos

A mi familia: mi madre, que fue la primera persona en apoyarme económicamente y que siempre ha sido mi brújula moral. A mi padre y su mujer, que me han ayudado a conseguir mis objetivos. A mi hermano, que es la razón por la que me pasé horas de mi infancia en pistas de hielo y que sigue enfadado conmigo por haberme aficionado al hockey cuando él ya había dejado de jugar. Y a mi querida hermana de nueve años, a la que nunca voy a dejar que lea esto. No le gusta el hockey en verdad, pero finge que sí porque a su hermana mayor le encanta. Y también porque Sidney Crosby le parece mono.

Este libro no habría sido posible ni de lejos sin muchísimo apoyo, no solo económico. Gracias a Annkiri, L Turner, SH, Nana, Elin, Hazel Par, Lesa Sorge, Libby, Thea B, oriolegirl, LoveKeller, Dayle, Laura P., asimplechord, MetaKim, whiskers, Caroline, doom-is-so-last-season, Cara Dale, Alyssa, nowfailingoutofschool, jmcbs, Roxanne, jescher, Kimberly, J, Alison Nicoll, Winds_wanderer y SS por su generosa contribución. Y, de nuevo, a Alison, por su paciencia y su ayuda infinitas a lo largo de todo el proceso.

A R, cuyos razonados comentarios han mejorado esta historia en todos los sentidos.

A la ciudad de Toronto, aunque a ella obviamente le da igual. Mi hogar. Escribí este libro cuando todavía vivía allí y lo edité viviendo fuera, y la definición de la nostalgia es releer tu propio libro sobre una ciudad a la que has llamado el amor de tu vida y aun así has dejado atrás.

A todas las personas que leyeron esta historia cuando estaba en pañales y la amaron (y a estos idiotas) cuando estaba sin pulir. No puedo ni empezar a expresar mi gratitud.

Nota de la traductora: Muchas gracias a Erika por la ayuda con el diseño de portada y el fantástico fondo. Podéis encontrarla en Instagram (@yukomajo) o ver su portfolio aquí: drive.google.com/drive/u/0/folders/1yPVrZJLp-PLSu8xsYdm16rTHzgo3l4Hd

i. la suerte del principiante

Marc tiene pecas.

No es algo que Dan supiera de antes, no es algo que tuviera por qué saber, pero a principios de semana tuvieron un par de días libres tranquilos en California en su viaje por la costa oeste y Marc desapareció el último día solo para reaparecer quemado por el sol y sonriente. El quemado casi ha desaparecido ahora que han vuelto al implacable frío invernal de Toronto, pero todavía tiene el puente de la nariz algo rosa y unas pecas apenas visibles en las mejillas.

Es algo de lo que Dan no debería darse cuenta. Hay muchas cosas de esas. Otros jugadores se quejan de que sus compañeros de habitación roncan, mientras que Dan se queda embobado con la forma de dormir de Marc, con la boca ligeramente abierta, el labio inferior brillante de humedad. Otra cosa de la que no debería darse cuenta. Otra cosa de la que ojalá no se diera cuenta.

Dan sabe que es gay desde que descubrió que era algo que se podía ser, ha sabido tener la boca cerrada desde hace el mismo tiempo. Se ha liado con gente que tiene tanto que perder como él, rollos estando borracho (una mala idea) cuando estaba en la liga juvenil, seis meses de relación casi por completo a distancia con un amigo de su hermana que estaba fuera del armario, y nunca nunca ha dejado que nada se sepa en el vestuario. Pero eso era antes de este año, cuando los Toronto Maple Leafs lo ficharon y lo juntaron con el otro novato, Marc Lapointe, al que acababan de seleccionar de la liga juvenil de Quebec y que era igual de nuevo en la liga.

Dan siempre ha sido lo suficientemente listo como para ser discreto, pero no puede dejar de mirar las pecas de Marc y no quiere pensar en lo que eso significa.

*

Dan conoce a Marc en el segundo día del Draft, la selección en la que los equipos eligen a sus jugadores entre los novatos. Perfectamente podrían haber jugado el uno contra el otro en algún torneo, sabe que Marc jugó en el equipo nacional juvenil, era la estrella, pero ese momento es el que Dan recuerda.

A Marc lo seleccionan en la primera ronda, pero a Dan no lo eligen hasta rondas después, más por tener jugadores de reserva que por habilidad, un alero flexible que puede rellenar cualquier línea incompleta. Marc ha llevado el azul y el blanco de Toronto un día entero cuando Dan lo conoce, y lo primero que le dice es «¡estamos en la NHL!», porque así es como está saludando a cualquiera que ve con la equipación, y Marc Lapointe, «el futuro de la franquicia», lleva sus mismos colores.

—En efecto —dice Marc, seco, pero Dan se lo deja pasar, porque es otro chaval de azul y pronto serán compañeros de equipo.

—Creo que eres mi nuevo mejor amigo —dice Dan, dejando que el entusiasmo pueda con el sentido común, los filtros sociales y la necesidad de hacerse el guay.

—¿Estás borracho? —Marc se ríe de él.

—De éxito —admite Dan—. Soy Dan Riley.

—Hola, Dan Riley —dice Marc, con la comisura de los labios todavía tirante—. Encantado de conocerte, nuevo mejor amigo.

Pensándolo ahora, es probable que Dan se enamorara de él en ese momento, con Marc riéndose de él y con él al mismo tiempo, pero le costó un poco más darse cuenta.

*

Dan no vuelve a ver a Marc hasta que empiezan los entrenamientos. Lee sobre él en una sesión de Wikipedia y HockeyDB en la que busca a todos con los que podría llegar a jugar, todavía un poco en shock de pensar que quizás vaya a estar en sus líneas, a entrenar con ellos. Ha crecido viendo a algunos de estos jugadores y sigue alucinando con sus habilidades.

Pero Marc solo es uno más en la larga lista de investigación de Dan, quizás con el bonus añadido de ser el chaval frente al cual Dan perdió toda la dignidad de lo entusiasmado que estaba. En su primer día del campamento de entrenamiento previo a la pretemporada, rodeado de otros novatos, chavales de los Toronto Marlies, y los restos y sobrantes que no tienen un sitio garantizado en la plantilla, Dan se queda pasmado de la emoción. Todavía le queda mucho para conseguir un puesto en el equipo, dejar su huella en el hielo, pero sigue siendo mucho que digerir.

Dan siempre ha sido fan de los Leafs (probablemente le habrían quitado su carné de torontés si no lo fuera) y la posibilidad de llegar a jugar en el equipo, de compartir vestuario con jugadores a los que creció idolatrando, es surrealista. Sí, son bastante malos, pero eso solo hace que se pase el día soñando con sacarlos de ahí, acabar con la sequía, ver a toda su ciudad volverse loca mientras ñel levanta la copa, sintiendo el metal frío en las manos.

Marc se deja caer con fuerza en el asiento de al lado de Dan e interrumpe sus ensoñaciones, pero Dan está tan contento de ver una cara conocida que ni le importa.

—Seguro que eras fan de los Habs —dice Dan crítico, incapaz de no avergonzarse a sí mismo. Otra vez.

—*Mais oui* —le contesta Marc, todo exagerada altivez francocanadiense—. Y tú de los Leafs.

El desdén que consigue inyectar en esa frase es impresionante.

—Tío, mira dónde estás —señala Dan.

—*Tabarnak* —dice Marc con los ojos como platos, y Dan se echa a reír.

*

El campamento de entrenamiento es brutal. La emoción de que lo eligieran los Leafs deja paso al recordatorio de que no es ni de lejos el único que está intentando entrar en el equipo, que compite directamente con jugadores más grandes, más duros, con más experiencia o simplemente mejores. No se la va a jugar. Lo da todo al patinar.

Marc no. Bueno, sí, claro que sí, pero quizá no se esfuerza tanto como podría. Al terminar cada día, Dan apenas puede mantener los ojos abiertos. Después de la primera semana está lleno de moratones y tiene cinco puntos bajo el ojo de un golpe con el palo que está casi seguro de que ha sido un accidente. Marc también tiene morados, no hay forma de evitarlos cuando mides menos de 1,80 y entrenas con defensas desesperados por demostrar lo que valen, pero siempre le queda algo de energía hacia el final, cuando Dan está a punto de desmayarse en las duchas.

Dan no es el único que se da cuenta de que Marc no se está esforzando al 100 %. Los entrenadores no hacen más que alabarlo, y es completamente justo, porque está dejando a todo el mundo por los suelos, pero los chavales que están intentando entrar en el equipo mantienen un poco de distancia con él, se lo piensan antes de incluirlo en conversaciones a las que llaman a Dan por defecto, ignoran a Marc cuando invitan a Dan a cenar, beber y una lista de actividades a las que Dan dice que no, porque prefiere irse a casa a comer algo casero antes de dejarse caer en su propia cama.

Si Marc se da cuenta, no deja que se note, pero es raro que haya un espacio a su alrededor, que sea un chaval pequeño en un vestuario abarrotado y tenga más espacio que nadie. Dan supone que Marc es un poco repelente, distante, con una pinta tan de francés hasta que abre la boca, y tiene un sentido del humor que corta y un montón de información sobre cosas un poco abstractas de más. A Dan le gusta, está acostumbrado a la «hora de educar al jugador de hockey imbécil» por su hermana, que estudia filosofía en la uni, y sus amigos, y con Marc resulta más agradable que con Sarah.

Aunque Marc no se dé cuenta de cómo lo evitan en silencio, Dan sí se da cuenta, y le incomoda. Probablemente por eso invita a Marc a ir a su casa, la primera vez, lo lleva en coche a Riverdale después de un entrenamiento que termina con los labios de Marc ensangrentados y deja a Dan con una punzada persistente en la cadera. Su padre no va a volver hasta tarde, está liado en el trabajo, y ni Dan ni su madre saben preparar nada más complicado que una tostada o quizás macarrones con queso de sobre, así que piden una pizza y se la comen viendo el béisbol. Marc decide comentar las jugadas bien fuerte y con sarcasmo (claramente no le gusta el béisbol, o simplemente está amargado por lo malos que son los Montreal Expos) y cortarles el rollo a Dan mientras ve a los Blue Jays. Los Jays pierden, y Mac hace que Dan pida champiñones en la pizza como compensación por la insistencia de Dan en pedir masa integral. Sin saber muy bien por qué, Dan se lo pasa muy bien.

Dan se gana más de un comentario en el vestuario sobre ser un niño de mamá, los primeros días, cuando no para de rechazar invitaciones a salir para escabullirse a su casa a lamerse las heridas. Va de camino a acabar con un apodo que se le va a quedar el resto de su carrera, pero el día después de que Marc vaya a cenar, este se dedica a cantar las maravillas de la cena casera, y el resto del equipo pasa de burlón a descontento y celoso, echando de menos la «comida de mamá».

—Pedimos pizzas —dice Dan, por lo bajo, y Marc se encoje de hombros, como si no hubiera hecho nada malo en su vida.

—Eres una especie de genio maligno, ¿no? —se da cuenta Dan.

—Tienes suerte de caerme bien —admite Marc, solemne.

Marc sigue dejando a todo el mundo atrás, especialmente antes de que los jugadores habituales del equipo empiecen a mezclarse para que los entrenadores puedan evaluar la química además de las habilidades. Dan no es el único que se da cuenta de que Marc está prácticamente esforzándose lo justo para garantizarse un sitio en el equipo, uno bueno, puede que incluso en la segunda línea, ya que les faltan centros y lo saben. Marc entra claramente, y Dan no sabe si él entra, pero sigue ahí cuando empiezan a quitar a gente y mandar a los eslabones más débiles al equipo de la liga menor. Sigue ahí cuando empiezan a mezclar a los jugadores fijos con la sangre nueva, y sigue ahí cuando deciden la alineación de la pretemporada, aunque sea todo morados y no pueda más de intentar demostrar lo

que vale todos los días. No tiene claro por qué sigue ahí, pero es flexible, puede jugar en la derecha o la izquierda casi igual de bien y es lo suficientemente grande como para acabar con algunos de los delanteros más pequeños de los contrincantes y para proteger a los de su equipo. Es una forma de diversificar la plantilla, un apoyo, un seguro, pero Dan está dispuesto a aceptarlo si eso significa que está en el equipo.

Una vez queda claro que son jugadores de la NHL, de verdad, al menos para la pretemporada, Dan se lleva a Marc a ver la ciudad. La familia de Marc está de visita y se unen al tour improvisado. El hermano pequeño de Marc se lo toma con la falta de entusiasmo de la que solo es capaz un chaval huraño de catorce años mientras Marc vibra de la emoción a su lado y hace de traductor para sus padres. La madre de Marc lo observa todo en silencio con una sonrisilla, y esa noche, cuando la familia ha vuelto al hotel y el equipo está en una especie de fiesta en casa del capitán para los que han superado el campamento de entrenamiento, Marc admite que su madre no solo habla inglés con fluidez, sino que estudió en la Universidad de Toronto.

—Serás capullo —le grita Dan, rojo de vergüenza y de la cerveza que había en la nevera del capitán; Buchanan ha visto su patético intento de sutilidad al ir a cogerla, pero se ha limitado a poner los ojos en blanco y dejarlos estar.

Marc se está riendo de él más tiempo de lo que Dan considera necesario.

—No me has preguntado —dice Marc al final, con la boca todavía temblando una vez ha dejado de reírse, y Dan le da un puñetazo en el hombro y se va a buscarse algo de beber.

*

A pesar de la espontánea declaración de Dan el día del Draft, en verdad no esperaba hacerse amigo de Marc. Se han juntado mucho en el campamento de entrenamiento, pero eran novatos, estaban verdes, y Dan tenía demasiado miedo de matarse intentando que no lo echaran como para preocuparse de relacionarse como es debido. Pero ha sobrevivido e incluso ha salido de aquello casi intacto. Marc insiste en voz bien alta en que las cicatrices deberían considerarse una muestra de carácter, y Dan todavía no está seguro de si lo dice en serio o no. Los puntos se han curado bien.

Pero ahora está en el equipo, primero en la alineación de los partidos amistosos de pretemporada y luego en la de verdad cuando empieza la temporada. Incluso los veteranos lo han aceptado. Lo miran un poco como si fuera un perrito emocionado, pero bueno. Buchanan acoge a todos los novatos como si fueran patitos que creen que es su mamá, lo que tampoco es que esté muy lejos de la realidad si Dan lo piensa bien, teniendo en cuenta que cada vez que Buchanan le dice algo, Dan necesita un momento para separar a Joe Buchanan (la persona) de Joe Buchanan (héroe de la infancia de Dan Riley), porque cree que Buch se ofendería un poco si Dan le dijera que colgó un póster suyo en su cuarto cuando tenía nueve años y no lo quitó hasta que tuvo quince. Que fuera por el recordatorio de cuánto tiempo lleva jugando o que Dan lo llegara a quitar, no está seguro, pero no va a decir nada por si acaso.

Dan se pasa el primer mes tanteando a la vieja guardia y todo el mundo se porta genial con él. Buchanan lo invita a cenar con su mujer y sus hijos, algunos de los cuales se acercan lo suficiente a su edad como para que flipe un poco. Pazuhniak le da truquillos sobre las mejores ciudades para beber, especialmente sin tener la edad, y la etiqueta de cómo amar y dejar (o follarse y abandonar) a las *puck bunnies* que siguen a los equipos, y Dan asiente y sonrío y no le dice que sus consejos no se le aplican, precisamente. Stevens se ofrece a

llevarlo a discotecas que «no tienen granadas, confirmado», porque al parecer se toma *Jersey Shore* como un manual de instrucciones. A Dan no le sorprendería nada de nada.

Pero, aunque todo el mundo es agradable y acogedor, Dan pasa casi todo su tiempo con Marc y ya, aunque tampoco es que tengan mucho en común. Marc lee un montón, tiene la nariz en un libro siempre que no está en el hielo, y pronto alguien a quien le gustan demasiado los juegos de palabras empieza a llamarlo «empoitllón». Dan no ha abierto un libro desde el instituto e intenta aceptar tantas invitaciones de compañeros como le es posible, ya sea para cenar, beber o jugar a videojuegos, mientras que Marc dice a todo que no para poder hibernar en su apartamento, hasta que las invitaciones dejan de llegarle. Su apartamento es un cuchitril, además, y que Marc sea un cerdo no ayuda, teniendo en cuenta que se pasa la mayor parte del tiempo en casa de Dan. Dan supone que el resto del tiempo se lo pasa leyendo y pimplando botellas de vino tinto mientras mantiene intensas conversaciones filosóficas con sus amigos en *français* por videollamada.

Las veces que Marc sale con el equipo no es que sea tímido ni nada, suelta todo tipo de datos (que insiste en llamar conocimiento edificante, y Dan le dedica un momento al bochorno de que el de Quebec tenga mejor vocabulario que él), pero no es popular en el equipo, que lo ve como una rareza, el francófono gritón que no se calla con cosas que a nadie le importan una mierda.

A pesar de todo, o quizá precisamente por eso, quién sabe, Marc y Dan se quedan juntos, cuidan el uno del otro. Cuando Marc está con los demás y se va por la tangente hablando del Frente de Liberación de Quebec, sobre el que había estado leyendo el otro día (y a consecuencia destroza a Dan con todo ese conocimiento en el avión), o sobre el desarrollo del cine francófono en Canadá, al cual ha estado sometiendo a Dan poco a poco, Dan lo dirige sutilmente hacia el hockey, donde la profundidad y la amplitud de su conocimiento despiertan un ligero asombro en vez de burlas. Cuando la incapacidad de Dan de decir que no a las invitaciones empieza a afectarle, Marc le recuerda en voz bien alta que tienen planes y se autoinvita, se come todo lo que le ponen delante y se gana a la familia de Dan.

Dan empieza a notar que a Marc le tocan raciones más grandes que a él en las cenas familiares. Tampoco le importa; su padre tiene la necesidad patológica de que todo el mundo esté bien alimentado y, comparado con Dan, Marc se está quedando en los huesos, aunque cualquiera lo está comparado con Dan. Ven partidos de hockey, o baloncesto, o alguna peli, siempre algo muy pretencioso. A Sarah le encanta que vaya Marc de visita, siempre resulta que estaba por el barrio de casualidad, aunque su universidad esté en la otra punta de la ciudad, probablemente porque disfruta de ver a Dan sufriendo el tipo de películas que a ella le gustan y por las que Dan siempre se ha reído de ella. Al día siguiente, Dan se siente como nuevo por no haber tenido que tratar con gente una noche, porque la familia no cuenta. Por algún motivo, Marc tampoco.

Así que, de alguna forma, que Dan le otorgara a Marc estatus de mejor amigo mientras estaba eufórico ha acabado siendo profético. Los demás se dan cuenta. En el avión, mientras los demás juegan a videojuegos o a las cartas, quizá acomodándose para ver una peli, Marc lee mientras Dan ve una serie o dormita a su lado, con las gafas que necesita para leer en la nariz. Marc tiene un libro nuevo para prácticamente cada vuelo, autores desconocidos de Quebec o europeos famosos.

Los demás se burlan de Marc por las gafas y los libros pretenciosos, pero a Dan le resulta relajante; el calor de Marc a su lado, el silencioso pasar de páginas, inaudible con el ruido

del motor y la serie con la que Dan esté obsesionado en ese momento. Marc no deja de perder las gafas en los viajes, así que Dan ha empezado a llevar un par de sobra en la maleta de mano. Los demás se burlan de Dan, pero a Marc no le gusta volar, se pone visiblemente nervioso cuando lo piensa, y lo único que lo distrae parece ser meter la cabeza en un libro, así que Dan siempre tiene un par de gafas a mano, de esas baratas de la farmacia, porque Marc sigue perdiendo las que Dan le da.

Los han puesto juntos en la habitación; una buena coincidencia, porque la mitad del tiempo Marc lo ignora por completo para leer o estar con el portátil, algo que probablemente molestaría a mucha gente, y la otra mitad no se calla, habla sobre lo que haya aprendido ese día, o sobre cómo Camus (al cual ha leído en el original francés y luego en traducción) es un genio, mientras le endilga una copia a Dan y lo obliga a leer con él. A Dan no le gusta el libro, la verdad, y está convencido de que no está entendiendo nada ni de lejos, pero asiente mucho mientras Marc habla entusiasmado, y Marc parece contentarse con eso.

Sarah se mea de la risa cuando descubre que Dan está leyendo a Camus en su tiempo libre.

*

Va bien, todo va bien. Marc empieza con carrerilla y avanza a zancadas hacia el Calder, el premio al novato del año, marca su primer gol en su segundo partido y no da marcha atrás. El ritmo de Dan es un poco más sosegado, pero está jugando. Ya sean cuatro minutos o siete, no importa tanto como el hecho de que las cuchillas de sus patines tocan el hielo cada partido. Los minutos que juega Marc suben, y el equipo se va molestando más y más con el rarito que tienen entre ellos, divagando sobre separatismo y la importancia exagerada que le dan los académicos anglófonos a Proust y a saber qué más, el chiquillo que se partió un diente en su sexto partido y empezó a monologar sobre los estándares de belleza en cuanto se lo arregló.

Marc lo ignora, como siempre, se vuelve deliberadamente más francófono hasta resultar ofensivo cuando alguien muestra ese descontento lo suficientemente alto como para que él lo oiga, pero Dan no puede ignorarlo y le molesta. Invitar a Marc a casa es ya algo fijo en su agenda, la norma, al igual que lo es quedarse en la habitación en los viajes, porque Dan prefiere morirse de aburrimiento con alguna película experimental francesa que comprarse un carné falso solo para ver a Pazuhniak ligando y esperando que Dan haga lo propio.

A Marc parece no importarle el ostracismo, como al principio, y a Dan no le importa pasar el tiempo con Marc, que requiere a la vez más y menos esfuerzo que el resto del equipo, y que encaja con Dan. Es mejor de lo que nadie podría esperar o desear, una primera temporada sólida, si bien ordinaria, un mejor amigo obligado por contrato a estar en su mismo equipo al menos un par de años más, un vestuario lleno de chavales a los que les cae bien.

Es mejor de lo que nadie podría esperar o desear, así que Dan supone que ahí es donde entran las pecas de Marc.

*

El viaje a California es la primera vez que Dan ve a los veteranos emocionarse de verdad por jugar fuera, con eso de que se acerca la Navidad y Toronto ronda los 0°. Es como si los que hacen el calendario de partidos lo hubieran hecho por ellos, dos partidos con un día en medio, Oakland y San José, luego dos días libres antes de jugar contra Los Ángeles.

Vacaciones, prácticamente. Todo el mundo mete al menos dos bañadores en la maleta y saca el protector solar del fondo del armario de los medicamentos. Stevens incluso va a un centro de bronceado a «darse una primera capa».

Todo el equipo ha decidido por consenso fingir que no conoce a Stevens.

El entusiasmo es tan contagioso que incluso Marc, que ha informado a Dan varias veces de lo mucho que la playa, las vacaciones en el mar, la arena, el sol y el agua están sobrevalorados (y Dan está de acuerdo, quizá excepto por los dos últimos), está prácticamente temblando en el asiento junto a Dan. Dan le ha cogido gafas de sol además de las de leer, porque Dan es muy buena persona, aunque lo diga él mismo.

El entusiasmo se apaga un poco cuando los Golden Seals les pegan una paliza, una derrota 6-1 en la que tanto Dan como Marc acaban con -2 a pesar de estar en líneas diferentes (aunque al parecer igual de horribles). Marc mete la cabeza en un libro en cuanto llegan a la habitación y Dan pasa su propia bajona en el balcón, dando gracias por poder pasarla sin abrigo, por lo menos. Algo es algo.

La derrota no impide que los demás aprovechen al máximo el viaje; Colborne toca a todas las puertas del pasillo demasiado pronto al día siguiente para que todos puedan desayunar y tomar el sol y entrenar y quizás nadar.

Dan quiere fingir que no conoce a ninguno de todo el equipo.

Pero comen, y entrenan, y Marc se dirige a la piscina con gafas de sol y tres libros, como si el sol desarrollara su velocidad de lectura o algo, y Dan lo sigue con su propia copia de *El extranjero*, que no lleva ni por la mitad a pesar de la presión de Marc. En vez de leer, se duerme bajo el sol y se despierta sinceramente alucinado de que no le hayan dibujado penes por toda la cara, pero, bueno, tiene a Marc sentado al lado y los demás suelen hacer como si Marc tuviera su propio campo de fuerza a su alrededor. A Marc no le han gastado ni una broma, y Dan está impresionado de que un grupo normalmente tan poco observador se haya dado cuenta de que la venganza de Marc sería rápida, creativa y brutal.

Están un poco más morenos y mucho más relajados contra San José y consiguen ganar justitos 2-1 en la prórroga, lo que el equipo decide que merece una celebración. Cierran un club en el que nadie tiene ni idea de quiénes son, y menos mal que el entrenamiento del día siguiente es por la tarde. Dan no cree que nadie se despierte antes del mediodía, y el entrenamiento de después es de los que deja con náuseas, o como sea que quieras llamar a una resaca sobre hielo. El resto del día lo dedican a acaparar la piscina del hotel *en masse*.

El último día Dan se lo pasa absorbiendo todo el sol que puede antes de tener que volver. Marc desaparece para hacer a saber qué y vuelve justo a tiempo antes del partido, sonrojado y pecoso y sonriente, y Dan lo mira, con el corazón en la garganta, y se da cuenta de que está bien jodido.

*

El único consuelo de la gran revelación de Dan es cuándo pasa. Solo quedan dos partidos antes de tener cuatro días de felicidad navideña, y Marc se larga a Montreal, lo que es un descanso para Dan y las terribles excusas que ha estado poniendo para evitar a Marc desde que aterrizaron en Toronto.

Quitando eso, es un asco. Su madre decide llenarse de espíritu festivo cocinando una tanda de galletas muy poco apetecibles, ya que Dan va a estar en casa el día de Navidad, y su hermana lo engancha para que vaya a una fiesta temática de jerséis navideños absurdos usando simple fuerza de voluntad y amenazas. Van a estar todos sus amigos, que se

apuntan a cualquier cosa que sea irónica, y lo único que consigue encontrar Dan que le quepa por los hombros es un jersey de punto rosa con un reno que se hizo claramente para una señora con mucho sobrepeso.

En esos momentos es cuando desearía que lo hubiera elegido un equipo en la otra punta del país. Quizás Vancouver lo quiera.

El día de la fiesta es Nochebuena. Dan siente verdadera curiosidad por saber por qué nadie parece tener nada mejor que hacer en Nochebuena, pero probablemente pasarla con la familia no sea irónico. Sarah ha conseguido encontrar algo lo suficientemente ajustado y decorado solo con copos de nieve, lo que en opinión de Dan va contra el concepto de la fiesta. Conoce a un par de personas, pero solo de que su hermana se las haya presentado de pasada alguna vez, así que se queda por las esquinas, se salta la dieta para beber ponche de huevo con alcohol, e intenta pasar desapercibido, probablemente sin conseguirlo, teniendo en cuenta que mide 1,90 y lleva un jersey enorme rosa con un reno.

Así que puede que fuera inevitable que Alex lo encontrara. Alex, a quien Dan no ha visto desde que Dan rompió con él, con casi dieciocho años y mirando al futuro cada vez más cercano de jugar de profesional y sin estar dispuesto a arriesgarlo todo por el chaval con el que había estado descubriendo la magia del sexo. Alex, que está guapo, que siempre lo está, que ha ignorado el concepto de la fiesta tanto como la hermana de Dan, con los cascabeles de su jersey prácticamente reluciendo. Mirarlo basta para darle a Dan una punzada de arrepentimiento; también una punzada de culpa, porque Alex le gustaba de verdad y sabe que era mutuo, pero seguir con él era demasiado arriesgado, especialmente porque Alex era del tipo que está a tope con la parte comunitaria de ser gay y se llevaba una decepción cada vez que Dan evitaba algo que él consideraba importante.

Alex finge sorpresa al verlo, pero Dan no se lo traga; a ver, es el chico de 1,90 con el jersey enorme con un reno. Primero hablan un poco sobre nada: las clases de Alex, su vida, la «carrera» de Dan, chorradas de las que nunca solían hablar, porque tienen entre cero y nada en común con los pantalones puestos, y Dan se está acordando de eso de repente.

—Estás guapo —dice Dan cuando se acaban los temas, porque es verdad, está guapo, sinceramente, y Dan lleva sin echar un polvo desde que cortó con él, pasó de estar con Alex a la nada a enamorarse de pleno, y no ha habido nada más.

—Tú también —dice Alex, y Dan sabe que es totalmente falso, porque nunca va a poder olvidarse de este jersey y nunca le va a perdonar a Sarah la humillación que le ha infligido.

De alguna forma eso lleva a que se escabullan de la sala principal y encuentren una habitación pequeña y desordenada con una cama individual sin hacer, y es tan familiar, la habitación desordenada, la cama individual, y Alex mirándolo desde abajo, quince centímetros de diferencia, con la barbilla de esa forma que siempre le hace parecer determinado.

Parece que algo vaya a pasar. Dan quiere algo, lo que sea para quitar el quemazón y hacer que todo pare un minuto, toda la mierda hiperhetero que lo rodea todos los días, la simple existencia de la puta cara de Marc, pero Alex se aparta.

—Tengo novio —dice, bajito y rápido, como si no quisiera que lo oigan.

Dan se separa, porque no es un capullo.

—Enhorabuena —dice. Sarah no le había dado la noticia en su actualización semanal de todo lo que pasa en su vida, en la que a menudo se esfuerza por meter a Alex, porque todavía son colegas, pero su hermana no lo sabe todo, aunque ella se crea que sí.

—Ya —contesta Alex—. Está bien. O sea, todo va bien, pero, ya sabes. —Parece frustrado—. ¿Y tú? A ver, no es como si pudieras... ya sabes lo que quiero decir.

Dan lo entiende, más o menos, y no sabe si es el alcohol o la frustración sexual o simplemente el hecho de que Alex sea la primera persona con la que habla en mil años que sabe que es gay y no es pariente suyo, pero le sale todo a borbotones. Lo idiota que es Dan con lo de Marc. Las putas pecas.

Alex lo escucha hasta que Dan ha dicho todo.

—¿Es gay?

—¿Qué? —pregunta Dan. Curiosamente es algo que nunca se ha planteado, ni siquiera hipotéticamente. Supone que Marc ha hecho cosas con otro ser humano en algún momento, pero no desde que Dan lo conoce o, si lo ha hecho, se lo ha callado—. No creo. No lo sé. No es algo que simplemente se pregunte.

Alex suspira.

—Claro, porque estás en un deporte supermacho y superhetero, perdón por preguntar. Mira, ¿puedo darte un consejo, con toda la sabiduría de mis veinte años?

Dan pone los ojos en blanco.

—No pierdas el tiempo con un hetero —dice Alex—. De verdad que no merece la pena.

—¿Y tú cómo lo sabes, gran sabio? —dice Dan enarcando una ceja—. Que yo sepa no eres un gurú gay.

Coño, Alex había perdido su virginidad oral (o cómo sea que se llame) con Dan, y ninguno de los dos ha pillado mucho cacho desde entonces, a menos que las fuentes le fallen a Dan. Parece que un poco, con esto del novio, pero, aun así. A Alex le sale una sonrisilla.

—Hetero —se encoje de hombros—. O gay que ha convertido la pista de hielo en su armario. Lo que sea.

—No es... —empieza Dan, pero no sabe cómo acabar.

—Da igual—repite Alex—. He superado lo tuyo, no te preocupes. Y seguro que tú superas lo de Jean-Claude o cómo se llame.

—Marc —lo corrige Dan, bajito, y debe de haber algo en la forma en que lo dice, porque Alex lo deja estar y le aprieta el hombro.

—Seguro que encontrarás a otro pecas —le dice con dulzura.

Dan resopla con amargura, porque, con la forma en la que se ha pillado, ni siquiera quiere encontrar a otro.

*

El día de Navidad pasa y Dan sigue molesto, sin mojar e irremediablemente enamorado. Los regalos que recibe son buenos, con la notable excepción de las dos versiones de otra novela de Camus, en inglés y en francés, a las que Sarah añade el comentario de que así Dan y Marc pueden leerlas a la vez. Una bordería. Sarah parece sentirse un poco mal cuando descubre que el regalo de Dan es pagarle todos los libros del semestre, pero sigue teniendo un brillo de maldad en los ojos.

Dan no sabe por qué esperaba que se hiciera borrón y cuenta nueva y todo volviera a ser como en la pretemporada cuando llegara a entrenar el día 26, pero por algún motivo no esperaba el vuelco que le da el estómago cuando entra Marc, totalmente normal, totalmente ordinario, y totalmente algo que Dan ha echado de menos con desesperación.

Están un poco descoordinados después de Navidad como equipo, como si Dan no

hubiera sido el único en ignorar la dieta por el ponche de huevo y el asado; tourtière en el caso de Marc, que describe el plato con una expresión ligeramente orgásmica en la cara que resulta un poco incómoda. En plan sexy. Pero también simplemente incómoda. Están en público, por el amor de Dios. Después de una derrota horrible y vergonzosa contra Búfalo se recuperan, y eso incluye que Dan deja de hacer como si Marc tuviera algo contagioso, porque Marc no para de lanzarle miradas doloridas, lo que a Dan le afecta como si alguien le estuviera llorando en la cara.

Le ganan a Boston por goleada, todo el mundo otra vez centrado. Marc consigue un gol y una asistencia y casi se hace con un triplete Gordie Howe cuando está a punto de meterse en una pelea con alguien que le dobla el tamaño. Dan agradece que los árbitros intervengan en ese momento. Le gusta la cara de Marc. Preferiría que se quedara como está.

Todo va bien, otra vez. Dan reconoce que está completamente enamorado de su mejor amigo, pero puede pelearse con él jugando en el vestuario y placarlo en los entrenamientos y chocar con sus rodillas mientras ven una película que Dan está ignorando por completo, incapaz de prestar atención a algo que no sea donde se están tocando a través de los vaqueros. Dan está bien y Marc está bien y todo va bien.

Y entonces Stevens la caga, porque el capullo de Stevens es así.

*

Consiguen pasar varias semanas desde Año Nuevo sin que les toque ninguna derrota, seis victorias seguidas que los vuelven algo engreídos, sonriéndose los unos a los otros como si este fuera a ser el año que llegan a las eliminatorias. Es un poco pronto para eso (es muy pronto para eso), pero Dan no puede evitar dejarse llevar con todos los demás.

Así que con ese espíritu algo exultante se preparan para un entrenamiento entre partidos en casa, y con ese espíritu exultante Stevens y Gratz empiezan una conversación sobre la forma superior de acabar con los mejores, más brillantes y recientemente lesionados de Washington. Dan los ignora, porque odia esa parte de la estrategia, lo de aprovecharse de los eslabones más débiles, de las grietas en la armadura y en los huesos, pero se ve involucrado cuando Stevens hace de las suyas.

—Pero no podemos ir a por Dumois —dice Stevens, bien alto—, porque entonces irá corriendo al árbitro como un maricón de mierda.

Dan sigue atándose los patines, lento, fingiendo que no lo ha oído.

—La boca —dice Marc, tan bajo que probablemente solo lo oyen Dan y Stevens, que está sentado a su otro lado. Stevens se gira.

—¿En serio, Empointllón? Sé que los franceses os agacháis fácilmente, pero no pensaba que fueras esa clase de chica.

Eso mete al resto de los de Quebec en la conversación bien rápido, y luego a los rusos cuando alguien defiende a los franceses sugiriendo que Rusia es el sitio con más maricas, y la discusión va a más rápido, mientras todos ignoran los «cerrad la puta boca» que Buchanan no para de repetir. Es prácticamente una reyerta cuando entra el entrenador, con la mitad del equipo gritando mientras Dan se ata y se desata los patines, fuerte y luego más fuerte, los ojos fijos en el suelo pegajoso.

—¿Qué coño está pasando aquí? —grita el entrenador, pero sus palabras no llegan a la melé hasta que no saca el silbato y lo hace sonar, fuerte y estridente.

—¡Sentaos! —grita, y puede que simplemente estén ya condicionados para hacer caso a ese tono, pero todo el mundo se sienta—. Sois patéticos. Se supone que sois profesionales,

pero os portáis como niños.

—Entrenador... —dice alguien tan valiente como estúpido.

—No quiero saberlo. Cuando se acabe el entrenamiento vais a estar haciendo suicidios en el hielo hasta que estéis demasiado cansados para portaros como capullos. A entrenar.

El entrenador cumple su palabra y el vestuario está en silencio después del entrenamiento, sin contar las respiraciones sin aliento.

*

Dan está reventado cuando salen, reventado y de mala leche, en silencio, y lo último que quiere es que Marc lo alcance para gorronearle que le lleve a casa como siempre, porque todavía no se ha comprado un coche a pesar de la prima que recibió al firmar el contrato y porque es demasiado vago para coger el metro. Pero Dan quita el pestillo de la puerta del copiloto de todas formas y deja que Marc suelte su bolsa apestosa en el asiento trasero, porque la bolsa apestosa de Dan ocupa el maletero. Le deja subir y sale del aparcamiento con la mandíbula todavía tensa.

Por su parte, Marc le deja no decir nada y tampoco habla él, una extraña falta de comunicación que normalmente solo pasa si Marc está leyendo; pero entonces Marc, incapaz de aguantar un silencio largo, lo rompe de la peor manera.

—No has dicho nada —dice Marc.

—No es asunto mío —contesta Dan.

Marc pone los ojos en blanco y mira por la ventana.

—¿Qué? ¿El tuyo sí? —pregunta Dan, con la mandíbula apretada y los puños con fuerza en el volante.

Por el rabillo del ojo ve a Marc poner los ojos en blanco otra vez, y no se lo puede creer, cómo Marc va por ahí como si fuera *evolucionado*, mejor que todos los demás, porque es muy *comprensivo*. Y Dan no puede decir «sí, es asunto mío, porque probablemente sea el único aquí que ha tenido una polla en la boca», así que en vez de eso suelta un «madura» seco y el resto del trayecto pasa en un silencio tenso.

ii. lo llevo bien

Algo se rompe en su interior. No sabe qué, no podría describirlo, pero sabe que tiene dieciocho años, que su sueldo tiene seis cifras, que está escondido en el armario, se ha tirado a un tío en su vida y se ha enamorado de otro y eso, sin lugar a duda, es bastante patético. Es joven, está soltero y es atleta profesional. Lo mínimo sería conseguir que se la tocara una mano que no sea la suya.

Se va a casa esa noche, todavía furioso, en silencio, se salta la cena y se imagina todas las formas de las que podría salir del armario, borrarle la sonrisa de engréido a Marc, y luego baja a por restos, porque, ¿en qué estaba *pensando*, saltándose la cena?

Le envía un mensaje a Sarah para ver si sabe cómo conseguirle un carné falso. No lo sabe, pero, todo hay que decirlo, lo pone en contacto con alguien que sí. Dan investiga, busca lo básico sobre la escena gay en todas las ciudades en las que van a jugar, al menos fuera de Canadá, porque aquí la posibilidad de que lo reconozcan es demasiado alta. Lo escribe, aplicado, en una libreta que podría sustituir con papeles impresos, pero como que le gusta la idea de tener su libreta gay, como una forma de mandar a tomar por culo básicamente a todos con los que comparte ducha (a los cuales ignora, qué asco), y más a Marc, con quien comparte ducha (y al que ignora porque aprovecharse de la situación sería de baboso y daría asco de una forma diferente).

Dan empieza a salir. No puede en Toronto, para empezar porque vive con sus padres y, aunque no fuera el caso, sería buscarse problemas en una ciudad donde el hockey es una religión y él no solo es un Leaf, sino que también creció en la ciudad. Es menor en casi todas partes, especialmente en los sitios donde a nadie le importa quién es, pero consigue un carné falso decente del contacto chungo de Sarah, y es lo suficientemente alto como para que nadie lo cuestione. Empieza lento, buscando algún sitio adecuado en un día libre en Filadelfia, y deja a Marc en medio de un torneo de videojuegos con algunos compañeros en el que se ha metido en una misión marcadamente poco entusiasta por hacer amigos (es patético lo mal que se le da, lo que por lo menos es una cosa que se le da mal) y encuentra un sitio que había buscado hacía unos días, poco iluminado y algo turbio.

Un tío se acerca a hablar con él a los veinte minutos. Dice algo sobre que Dan parece perdido, una frasecilla estúpida que Dan está seguro de que no suele funcionar, pero Dan tiene el listón tan bajo como es posible ahora mismo. El tío es más ancho que Dan, aunque sus músculos parecen hechos en gimnasio y no puestos en uso. Dan le sonrío, una sonrisa amplia que las chicas dicen que es adorable, y media hora y dos bebidas más tarde está en un cubículo en el baño, con las manos del tío en el pelo evitando que se levante. Debería ser claustrofóbico, y lo es, pero es satisfactorio, incluso más que la paja indiferente que le hace a Dan al acabar.

Cuando Dan vuelve a la habitación del hotel, Marc no ha vuelto, probablemente esté compitiendo por el último puesto en lo que parece haberse convertido en un torneo que va a durar toda la noche y va a hacer que el entrenador les dé para el pelo cuando aparezcan

adormilados al día siguiente. Dan se ducha y cae rendido antes de que llegue Marc.

*

La siguiente vez llega una hora después del toque de queda y, cuando entra, Marc parece ya dormido, tumbado bocabajo en la cama más alejada de la puerta. Lo parece, por lo menos, hasta que Dan se ha quedado en calzoncillos, con la habitación girando vertiginosamente cuando se tumba bocabajo, y Marc dice:-

—¿Dan?

Lo dice tan flojito que Dan puede fingir plausiblemente que no lo ha oído, que está durmiendo.

*

No es como si lo convirtiera en un hábito. Simplemente pasa cuando todo es demasiado, el ciclo eterno de ciudades y los chistes verdes y las historias exageradas de conquistas y Marc con una nueva causa que defender cada día, para disgusto del equipo. Cuando es demasiado compartir una habitación con Marc, verlo acurrucado, defensivo, mientras duerme, la línea de su espalda, cómo el pelo le acaricia la nuca.

Puede que lo haga más a menudo de lo que debería, pero todo va bien, funciona. Dan no sabe si es coincidencia o el poder de los orgasmos entre tíos (va a decir que es la segunda si alguna vez lo pillan y Stevens quiere seguir sus pasos), pero está jugando mejor que nunca, consigue salir al hielo más y más tiempo conforme avanza la temporada. Cuando llama a Sarah, su hermana le dice algo sobre «sublimación», lo que sea que sea eso, pero Dan le cuelga cuando empieza a sonar demasiado subida.

Va bien, unos cuantos encuentros insustanciales y sin incidentes que le ayudan a matar el gusanillo, hacen que Dan se sienta genial, luego decente, luego como la mierda, luego con ansia otra vez. Va bien hasta que casi deja de ser suficiente, hasta que el ansia sube más y más, quiere tocar a Marc, ponerle las manos en la nuca vulnerable, en el sitio donde se le marca la clavícula, visible, en el duro músculo del que está hecho, en la mejilla, el puente de la nariz, donde ya no tiene pecas, pero Dan sabe que estaban ahí y eso es suficiente. Es demasiado.

Pero va bien un tiempo. Se meten en febrero, mediados, luego finales, luego principios de marzo. Dan consigue dejar pasar dos meses, esperando con los dientes apretados. Está jugando bien y Marc está jugando genial, todavía como para ganarse una nominación al Calder, el claro ganador si sigue así, y van a encontrarse con un puesto en las eliminatorias si consiguen continuar un poquito más.

Son héroes en su ciudad, una ciudad que no está acostumbrada a los héroes, y cada partido en casa es una noche de la que pueden aprovecharse los solteros, los que no tienen que volver a casa con sus mujeres y sus hijos y pueden salir a que los adoren. Dan lo evita, habitualmente, deja que se burlen de él por cómo lo controla su madre, no quiere ver a chicas pegadas a todo el mundo, dejar que se le peguen a él, cuando si él hiciera lo que quiere hacer saldría en las portadas, mientras que los demás como mucho se llevan fotos borrosas en Twitter.

Consigue evitarlo, pero luego llega la noche en la que marca un gol, cosa rara, y le hacen una falta al darle con el palo que termina con la muñeca de Dan dolorida y un gol de partido de Buchanan en la superioridad numérica consiguiente. Nadie escucha sus excusas. Incluso Buch sale, paga la primera ronda antes de escabullirse a su casa a asegurarse de que sus hijos se van a dormir al terminar el partido, y la mitad del equipo está ahí, se dividen

lentamente para ligar o bailar, pero manteniendo una mesa como el epicentro. Marc sale, probablemente porque Dan sale, ya que cree que esa es la única forma de hacer que Marc participe, darle un Dan amortiguador. La única forma de que el equipo aguante que participe Marc.

Dan sujeta la misma cerveza en la mesa casi vacía, inclinado hacia Marc, que está sentado a su lado y parece tan de acuerdo con no moverse como Dan. Dan está cansado, y dolorido, y se promete que se va a permitir irse a casa después de dos cervezas, pero Pazuhniak aparece con un grupo de chicas, todas guapas y bien vestidas y risueñas, y es tan generoso que le dona dos a los novatos, o eso dice él.

Suelta una prácticamente en el regazo de Marc, y la chica se inclina hacia él, le dice algo demasiado flojo como para que lo oiga Dan. Marc se ríe, una risa de verdad, que le pilla por sorpresa, y Dan mira a la gente, intenta hacer contacto visual con la camarera. Se permite mirar a Marc y la chica cuando se ha asegurado de que seguirán llegando bebidas.

Es guapa, supone Dan, de esa forma que sus compañeros parecen preferir en una chica, ojos azules y pelo rubio y mucha raya de ojos. Pequeña, comparada con Marc, y hacen buena pareja, sus curvas apretadas contra Marc. Una pareja adorable es cómo los describiría la madre de Dan.

Dan tiene un poco de angustia. La camarera viene y Dan se pasa al agua, lo que no ayuda para nada. Intenta empezar con chupitos, y eso sí que ayuda un poco. Invita a un montón de copas a la amiga de la chica, que tiene el pelo y los ojos negros y es bastante guapa, o eso cree, no es quién para juzgarlo, y probablemente sea la versión femenina del escudero de ligues, porque Dan no es el premio en este escenario, especialmente no hoy.

Está bastante seguro de que es muy maleducado con la chica, cuyo nombre ha escuchado e inmediatamente olvidado, y se siente mal; la chica sabe de hockey, o al menos más que el ciudadano medio, así que el típico insulto de *puck bunny* no parece justo, pero se le han iluminado los ojos al reconocerlos cuando le han presentado a Marc y Dan, y por muy maja que parezca, Dan está bastante seguro de que un «lo siento, soy gay, no es nada personal» llegaría a la prensa del cotilleo antes de que acabara la noche, o al menos a la amiga que sigue medio sentada en el regazo de Marc.

Marc y la chica está hablando pegados, el tipo de charla que Dan sabe por experiencia que no es tanto sobre su contenido como sobre la proximidad, el saber que podrían besarse en un momento, en cualquier momento, la forma en la que Dan estuvo hablando con Alex durante semanas antes de que pasara nada. Se termina los restos de la cerveza que Marc ha dejado abandonada a su lado y se levanta, no se molesta ni en decirle nada a la chica que tiene a su lado, que claramente ha desistido de intentar hablar con él y está ocupada enviando mensajes. Probablemente son todo cosas totalmente difamatorias sobre Dan, pero le importa una mierda.

Va al baño, se mira al espejo lleno de odio a sí mismo, atraviesa la multitud y tira directo hacia la puerta; se niega a dejarse buscar los reflejos del pelo dorado de Marc en las luces estroboscópicas, seguro de que tendrá la cabeza inclinada hacia el rubio teñido de la chica con la que se va a ir a casa.

Dan le pilla un cigarro a una chica en la puerta, le pide el mechero, más por tener una excusa para salir que otra cosa. Apenas se lo fuma, ni siquiera inhala, medio paranoico de pensar que va a salir uno de los preparadores físicos de la nada y darle para el pelo, y después de apagarlo echa a andar.

Sabe por uno de los resúmenes casuales de la vida universitaria de Sarah que Alex vuelve a estar soltero. Su hermana lo dejó caer entre un discurso airado sobre un profesor adjunto condescendiente y una historia sobre las últimas aventuras de su amiga Cassie, la que siempre está fumada, pero aun así sonó como que lo decía a consciencia. O al menos lo suficiente como para que Dan se acuerde ahora, a dos manzanas del bar y todavía andando hacia el norte, sin pensar en un destino que no sea «lejos». Le envía un mensaje a Alex, cuyo número tiene sin usar en el móvil desde hace meses, un *nos tomamos algo? m vendria bn* al que no espera recibir respuesta.

Alex le contesta a los dos minutos, con *Ven.* y su dirección. No está a más de veinte minutos de donde se encuentra Dan, en todo el centro del barrio de estudiantes, así que Dan le dice cuánto va a tardar y sigue hacia el norte. Llega en quince minutos y se encuentra una casa antigua y elegante que ha perdido lustre por las bicicletas de piñón fijo alineadas en la puerta y las latas vacías que desbordan el contenedor que hay en el porche.

Alex ya está ahí, sentado en una raquítica silla de plástico, lo saluda con dos cervezas abiertas, y Dan lo sigue por unas escaleras estrechas hasta la tercera planta, con una cerveza europea pija sudándole en la mano. Alex le hace un tour: es un ático venido a más, con suficiente inclinación como para que Dan tenga que bajar los hombros para evitar abrirse la cabeza con el techo en las esquinas, así que tampoco dura mucho.

Después se sientan en el futón de Alex, bebiendo en un silencio poco natural hasta que Alex habla.

—Esto es un poco incómodo, ¿no?

Y Dan deja la cerveza y lo besa.

No paran ahí, con una pausa solo para convertir el futón de sofá a cama, para que Alex vaya, medio desnudo, a traer lubricante y condones del baño. Cuando eran lo que fuera que habían sido, una pareja solo en el sentido más laxo de la palabra, el sexo había sido exploratorio, con risitas, los dos sin experiencia y avergonzados de ello. Ahora no es así. Dan no está de humor y Alex tampoco parece estarlo.

Dan no sabe qué hacer una vez se han limpiado. Alex no es como los tíos en baños en cualquier ciudad, pero Dan se sigue sintiendo ansioso, como si le apretara la piel, como si necesitara correr diez kilómetros y pegarle a algo hasta que sangrara. Sin embargo, Alex se duerme a su lado y marcharse parece una capullada, especialmente con un amigo, así que Dan mira al techo y se pregunta por qué se siente tan insatisfecho, por qué había pensado que venir sería una buena idea, hasta que se duerme.

Se despierta pronto. Alex sigue inconsciente, con la cabeza en el brazo de Dan, que se le ha dormido. Es guapo, Alex, todo pestañas largas y carita de bebé. Dan había flipado con lo guapo que era cuando Sarah los presentó, guapo y majó y gay, y a los dieciséis eso había sido un mundo. Dan piensa en lo fácil que habría sido todo si hubiera podido simplemente enamorarse de Alex, mucho más fácil, solo que es una estupidez, porque Alex es el tipo de chico que va a la marcha del Orgullo, que se une a las asociaciones *queer*, que usa frases como «gay y a mucha honra». Es el vicepresidente de la asociación LGBTQ+ de la uni; así es como conoció a Sarah, que estaba un poco orgullosa de más cuando Dan se lo contó a ella y a sus padres a los dieciséis. Es el tipo de chaval que querría que Dan saliera con él por el barrio gay, que fuera a eventos de recaudación de fondos y que nunca entendería que negarse sería solo Dan intentando proteger su carrera, no odio hacia sí mismo. Todo eso ya lo habían discutido el año anterior, cuando Dan seguía en la liga juvenil y Alex seguía

intentando (sin éxito) que Dan fuera con él a sitios donde podrían verlos. Todos esos problemas se ven agrandados en la NHL, en los Leafs, cuyos fans son obsesivos y cuya prensa es peor.

Sigue ese hilo de pensamiento, un lamento caducado, ya conocido, antes de tener que levantarse para mear, quitándose la cabeza de Alex del brazo. Se mira en el espejo cuando se lava las manos, porque sus compañeros han empezado a mirarse entre sí cuando piensan que él no está mirando, Marc ha empezado a prestarle atención de una forma que satisface a Dan y le hace sentirse culpable al mismo tiempo. No parece diferente, o eso cree, solo cansado, y nadie puede juzgarlo con la forma en la que está jugando. Se echa algo de agua en la cara, fría para despejarse, y vuelve a salir. Alex se ha despertado, lo mira parpadeando adormecido, y se endereza para sentarse cuando Dan se le une en el futón mientras se pone los pantalones.

—¿Entrenamiento? —pregunta Alex, inclinándose un poco contra Dan y haciéndole cosquillas con el pelo en el brazo.

—Vuelo —dice Dan, aunque no salgan hasta mediodía.

—¿Te vas a algún sitio exótico?

—Tampa —dice Dan, subiéndose los pantalones hasta la cadera.

—Qué suerte —bosteza Alex mientras se separa para coger sus calzoncillos, que están medio escondidos bajo el futón.

Cuando Dan se ha vestido no tiene claro qué hacer. Nunca ha hecho esto, la mañana de después, ni con Alex ni en general, entre los rollos de bar, la insistencia de que las pajas entre compañeros en la liga juvenil no son para nada gais, el hecho de que Dan estaba en el instituto cuando empezó a enrollarse con Alex a hurtadillas y su madre era igual de psíquica que de protectora.

Alex le apoya la barbilla en el hombro. Encaja bien ahí. Dan quiere huir del país, agradece poder hacerlo.

—Estaba algo así como enamorado de ti —dice Alex bajito.

Dan cierra los ojos.

—Me alegro de haberte visto —continúa Alex, clavándole la barbilla en el hombro a Dan con cada palabra—. Pero probablemente no deberíamos repetir esto.

—Ya —dice Dan. Si se hubiera esperado esto (y no lo esperaba, de verdad; en ese caso no hubiera venido) habría esperado sentirse triste, o aliviado, o algo, pero no siente nada, de verdad, y luego solo culpabilidad por esa falta, hirviendo a fuego lento.

Alex lo acompaña a la calle, porque siempre ha sido ese tipo de caballero, de una forma extraña. Son las ocho de la mañana y cualquier otro barrio estaría lleno de actividad, pero hay silencio, toda una manzana de gente durmiendo la resaca y las noches de escribir trabajos.

—Supongo que lo de Pecas no va bien —dice Alex con voz neutra.

—Alex —empieza Dan.

—No, lo siento. Lo siento. —Se muerde el labio y se pone de puntillas. Es tan bajo que el beso que quiere darle en la mejilla acaba más en la mandíbula de Dan que otra cosa—. Que vaya bien el vuelo.

—Lo siento mucho —dice Dan. No tiene claro por qué se está disculpando, la verdad. No haber salido del armario hace un año cuando Alex quería; la homofobia en el deporte; que Alex hubiera estado enamorado de él; el haberlo llamado para acostarse; las pecas de Marc.

Quizá por todo.

—Lo sé —dice—. Rómpete una pierna.

Dan parpadea. Alex le devuelve la mirada con cara de inocencia.

—Eres un capullo —dice Dan al final.

—Ah, ¿no es eso lo que dicen en hockey? —pregunta Alex.

—Un capullo —repite Dan, porque es mejor que soltar «siento no haber podido enamorarme de ti», y le revuelve el pelo a Alex como venganza.

Se va mientras Alex está chillando de indignación, riéndose un poco. Probablemente Sarah lo llame furiosa en un rato. Probablemente no vuelva a ver a Alex en un tiempo, y cuando se vean será incómodo. Debería importarle más. Quiere que le importe más.

Llama a un taxi para ir a casa. Sus padres están trabajando los dos, pero tiene una nota de su madre en la nevera. No sabe cómo lo hace, pero puede oír la bronca en la cabeza mientras la lee, sobre cómo tiene que llamar si no va a ir a dormir, sobre fans locos de los Leafs y secuestros y que será mejor que no lo hayan asesinado, porque, si es así, lo mata. Garabatea una disculpa bajo la nota y sube a su cuarto para taparse con las sábanas y esconderse un par de horas.

No mira el móvil hasta que no está en el metro de camino a encontrarse con el equipo para el vuelo, demasiado agotado para conducir, y tiene dos llamadas perdidas de su madre y ocho mensajes preguntándole dónde se ha metido de varios miembros del equipo. Cuatro son de Marc, en diferentes momentos de la noche y claramente en diferentes estados de embriaguez, y, finalmente, una llamada perdida de Marc a las tres de la mañana, cuando Dan estaría sobado al lado de Alex. Dice algo horrible sobre Dan, probablemente, que eso sea lo que lo hace sentir más culpable: no Alex, no que Sarah vaya a estar furiosa o haber preocupado a su madre, sino que no cogió la llamada de Marc. Dice algo patético.

*

Entonces, salir dejar de ser algo que hace solo de vez en cuando. Entonces, salir se convierte en algo casi enfermizo, hasta que cada vez que juegan fuera Dan encuentra a alguien con quien poder correrse rápido, a ser posible antes de que llegue el toque de queda. Cuando no llega a tiempo supone que Marc miente por él, porque nadie dice nada. Su hockey sigue siendo decente y es casi como si no pasara nada. Está Dan, el alero de hockey, que juega en la cuarta línea y a veces hasta en la tercera, cuando es genial (o cuando Pazuhniak pilla la gripe, las dos van bien). Y luego está Dan, el tío que va a bares y se tiraría a casi cualquiera con pene para poder calmar el ansia que se lo come por dentro. Jugar en casa es una tortura. Los viajes largos lo están agotando. La temporada está a punto de acabar y sigue yéndoles bien, casi tienen un sitio asegurado en las eliminatorias, y nada de todo eso le parece real.

La sensación de irrealidad se ve enfatizada por el hecho de que, por primera vez, Dan y Marc no se llevan bien. No es algo que nadie fuera a notar, pero a estas alturas Dan conoce a Marc, lo conoce demasiado bien probablemente, y Marc se está separando de Dan poquito a poco. Apenas levanta la cabeza cuando Dan llega justo antes del toque de queda, le da la espalda desnuda a la puerta cuando Dan llega después del toque de queda, supuestamente dormido aunque Dan sepa que no lo está. Sigue hablando sin pausa cuando Dan está ahí, absorto, todavía se apoya en el hombro de Dan en el avión para ponerse más cómodo, mete la mano en la bolsa de Dan sin preguntar para encontrar otro par de gafas de repuesto, pero algo se ha ido a la mierda. Dan sabe por qué, pero no sabe cómo arreglarlo sin lidiar con el

problema de Marc en sí. Y no lo quiere hacer. No lo va a hacer.

Marc no dice nada por la mayor parte, hasta el día que Dan se despierta con la boca seca y la vista borrosa con alguien sacudiéndole el hombro. Es Marc, con el pelo húmedo, a medio vestir y la corbata en la mano. Dan le sonríe adormilado y Marc le devuelve la sonrisa brevemente antes de que su expresión pase a ser extrañamente neutra.

—Te he dejado dormir más —dice Marc—. Tenemos que irnos en media hora y te tienes que duchar, a no ser que quieras explicarle al entrenador por qué hueles como una cuba.

Dan se obliga a salir de la cama. La ducha ayuda mucho a que se sienta humano otra vez y, cuando sale, Marc se ha ido, pero hay comida que debe de haber pedido al servicio de habitaciones. Huevos y tostadas y medio litro de café que hacen que pueda borrar la noche anterior.

Llega al bus justo a tiempo y se deja caer en su asiento habitual junto a Marc.

—Gracias —dice, dándole un golpecito en el hombro, y Marc no dice nada, pero un minuto después le devuelve el golpecito.

*

Sus padres no están cuando vuelve a casa, han ido a visitar a su abuela, así que no espera el golpecito en la puerta su noche libre, y menos espera ver a Sarah. Se prepara para que le grite por lo de Alex, pero Sarah levanta una caja de cócteles de vodka, y Dan no lo admitiría delante de nadie (quitando a Sarah, que ya se ríe de él), pero probablemente sean su *kryptonita*, así que la deja pasar.

No le pide que hable, ni le grita, solo le da vodka con frambuesa, se abre una cerveza y enciende el canal de deportes. Los Islanders están jugando contra Florida, un peñazo total, así que al final cambian a una comedia estúpida y, gracias a Dios, Sarah sigue en silencio mientras Dan se emborracha cada vez más, tanto con el azúcar refinado como con el alcohol. No sabe si Alex no se lo ha contado o si Sarah ha decidido no meterse en su vida por una vez, pero, sea lo que sea, cócteles de vodka y que no te griten es un buen plan.

Al par de horas, y después de una buena cantidad de botellas vacías que cubren la mesa de café, Sarah se gira hacia él.

—Tienes dieciocho años —dice.

Dan la mira.

—Sí —dice, cauteloso, porque a Sarah se le da muy bien colocar trampas.

—Sabes que no vives en una tragedia de Shakespeare, ¿no? No eres Julieta.

Dan hace una pausa para pensarlo.

—¿Por qué sería yo Julieta? —pregunta.

—Marc es más galante que tú —dice Sarah con desdén.

Dan no puede discutirlo. Pero.

—Julieta tenía como trece años —señala Dan. Por fin sus clases de literatura del instituto han servido para algo—. Yo dieciocho. Por lo tanto, soy mucho más trágico que ella.

Está seguro de que es un argumento infalible.

Sarah suelta una risotada. Es increíble lo poco de señorita que es su risa, y Dan se lo dice, lo que lleva a una pelea de pinchazos. La moqueta se llena de cerveza y Dan va a echarle la culpa única y exclusivamente a Sarah cuando vuelvan sus padres.

—Pero, en serio —dice Sarah una vez lo ha declarado ganador de mala gana y ha ido a ponerse otra cerveza—. Esto es una intervención. Estoy interviniendo. Estás arruinando el nombre de los Riley con lo triste y pillado que estás. Ojalá mis putos problemas románticos

fuera tan simples como los tuyos, pero aquí estás. Triste y pillado. Patético.

—No estoy triste y pillado —le discute Dan sin mucha fuerza. Luego—: ¿Tengo que pegarle a alguien?

—Triste y pillado —repite Sarah con decisión, y añade—: Creo que los hermanos pequeños no deberían ser los que se ofrecen a pegarle a alguien.

—Sí, si solo sales con pardillos a los que les saco quince centímetros y que parecen palillos —dice Dan.

—Cierto —dice Sarah—. Aunque básicamente acabas de describir a Alex, y eso es..., raro. Bueno, no quiero hablar del tema.

—Pero ¿tú puedes montar una intervención?

—Privilegios de primogénita —dice Sarah—. Ajo y agua.

Dan se bebe enfurruñado su delicioso vodka con frambuesa. Sarah vuelve a poner el canal de deportes, donde Vancouver y Chicago juegan un partido considerablemente más interesante, y vuelven a no hablar, como Dan prefiere. Está borracho y agotado cuando Sarah apaga la tele al terminar el partido y se va a su antigua habitación, así que Dan se acomoda en el sofá, con pocas ganas de tener que subir escaleras.

Cuando se despierta al día siguiente tiene una aspirina en la mesilla junto a una botella de Gatorade. A su lado hay una notita:

Eres un pardillo triste y pillado, Julieta.

Y te emborrachas con nada.

xo

Sarah

A Dan le duele la cabeza, así que tampoco puede discutirle la segunda parte. Se toma la aspirina, se bebe los preciados electrolitos y sube a la cama para echarse una siesta antes de ir a entrenar.

*

Marc se le encara cuando queda una semana de temporada y tienen el quinto puesto prácticamente asegurado, a no ser que Montreal (el actual sexto) haga algo grande, cosa que Marc probablemente disfrutaría, el muy masoquista. Marc está dormido cuando Dan vuelve al hotel en Nueva York y por la mañana está despierto y despejado mientras Dan todavía intenta ahuyentar el sueño rascándose los ojos, y mira a Dan dar vueltas por la habitación con torpeza, tan serio que resulta inquietante.

—¿Qué coño? —pregunta Marc, al final, como si eso fuera una pregunta completa por sí misma. Dan supone que lo es, porque sabe qué está preguntando.

—Salgo de fiesta —dice Dan con cuidado. No es para tanto.

—Esto es nuestro trabajo —dice Marc, y la fina máscara de compostura que siempre tiene en la cara parece resquebrajarse, convertirse en algo irreconocible—. ¿Qué pasa si dejo de cubrirte, Dan?

—Como si te importara que sea nuestro trabajo —dice Dan—. Me esfuerzo el doble que tú.

—Cuando juegues igual de bien que yo, me callaré —suelta Marc.

Dan lo mira. No es como si no fuera verdad, no es como si no fuera obvio para todo el mundo, pero Marc normalmente no menciona lo de que es un puto prodigio. Dan nunca ha tenido claro si es modestia, o simplemente no se da cuenta o no le importa lo mejor que es que básicamente todo el mundo, especialmente Dan.

—Lo siento —murmura Marc, frotándose los ojos. Parece tan cansado de golpe que a Dan le duele, lo siente también, le llega el agotamiento de golpe, de los moratones y rasguños y partidos largos y noches largas.

—Culpa mía —dice Dan, automático, porque lo es, y con eso consigue una tregua incierta hasta que empiezan las eliminatorias, los Leafs contra los Rangers, que habían sorprendido a todos al conseguir ser los primeros de una división floja, mientras que Montreal ha hecho vudú para robarle el quinto puesto de las manos a Toronto.

Dan deja de salir, porque es difícil esconderse incluso en una ciudad tan grande como Nueva York cuando eres el enemigo, especialmente porque jugar contra un equipo varias veces seguidas hace que los fans se familiaricen con la cara de dicho enemigo. No es lo suficientemente estúpido como para pensar que los bares de ambiente serían una excepción, porque ahí está él: Dan, gay, el enemigo. Casi ni entra en el equipo, pero, aun así.

No sale los dos primeros partidos, se arrejunta con el resto del equipo en el hotel, con videojuegos y coñas y las barbas irregulares que se están dejando y que hacen que Dan tenga un caso grave de vergüenza ajena. La suya es decente. La de Marc es la peor, una pelusilla rubia casi invisible, que parece solo algo suavecito y no una barba.

Dan se avergüenza profundamente de encontrarlo sexy de todas formas.

Consigue aguantar una victoria y una derrota en Nueva York y una victoria y una derrota en Toronto. Le pica la cara, la piel, y nunca se había sentido así, con el borboteo suave de la emoción, de que pasa algo. Y entonces vuelven a Nueva York, el mismo borboteo, la misma ansia familiar, como si no cupiera en su propia piel. Llegan allí la noche antes del partido para poder entrenar por la mañana, llegan lo suficientemente pronto como para que Dan pudiera dejar las maletas y simplemente salir a chupársela a alguien, si quisiera. Y quiere.

Llega a la habitación y Marc desaparece, porque está intentando lo de crear vínculos con el equipo durante las eliminatorias, como si fuera un estudio sociológico o algo, «El desagradable marginado francés se introduce en el rebaño». ¿Eso es sociológico? Quizás antropológico. A Dan le da igual. Marc lo sabría, pero Marc se ha largado a hacer su experimentillo sin decirle a los demás que está haciendo un experimento, y Dan arde de ansia por dentro. Ve un poco la tele y arde. Se cambia para quitarse la ropa de viaje y arde.

Se guarda la tarjeta del hotel y sale al aire nocturno, porque nada podría ser peor que lo que siente bajo la piel.

Esta vez consigue no quedarse en un baño, se va al piso de un tío y se lo tira lento, porque no tiene prisa, ¿no? Marc lo cubre, siempre lo va a cubrir, y eso es lo que es Marc ahora. Una coartada, un amigo, un desperdicio de sentimientos de mierda.

El chaval lo besa tanto que probablemente Dan le deje la cara afeitada irritada con la barba. Dan ha descubierto que los tíos no siempre se molestan en besar y no sabe cómo se siente cuando lo hacen. Vuelve a tener un peso en el estómago, como si tuviera que irse, pero se queda un rato, deja que el chaval le dé una cerveza y una mamada, le devuelve el favor; y ahora es tarde, muy tarde, tan tarde que Dan apenas va a conseguir dormir un ratito, y Marc tiene razón: es poco profesional, es patético, pero Dan no sabe cómo compartir habitación y pista y vida con Marc y no seguir adelante sin que supure, así que esto es lo que hay.

Cuando Dan pilla un taxi para volver al hotel sigue algo borracho, las cervezas del tío han conseguido que pase de su límite habitual que se pone cuando está en público. Le deja propina de más al taxista porque solo lleva suelto en dólares canadienses y duda que colara

lo de dejarle un par de esos.

Intenta ir con sigilo por la entrada del hotel, como si a alguien le importara, como si el recepcionista de noche tuviera línea directa con el móvil de su entrenador y tuviera la obligación de llamarlo si alguien llegaba tarde. Es una estupidez, y probablemente haga que sea más obvio, porque va más bien dando pisotones y no de puntillas, pero llega a su planta sin problemas. Una victoria.

Recorre el pasillo silencioso, deja la luz apagada cuando entra en la habitación y se empieza a desvestir en la oscuridad tan en silencio como puede estando contentillo. Ha llegado sano y salvo y puede dejar el agotamiento y el odio hacia sí mismo para mañana.

Da igual, al final, porque la luz de la mesilla se enciende cuando está a medio quitarse los vaqueros, y Dan se sobresalta, se tropieza con los pantalones y se cae de golpe al suelo enmoquetado.

—Dios, Marc —dice Dan, con el corazón a punto de salirse del pecho.

—El toque de queda ha sido hace tres horas —dice Marc, con la cara totalmente neutra.

Dan asiente sin abrir la boca.

—Mañana tenemos el quinto partido de la serie —dice Marc.

Dan vuelve a asentir, consigue volverse a poner de pie y se sube los vaqueros.

—He mentido por ti —dice Marc—. No dejo de mentir por ti.

—No es... —empieza Dan—. No afecta a cómo juego.

—¿A quién coño le importa eso? —le grita Marc saliendo de la cama, en calzoncillos y con el pelo revuelto, para meterse en el espacio de Dan. Dan tiene miedo, de repente, muy a su pesar, no porque Marc sea intimidante (no con lo pequeño que es en comparación con Dan), sino porque no se acuerda de la última vez que Marc le gritó a alguien que no fuera un adversario, e incluso eso es raro. Porque Marc nunca ha estado enfadado con él hasta ahora, así no.

—¿Dónde estabas? —pregunta Marc de golpe en voz baja, peligrosa.

Y Dan lo suelta sin pensar, le salen las palabras, cortantes:

—Por ahí haciéndole una mamada a un tío que antes me ha dejado metérsela.

Joder, a su madre le daría vergüenza.

Marc entrecierra los ojos.

—No empieces a imitar a Stevens solo porque...

—No es eso —lo interrumpe Dan, y ahora nota el sonrojo, el que Marc suele provocarle, aunque normalmente sea cuando se está metiendo con él, el rosa avergonzado que hace que le ardan las orejas y que se le cuele cuello abajo—. No estoy de coña.

Marc se queda en silencio un momento eterno y luego empieza a reírse. Dan lo nota como una patada en el estómago.

—Lo siento —consigue decir Marc entre risas—. Pensaba que eran drogas o la mafia...

—¿La *mafia*? —pregunta Dan, incrédulo.

—Algo malo —dice Marc más tranquilo.

—Es malo —dice Dan sin pensar, y ve cómo la cara de Marc se vuelve compasiva, casi con pena, como si Dan fuera un gay de esos que se odian a sí mismos—. No lo de... —No sabe cómo acabar—. No me avergüenzo.

—Vale —dice Marc, pero como si no se lo creyera, todavía empalagosamente compasivo.

—¿Qué coño vas a saber tú de todas formas? —salta Dan a la defensiva. Marc siempre tan decente, el activista que no sabe una mierda de primera mano.

—Dan —dice Marc, dulce.

—Que te jodan —dice Dan, seco. De repente, es demasiado, todo, la presión y la posibilidad de alcanzar la gloria, y la sensación del sexo todavía pegada a su piel incluso después de haberse duchado en casa del chaval. La comprensión de Marc, su cara compasiva y condescendiente que no significa nada a la hora de la verdad. Ah, claro que Marc es comprensivo. Claro que Marc es compasivo. Marc no ha ocultado lo de su activismo, aunque le gane miraditas y coñas. Pero así es Marc, de la cabeza a los pies, y Dan no puede soportar la posibilidad de perderlo.

Solo que Dan puede soportar la posible pérdida, quizás, o puede que solo se fíe de Marc lo suficiente, porque tira de Marc contra sí antes de poder pensarlo, con las manos apretándole los hombros y los labios cayendo ligeramente a la izquierda de la diana. Es un beso horrible y dura lo justo para que Dan entre en pánico (porque Marc se ha reído cuando se lo ha dicho, y defiende a los gays anónimos del mundo en el vestuario, pero esto es diferente, a medio vestir en la oscuridad; ¿y si Marc lo odia?, ¿o lo cuenta?, ¿y entonces Dan se convierte en el marica que atacó a su compañero de cuarto, y nadie quiere volver a jugar con él y su carrera se acaba a los dieciocho?) antes de que Marc se aparte, lento.

—Dan —dice—. Piensas demasiado.

Dan suelta una risa corta e incrédula, porque con sus libros pretenciosos, su causita de la semana, sus burlas constantes, Marc no es quién para hablar.

—Cállate —dice Marc antes de que Dan pueda decir todo eso, pero lo dice con delicadeza, la palabra enganchada en el aire entre sus bocas, en el poco espacio que hay entre ellos. Luego lo vuelve a atraer hacia sí, sin nada de delicadeza, con las uñas cortas clavándosele a Dan en la nuca.

Objetivamente hablando, es un mal beso, igual de malo que el primero. Marc le clava los dientes en el labio, le clava las uñas en la piel, pero a Dan le da igual, lo aprieta contra sí hasta que el calor del pecho de Marc empieza a atravesar la camiseta de Dan, hasta que puede recorrerle la espalda con las manos, notar el músculo tenso bajo su piel.

La cosa mejora, poco a poco, cuando las manos de Marc se cuelan por debajo de la camiseta de Dan, le recorren la curva de la columna mientras su boca se vuelve más suave contra la de Dan, y cuando Marc lo mueve hacia la cama, Dan lo deja empujarlo hasta que cae. Está agotado, sin energía, y ya se ha corrido dos veces en una noche, pero parece dar igual, con las piernas de Marc sobre las caderas, la tensión del músculo bajo los dedos, la sangre borbotándole en las venas.

Casi se pierde en la sensación, podría perderse en ella completamente, pero Marc se separa, lo mira tímido, de repente. Dan no lo ha visto tímido en su vida.

—Nunca he... —dice Marc—. Con un chico —añade, rápido.

Y de golpe no es suficiente, tenerlo encima. Dan se siente arder por todo el cuerpo.

—Podemos parar —dice, porque no es suficiente, ni de lejos, pero Marc parece nervioso y eso es más importante que el sexo, siempre. Marc parece nervioso, como si Dan fuera algo por lo que estar nervioso, y Dan va a hacer todo lo que pueda para que Marc nunca vuelva a mirarlo así.

—No —dice Marc con un gesto de cabeza decisivo que es tan suyo que duele—. Sí quiero. Contigo.

Y Dan tiene que tocarlo, dejar que Marc, con las manos tan diestras como siempre, le desabroche los vaqueros.

No es elegante, no consiguen aclararse con el ritmo, pero sale bien de todas formas, con Marc escondiendo la cabeza en el cuello de Dan, jadeándole con fuerza en el hombro. Cuando se corre es casi en silencio, pero probablemente sea porque le está mordiendo el hombro a Dan como el salvaje que es casi abiertamente.

Al terminar, sucios, se quedan ahí, sin moverse, hasta que Marc empieza a pesar de una forma que indica que se está quedando dormido con la cabeza resguardada en el cuello de Dan. Dan le da golpecitos hasta que se mueve, porque quiere a Marc, por Dios, pero Marc no es precisamente una delicada flor, y Dan necesita que las piernas le funcionen mañana. Marc gruñe, pero se levanta y rueda hasta quedarse tumbado bocabajo a su lado, y Dan se levanta el tiempo justo para limpiarse en el baño, quitarse la ropa y tirarle una toalla húmeda a la cara molesta de Marc.

Marc lo mira como si estuviera considerando asesinarlo, brevemente, pero se limpia y se digna a dejar que Dan se tumbe a su lado. Dan serpentea hasta que los dos acaban bajo las sábanas, por pura fuerza de voluntad, considerando que el muy vago de Marc se niega a mover el culo. Marc coloca a Dan como mejor le parece una vez Dan ha terminado de hacer todo el trabajo, y Dan se lo permite.

Entonces se quedan quietos, tumbados, la cabeza de Marc contra el pecho de Dan. Debería dormir, tiene que hacerlo, el partido cada vez está más cerca, pero está demasiado absorto en todo lo que ha pasado. Debería moverse para no estar en la misma cama. Alguien se va a dar cuenta en algún momento, y entonces quién sabe lo que va a pasar, si los separarán o intercambiarán a uno de ellos con otro equipo (a Dan, claro, no se desharían de Marc) o qué...

—Dan —dice Marc, sonando adormilado. Entonces añade, por segunda vez esta noche —: Piensas demasiado.

Ahora Dan nota la curva de la sonrisa de Marc contra su pecho, un pequeño espasmo familiar que significa que Marc todavía no ha decidido si se está riendo de Dan o con él.

—Duérmete, capullo —le dice Dan, sintiendo esa estúpida y preciosa sonrisa contra la piel, y hace caso de su propio consejo.

iii. ruedines

Dan consigue prácticamente todo lo que quiere justo cuando no tiene nada de tiempo para aprovecharlo. No hay tiempo para hacer nada, ni siquiera con la habitación compartida y una puerta con pestillo. Si la temporada regular ya es agotadora, las eliminatorias son peores, y Dan no se había dado cuenta de que había estado tirando con el depósito vacío, siguiendo esa ansia bajo la piel hasta quedarse seco, hasta que había desaparecido. Ahora tiene la privacidad, la oportunidad, pero lo único que consiguen antes del quinto partido es una sesión de magreo adormilado antes de la siesta, la cual los dos se toman muy en serio.

Ganan el quinto partido, y los Rangers, que habían estado muy gallitos en la pista, parecen un poco alucinados, aunque han estado por detrás de los Leafs toda la serie. Si siguen con el patrón, el próximo partido lo tienen que ganar los Rangers, pero Buchanan acaba con ese tipo de pensamientos antes del sexto partido.

—Nuestras familias está ahí —dice—. Joder, nuestros fans están ahí. ¿Queréis hacerlos esperar? ¿Queréis que nos tengan que ver ganar la serie por la tele? Vamos por ellos.

Dan no sabe si Buch se refería a ir a por los Rangers o a hacerlo por los fans, pero sea lo que sea, lo hacen. Marc está en la pista cuando suena el sonido de fin de partido, una victoria 4-2, el gol de partido uno de Marc en el segundo periodo, y hay un momento de duda en el banquillo antes de que todos salten la valla para rodear a Jaworski, que ha aguantado contra un torrente de disparos en el tercero. Pazuhniak le grita en la cara algo que Dan no consigue oír por encima del ruido de la multitud, pero sea lo que sea, Dan seguro que está de acuerdo.

Encuentra a Marc de alguna forma en la masa de gente, le rodea con el brazo y lo aprieta contra sí dándose un golpe en la barbilla contra el casco de Marc. Marc le devuelve el abrazo y Dan oye su risilla eufórica incluso por encima del rugido.

Jugar contra los Penguins no es tan triunfal. Pierden los dos partidos en Pittsburgh, vuelven a Toronto con un público algo más apagado. Dan vuelve a Toronto para quedarse en el banquillo, para que le digan que va a ver el siguiente partido desde la zona de prensa; cometió una falta estúpida al darle con el palo a uno que terminó con Pittsburgh marcando en superioridad numérica y, aunque el marcador final tenía una diferencia de más de un gol, a saber qué habría pasado si Pittsburgh no hubiera cogido carrerilla con ese gol. Se merece que lo dejen sin jugar, pero tampoco dura mucho; consiguen a duras penas una victoria en Toronto, pero eso es todo. Vuelven a Pittsburgh perdiendo la serie 3-1, y se van de allí con las vacaciones por delante y una ciudad decepcionada.

No todo es malo. Nadie esperaba que ganaran la Copa, ni siquiera los fans más acérrimos, y han llegado a la segunda ronda por primera vez en años, que ya es una mejora. La prensa tiene también tema de conversación en Marc, que ni ha cumplido los diecinueve y ya tiene un gol de serie, una nominación al Calder y la incapacidad de sacar otra cosa que su lado humilde con ellos, avergonzado. Se ha convertido en el símbolo de Toronto resurgiendo de sus cenizas, la cara visible de lo que podría ser una reconstrucción del

equipo, y el consenso de los fans y los medios es una emoción tentativa por ver lo que traerá la temporada que viene.

Dan no puede estar del todo decepcionado con la llegada del verano cuando Marc usa la excusa de querer ver cómo terminan las eliminatorias y se queda en Toronto. Tiene su propio apartamento, pero es un antro total, está tan desordenado que Dan no puede evitar ponerse a limpiar cada vez que va, lo que parece tocarle tanto las narices a Marc como el desastre se las toca a Dan, así que al final suelen terminar en casa de los padres de Dan. Sobre el papel, Marc duerme en un colchón hinchable en el cuarto de Dan, pero el colchón se queda sin usar mientras Marc se tumba sobre Dan y le tapa la boca con la mano si hace demasiado ruido con sus padres en casa.

Pittsburgh sigue avanzando como un tanque, acaba con los Montreal Canadiens en la final de la Conferencia Este, con lo que Marc se enfada, porque su lealtad es la peor del mundo, o la mejor, depende de cómo lo mires. De todas formas, a Dan los refunfuños disgustados de Marc antes de dormir le parecen encantadores, muy a su pesar, y solo paran cuando Dan se apoya la cabeza de Marc bajo la barbilla de forma que Marc no puede hacer otra cosa que murmurar contra su pecho.

—Ea, ea —dice Dan, un poco burlón, mientras le frota la espalda, y no le sorprende nada que Marc lo muerda.

Empiezan a entrenar juntos, pero es un fracaso desde el principio. Marc, que disfruta de dormir hasta tarde y prefiere la horrible cinta por algún motivo, desprecia la carrera matutina de Dan, y sus rutinas de fuerza son obviamente diferentes, teniendo en cuenta las diferencias en sus tipos de cuerpo y estilos de juego. La única similitud real en su rutina es ir a nadar, y Sarah les sugiere que se apunten al gimnasio de la Universidad de Toronto, que se ha vaciado durante el verano, así que tienen el centro deportivo prácticamente para ellos solos, pueden retarse a ver quién hace más largos y después quedar con Sarah para tomarse un café. Sarah está haciendo cursos de verano por algún motivo que Dan es incapaz de entender, ya que Sarah va bien en clase. Aunque a lo mejor sus padres le dijeron que debería buscarse un trabajo de verano. Sarah es totalmente el tipo de persona que trabajaría muy duro para evitar trabajar.

El entrenamiento combinado los mantiene ocupados hasta mediados de junio, y ven la final de la Copa Stanley juntos, todos los Riley y Marc. Sarah va a casa esa noche, su padre enciende la barbacoa y su madre hace cócteles veraniegos, porque el cumpleaños de Dan ha pasado y ya tiene diecinueve. Marc, con todavía dieciocho, dice que la edad para beber en Quebec debería aplicarse en su caso, lo que no es un argumento especialmente convincente por lo que a Dan respecta, pero que, de todas formas, le consigue a Marc una sonrisa encantada y un vaso grande de sangría, así que, qué sabrá Dan.

Dan deja casi medio metro entre ellos en el sofá, pero por las miradas que le están echando sus padres, la sonrisilla de su hermana y los suspiros ofendidos y cargados de significado de Marc, es un desperdicio de energía. Cuando Pittsburgh gana, con una ventaja de dos goles que se extiende del segundo periodo al tercero, Dan apaga la tele antes de que salga la copa, ignora el grito de consternación de Sarah, choca el hombro contra el de Marc y nota cómo este se lo devuelve. Duele, ligeramente, ver la copa ir a cualquier sitio que no sea sus manos, pero pronto estará descansando en su casa en el Templo de la Fama de Hockey, a un tiro de piedra del estadio de los Leafs, el Air Canada Centre; y será suya, algún día, lo dice todo el mundo, esperanzados por una vez, con un equipo en la liga inferior lleno

de talento ofreciendo apoyo, una alineación sana, bastante joven, y el increíble Marc Lapointe metiendo caña.

Era fácil olvidar cuando no se habían acabado las eliminatorias, pero Marc tiene que irse en algún momento, las conversaciones con su madre se han vuelto cada vez más largas y tensas, conversaciones de las que Dan no entiende ni una palabra, pero que aun así lo dejan sintiéndose culpable. Tres días después de que la copa caiga en las manos de los Penguins, Marc se va, primero a casa y luego a los premios de la NHL. Antes de irse a Montreal le ofrece a Dan que vaya con él como su acompañante a los premios, y Dan se lo toma como un chiste y finge que no ve cómo Marc aprieta la mandíbula.

Dan ve los premios solo. Sus padres se le unen al principio, pero después de que su madre intente pararle la pierna que no para de mover (y fracase) y su padre haga un chiste que hace que Dan le pegue un corte, desaparecen. Marc ha llevado a su madre de acompañante y, cuando enfocan a Marc de cerca en la audiencia, Dan la ve, mucho más calmada y serena de lo que se siente Dan. No le cambia la cara cuando anuncia al ganador del Calder, Zach Parrish, y a Marc tampoco.

Marc lo llama después de la gala, sonando mucho menos enfadado por haber perdido el Calder de lo que Dan está en su nombre. Marc aguanta el discurso que Dan lleva preparando desde que vio cómo le daban el premio a Parrish, que no ha hecho nada muy especial, en su opinión, que juega en un equipo que ya lo tiene todo, al que le han caído goles y asistencias por el simple hecho de tener un alero experimentado y de increíble talento, y que se ha llevado lo que le correspondía a Marc por derecho.

Marc hace un ruidito de reconocimiento, si no de asentimiento, mientras Dan enumera las razones por las que Marc se lo merecía más, y solo comenta que Dan no es imparcial dos veces, así que probablemente se esté conteniendo. Dan dice casi todo, menos lo mucho que quiere que Marc vuelva y haga como que duerme en su colchón hinchable, como si alguien (menos Dan) siguiera fingiendo que no están apretujados en la cama individual juntos, siempre en peligro de tirar al otro al suelo.

Dan sigue acelerado cuando Marc le cuelga para volver con su madre y darle la mano a gente importante, con esa ansia que ha tenido todo el año, pero diferente, porque Dan no quiere salir y beber y juntarse con alguien lo que dure una paja, así que en vez de eso se pone las deportivas y sale a correr en la oscuridad hasta la playa y luego de vuelta, hasta que su pulso es tan fuerte que no le permite oír nada más.

Empieza a entrenar al día siguiente, su propio plan y no el punto medio que tenían al entrenar él y Marc juntos. Ha decidido ganar músculo, luchar contra lo que le queda de ser desgarbado (cosas de tener diecinueve años). Entrena duro, corre antes del amanecer o después del atardecer para evitar la humedad caliente y pegajosa, se junta con otros jugadores de la NHL de Toronto para echar partidillos, hace la inversión de comprarse unas pesas mejores para el sótano y hace que su padre lo vigile mientras entrena cuando está en casa.

Consigue ganar el peso, Dan no cree estar imaginandoselo, porque, cuando se rinde a las dos semanas, se pilla un tren a Montreal y reserva un hotel que tiene que cancelar porque Marc lo arrastra hasta su casa, de verdad que no se está imaginando el brillo pensativo en los ojos de Marc. La ignorancia que estaban fingiendo los padres de Dan no se extiende a los de Marc, que le preparan una cama en el sofá, lo miran como retándolo a que intente colarse en la habitación de Marc y consiguen darle una charla muy convincente de «como le

hagas daño a mi hijo te vas a enterar» sin decir una sola palabra en inglés.

Marc es el que se cuela en el cuarto de Dan, lo arrastra al cuartito de la lavadora en el sótano, así que enrollarse es algo incómodo, apretado y huele a suavizante. Después, Marc lo hace sentarse en el frío suelo de cemento, a su lado, le recorre con los dedos los músculos que se le empiezan a marcar ahora, lentamente, en el estómago, el pecho, el hombro donde Marc tiene la barbilla apoyada, y ya solo por eso vale la pena el viaje.

Para cuando Dan tiene que volver (frustrado por la negativa de Marc a entrenar con él obsesivamente, con la espalda dolorida de dormir en el sofá todas las noches y aproximadamente unas tres palabras nuevas de francés), la madre de Marc ha dejado de fingir que no habla inglés y mantiene conversaciones de verdad con él sin que Marc tenga que hacer de intérprete, y el hermano de Marc ha insistido en practicar su inglés con Dan y no con Marc, así que Dan supone que ha recibido el mayor sello de aprobación posible de los Lapointe. No parece que lo vayan a adoptar, como ha hecho su familia con Marc, pero él es él y Marc es Marc, así que tampoco le sorprende.

*

Mientras, el equipo ha estado ocupado haciendo traspasos. Consiguen a Keewatin, un portero veterano que les va a dar un par de años antes de tener que soltarlo en libertad, y Stevens se va a Dallas por Fyodorov y Larsson. Marc le da la noticia por Skype con tal bailecillo de felicidad que Dan no tiene ánimo para decirle que los dos aleros que han traído van a ir a las dos últimas líneas, tienen experiencia, al menos más que Dan, y son decentes y baratos y van a competir con Dan directamente por un sitio en la alineación.

El verano se pasa entre viajes, casi fácil a pesar de las cinco horas que los separan. Dan entrena y visita a Marc, y entrena y recoge a Marc en Union Station, en el aeropuerto; entre los dos se funden tanto en viajes que sería preocupante si no fueran jóvenes, estuvieran forrados y, al menos en el caso de Dan, lo suficientemente enamorados como para que el dinero sea irrelevante.

En un puente a principios de septiembre, se cogen una habitación en un hotel en Kingston, casi a medio camino exactamente entre sus ciudades, y Sarah se parte riéndose de Dan y le mete una caja enorme de condones en la bolsa, cosa que Dan descubre cuando llegan allí. A Dan no le parece especialmente divertido, pero supone que es útil, porque no estaba esperando con mucha ansia ese viaje a la farmacia ante la mínima posibilidad de que alguien lo reconozca y la todavía menor posibilidad de que alguien lo vea comprando condones y deduzca que se está tirando a un compañero de equipo. Han hablado de hacerlo, normalmente de noche mientras Dan tiene una mano en los calzoncillos, pero también en serio, más o menos, la logística, la experiencia de Dan y la que no tiene Marc, y cómo funcionaría.

Dan se ha acostado con chicos, con Alex un par de veces antes de cortar y aquella vez la temporada pasada, con algunos de los rollos que se llevaron a Dan a casa. Pero siempre es él quien da. A Alex simplemente no le interesaba, y Dan supone que la gente le echaba un vistazo, a lo grande que es, y simplemente asumía que no quería y ya. Dan no tiene nada en contra de hacerlo así, y se lo ha dicho a Marc, aunque Marc, siempre tan lógico, le comenta que probablemente sería mejor que alguien tuviera alguna idea de lo que está haciendo, lo cual tiene sentido.

Tampoco tienen prisa, cualquier cosa es fantástica después de aguantar solo con la mano, pero Marc, siempre tan lógico (y Dan estaría más molesto si no fuera porque Marc

está dando argumentos a favor de acostarse) comenta también que, una vez empiece la temporada, la logística se va a poner un poco complicada: si la lían, un tirón sería una pesadilla al patinar, un problema en los partidos.

Marc reitera todo eso después de una primera ronda acelerada, porque ninguno de los dos es lo suficientemente paciente una vez están en el mismo sitio.

—¿Como cuánto has investigado sobre esto? —pregunta Dan. Es una pregunta tonta. Marc lo investiga todo, por supuesto que va a investigar sobre sexo. Y no investigar de ver porno, seguro que no, investigación real y profunda con guías detalladas.

—Siempre listo —dice Marc son solemnidad,

—Suenas como un scout —lo acusa Dan.

—El que tiene cincuenta condones en la maleta eres tú —le señala Marc, y Dan se sonroja.

—Ha sido Sarah —murmura.

—¿Y Sarah te ha puesto lubricante también? —pregunta Marc, y Dan se sonroja todavía más antes de rebuscar en la bolsa y descubrir que sí, les ha puesto.

—Adoro a tu hermana —dice Marc.

Dan no lo comparte y se lo hace saber.

—Así no tenemos que comprarlo nosotros —dice Marc.

—No es mala hermana, supongo —concede Dan—. Pero sabes que lo ha hecho por motivos malignos.

Marc se ríe y lo atrae para darle un beso, torcido, la curva de sus labios contra los de Dan, la sonrisa demasiado grande para que el beso sea un éxito.

Primero compran cena, comida rápida de Tim Hortons, porque está cerca y están vagos, y vuelven al hotel. Marc se da una ducha mientras Dan juega con la botella de lubricante, inexplicablemente nervioso. No se ha sentido así desde la primera vez, cuando no tenía ni idea de qué coño estaba haciendo y estaba paranoico con que iba a hacerle daño a Alex e iban a acabar en el hospital con una lesión sexual, el doctor lo juzgaría y llamaría a su madre, a su entrenador, a su agente o algo. Era un chaval de diecisiete paranoico.

Probablemente no es mucho mejor a los diecinueve (sabe que no hay una visita al hospital en su futuro próximo, y toca madera dos veces en la mesita de noche para acabar con el gafe que pudiera traer el haberlo pensado), pero Marc no lo ha hecho nunca, y Dan quiere que sea, en fin. Bueno. Genial. Ni siquiera sabe cómo se sentiría si Marc se arrepintiera de hacerlo, de hacerlo con él, cuando Dan está tan pillado que probablemente resulte patético. Apenas han pasado cuatro meses, y buena parte de ese tiempo han estado en ciudades diferentes, y la idea de perder a Marc ya hace que Dan se ponga malo, aunque, sinceramente, ese sentimiento lleva ahí desde el principio.

—Vale —dice Marc, mandón, una vez que ha salido del baño, sacudiendo la cabeza como un perro mojado para salpicar a Dan con gotitas, porque es un capullo. Dan sospecha que ahora mismo está sonriéndole a Marc como un idiota, pero intentar no hacerlo es una misión condenada al fracaso.

—¿Vale? —pregunta Dan haciéndose el tonto.

—Vamos a hacerlo —dice Marc, y Dan se ríe mientras tira de él por el nudo de la toalla.

—No tenemos por qué —dice Dan—. Podría chupártela otra vez.

—Es tentador —dice Marc—. Pero con lo mucho que se ha esforzado Sarah...

—Norma número uno —dice Dan con una mueca.

—¿No mencionar a tu hermana? —pregunta Marc.

—¿Quieres que hable de Patrice ahora mismo? —dice Dan.

Marc arruga la nariz. No le gusta que le mencionen a su hermano en mejores circunstancias; se llevan tan bien como Dan y Sarah se llevaban cuando eran pequeños, es decir, mal.

—*Touché* —dice Marc, antes de volver a ponerse mandón—. ¿Por qué llevas ropa?

Dan es perfectamente capaz de pillar una indirecta. Potencialmente, las cosas podrían ponerse incómodas una vez solo hay piel entre ellos y una botella de lubricante tan ofensivamente enorme como la caja de condones; pero Marc lo distrae con un beso, otro, lento y relajado como las tardes después de entrenar, antes de que los padres de Dan llegaran a casa, el día tan cálido que tocarse era toda una proeza, con la piel pegajosa del sudor, el sabor de la sal cuando Dan le besaba la mandíbula a Marc.

Marc tiene la mandíbula apretada de esa forma que quiere decir que no va a aceptar un no, y la mantiene toda la preparación. Dan le mira la cara, el rubor que le baja por la garganta, le cubre el pecho, hasta que parece que se le sonroja todo el cuerpo, la piel cálida cuando Dan le roza el cuello con los labios.

—Venga —dice Marc antes de parecer estar listo, con la voz una octava más alta y acento francés marcado, pero Dan lo ignora hasta que lo repite, y entonces obedece. Marc suelta un gruñido impaciente.

—Paciencia —dice Dan, aunque sabe que no es una de las virtudes de Marc.

Marc le enseña los dientes. Es la única forma que tiene Dan para describirlo; desde luego, no es una sonrisa.

Dan se pelea con el condón tanto tiempo que resulta vergonzoso, incluso tras haberse limpiado los dedos en las sábanas y dar gracias de haber cogido una habitación con dos camas dobles, y no solo por la magia de poder negar que hayan compartido una.

—Vale, esto probablemente no va a durar mucho —le advierte Dan.

—Pues que sea bueno —dice Marc, y Dan se debate entre reírse y sacarle el dedo.

Dan empieza lento hasta que Marc le clava las uñas en el bíceps y lo anima a ir más rápido, jadeando contra su boca mientras Dan lo besa, le besa las mejillas y la frente y los ojos cerrados, con los brazos temblando de mantenerse sobre Marc entre las sábanas.

—Todo un éxito —dice Marc, abriendo un ojo y con una sonrisa satisfecha al terminar, mientras Dan los limpia—. La próxima vez quiero dar yo.

—Vale —acepta Dan de inmediato. Y luego, porque es un idiota y no piensa las cosas antes de hablar—: Te quiero.

—Y yo —dice Marc, flojito, cuando Dan se ha pasado ya un minuto en pánico por dentro—. Y sigo queriendo dar la próxima vez que lo hagamos.

Dan ahoga la risa contra la curva de la sonrisa de Marc.

*

Dan vuelve en coche a casa con una sonrisilla estúpida en la cara que le es imposible borrar, no hay remedio, y redobla sus esfuerzos al entrenar corriendo diez kilómetros al día, practicando el pase de ofensa a defensa con Harmon, un defensa de los Flames, hasta que los dos son más magulladura que persona y pueden hacerlo con los ojos cerrados. Después salen a beber algo y no hacen más que parpadear agotados hasta que se va cada uno a su casa y duermen como solo lo hacen los que están doloridos. Sigue una rotación de largos en la piscina comunitaria, peso libre, partidillos que son cada vez más escasos ahora que todo

el mundo se está preparando para sus campamentos de entrenamiento y yéndose cada uno por su lado.

Hay gente nueva, novatos, gente de los Marlies y chavales que han venido por traspasos, y Dan no sabe si saldrá bien parado en la comparación, por muchos partidos de ellos que vea, así que compite contra sí mismo, su yo de la temporada pasada, intenta patinar más deprisa, placar más fuerte, conseguir el tipo de resistencia que podría ayudarle a jugar veinte minutos por partido, aunque no es que esté esperando jugar tantos minutos; tiene una idea realista de sus propias habilidades.

Tuvo suerte la temporada anterior, lo sabe, la plantilla era más floja de lo que parece que va a ser este año, era floja en general, y tuvieron un par de lesiones largas que permitieron que alguien como Dan jugara en las últimas dos líneas. Este año van a ser mejores, y Dan tiene que ser mejor si quiere jugar con ellos en vez de que lo manden al equipo cantera. Es mejor, ha ganado músculo que no podía ganar de adolescente, peso que necesita para sobrellevar la devastación física que supone una temporada de 82 partidos, puede placar y esquivar y aguantar golpes. Está en la mejor forma en la que ha estado nunca.

Y, aún con eso, sabe lo que se viene antes de que pase.

iv. dejar hueco para el suplente

Cuando llega el campamento de entrenamiento, Dan está tan preparado como puede estarlo, se esfuerza tanto como el año pasado, un *déjà vu* si no fuera porque este año la gente sí que quiere hablar con Marc, ve la reputación y el talento por encima del bocazas quisquilloso, así que tiene que declinar invitaciones la primera noche.

Dan sigue a Marc a su apartamento y se limitan a dormir, agotados, y todavía están hechos polvo cuando se despiertan al día siguiente. Y el siguiente. *Ad infinitum*, como diría Sarah.

Esta vez es Marc el que está en el banquillo mientras le ponen unos puntos a toda prisa, mientras Dan carga contra el tipo que se estaba tomando el ejercicio demasiado en serio, recién llegado de Dallas y preparado para ocupar su sitio si Dan no va con cuidado. Marc lo llama su caballero de brillante armadura con suficiente sarcasmo como para matar a un hombre más débil y lo dejan irse antes mientras Dan mira con odio a Fyodorov al otro lado de la pista, que le devuelve la mirada, confuso.

Dos días más tarde le dicen a Dan que se quede a hablar con el entrenador Walters, y sabe exactamente qué va a pasar. Marc no. Marc está feliz en el talento que rebosa, y a veces no entiende que el trabajo de Dan pende de un hilo. Marc quiere quedarse a esperarlo, pero se va apacible cuando Dan lo empuja hacia la puerta.

—Cierra la puerta —dice Walters cuando Dan entra, y Dan la cierra. No se sienta, y no le piden que lo haga.

—Tienes buen aspecto, Riley —continúa el entrenador—. Has ganado mucho músculo, se te nota determinado en la pista. Vas a ser un buen jugador para este equipo.

Dan asiente y espera.

Walters se quita el sombrero, se pasa la mano por el pelo.

—Tenemos a los delanteros completos con los nuevos. No digo que no vayas a jugar. Tienes el potencial y tienes la determinación. Pero ahora mismo vas a jugar con los Marlies. Y veremos qué pasa esta temporada.

—Vale —consigue decir Dan. Es más difícil de decir de lo que había pensado, porque lo veía venir, lo ha visto venir todo el verano, pero eso no hace que sea más fácil de oír.

Se va directo a casa esa noche y su madre le ve algo en la cara que hace que lo mime, le prepare un té, le ponga el béisbol y se quede a verlo con él, aunque lo odie, hasta que a Dan se le suelta la lengua.

—Ay, cielo —dice, dándole un abrazo hasta que Dan apoya la cabeza en su hombro como si volviera a ser un niño. Espera hasta la sexta entrada antes de decir, con ternura—: ¿Se lo has dicho a Marc?

Cuando Dan se encoje de hombros bruscamente contra ella, su madre suspira, pero no dice nada. Dan no llama a Marc esa noche. Sabe que debería, sabe que es una putada no hacerlo, pero lo último que quiere en el mundo ahora mismo es a Marc enfadado en su nombre cuando Dan está demasiado cansado para sentir nada que no sea vacío.

Duerme hasta tarde la mañana siguiente, gracias a que el campamento de los Marlies no empieza hasta que los rechazados por los Leafs estén seleccionados y reunidos. Se despierta con dos mensajes de Marc, el primero preocupado y el segundo furioso. Solo la mitad está en inglés, pero el francés se compone principalmente de insultos y palabrotas, así que Dan lo entiende bastante bien.

Un Marc enfadado con él es mejor que un Marc enfadado por él, pero por poco, así que cuando Marc toca a su puerta, brusco, en lo que Dan supone es el minuto exacto en el que llegarías si hubieras salido volando del entrenamiento, llevado por las alas de la indignación justificada, Dan lo deja pasar y no se defiende cuando Marc se pasa un minuto dándole empujones antes de abrazarlo contra sí.

—Lo siento —murmura Dan contra el pelo de Marc. No está seguro de si se está disculpando por no habérselo dicho o por no ser lo suficientemente bueno para que se lo queden, pero, sea lo que sea, lo dice en serio.

—Idiota —dice Marc—. Me lo ha tenido que decir Buchanan.

—Lo siento —repite Dan, y luego deja que Marc lo arrastre hasta el sofá, donde se tumba sobre Dan y pone uno de los canales en francés para castigarlo. Y entonces procede a dormirse sobre Dan, pero tiene los brazos colocados de una forma tan inteligente que Dan no puede coger el mando sin despertarlo, y Marc parece tan agotado y exhausto que Dan no tiene ánimos para hacerlo.

Negar lo que hay entre ellos deja de ser una posibilidad básicamente cuando sus padres llegan a casa mientras Marc lo sigue usando de almohada humana y, si Dan no supiera que no es el caso, pensaría que Marc también tenía eso planeado. Se vuelve un poco un capullo desgraciado cuando está enfadado. Siendo justos, no hay ni rastro de sorpresa en la cara de sus padres, así que posiblemente solo estaban consiguiendo engañarlos en la cabeza de Dan.

Marc se queda a cenar y luego sube a la habitación de Dan, probablemente para perder el conocimiento en su cama mientras Dan se encarga de lavar los platos. Su padre lo mira enarcando las cejas, sugerente.

—No vuelvas a hacer eso nunca —le suplica Dan—. Por favor.

—Creo que es adorable —dice su madre—. Es un buen chico.

—Si tú supieras —dice Dan por lo bajo, y su madre le da un papirotazo en la oreja antes de irse de la cocina. Cuando Dan termina, sube las escaleras en busca de Marc y lo encuentra, cómo no, sin conocimiento en la cama de Dan, con la ropa puesta y ocupando todo el colchón. Dan lo mueve hasta que se despierta, lo ayuda a quitarse los pantalones de chándal y lo empuja al otro lado de la cama, ve la tele en el portátil con los auriculares y Marc pegado a él como una lapa. Pone la alarma pronto, por si acaso a Marc se le ha olvidado, y se despierta el tiempo suficiente por la mañana para que Marc le dé un beso de despedida con aliento de menta (¿ha usado el cepillo de Dan? Lo ha usado, ¿verdad?) antes de volver a dormir el sueño de los que no son lo suficientemente buenos.

*

La verdad es que no está tan mal. Es increíble que Dan tuviera su primer año cuando lo tuvo, que pudiera jugar una temporada entera de novato. Si hubiera jugado en un equipo mejor ni siquiera habría salido del equipo cantera. Los Leafs son mejores ahora de lo que eran cuando eligieron a Dan en el Draft. No por mucho, pero lo suficiente para que no tenga sentido mantenerlo en el equipo. No puede enfadarse por lo que es básicamente una buena

decisión empresarial.

Marc no lo ve así y Dan se ve tentado de devolverle su discurso de «no eres imparcial» del momento de ira que tuvo Dan después del desaire del Calder. No lo hace solo porque le gusta que Marc sea parcial, pero, mientras que la ira de Dan era perfectamente lógica ante una estupidez horrible, a Marc simplemente no le gusta que la elección correcta no sea la que le ayuda a tener a su novio cerca. ¿Puede decir novio? No es que lo hayan hablado, pero Dan cree que sexo, dormir en casa del otro y decirse «te quiero» les convalida el título de novios.

Tampoco es que Dan se haga una bolita y se rinda por no tener nivel para la NHL. Para empezar, con eso básicamente conseguiría no llegar nunca al nivel, y luego, nunca ha sido el mejor de su equipo, nunca ha sido el más rápido ni el más listo. Si no ser lo suficientemente bueno fuera un impedimento, habría abandonado el hockey a los doce cuando todo el mundo estaba pegando el estirón menos él.

Así que Dan aprieta los dientes y aguanta. Joder, podría ser peor. Podría ser mil veces peor. Podría estar en uno de esos equipos de la AHL que están a cientos o miles de kilómetros de su equipo de la NHL. Podría estar haciendo la maleta para irse a Estados Unidos a entrenar, o a la otra puta punta del país. No tiene que mudarse, ocuparse del alojamiento, dejar a sus padres, dejar a Marc. Coño, conoce a la mitad de los Marlies del campamento de entrenamiento y de cuando alguno jugó algunos partidos con los Leafs la temporada anterior, así que ni siquiera va a estar de pegote. Podría ser mucho peor.

Pero es una mierda de todas formas.

*

Una de las cosas buenas de los Marlies es que Dan ya no está hecho para la cuarta línea. Puede esperar jugar en la segunda, con posibilidad de mejorar, y enfrentarse a chavales que están tan desesperados por llegar al regazo de la NHL es lo mejor que le podría pasar. El tiempo que va a jugar en los partidos le va a dar una experiencia que el entrenamiento veraniego no podría darle, por mucho que trabajara.

El campamento de entrenamiento de los Marlies es más corto y resulta más fácil ahora que Dan no se está dejando la piel para permanecer en un equipo a cuyos márgenes apenas se puede agarrar. Se sigue esforzando, no sería él mismo si no, pero por una vez no tiene que pelear para mantener algo que apenas tiene.

La cosa es que a Dan le gustan los Marlies. Le gusta el entrenador Samson. Le gustan los chavales del equipo. La mayoría son jóvenes, tranquilos, lo entienden cuando Dan solo quiere volver a casa a dormir al acabar de entrenar, y cuando salen es más bien a tomarse unas cervezas en una zona tranquila en vez de salir de fiesta por el centro de la ciudad.

Todavía tiene a Marc. Marc, que ha conseguido que la madre de Dan le dé una llave y simplemente aparece un día en su sofá, sonriendo, y luego básicamente todos los días siguientes, pero Dan sabe que eso va a cambiar cuando empiece la temporada de los Leafs en un par de días, la de los Marlies solo una semana más tarde. Se puso a mirar un día dónde coincidían sus calendarios y dónde no, pero lo dejó cuando se dio cuenta de que sería malo para el negocio que los dos equipos jugaran en casa a la vez, obviamente, así que casi nunca pasa. Lo dejó cuando empezó a darle angustia.

*

El primer partido de la temporada de los Leafs lleva a la primera salida nocturna de verdad de los Marlies, que se van a un bar a verlo en grupo, y la primera vez que el rechazo de Dan

recibe otra cosa que encogimientos de hombros. Quiere ir, de verdad, pero todavía no sabe cómo se siente con todo el tema y no quiere estar en público cuando lo descubra.

En vez de eso se va a casa, pilla comida tailandesa por el camino, y su padre, su madre y Sarah están en casa a las seis, aunque se acercan los parciales y Sarah se pasa todo el tiempo que no está comiendo quejándose de que no tiene tiempo para esto o metiendo la nariz en su libro de psicología, como si no hubiera venido por voluntad propia. Pero en el momento en que sueltan el puck, se olvida del libro y se queda apoyada en las piernas de Dan, mirándole hasta que deja de dar botes con la pierna, así que Dan resopla y se limita a ver el partido.

Es duro, verlo sin estar en el banquillo, pero ya tuvo que hacerlo cuando lo quitaron de la alineación en las eliminatorias, y eso fue infinitamente peor. Dan no ha visto ninguno de los partidos de exhibición, solo escuchó lo que Marc le contaba, así que casi parece un partido de exhibición ahora, Habs contra Leafs, fácil, de la vieja escuela.

O fácil hasta que Desmartins placa a Marc contra las vallas por detrás, y Dan aprieta los puños y se le corta la respiración. Probablemente es mejor que esté aquí y no en el banquillo, donde la rabia y la adrenalina le quemarían y quizás acabara cometiendo alguna falta estúpida la próxima vez que saliera a la pista; pero se siente impotente del todo, mirando, con Marc no a un par de pasos, sino lejos en el estadio, así que, si pasa algo, Dan no estará allí. Marc se levanta a los tres segundos (Dan los cuenta), pero el «¿y si?» le deja mal sabor de boca.

Su madre se ríe cuando ve su cara, y Dan se gira para mirarla enfadado, traicionado.

—Ahora sabes cómo nos sentimos nosotros —dice, simplemente, y Dan no tiene ni idea de cómo lo han dejado jugar, si verlo hacía que se sintieran así.

*

Marc le envía un mensaje al terminar el partido, una derrota en la prórroga, le pide a Dan que vaya a su casa, y toda su familia se ríe de él mientras corre a ponerse una sudadera y zapatos. Se ríen más fuerte cuando les saca el dedo.

Dan llega antes que Marc, entra con la llave que Marc le dio antes de que fueran nada y calienta los restos de comida tailandesa a tiempo para que Marc llegue a casa y lo mire complacido antes de hincarle el diente.

—Has jugado bien —dice Dan cuando Marc ha dejado de engullir como un salvaje. Marc frunce el ceño.

—Hemos perdido.

—Os habéis llevado un punto —le discute Dan—. Y tú has jugado bien.

—Aun así, hemos perdido —dice Marc, y Dan se encoge de hombros. Sabe que se sentiría igual si hubiera jugado él, lo sigue sintiendo un poco, pero hay cierta desconexión. Es su equipo el que ha perdido en la prórroga, pero él no estaba sentado en el banquillo, apretando el palo con la mano, mientras pasaba. No estaba en el hielo, mirando el puck deslizarse hasta la portería, impotente. Ha sido un buen partido, un buen comienzo, y tiene la distancia suficiente para verlo tal y como es.

Después de cenar, Marc le hace ver una película checa fatigosamente lenta y Dan se lo permite, porque cuando Marc se pone pretencioso se olvida de enfurruñarse y, joder, Dan estaba viendo estas pelis antes incluso de que hubiera sexo como recompensa, así que no va a parar ahora de ninguna manera. Dan dormita mientras Marc la ve, y se despierta cuando Marc se mueve para cerrar el portátil.

—Cualquiera diría que has jugado un partido hoy —dice Marc con sarcasmo, e inmediatamente parece sentirse culpable.

—*Na*, solo que veros jugar da sueño —contesta Dan, y arrastra a Marc a la cama.

Marc duerme como un bendito a su lado, y Dan aprieta los dedos flojito contra un morado nuevo que acaba de ver, recorriéndole el hombro izquierdo donde el palo ha hecho contacto en esa mierda de jugada. Dan rechina los dientes y lucha contra las ganas de ir a por Desmartins; quiere que lo vuelvan a meter en el equipo solo para poder hacerlo. Y por otras razones, claro, pero, en ese momento, sobre todo por eso.

*

El primer partido de la temporada de Dan es una semana después, un sábado a mediodía el día libre de Marc, así que tiene su propio grupito de animadoras en los asientos platino, sus padres, Marc, Sarah y el nuevo novio que se ha traído. Juega el doble de minutos de los que jugaba en los Leafs, consigue una asistencia en un gol tan bonito que quiere llorar, y un gol propio bien feo, pero que cumple su función. Se asegura de placar a alguien con extra de fuerza delante de su familia, porque de qué le sirve ser jugador de hockey si no puede asustar a los novios de su hermana mayor. No es hockey de los Leafs, pero sigue siendo hockey, y está radiante tras la victoria 5-3. Deja que su padre le revuelva el pelo mojado, que Sarah le dé un abrazo mientras su novio se queda por detrás, indeciso (misión cumplida), y que Marc le dé algo que no entra exactamente en la definición de abrazo de colega, pero que es lo suficientemente aceptable para un lugar público.

Salen a cenar y después sus padres se van a casa mientras los demás se quedan a tomar algo, solo un rato, porque Marc tiene su propio partido a primera hora de la tarde al día siguiente. Los reconocen y les sacan fotos, lo que sorprende a Marc, pero no a Dan, porque es totalmente consciente de la fe que están poniendo los fans de los Leafs en Marc, lo emocionados que están de tenerlo. Salen en blogs al día siguiente, una foto tomada mientras Sarah le decía algo a Marc que había hecho que se sonrojara, algo que se había negado en redondo a repetirle a Dan, y parece lo suficientemente íntimo que aparecen teorías sobre Marc y la «chica misteriosa», de lo cual Dan se ríe aproximadamente unos dos años.

Tuvieron la suerte de empezar la temporada en casa, pero tres días después Marc está haciendo la maleta para un viaje de una semana y Dan se está haciendo su propia mochila para su gran viaje a Hamilton, a una horade distancia. Excursión ida y vuelta.

Esta es la parte que se temía. Menos mal que Marc comparte habitación con uno de los chavales más tranquilos, así que nadie lo va a estrangular por hablar demasiado, pero, aun así, Marc se ha convertido él mismo en un forastero en su propio equipo. No tendrá a nadie a quien hablarle hasta la muerte, más allá de las llamadas de Skype a Dan y a su madre. No tendrá a nadie que le dé gafas cuando inevitablemente pierda las suyas otra vez, aunque Dan le mete dos pares donde la ropa interior mientras Marc está en el baño. Dan es lo suficientemente maduro y compuesto como para no portarse cual jovencita cuyo novio se va a la guerra, pero puede que solo sea porque lleva a Marc al aeropuerto y besarse con desesperación no está del todo permitido en público, aunque se enrollan en el asiento trasero del coche de Dan durante diez minutos; gracias a Dios por los cristales tintados. Dan deja a Marc aturdido, bien besado y con refuerzos de gafas para cuando las necesite (inevitable) y cree que puede con esto.

*

Dan no puede con esto. Después de cuatro días y dos partidos ya tiene el ansia bajo la piel. Primero hizo que quisiera sexo, luego correr, pero ahora ya no sabe lo que quiere hacer, solo que tiene que joderse, ver los dos goles de Marc en Pittsburgh, verle la cara radiante por Skype y felicitarle por videollamada, que no en persona.

Le dice a Marc dónde le guardó las gafas cuando Marc le envía un mensaje, triste por haber perdido su par ya, y recibe otra cara radiante, esta vez una foto en el móvil con las gafas en cuestión en la cara. Envía tantos mensajes que acaba llamando a la compañía telefónica para ponerse mensajes ilimitados.

Debería estar bien. En verano pasaron más tiempo separados y con menos contacto, pero el verano tenía fecha de caducidad y luego ambos supusieron (bueno, Marc supuso, Dan esperó) que volverían a ser inseparables al empezar la temporada. Pero esta vez no hay fecha de cierre, así que el ansia se aloja bajo su piel y se queda ahí.

Después de otro partido más de sábado a mediodía en el que ganan por los pelos contra Rochester, Sarah se lo lleva a una fiesta que, según ella, es para celebrar la victoria, aunque Dan puede casi asegurar que Sarah, él y el novio (que de repente es omnipresente) son los únicos que saben siquiera que había un partido que ganar. El novio se llama Sean, pero Dan se niega a acordarse del nombre de alguien que podría desaparecer en cualquier momento, que lleva los pantalones más ajustados que Marc y que, al contrario que Marc, en verdad no tiene el culo necesario para lucirlos. Dan prefiere que siga sin nombre.

Dan se pega a su hermana como una lapa hasta que Sarah empieza a ponerse un poco cariñosa de más con cómo-se-llame, y entonces huye a pillar una cerveza, porque, aunque la idea de su hermana estando con alguien en algún momento le hace tirarse al alcohol duro, es un jovencito responsable. Está rebuscando entre la montaña de cervezas artesanales que no conocen ni en su casa, intentando encontrar una etiqueta reconocible, cuando ve a Alex. ¿Por qué no iba a estar aquí? Aunque Sarah no ha hablado mucho de él últimamente, Dan debería haber supuesto que seguirían siendo amigos, solo que Sarah ya no se lo reboza por la cara como cuando seguía enfadada con Dan por romper con él. Sarah ahora es *Team Marc* a muerte, lo llama el hermano pequeño que nunca tuvo, porque es una persona horrible, pero claro que sigue siendo amiga de Alex.

Dan no lo ha visto desde aquella mañana y en ese momento estaba demasiado ocupado sintiendo lástima de sí mismo como para sentirse muy culpable, pero ahora sí lo siente, así que se esfuerza el doble en encontrar una cerveza que se sienta seguro bebiendo, y al final se rinde y coge una Guinness, aunque las odia, porque al menos sabe que es cerveza de verdad. Dan se hace el tonto un rato y supone que Alex también, porque es una fiesta en una casa, no es que sea muy grande, pero al final Alex se acerca a él y los dos se apoyan en la pared del salón, uno al lado del otro, sin mirarse.

—Vale, esto es raro —dice Alex al final—, pero Sarah nos está mirando con odio, así que..., ¿amigos?

Dan lo mira y ve cómo le sale la sonrisilla. Levanta la vista hacia donde mira Alex y, en efecto, Sarah está observándolos.

—Vale —dice Dan.

La fiesta es un poco un fracaso, así que Alex y Dan se ponen al día sobre las clases y el «trabajo», y otras cosas que no entienden el uno del otro. Dan no menciona a Marc, porque Dan no sabe cómo mencionar a Marc, y Alex no pregunta, y para cuando se están quedando sin temas de conversación se acerca Sarah con Pantalones-Apretados pisándole los talones

y sugiere largarse.

Acaban en un bar cerca del campus, con alcohol barato, comida barata y luz lo suficientemente tenue como para que no veas a quien sea que te vayas a llevar a casa. Dan mira a su alrededor, ve a tantos tíos a los que podría gustarles el hockey que se pone un poco nervioso y se baja un poco más la gorra.

—Eres un bebé —dice Sarah—. No me hagas quitarte la gorra.

—¿Qué pasa? —pregunta el *boy toy* que no tiene ni idea de nada. Sarah suelta una risotada.

—Tiene miedo de los paparazzi —dice—. O de los tíos de fraternidad. Una de dos.

—Bueno, a ver, eres un postergado, tampoco puedes interesarles mucho, ¿no? —pregunta Alex.

Dan no tiene ni idea de qué significa esa palabra, pero está bastante seguro de que es algo borde, a juzgar por la mirada inocente de Alex y la forma en la que Sarah le pega en el brazo, medio con reproche, medio como deseando que se le hubiera ocurrido a ella.

Dan comparte una jarra de una cerveza que reconoce de verdad con Sarah, mientras que Dios Quién Te Ha Peinado Así se pide un *gin-tonic* (¿cómo no?) y Alex se pilla una cerveza belga sofisticada, porque es Alex. Después de un par de bebidas por fin deja que Sarah le quite la gorra de los Toronto Raptors y se la ponga ella, y después de la segunda jarra, cuando Al Parecer Tengo Que Trabajar Mañana se va, deja que Sarah se acurruque a su lado de la mesa con Alex y se apoye contra él.

—¿Mejor? —pregunta Sarah, y Dan no se molesta en preguntar qué quiere decir, porque por fin se siente relajado, capaz de respirar.

—Mejor —confirma.

*

A la mañana siguiente (o, mejor dicho, la tarde), se despierta con un ligero dolor de cabeza y un mensaje de Marc. *¿Ya me has olvidado?*, dice, con un enlace a un blog de los Leafs en el que Dan entra con algo de inquietud, porque sabe perfectamente que es de los que se centran solo en a quién se supone que se están tirando los jugadores y nada más. Stevens era la salvación de ese blog. Deben de echarlo de menos si están escribiendo sobre Dan. «¿Riley con la chica de Lapointe?» es el título del artículo, luego menciona cómo siempre está pegado a ella, y Dan frunce el ceño, porque la única chica con la que estuvo ayer fue...

—¡Puaj! —dice cuando baja hasta la foto. Solo consigue no tirar el móvil por pura fuerza de voluntad, y dos horas más tarde Sarah lo llama llorando de lo mucho que se está riendo.

*

Sus calendarios encajan un día, un día entero que Dan tiene libre en el que Marc juega en casa. Marc le consigue un asiento para el partido, sección platino, probablemente solo tuvo que enseñarle sus ojitos azules a la dirección, así que Dan se queda con el incómodo entremedio: respira el olor del hielo, el olor que es puramente pista, escucha las cuchillas de los patines y los golpes de los palos contra el puck, pero sin estar lo suficientemente cerca, ni de lejos.

Espera en el túnel después del partido, una porquería de derrota 4-1 contra Vancouver, y recibe algunas palmaditas en el hombro y abrazos de machito cuando sale el equipo. Marc es uno de los últimos en salir, le toca quedarse a explicarle el desastre de partido a la prensa, y parece agotado, pero se le ilumina la cara cuando ve que Dan lo está esperando.

—Me han preguntado por Sarah —le dice Marc, y Dan bufa.

—¿Qué les has dicho?

—Que me has pegado una paliza y me has robado a mi chica —dice Marc. Dan le pega un puñetazo en el hombro.

—¿Ves? —dice Marc, frotándose el brazo. Cuando Dan lo mira enarcando las cejas, añade —: Vale. Que era como una hermana para mí y tu hermana de verdad.

—Genial. Ahora van a escribir sobre que somos cuñados.

Marc le sonrío risueño y le apoya la mano en la parte baja de la espalda, hasta que Dan acelera y la mano cae.

Van directos a casa de Dan, y Dan le prepara un desayuno para cenar porque es básicamente lo único que sabe hacer. Marc le pone al día del viaje, lo poco que todavía no le ha contado a Dan, y Dan se asegura de que coma los suficientes carbohidratos y proteínas antes de arrastrarlo a la cama, muriéndose por tocarlo. Marc tiene magulladuras cuyo origen Dan puede identificar, una fea en el gemelo de un tiro bloqueado en el partido contra los Islanders, una bajo la barbilla de un palo, y luego un surtido de moratones cuyas historias Dan no conoce, no estaba ahí para verlas. Dan tiene las suyas propias, y claramente no apreciaron lo suficiente el sexo en verano, con su limitada posibilidad de darse un golpe en alguna parte que haga que uno o el otro gima de dolor.

Lo hacen lento, con Dan catalogando dónde duele con la boca, tan dulce como puede. Se queda despierto hasta demasiado tarde teniendo en cuenta que mañana madruga, tiene que viajar, pero ya dormirá en el vuelo.

*

Al día siguiente es Dan el que se marcha, un viaje de seis partidos al sur que lo va a alejar de Toronto durante dos semanas. Esos viajes ya eran una mierda cuando compartía habitación con Marc, pero ahora es infinitamente peor. Comparte habitación con Borkowski, que es bastante majo, pero no particularmente sociable, y nunca sale de la habitación en realidad, así que Dan apenas puede hablar con su madre, mucho menos ver a Marc por Skype. En vez de eso, son casi todo mensajes, y Dan desea con fervor hablar suficiente francés como para poder tener una conversación privada con Borkowski a un metro de distancia.

Dan juega genial, porque no tiene otra cosa que hacer que jugar bien. Entrena todo lo que puede sin lesionarse antes de los partidos, sale lo suficiente como para evitar ganarse reputación de marginado, echa tanto de menos a Marc que da vergüenza. El ansia sigue ahí. Beber no ayuda, entrenar no ayuda. Lo único que se le acerca es ganar, pero incluso la emoción se apaga más pronto que tarde.

Vuelve a Toronto con cinco puntos, un ascenso a la primera línea y la determinación de conseguir volver a los Leafs, aunque tenga que romperle el brazo a Fyodorov.

Marc juega esa noche, así que Dan tiene tiempo de pasar por casa, ducharse, comer sobras y echarse una siesta. Ha intentado ver los partidos de los Leafs, pero coinciden con los suyos demasiado como para que sea posible, y ahora lo va dejando. Ya verá los resúmenes; hay más en los que salga Marc que en los que no, ahora que se ha hecho un hueco en la primera línea cuando Smythe ha empezado a fallar y tiene a Buchanan a la izquierda y a Petrovic a la derecha pasándole pucks que mete en la portería con la misma facilidad con la que respira. Puede que Dan tenga una alerta de Google con el nombre de Marc (sinceramente, ni de coña encontró Marc el artículo sobre la supuesta relación de Dan con su hermana sin ayuda tecnológica) y la prensa de Toronto ha pasado de admirar a Marc a prácticamente canonizarlo mientras Dan no está. Marc lleva una racha de puntos tan

bonita que hace llorar a los periodistas.

Está despierto para cuando empieza el segundo periodo, así que baja para terminarlo y ver el tercero con sus padres, y luego también la prórroga y la ronda de penaltis cuando se queda empatado a dos. Marc marca en una finta que deja a Dan sin aliento y que le saca un murmullo de admiración a su padre, pero da igual, al final, y los Leafs pierden el partido.

Dan se va a casa de Marc y prepara desayuno para cenar otra vez, porque el único otro plato con el que se defiende es pasta, y eso suele ser lo que come Marc antes de jugar. Marc entra arrastrando los pies como solo hacen los pisoteados, pero se acerca a Dan al segundo de quitarse los zapatos y se le pega como una manta a la espalda delante del fogón, con la nariz entre sus omoplatos.

—*Hey* —dice Dan apoyándose contra él—. Te estoy haciendo huevos.

—Tus huevos son terribles —murmura Marc, abrazándolo con más fuerza.

Dan suelta una risotada y, cuando se los pone delante a Marc con un par de tostadas multicereales que Marc odia, pero se obliga a sí mismo a comer, los huevos desaparecen en dos minutos. Dan se come los suyos al ritmo ligeramente más tranquilo de alguien que no acaba de quemar todas las calorías de su cuerpo y, para cuando se está terminando el último trozo de tostada, Marc lo está mirando con los ojos entrecerrados, como si Dan comiera lento a posta. Cuando Dan deja el plato, Marc se le sienta en el regazo con las piernas a los lados.

—Pesas demasiado para esto —dice Dan, y luego lo recoloca para que esté más cómodo; la nariz de Marc le roza la frente, sus labios le acarician la curva del pómulos.

—*Hey* —dice Marc, apretando las piernas.

—*Salut* —se lo devuelve Dan, y Marc se ríe de lo indudablemente terrible que es su pronunciación.

—Has estado jugando bien —dice Marc.

—Ya. Supongo que, si le rompo el brazo a Fyodorov, a lo mejor puedo volver al equipo.

Marc se ríe con un bufido, cansado.

—Vamos a la cama —dice Dan, flojito. Han sido dos semanas largas para Dan, y aunque Marc se ha pasado la mayor parte del tiempo jugando en casa, ser la versión torontiana del segundo advenimiento probablemente no sea fácil. Marc murmura algo incomprensible y no se mueve.

—Si tengo que cargar contigo voy a dejarme la espalda y ya no podré jugar al hockey —le dice Dan para hacerlo sentir culpable, pero pasándole los brazos por debajo de las piernas y preparándose para levantarse.

—Que te den —masculla Marc, pero se levanta, y Dan lo sigue a la habitación a oscuras; ninguno se molesta en encender la luz, se desvisten en lados opuestos y se meten en la cama. Marc se agarra a él tan pronto como están bajo las sábanas y Dan lo aprieta contra sí.

—Te he echado de menos —susurra Marc, y Dan le deja un beso en la cabeza, cerrando los ojos.

v. el postergado juega

Si se supone que debería volverse más fácil, no pasa ni de coña. Le envía mensajes a Marc constantemente, habla con él más de lo que habla con su madre (que es mucho, ¿vale? Dan es un niño de mamá y no se avergüenza de ello), pero cada vez tienen menos que decirse.

Está el hockey, siempre está el hockey. Dan se mantiene estable, está teniendo la mejor temporada de su vida, la parte ofensiva de su juego funciona por fin además de la parte de fuerza bruta. Marc está teniendo la mejor temporada de su vida, pero también está teniendo la mejor temporada de todo el mundo, básicamente, tiene al menos un punto por partido de media, lleva una racha de diez partidos con punto, que es la más larga en la liga ahora mismo.

Así que hay hockey y sus familias; Marc siempre se interesa de verdad por la causa de la semana de Sarah o por la peli que Sarah dice que tiene que ver sí o sí, confiando en que Dan haga de mensajero. Dan está bastante seguro de que también hablan entre ellos por mensaje, pero le gusta hacer de intermediario. La madre de Dan siempre le manda un beso, aunque Dan también está bastante seguro de que se escribe con Marc, porque, en serio, probablemente su madre se pase las pausas de la comida rellenando papeleo para adoptar a Marc de verdad.

Es suficiente para llenar algo del espacio, pero no es como cuando Marc está ahí, cuando Dan deja que Marc cotorree hasta que las palabras le resbalan y solo se centra en su voz y la impresión de su emoción, cuando a Marc no le importa si Dan lo está escuchando o no. Cuando están al teléfono siempre tienen que hablar de algo, y Dan se pasa los días catalogando cosas que decirle, solo para tener una excusa para quedarse al teléfono un poco más. Probablemente sea patético.

Y entonces Marc hace un amigo. Dan lo descubre más por Sarah que por Marc, porque Sarah piensa que es tan adorable como, en sus propias palabras, un pajarito saliendo de su nidito antisocial. Ulf Larsson (¿quién coño llama así a su hijo?), que es alto y rubio y sueco y un hípster total, como si sueco y hípster no fuera una redundancia, que juega en la cuarta línea en el sitio al que Dan se había agarrado con uñas y dientes el año pasado. Han empezado un club para leer sus libritos (adorable, al parecer) y ven el tipo de películas que le gustan a Marc (¡adorable!) y, Dios, probablemente se pasan la noche en vela hablando de lo mucho que tienen en común.

Marc sale más noches con el equipo (Dan se va a disculpar por la alerta de Google) y Ulf (no es coña, se llama así) siempre está ahí, atractivo hasta lo absurdo, con más pinta de modelo que de jugador de hockey, sonriendo con sus dientes blancos y perfectos, porque de alguna forma ha conseguido evitar hacerse daño en esa preciosa boca. Es una estupidez, y es ruin, y es irracional, pero aun así Dan no puede evitar tirar humo cada vez que «Ulf» se convierte en tema de conversación. «Ulf», que parece haberse puesto cómodo en todos los aspectos de la vida de Marc en los que solía estar Dan; «Ulf», cuando Marc llama al resto del equipo por el apellido.

La mitad de la información sale de la reseña de cinco estrellas de Sarah, pero también oye bastante de Marc. «Ulf», que de repente tiene la misma peli favorita que Marc; «Ulf», que marcó el gol del empate en el partido que perdieron en la prórroga; «Ulf», que adora a Camus, si es que eso significa algo.

—Me importa una mierda tu alma gemela sueca —explota Dan después de una racha de derrotas de los Marlies, un viaje largo de los Leafs, doce días separados, y nada más que Ulf Larsson para llenar esos días, al parecer.

—Lo siento —dice Marc, sonando de todo menos como alguien que lo siente.

De todas formas, no vuelve a mencionar a Larsson, aunque eso no evita que Dan rellene los huecos. Ulf, que probablemente a estas alturas esté dándole uvitas a Marc. Ulf, que deja a Dan (y, sinceramente, a la mayoría) a la altura del betún si hablamos de físico, que es, otra vez en palabras de la lerda de su hermana, «un bombón». Ulf, que está ahí cuando Dan no puede.

Las llamadas se vuelven cortas, más secas, y Dan sabe que es su culpa, sabe que Marc lo intenta, nota a Marc confundido, un poco enfadado, luego dolido, pero cada vez que Dan habla con él solo sirve para recordarle la distancia.

Están bien cuando están juntos, son ellos otra vez, es fácil. Toda la familia de Dan se asegura de que Marc tenga comida y agua y felicidad, Marc se pega a Dan como si hubiera ahorrado hasta la última gota de intimidad física para usarla cuando estuvieran en el mismo sitio juntos. Están bien cuando están juntos, es perfecto, pero no están juntos lo suficiente.

*

Dura hasta Año Nuevo, ese purgatorio en el que el único alivio es la forma en la que Marc lo toca cuando está en casa, como si Dan fuera su casa. Y es de locos que a Dan le parezca un limbo. Dan está jugando muy bien, le escriben artículos, hablan de él, y su equipo va el segundo de la liga, con Utica el único equipo que les saca ventaja. Debería estar exultante. Y lo está, cuando está en la pista, porque eso es lo único que existe cuando sale a la pista, solo hockey. Cada partido le recuerda por qué sigue haciendo esto, pero el resto del tiempo no lo tiene tan claro.

El Año Nuevo no es especial. Dan tiene partidos dos días antes y dos días después, así que tiene un descanso largo, pero los Leafs juegan al aire libre en el Winter Classic del día 1 y Dan entrena el 31. Pasa la noche con su familia, tranquilos, y piensa en la ilusión que le hacía el Winter Classic cuando anunciaron el año anterior que lo iban a jugar los Leafs, en las historias que ha oído sobre los jugadores y sus familias dejando abiertas las puertas de las habitaciones de hotel y celebrando todos, con niños y poco alcohol.

Marc lo llama a medianoche, con sonidos apagados a su alrededor. No es ni de lejos un beso para darle la bienvenida al año, pero es lo que tienen.

Después de Año Nuevo, Dan por fin se resigna al hecho de que puede tener que quedarse en la liga inferior. Siempre había una parte de él, lo suficientemente grande como para ayudarlo a seguir adelante, que pensaba que era cuestión de tiempo, que alguien empezaría a jugar de culo o habría un tirón, un esguince o una rotura, y Dan podría hacerse un hueco de nuevo y demostrar su valía. Pero los Leafs están teniendo una suerte increíble este año, nadie ha estado lesionado más de un día por constipados o cansancio habitual, y Dan se queda donde está.

Así que Dan vive con ello. Sale con los chavales, se toma un par de birras, habla de los

partidos, escucha los problemas con las novias y deja que estén celosos de que él se ahorre todo eso. Las llamadas a Marc son más bien mensajes a estas alturas e incluso eso se está agotando. Quedan semanas para que los dos vuelvan a estar libres y en el mismo sitio a la vez un periodo de tiempo relevante. Dan deja de contar los días, porque solo lo empeora.

Su hermana lo saca a rastras porque está «con la bajona», cita textual, y hace que interactúe con esos amigos absolutamente horribles que pegan perfectamente con Sarah, pegarían con Marc, y lo miran como si acabara de salir de la Edad Media con una máquina del tiempo. Sarah desaparece con un nuevo novio (cuyos pantalones al menos no están tan ajustados), así que Dan encuentra a Alex y se agarra a él como a un salvavidas.

Alex rescata una botella de vodka y van a sentarse a la salida de incendios, a pasarse la botella mientras les chocan las rodillas. Alex se enciende un porro y Dan lo mira fumárselo, declina con un movimiento de cabeza cuando Alex se lo ofrece. Se está esforzando mucho en ser bueno.

—Cuéntame qué pasa —dice Alex cuando ha apagado la colilla y cogido la botella otra vez. Dan lo mira, preguntándose a qué se refiere.

—Sueles buscarme cuando pasa algo —dice Alex, y Dan quiere negarlo, pero suena a verdad.

—Lo siento —dice, frotándose la pierna con el pulgar y mirando el callejón vacío a sus pies.

Alex se encoge de hombros, pega un trago de la botella, tose un poco y se la devuelve a Dan. Dan la coge sin apretar, mirándola en vez de beber.

—Estoy enamorado —dice Dan, al final.

—¿Y?

—Es una puta mierda.

—Salud —dice Alex, haciendo chocar los nudillos contra la botella.

—¿Cómo lo aguantabas? —pregunta Dan—. La distancia, que yo estuviera fuera todo el tiempo.

—No lo aguantaba —dice Alex—. Estaba en la mierda.

Dan se frota el ojo con la palma de la mano y pega un buen trago de vodka. Le quema al bajar por la garganta, como debe ser. Alex choca su hombro contra el de Dan.

—¿Conseguiste a tu Pecas? —pregunta, y Dan lo mira, sorprendido incluso de que se acuerde.

—Sí —dice, y suena hueco.

*

Sarah lo vuelve a sacar tres noches después, con Alex de acompañante. Dan está un poco sorprendido, teniendo en cuenta que Sarah había abandonado todo el tema de Alex, está dándole todo por Marc, pero queda claro cuando explica que ha cortado con el último novio, y Dan está infinitamente agradecido por la presencia de Alex, porque se le da mil veces mejor tratar con esas cosas que a Dan.

—Estamos solteros, vamos a pescar tíos buenos —le dice Alex a Sarah.

—*Nop* —dice Dan. Lo retira. Alex está desterrado. Y Sarah está desterrada de los hombres, para siempre, por la salud mental de Dan. No tiene ni idea de por qué a Sarah le gusta tanto Marc, más allá que cómo es fundamentalmente Marc, porque a Dan generalmente le cae bien todo el mundo, pero ha odiado invariablemente a todos y cada uno de los novios de Sarah.

Tiene que ser cómo es Marc fundamentalmente. Dan ni siquiera puede juzgarla.

Alex pone morritos.

—¿En serio, Danny? Ahora que tú tienes uno, ¿no vas a dejar que los demás tengan tíos buenos?

—La gente con la que tengo lazos de sangre no —dice Dan—. Tú puedes.

—Qué generoso —dice Alex, seco, y Sarah se ríe entre las lágrimas, lo que incomoda mucho a Dan, que conste. También está tentado de ir a darle un puñetazo al cabrón que ha hecho que su hermana lllore. Él es el único que puede hacer llorar a Sarah. Siempre falla (a Sarah se le daba mucho mejor hacerle llorar a él cuando eran pequeños), pero bueno.

—Alcohol —le dice Dan desesperad al camarero cuando llega. Algo en lo que Sarah y Alex pueden estar de acuerdo, al menos.

Sale de nuevo en ese estúpido blog, al día siguiente; ridículo, teniendo en cuenta que Marc ya les dijo que Sarah era la hermana de Dan.

—Pensaba que Sarah había cortado con ese tío —dice Marc, la siguiente vez que llama. Es la confirmación definitiva de que se envía mensajes con Sarah. Sinceramente, a Dan no le molesta.

—¿Qué tío? —pregunta Dan.

—El que sale en la foto con vosotros —dice Marc—. Sale en la última foto. Del blog que piensa que tú y Sarah estáis saliendo.

Dan arruga la nariz.

—¿Quién? —pregunta al final, y Marc le envía la foto de la columna de cotilleos, él, Sarah y Alex—. Ah. Es Alex.

—¿Alex Alex? —pregunta Marc. Dan y Marc tuvieron una charla bastante abierta sobre experiencia sexual antes de que nada pasara. Marc no parecía muy impresionado con que Dan se pasara todo su primer año zorreando, aunque no dijo nada, y por lo demás, Dan tenía un par de encuentros cuando jugaba juvenil y Alex, contra la única novia de Marc en el instituto.

—Sí —dice Dan, y Marc no dice nada.

—¿Qué tal Sarah? —dice Marc al final, y Dan casi está aliviado al contestar.

*

Dan ve a Marc dos veces en enero. La primera vez Marc va a su casa, come con su familia, ve una peli con ellos, sube a la habitación pronto, con un viaje largo a sus espaldas, una magulladura del tamaño del puño de Dan en la cadera, ojeras morado oscuro. Ha perdido la mayor parte del peso que ganó en verano y, cuando Dan lo abraza para darle la bienvenida, lo nota frágil en sus brazos.

Ya está dormido cuando Dan sube, dando la espalda a la puerta, y Dan se tumba abrazándolo con todo el cuidado que puede, le posa los labios en la nuca, y aprieta los ojos tan fuerte que le escuecen.

La segunda vez lo hacen y Marc le muerde el hombro tan fuerte que la marca aguanta vívida varios días. Dan recibe burlas y choques de manos en el vestuario, porque está bastante seguro de que sus compañeros ya pensaban que seguía virgen, o al menos célibe.

*

En febrero, Pazuhniak se rompe el pie y Dan vuelve al equipo. Están en Houston cuando pasa, y lo meten en un vuelo comercial, turista, así que se mete como puede en el asiento, con las rodillas prácticamente en la nariz, y vuela a encontrarse con el equipo en Detroit.

Dan está bastante seguro de que nadie le ha dicho al equipo que va a ir. Tiene la confirmación cuando llega a la pista que han alquilado justo a tiempo de terminar el entrenamiento y reconoce el momento en que Marc lo ve, porque deja de prestar atención a sus pies y se choca con Buchanan, casi rebota contra él.

Dan se ríe y Marc le lanza una sonrisa, pequeña, un poco tentativa, y cuando Marc sale de la pista le da un golpecito con la cadera, un hola. Dan se lo devuelve, *salut*.

Después de entrenar, buena parte del equipo sale a comer y Dan se ve arrastrado por Buchanan, que le pasa un brazo por los hombros y lo mete en un taxi. Para cuando vuelve, es la hora de la siesta semioficial, así que Dan coge las llaves de su habitación y va a dejarse caer en la cama.

Y luego todo es el ajetreo de los días de partido, la rutina de ir a toda prisa para luego sentarse a esperar, y Dan no ve a Marc otra vez hasta que están en el vestuario, con Marc sonriéndole al gran y rubio dios nórdico Ulf. Dan baja la cabeza, se centra en su palo como si ponerle cinta fuera la cosa más importante que ha hecho, así que se sobresalta cuando Marc se deja caer a su lado.

—¿Me estás ignorando? —pregunta Marc. Dan cree que pretende sonar casual, sarcástico como siempre es Marc, pero no lo consigue.

—¿Por qué iba a hacerlo? —pregunta Dan, lo que no es tampoco una respuesta.

Marc se encoge de hombros, se desliza hasta que están pegados, de la cadera al hombro, y Dan no se aparta, aunque el vestuario esté medio lleno, porque tiene miedo de que, si lo hace, no podría volver atrás.

—Te he echado de menos —dice Marc al final, tan bajito que Dan casi ni puede oírlo, y da igual lo mucho que lo digan, nunca deja de doler. Pero Dan sigue echando de menos a Marc con Marc a su lado.

—Ahora estoy aquí —dice, y espera que sea al menos casi suficiente.

*

Detroit les pega una paliza. El equipo vuelve al vestuario derrotado, y Dan debería estar arrastrando los pies como los demás, pero ha jugado bien, muy bien, mejor que muchos, y sus prioridades están hechas una mierda, porque ahora mismo prefiere jugar con este equipo cuando les va mal que verlos ganar sin él.

Está en el sitio de Pazuhniak por defecto, en la otra punta de donde Marc se está desvistiendo, Fyodorov y Larsson a sus lados donde Stevens y Dan solían estar. Política de vestuario, y no le quema como antes, la idea (ahora realidad) de Larsson sacándole una risa a Marc, cosa difícil a rabiar como bien sabe Dan cuando Marc está de morros por una derrota. No quema. Solo se le engancha en la garganta.

Marc lo encuentra esa noche, le toca a la puerta y entra al segundo de que Dan abra, lo rodea con los brazos antes de que Dan haya conseguido siquiera cerrar la puerta tras él. Dan la cierra, le devuelve el abrazo y le deja la mano en la nuca.

—Joder, cómo te odio —le susurra Marc contra el pecho, y a Dan le arden los ojos.

—Lo siento —susurra él contra la coronilla de Marc—. Lo siento.

Y Marc le agarra la camiseta por la espalda con la cara pegada a su garganta. Entonces levanta la cabeza con la mandíbula apretada.

—Te vas a quedar —dice, como si fuera decisión suya. Como si fuera decisión de cualquiera de los dos.

—Eso voy a intentar —le promete Dan, y Marc sacude la cabeza como si Dan estuviera

diciendo tonterías.

—Te vas a quedar —dice, seguro—. Tienes que quedarte.

Porque ninguno de los dos podría soportarlo otra vez. Dan lo sabe. Se siente como si se estuviera deshilachando del cansancio, y arrastrar a Marc a la cama a su lado, rodearle la muñeca con la mano y simplemente sujetarlo, mantenerlo a su lado, no es suficiente.

Marc se duerme pegado a él como una hora después, pero Dan está totalmente desvelado, acariciándole con el pulgar el punto de la muñeca donde nota su pulso. Cuando ha pasado otra hora, despierta a Marc sin ganas, lo envía a su propia habitación mientras Marc se sigue frotando los ojos con sueño como un niño pequeño.

*

Al día siguiente, Marc va a sentarse con él en el avión, rebusca en su bolsa sin encontrar unas gafas, y Dan se queda pensando en la cantidad de gafas de sobra que tiene que haber desperdigadas por casa de Marc; Dan tiene dos en su escritorio, pero no lleva ninguna en la bolsa ni las ha llevado en mucho tiempo.

Marc aguanta el despegue con la boca apretada y las uñas clavadas en el brazo de Dan, lo que es castigo suficiente, supone Dan.

Aterrizan en Tampa, unos días de sol y arena. El plan es Tampa, luego Sunrise, luego de vuelta a casa en uno de los meses más crueles de Toronto. El aire está caliente, más húmedo que el de Houston, que el de California, donde Marc se quemó enseguida y aparecieron las pecas.

Tienen la comida preparada en la sala de conferencias del hotel y Marc sigue a Dan como un patito hasta la cola del buffet, Larsson detrás como una gran sombra rubia. Se les une cuando se sientan y Dan hace todo lo que puede por no mirarlo con odio hasta amedrentarlo, porque Marc se daría cuenta y porque parece un chaval perfectamente majo, de verdad. Es sobre todo lo primero, eso sí. Dan no está orgulloso.

Marc lo sigue también al acabar, hasta la puerta de Dan.

—No te puedes quedar a dormir la siesta —dice Dan.

—Diremos que hemos visto una peli —dice Marc simplemente—. Un malgasto de energía, pero no tenemos partido hoy, así que es perdonable.

—Qué niñato —dice Dan, y deja que Marc lo siga, se queda en calzoncillos y lo atrae hacia sí cuando Marc ha hecho lo propio.

Nunca han podido hacer esto; ni de coña habrían podido dormir compartiendo la cama cuando empezaron, y los dos son lo suficientemente profesionales como para usar la hora de la siesta para lo que hay que usarla. Durante el verano no habrían necesitado echar la siesta y probablemente lo habrían considerado una pérdida del poco tiempo que habían conseguido sacar. Pero la alarma de Dan está puesta para dentro de hora y media y Marc va a estar ahí cuando se despierte, estará ahí en el gimnasio con él, seguramente haciéndole *bullying* en vez de hacer deporte, y estará ahí en la cena, y probablemente volverá a aparecer en la puerta de Dan esta noche. Y no es suficiente, no todavía, pero lo será.

Marc está en la cama cuando Dan se levanta, ni se inmuta con la alarma, y Dan lo deja dormir porque parece que lo necesita. Le roza el pómulos con el pulgar a la media hora y Marc abre los ojos, mirándolo imperturbable.

—*Salut* —dice Dan, y Marc arruga la nariz como hace siempre, la arruga más cuando Dan se inclina para besarle las arrugas del ceño fruncido.

—Vamos a arreglar esto.

—Vale —dice Marc, cerrando los ojos.

—Y luego vamos a ganar la Copa Stanley —añade Dan, y le besa la comisura de la sonrisa.

*

Marc lo sigue al gimnasio y lo distrae más que lo ayuda mientras Dan intenta levantar pesas. Lo sigue a la cena y acepta con reticencia añadir verduras a su plato cuando Dan juzga con la mirada su terrible mezcla de carbohidratos y más carbohidratos. Se las apaña para aparecer en el cuarto de Dan esa noche; ponen la tele lo suficientemente fuerte como para ahogar cualquier otro sonido que hagan.

Marc destroza a Tampa al día siguiente al marcar los dos únicos goles del partido. Dan consigue una asistencia en uno de los dos, totalmente por accidente, un cambio de línea raro, y luego tiene a Marc volando hasta chocarse con su pecho y dejarlo sin aliento para celebrar el gol. Keewatin se lleva la victoria sin goles en contra y Marc se pone el estúpido sombrero de bufón que siempre le dan al MVP, tan calado en la frente que le aplasta los rizos que le salen en el pelo mojado, sonriendo como un idiota.

Dan sonrío a su vez, una victoria y un punto y Marc brillando de felicidad ante él. Cuando sale por la puerta, el entrenador Walters lo para y lo mira de arriba abajo con unos ojos evaluadores que le borran la sonrisa de la cara.

—Me alegro de tenerte de vuelta, Riley —dice al final.

—Me alegro de estar de vuelta —dice Dan, y nunca ha dicho nada que fuera más verdad.

vi. intangibles

Dan adora a los Leafs, joder.

No es como si se le hubiera olvidado, no podría, rodeado de los Marlies, a los que apreciaba, pero todavía sintiendo la morriña hasta el fondo, incluso cuando estaba en Toronto. Adora el equipo, y sabía que adoraba al equipo, pero no hay nada como recordar que adora a sus compañeros.

Adora a Buchanan, que sigue siendo su ídolo y probablemente lo será siempre, pero además lo invita a cenar con su familia otra vez cuando vuelven a casa, le prepara hamburguesas y perritos y deja que Dan se encargue de la barbacoa hasta que está claro que es posible que Dan acabe por quemar todo tanto que no haya quién cojones de lo coma, entonces se pone al mando.

Adora a Tremblay, que prácticamente lo placa cuando Dan consigue su primer gol de la temporada con los Leafs. Incluso adora a Pazuhniak, que está lesionado, pero sigue apareciendo por el vestuario y un día consigue sacar a Dan de fiesta y le señala prácticamente cualquier chavala medio guapa para intentar llamar su atención. Al final Dan se encoge de hombros y acepta hablar con una chica maja, inofensiva, que resulta estudiar lo mismo que Sarah en la uni, así que tienen mucho de lo que hablar antes de que Dan se largue al piso de Marc.

Adora a estos chavales, y adora este equipo, que está teniendo un buen año, lleva una racha genial ahora mismo, de la que Dan está tan contento de formar parte que podría echarse a llorar.

A Dan incluso le gusta Larsson, una vez lo conoce. La belleza clásica y la amplia y blanca sonrisa no son más que una fachada para algo que Dan descubre bien rápido: Marc y Larsson se parecen tanto que a veces da miedo. Tan pronto como Dan se da cuenta de eso, cualquier tensión restante desaparece.

Larsson habla menos que Marc, es más relajado, pero algunas de las cosas que salen de su boca, cortantes y perspicaces y directamente bordes, hacen que él y Marc suelten risitas como si fueran chiquillos y que Dan se ría sin querer, más divertido por lo contentos que están consigo mismos que por otra cosa.

Al contrario que con Marc, al resto del equipo le gusta Larsson, seguramente porque solo suelta sus borderías cuando están solos los tres, y quizás cuando él y Marc se han ido por ahí a ser creídos y pretenciosos juntos. Las cosas siguen un poco frágiles entre Dan y Marc, puede que lo estén un tiempo, pero a Dan no le molesta ese tiempo que Marc pasa con Larsson, lo pasa él con compañeros a los que siente que está conociendo de nuevo, Buchanan con sus cenas familiares; Tremblay, que se ha enganchado tarde a *The Office* y ha encontrado un compañero en Dan bien dispuesto para verlo (que prefiere la serie a lo que sea que estén viendo Marc y Larsson, totalmente).

Volver al equipo es como volver a casa, y Dan está anonadado con su buena suerte. Están jugando bien juntos, consiguiendo victorias, y Dan empieza a meter otra vez gafas de

lectura en su bolsa, para Marc, aunque hay las mismas probabilidades de que se sienta con Marc leyendo a su lado u hombro a hombro con Tremblay a ver episodios mientras Marc y Larsson diseccionan el último libro o peli que hayan devorado.

Las cosas van bien. Casi inquietantemente bien. Es obvio que no podía durar.

Al mes, Larsson los pilla. Todavía están medio vestidos, Marc en vaqueros, Dan en calzoncillos y una camiseta, pero Marc está en el regazo de Dan y la imagen es bastante difícil de malinterpretar.

—¡Puaj! —dice Larsson tapándose los ojos con las manos, y entonces se choca con el marco de la puerta cuando intenta salir de la habitación, a lo que sigue un leve «joder, ay» conforme se cierra la puerta.

Marc empieza a reírse, pero eso es lo último que le apetece hacer a Dan.

—¿Cómo coño ha entrado? —pregunta Dan.

—Tenía la tarjeta extra —dice Marc, todavía sonriendo—. Íbamos a ver una peli después.

—Quítate —dice Dan—. ¿Por qué coño no hemos echado el cerrojo?

Marc no se mueve.

—Dan, no hay de qué preocuparse.

—Y una mierda —dice Dan—. Marc, quítate.

Marc suspira, irritado, pero se quita. Dan se pone los vaqueros con movimientos tensos.

—Tenemos que encontrarlo.

—¿Por qué?

Dan lo mira, inexpresivo.

—No se lo va a contar a nadie —dice Marc.

—¿Y cómo lo sabes? —pregunta Dan.

—Lo sé —dice Marc con un suspiro exasperado—. Déjame que hable con él. Alguien debería comprobar que no se ha hecho una conmoción cerebral al darse con la puerta.

—No tiene gracia —dice Dan, más cortante de lo que pretende, pero Marc es incapaz o está poco dispuesto a entender la seriedad del asunto. Una cosa es que lo sepan sus familias, incluso amigos cercanos, pero los compañeros de equipo son algo totalmente diferente—. A saber cómo reaccionará.

—No va a decir nada —dice Marc sin emoción; ya no se ríe. Ahora parece enfadado con Dan, lo que es irónico, teniendo en cuenta que Marc es el que le ha dado la llave de su habitación a Larsson y luego se ha olvidado. O a lo mejor no se ha olvidado y simplemente no le importa.

—Voy a buscarlo —añade Marc, cogiendo su camisa del suelo y poniéndosela de un tirón. Se suponía que tenían que estar durmiendo la siesta. Quizás Dan debería haber seguido las normas en vez de seguir a su pene. El pensamiento lo persigue, y apenas duerme esa noche, pensando en Larsson hablando con Buch, o el entrenador, o la puta ejecutiva, en la que está a punto de liarse.

Larsson lo acorrala la mañana siguiente en el desayuno.

—No soy homófobo —le dice a Dan.

—Vale —dice Dan con cuidado.

—Nada más lejos de la realidad —añade Larsson—. Estoy bastante ofendido de que pensaras que lo soy.

—Te tapaste los ojos y te comiste la puerta —señala Dan.

—Deja de recordármelo —dice con una mueca y moviendo la mano—. Marc es como un hermano para mí. Evito sexualizarlo. Pero ya lo sabía.

Dan se queda lívido.

—¿Qué? —pregunta.

—Marc era la persona más patética de la Tierra cuando estabas con los Marlies —dice Larsson, y añade cuando Dan aprieta la mandíbula—: de la raíz *pathos* de la palabra, no el uso habitual.

—No tengo ni idea de cuál es la diferencia —dice Dan con sinceridad. Es triste que conozca no una, sino dos personas que tienen inglés como segunda lengua y lo hablan mejor que él.

Larsson le sonrío. Se le nota un poco burlón en las comisuras. A Dan le parece encantador cuando lo hace Marc, pero no tanto cuando lo hace Larsson.

—Trágico —dice Larsson—. En cualquier caso, que no tiene importancia.

—¿No la tiene? —dice Dan, neutro.

Larsson levanta un hombro en un encogimiento perezoso.

—Me lo hago con tíos —dice, casual, y Dan mira a su alrededor para ver si alguien los ha oído, porque no puedes decir esas cosas tan tranquilamente—. No discrimino.

—¿Y Marc lo sabe? —pregunta Dan.

—Sí —dice Larsson—, pero pensaba que era una cosa privada mía. Que es por lo que te lo estoy contando yo. Deja de entrar en pánico cuando estás con él, que luego él se dedica a entrar en pánico conmigo toda la noche y yo necesito dormir para estar bello.

La verdad es que no lo necesita y Dan está seguro de que lo sabe.

—¿Larsson se lo hace con tíos? —le pregunta Dan a Marc después de desayunar.

Marc mira a su alrededor, la misma reacción instintiva que ha tenido Dan, pero no es como si Dan fuera decir algo si hubiera una mínima posibilidad de que los oyeran.

—Ulf se lo hace con todo el mundo —dice Marc—. No discrimina.

—Da mal rollo lo mucho que os parecéis al hablar —dice Dan.

Marc le sonrío, una sonrisa pequeña, con la comisura tirante. Sigue tenso.

—¿No podías decírmelo? —pregunta Dan—. Probablemente habría dormido mejor.

—No —dice Marc, neutro—. No tenía derecho a contártelo.

Dan piensa en las noches en las que volvía después del toque de queda, poco sobrio, apestando como los sitios a los que iba. Da igual lo enfadado que Marc estuviera hacia el final, era el único que lo sabía y le mintió a la gente a la cara para que siguiera siendo así.

—Eres un buen amigo —dice Dan.

Marc lo mira de una forma que deja claro lo obvia que piensa que es esa afirmación, y Dan se ríe y le da un capirotazo en la frente.

—No manosees la mercancía de primera calidad, Riley —le grita Larsson, y Dan le saca un dedo sin mirarlo.

—Él no es un buen amigo —añade Dan.

—No está mal —dice Marc—. Ve pelis conmigo. Tenemos un club del libro. Sarah quiere unirse.

—Yo veía pelis contigo —se queja Dan—. Leí a Camus.

—Porque querías acostarte conmigo —dice Marc, lento, y Dan le da otro capirotazo. Marc se lo devuelve. Ni siquiera es verdad; Dan ya estaba leyendo a Camus antes de aquel viaje soleado. Dan estaba pilladísimo por Marc desde el principio.

—Ahora me arrepiento —dice Dan.

—No te arrepientes de nada —dice Marc con confianza, y, por desgracia, tiene razón.

*

Esa noche Marc aparece en su habitación en pantalones de pijama y una camiseta demasiado grande que Dan está casi seguro de que es suya, a menos que Marc de repente se haya hecho fan de los Jays.

—Déjame entrar —dice, y Dan se aparta a mirar cómo Marc se mete en la cama y se pone cómodo.

—¿Qué haces? —dice Dan, todavía en la puerta.

—Estoy viendo una peli con Ulf —anuncia Marc.

Claramente no es el caso.

—¿Sí? —pregunta Dan.

—Al menos, eso dirá si le preguntan —añade Marc.

—Lo retiro, es un buen amigo —dice Dan mientras se sienta en el sitio que Marc le indica, impaciente.

—¿Ves? —dice Marc. Suena petulante, pero a Dan le parece bien si eso significa que está petulante acurrucado contra su brazo.

Deben tener más cuidado; han tenido suerte de que haya sido Larsson el que los ha pillado y no alguien como Pazuhniak o Tremblay, que son incapaces de callarse nada. No es que no estén juntos todo el tiempo, de viaje y en casa. No tienen los periodos limitados de tiempo de cuando Dan estaba en los Marlies, pero es difícil romper el hábito y Dan no tiene el sitio en el equipo asegurado, especialmente una vez Pazuhniak se cure del todo, así que están atesorando todo el tiempo que pueden, avariciosos.

Deben tener más cuidado, pero con Larsson de tapadera y Marc ya adormilado a su lado, Dan piensa que eso puede esperar.

Pazuhniak vuelve, pero Dan ha estado jugando bien, usando su peso, acumulando faltas, pero no de las estúpidas, y al final es Fyodorov el que acaba con los Marlies en vez de Dan, y Dan se siente culpable por la gratitud y el alivio que lo llenan por dentro. Fyodorov nunca le ha hecho nada, más allá del incidente cuando le hizo un corte a Marc en la cara entrenando, y a Dan le gusta la cara de Marc, es una buena cara, una cara genial, pero también está seguro de que fue un accidente.

De todas formas, es Fyodorov o él, y se alegra de que sea Fyodorov, y la cuarta línea está cuajando. Suele ser cosa de tirar de juego físico, pero Larsson utiliza técnicas de guerra psicológica, coquetea sin vergüenza con los oponentes, y hay las mismas posibilidades de que se enfaden o se sonrojen, pero, sea lo que sea, están distraídos cuando aparece Dan para aplastarlos contra las vallas. Es ingenioso.

Les va bien, y al resto del equipo también; Buchanan pega un empujón de finales de carrera con un poco de ayuda de la bomba del centro de su línea. Marc pierde la racha de puntos, era inevitable a menos que fuera a romper récords históricos además de anuales, pero sigue marcando, y los Leafs aterrizan en las eliminatorias por segundo año consecutivo, algo que habría sido impensable cuando Dan empezó su carrera, una quimera.

Buchanan lo invita a su casa cada vez más y es raro, lo de hablar con los hijos de Buchanan sobre asignaturas del colegio que todavía recuerda claramente, pero salir a la terraza con él y su mujer, Kelly, beber vino y hablar de la temporada, de la política del vecindario, ya que viven en el barrio en el que Dan creció, lo más a la izquierda posible,

aunque uno de los vecinos de Buchanan ha estado expresando sus opiniones de derechas bien alto y fuerte y exasperando a Kelly. Kelly se queja, y Dan asiente, y Buch asiente, y Dan nunca se ha sentido tan adulto.

—Mira, Riley —le dice Buch, una noche demasiado cálida para la estación que es, sentados en el patio tras limpiar la nieve de las sillas—. Vas a ser un buen líder. Coño, tienes lo que hay que tener para ser capitán, si consigues mantenerte en el equipo. —Kelly le pega una patada, y Buch hace una mueca—. Sin ánimo de ofender.

—No me ofendo —dice Dan. No es que su posición precaria sea un secreto, y cualquier ofensa que pudiera sentir se ve invalidada por el hecho de que Joe Buchanan (*Joe Buchanan*) le acaba de decir que podría tener madera de capitán. Es lo típico que encaja mejor en los sueños despiertos de Dan en el cole que en la vida real.

—Sigo fascinado con que puedas mantener a Lapointe a raya —dice Buchanan.

—Una vez lo conoces, es fácil —dice Dan, sonriendo en el vaso de vino.

—Ya —dice Buch—. Lo que tú digas, chaval.

Dan le repite esa conversación a Marc, que lo escucha, adormilado, cuando Dan llega a su apartamento esa noche.

—Es verdad —dice Marc mientras bosteza—. Serías un gran capitán.

Dan le acaricia los huesos finos de la muñeca.

—¿Sí? —pregunta.

—Con cualquier otro pensaría que estás buscando que te alaben —murmura Marc, pero se suelta solo para enlazar sus dedos con los de Dan—. Lo serías.

—La estrella aquí eres tú —dice Dan.

—Sí —dice Marc—, pero Buchanan tiene razón. Serías genial.

—Quiero serlo —dice Dan mientras Marc se apoya contra él y recuesta la cabeza en su hombro.

—Lo que no sé es por qué cree que necesito que me mantengan a raya —dice, molesto.

—¿En serio, Marc? —pregunta Dan. La semana pasada, Marc se metió en una pelea a gritos con Pazuhniak sobre perritos calientes, con dos cojones. Dan lo quiere a rabiar, pero no es precisamente una fuente de paz en el vestuario y tiene una opinión sobre todo, con mucha frecuencia una poco popular en ese grupo, y no duda en compartirla. Ayer mismo le cantó las cuarenta a Hasser por llamar puta a una chica, lo que probablemente emocionaría a Sarah, pero no lo va a hacer más agradable a ojos de los chavales.

Marc murmura contra el hombro de Dan, incomprensible. Algo en francés, o simplemente demasiado bajo y hosco, Dan no está seguro.

—Ya lo sé, cielo —dice para aplacarlo.

—Suenas como Buchanan —murmura Marc.

—¿Buch te llama cielo? —pregunta Dan.

—Debería —dice Marc.

—Claro que sí —dice Dan, dejándole un beso en el pelo.

*

Llegan con facilidad a las eliminatorias otra vez, llegan a la segunda ronda otra vez, cara a cara contra Pittsburgh, que tiene la copa del año pasado todavía fresca y están gallitos. Y con razón, puede, porque Pittsburgh vuelve a ganar, y Dan nunca ha visto un vestuario con más murmullos el día de limpieza, con algunos insultos creativos de verdad contra sus mejores jugadores («*Pisburgh* —dice Pazuhniak con odio—»), venganzas planificadas,

cuchillos afilados. Perder es un asco, y Dan casi se siente culpable por la alegría afectuosa que siente al mirar a su alrededor, a esos imbéciles cuchicheantes, y pensar en otro año con ellos.

Se lo dice a Marc, esa noche, cuando Marc está dormitando sobre su hombro.

—Pero en ese año que viene imaginario ganamos a Pittsburgh —dice Marc.

—Obvio —dice Dan.

—Entonces no tienes por qué sentirte culpable —dice Marc, y eso es todo el apoyo que necesita Dan.

vii. tangibles

Después de que la madre de Dan casi los pille en faena (Dan da gracias de que los reflejos rápidos de Marc y su espalda contra la puerta los salvaran), Dan empieza a pensar que quizás es un poco demasiado mayor para vivir con sus padres. Menos mal que se le ocurre en vacaciones, porque la idea de mudarse durante la temporada suena agotadora y, ahora que se le ha ocurrido, no quiere esperar.

—Múdate conmigo —dice Marc simplemente cuando Dan se lo comenta.

—Tu casa es un vertedero —dice Dan.

—Pues buscamos algo que nos guste a los dos —dice Marc con un encogimiento de hombros.

Dan lo mira.

—¿Acabas de sugerir que nos vayamos a vivir juntos? —pregunta.

Marc se queda parado y luego se ríe, un poco cohibido.

—¿Sí? —dice.

No son pocos los jugadores que comparten piso con sus compañeros (es más barato, más fácil y evita que te sientas solo), así que a Dan no le preocupa que la gente se imagine cosas, siempre y cuando tengan habitaciones separadas o al menos lo parezca.

—Vale —dice Dan—. Sí, vale.

Sus padres reaccionan con tan poca sorpresa que resulta insultante, les molesta tan poco que duele.

—Sarah se fue de casa a los dieciocho —dice su madre cuando Dan la mira con cara triste.

—¿Habéis estado esperando a que me fuera? —pregunta Dan.

—Tu habitación va a ser una oficina fantástica —dice su padre, y luego se ríe cuando Dan frunce el ceño.

Sarah les ofrece ayuda para la mudanza, cuando han encontrado el sitio, un piso en el centro de Toronto, a tiro de piedra del Air Canada Centre. Dan desconfía inmediatamente de la oferta. Probablemente Sarah solo quiere ir por cerveza, pizza y una excusa para mandar. Su desconfianza resulta acertada cuando Sara se sienta en un sillón tan pronto como Marc y Dan lo han cargado hasta el piso, se pone una cerveza por las molestias, pasando hasta el culo de que son las diez de la mañana, y se pone a decirles dónde deberían poner las cosas.

—No ayudas —le gruñe Dan mientras meten el colchón viejo de Marc, que va a ir a la habitación de invitados (la de Marc, si alguien pregunta).

—Sois jugadores de hockey, grandes y fuertes —dice Sarah—. Podéis con un colchón o dos. ¿Qué queréis en la pizza?

—No te toca pizza de mudanza si no ayudas con la propia mudanza —le dice Dan cuando empiezan con las mesillas de noche, así que Sarah hace el paripé de cargar dos cajas (¡dos!) de sábanas antes de volverse a dejar caer en el sillón y llamar a Pizza Pizza básicamente al

segundo de que abran.

Se queda hasta pasadas las seis, aunque Dan no la ve hacer otra cosa que comerse su peso en pizza, beberse su peso en cerveza, decirles dónde poner las cosas y luego quedarse sobada en el sillón mientras Dan refunfuña por todos los libros que tiene Marc, que llenan de lejos la mayoría de las cajas que hay que cargar. Dan sabe que está dormida, porque de lo contrario se metería en la pelea. Marc dice que no puede ser para tanto, pero Dan ve cómo Marc evita esas cajas y se las deja a Dan.

Sarah está despierta y algo así como consciente cuando Dan, agotado, la echa de casa, porque no hay sitio para que se quede a dormir a menos que se quede en el sillón. Su colchón va a llegar mañana, junto con el nuevo sofá, y al final están demasiado cansados y vagos para montar una cama en la que no iban a dormir más que esta noche, así que se acomodan en el suelo antes de que oscurezca del todo, con solo una sábana sobre el colchón viejo. Parece un poco una fiesta de pijamas, del tipo a la que vas de pequeño, con un chiquillo con suerte en el sofá y el resto en montañas de mantas en el suelo, y alguien que acaba llamando a su madre antes de que acabe la noche para que lo recoja. La habitación está llena de cajas y poco más, totalmente anónima, pero ahora es suya, o al menos la tienen en alquiler. Ha vivido fuera de casa otras veces, pero era en casa de otras personas, sabiendo que era temporal, y, por lo demás, ha vivido toda su vida en el mismo sitio.

La respiración de Marc es cálida contra su nuca, su brazo le rodea el costado, y Dan da gracias de que el edificio sea tan moderno, porque hace más de 30° fuera, pero aquí se está oscuro y fresco. Si saliera al salón, vería prácticamente toda la ciudad a sus pies, iluminada, el lago el único punto sin luz, e incluso eso roto por las luces de Centre Island. No vería el Air Canada Centre desde la ventana, pero está tan cerca que podrían ir a pie incluso en lo más frío del invierno.

—¿En qué piensas? —murmura Marc contra su cuello.

—No lo sé —dice Dan—. Creo que me gusta este sitio.

—Bien —dice Marc—. Vete a dormir, tenemos que vaciar cajas mañana.

Vivir con Marc no supone mucha adaptación, en realidad. Ya compartían habitación en los viajes y Marc se pasaba al menos la mitad de su tiempo libre en casa de los padres de Dan, así que las rarezas ya se sabían desde hacía tiempo y Dan solo tiene que apretar los dientes y vivir con el hecho de que Marc sea un derviche girador de desorden. De todas formas, por fin ha aceptado que Dan vaya ordenando, en vez de mirarlo amenazador cada vez que Dan recoge platos vacíos o vuelve a poner libros en la estantería (desordenados, al parecer, pero Dan no consigue averiguar cuál es el orden), así que, en definitiva, va bien. Marc parece un poco sorprendido, pero no Dan. Ya sabía en qué se estaba metiendo. Lo ha sabido desde el principio.

*

Antes del primer partido de la temporada, Dan tiene la sensación de que todo está a su alcance si tan solo intentan cogerlo.

—Va a ser nuestra temporada —le dice Dan a Marc—. Lo sé.

—Eso dices todos los años —dice Marc con una media sonrisa.

Pero no es verdad. El año pasado sabía que ni siquiera iba a salir al hielo y la anterior simplemente quería que a los Leafs les fuera mejor que antes, lo que tampoco era difícil, con Marc pillando carrerilla hacia el Calder.

—No, en serio —dice Dan—. En junio vas a tener que decir «Dan, tenías razón, ¿cómo he

podido dudar de ti?».

—¿Eso qué quiere decir? —dice Marc.

—Es el peor acento francés que he oído en la vida —dice Larsson—. Y eso que estamos en una línea con Tremblay.

—¡Oye! —dice Tremblay, y le tira el guante a Larsson.

Dan no puede decir exactamente que tiene razón, es demasiado pronto para eso, desde luego, pero salen a cien desde el principio y a las dos semanas van primeros en la Conferencia Este. Dos semanas no son precisamente representativas de toda la temporada, pero ganan a equipos buenos, fuertes, y hacen que parezca fácil. Cuando se van al primer viaje, no han perdido ningún partido en el tiempo reglamentario, y la prensa de Toronto está que no cabe en sí de gozo, ya predicen la copa. Dan se burlaría si no sintiera, en lo más profundo de su alma, que es verdad.

—Sé que estás ocupado dándole para el pelo al resto de equipos y partiendo la pana —dice Sarah, por teléfono, veinte minutos después de que Marc y Dan aterrizaran del un viaje de seis partidos, en los cuales se han llevado nueve puntos de los doce posibles. Al parecer tiene un sentido arácnido. O estaba cerca de su madre, a la que Dan le ha mandado un mensaje de «hemos llegado sanos y salvos»—. Pero ¿puedes salir de copas con tu pariente favorito el viernes?

—¿Con mamá? —pregunta Dan.

—Que te den —dice Sarah—. Pero, si puedes venir, estamos de celebración.

—¿Qué celebramos?

—¡Tengo un trabajo de adulta! —dice Sarah.

—Eh..., ¿no tenías ya un trabajo? —pregunta Dan.

Lleva un par de meses trabajando en la empresa de su padre, básicamente desde que acabó la uni. No es a tiempo completo, y Dan sabe que sus padres (y Dan, pero les hizo prometer que no dirían nada) la han estado ayudando con el alquiler y las facturas, así que no es perfecto, pero Dan no sabía que estaba buscando otra cosa.

—Un trabajo *de adulta*, Dan —dice Sarah.

—Sinceramente, no tengo ni idea de qué es eso —dice Dan.

Al parecer, un «trabajo de adulta» quiere decir con horario regular, un salario fijo y «¡beneficios!», dice Sarah con emoción.

—¿Como qué? —pregunta Dan.

—Como seguro dental y médico y cosas —dice—. Pagar los anticonceptivos era una putada.

—Demasiada información, Sarah —dice Dan.

—Bebé —se mofa ella, y luego se ríe de su chiste sin gracia—, ¡o no! Bueno, ¿estás libre?

—Creo que sí —dice Dan—. Dame un segundo.

Mira el calendario del móvil, y Marc levanta la cabeza del libro, con interés.

—¿Vas a salir con Sarah? —pregunta.

—El viernes —dice Dan—. Sarah tiene un trabajo nuevo.

—¿Puedo ir? —pregunta Marc.

—Estoy libre. Marc quiere venir —dice Dan—. ¿Puede?

—Ya sabes que siempre quiero ver a Marc —dice Sarah—. Pero he invitado a Alex. ¿Seguro que es una buena idea?

—¿Por qué no iba a serlo? —pregunta Dan.

—*Oh Danny boy* —canturrea Sarah.

—Sí, sí, *the pipes are calling* —termina Dan la canción—. ¿Puede venir Marc?

—Claro —dice Sarah—. Pero si se pone fea la cosa, es culpa tuya.

—Tres de mis personas favoritas en el mismo sitio, ¿por qué iba a ponerse fea la cosa?

—Aaay —dice Sarah—. Qué adorable eres. Y qué tonto.

Y entonces cuelga. Dan lo retira, Sarah ya no es una de sus personas favoritas.

—Sarah ya no es una de mis personas favoritas —le dice a Marc.

—Seguro que sobrevivirá —dice Marc con un bostezo y, cuando Dan lo mira con el ceño fruncido, Marc le da una palmadita en el hombro y sigue leyendo.

*

Hay que reconocerle a Dan que tarda menos de un minuto con Marc y Alex en el mismo sitio en darse cuenta de que ha cometido un terrible error.

—Marc, Alex. Alex, Marc —dice Dan.

—Pecas —dice Alex, con una mueca burlona.

Sarah está mirando por entre los dedos con los que se está tapando los ojos, dramática sin necesidad.

—Encantado de conocerte por fin —dice Marc, sin ofrecerle la mano, que es lo que hace normalmente cuando conoce a alguien. Además de ser el gesto de cortesía más básico. Dan frunce el ceño.

—Lo mismo digo —dice Alex—. He oído hablar mucho de ti.

Lo suelta como una acusación, y Dan mira a Sarah, asustado. Sarah ha dejado de taparse la cara.

—¡Alcohol! —dice Sarah—. ¡Porque por fin he llegado al éxito sin nepotismo!

—Quiere decir sin trabajar para tu padre —le explica Alex a Dan.

—Dan lo ha entendido, no es estúpido —suelta Marc.

Dan *no* lo había entendido, aunque le gustaría puntualizar que, aun así, no es estúpido.

—Qué desastre —le dice Sarah a Dan, aunque con regocijo, y luego más fuerte—: Dios, ¿lleváis los mismos pantalones?

—No —dicen los dos a la vez, pero Dan mira, y Sarah tiene razón; si no son iguales, son muy parecidos.

—Parece que Danny tiene un prototipo —dice Sarah, todavía regocijándose, y cuando tanto Alex como Marc fruncen el ceño, Dan la coloca tan al final de su lista de personas favoritas que prácticamente es una desconocida.

—¿Vamos a buscar mesa? —dice Dan.

Consiguen una, aunque el sitio está hasta los topes, porque un grupo de chavales reconocen a Marc y se quedan tan cautivados que les dan su mesa a cambio de hacerse un par de fotos con él y con Dan cuando uno de los chavales lo reconoce a él también.

—Las penurias de la fama —le dice Alex a Sarah, y ella suelta una risilla mientras Dan se esfuerza por que su sonrisa no parezca demasiado falsa para la foto.

—Tienes suerte de haberte librado pronto —dice Sarah.

Emma y Carrie, amigas de Sarah, se les unen, y acaban apretados en la mesa. No tiene sentido que Marc y Dan se sienten en el mismo lado del sillón, porque son los que más ocupan, pero Marc insiste de todas formas y se pega a Dan, casi se sienta en su regazo, a lo que Dan no para de apartarse hasta que está prácticamente en el regazo de Carrie.

—Lo siento —murmura, pero Carrie simplemente se ríe de él.

Emma acaba de empezar un máster, algo en lo que Sarah está pensando, así que la avasalla a preguntas mientras Marc le pone la mano en la rodilla a Dan (Dan se la quita) y entabla una conversación con Alex sobre cine, de lo que Alex hizo algunas asignaturas en la uni. Suena a discusión, pero cada vez que Dan deja de prestar atención a Emma para escucharlos siguen hablando simplemente de pelis.

Pero Dan sabe que Marc puede convertir casi cualquier cosa en un debate y Alex es un apasionado del cine, así que puede que sea una discusión. La verdad es que no lo sabe.

—Ese es el argumento más obviamente ridículo que he oído en mi vida —estalla Marc.

—Porque, cómo no, lo sabes todo sobre crítica de cine sin haber estudiado —dice Alex—. Por lo que tengo entendido, eso se aplica también al hockey.

Es una discusión.

—Chicos —suelta, y los dos se sosiegan, pero siguen acalorados.

—Hace diez minutos que no veo a la camarera, voy a por más bebidas —dice Sarah—. Ven a aportar tu fuerza para cargar jarras, Daniel.

Por un lado, Alex y Marc probablemente necesiten supervisión, pero por otro, Dan quiere largarse.

—No voy a decir que te lo dije —dice Sara—. Pero te lo dije.

—¿Sabías que se iban a poner así? —pregunta Dan.

—A ver, recuerdo claramente haberte dicho que, si se ponía fea la cosa, era culpa tuya —dice Sarah con sequedad.

—Ugh —dice Dan—. Vale, recuérdame que nunca vuelva a hacer algo así. Además, has estado añadiendo leña al fuego.

—Esa afirmación es cierta —dice Sarah.

—En hockey se le llama agitar —dice Dan—. Y no está permitido.

—Solo cuando es algo sancionable, no hay normas contra meter un poco de cizaña —dice Sarah—. Y, eh, sería una gran agitadora. Podrías llamarme la señora de Tremblay.

—Espero que nunca os conozcáis —dice Dan.

—Ay, yo espero que sí —dice Sarah con una sonrisilla.

—Joder, qué asco —dice Dan—. No deberías traumatizar a tu hermano pequeño.

—Creo que es mi vocación —dice ella—. La filosofía y traumatizar al pobre Danny para el resto de su vida.

—Gracias —dice Dan—. Te lo agradezco de verdad, Sarah.

Cogen las jarras, y Alex y Marc ya no están debatiendo (¿discutiendo?) sobre pelis, lo que es bueno, pero Alex está hablando con Emma mientras Marc mira con odio la mesa, así que eso es menos bueno. Dan le da una palmadita en la rodilla a Marc cuando se sienta, y Marc le lanza una sonrisa rápida, pero vuelve a fruncir el ceño casi de inmediato. Dan se ve tentado de preguntarle a Carrie si ha pasado algo, pero no parece incómoda, así que tampoco puede haber sido para tanto, y, sinceramente, si ha sido terrible, Dan casi que prefiere no saberlo.

Cuando terminan la segunda ronda, Emma se retira porque tiene que hacer un trabajo de clase y Carrie la sigue poco después. Alex sale a fumar, y entonces ya no tiene mucho sentido guardar la mesa, así que se mudan a la barra a por la última, Dan y Sarah con cuidado de colocarse entre Marc y Alex.

—¿Nos vamos, Marc? —pregunta Dan, cuando la cerveza no es más que posos y Marc le ha arrancado la cuenta de las manos a Sarah antes de que Dan pudiera hacer lo propio.

—Sí —dice Marc—. Vamos a nuestro apartamento.

Dan frunce el ceño, porque eso estaba implícito, pero Sarah rompe a reír y le da un beso a Marc en cada mejilla que Marc le devuelve.

—Eres mi favorito, no cambies nunca —le dice ella, tan bajo que Dan casi ni la oye.

Marc ha sido un completo capullo toda la noche, cosa que Sarah no debería incentivar, pero a Sarah le gustan los capullos, probablemente porque ella también lo es. Dan se despide de Alex con un abrazo, aunque él también ha sido un capullo. Sinceramente, ahora mismo, Dan está rodeado de capullos y no está precisamente contento.

—¿A qué coño ha venido eso? —pregunta Dan en el taxi de vuelta.

—Ni idea de a qué te refieres —dice Marc, la viva imagen de la inocencia, y si Dan no lo hubiera visto con sus propios ojos, podría llegar a creérselo.

—Sabes que Alex es mi amigo —empieza Dan, pero Marc lo corta.

—Lo sé perfectamente —dice, susceptible, y si va a seguir siendo un capullo, Dan no se va a molestar ni en hablarlo con él.

Salen del taxi y se dirigen al apartamento, pero Dan ha estado enfadado todo el camino y ahora ha cambiado de opinión. Van a hablarlo.

—Se suponía que era la noche de Sarah —dice.

Claramente, Sarah se lo ha pasado pipa, porque sigue siendo maligna, pero, aunque no fuera el caso, Dan no cree que Marc hubiera actuado de otra forma.

—Podríamos habernos evitado el histrionismo.

—Una palabra complicada —dice Marc, con la sonrisilla en la comisura que indica que se está riendo de Dan.

Dan conoce la palabra porque es algo de lo que Sarah lo acusó durante su primer año. Dan la había buscado e inmediatamente había negado que se le aplicara, porque de qué coño va Sarah, pero no le importaría que Marc dejara de burlarse de él.

—Para haber dicho que no soy estúpido cuando no he entendido *neopatismo* o lo que sea, no pareces creértelo —suelta Dan, y la sonrisa desaparece.

—Dan —empieza Marc, y luego, como si no pudiera contenerse—: nepotismo.

—Joder, vale —dice Dan—. Voy a dormir en tu cuarto.

—Voy yo —dice Marc.

—Vale —dice Dan. No va a discutir; el colchón en la habitación que comparten es mejor y no es como si Dan hubiera sido el capullo toda la noche.

—Dan —dice Marc, antes de que Dan llegue a su cuarto—. Sé que no eres estúpido.

—Enhorabuena —dice Dan, y cierra la puerta a su espalda.

Sigue enfadado, y no consigue dormirse, quiere otra cerveza, pero sabe que probablemente sea una mala idea. El móvil parpadea con mensajes de Sarah, que se sigue riendo de él, y de Alex, un simple *Siento haber sido un imbécil esta noche*, que ya es más de lo que ha dicho Marc.

no te rayes, contesta Dan. *marc tmb lo ha sido. al - no me has llamado estúpido.*

Ya, eso ha sido una capullada, contesta Alex. *Y tampoco tenía pecas.*

Dan se ríe. *siento que se haya portado así.*

No te rayes, Alex repite sus palabras y, ahora que Dan lo piensa, la frase se la pegó Alex. *Me gustas de todas formas.*

la proxima no me llevo a marc, envía Dan, y recibe un emoji sonriente.

Marc parece arrepentido a la mañana siguiente; que esté haciendo el desayuno es una

prueba bastante clara de ello, porque, aunque es sin duda el que mejor cocina de los dos, también es mucho más propenso a ponerse vago y optar por algo que pueda hacer en un minuto.

Dan no es de los que se aferran al enfado porque sí, y no es de los que rechazan una tortilla de disculpa, así que básicamente está solucionado para cuando terminan de desayunar. O sea, siempre y cuando Marc y Alex no vuelvan a verse nunca más, por la salud mental de Dan, porque no hay nada peor que ver a dos personas que te importan discutir. Quizás es lo contrario que con Marc y Larsson: Marc y Alex se parecen demasiado como para llevarse bien. Eso sí, se va a callar esa teoría, porque lo último que quiere es que Marc vuelva a ponerse de morros.

—Tomas unas decisiones malísimas, amigo mío —le dice Larsson al siguiente entrenamiento, y Dan le contesta sacándole un dedo, pero, por lo demás, cree que la noche está olvidada. Dan tiene sus noches con Marc y Sarah, ahora cada vez más con Larsson incluido, cuando se ponen en plan crítico de cine y Dan está como un pulpo en un garaje y hace palomitas; y tiene sus noches con Alex y Sarah, que suelen incluir un par de rondas, algunos amigos comunes de Sarah y Alex, bromas sobre hockey a costa de Dan, y el hípster de pantalones ajustados con el que esté saliendo Sarah en ese momento. Hubo un chaval que llevaba pantalones normales y era funcionario. A Dan le caía bien de verdad. Por desgracia, no duró mucho. A estas alturas, Dan cree que Sarah elige gilipollas a posta.

Es cómodo, el ritmo de la temporada, la rutina. Noches con Sarah, noches de ver series con Tremblay, noches de salir con Pazuhniak, noches de cena familiar con Buchanan y noches con Marc, claro, aunque al final todas las noches son con Marc, ya sea compartiendo cuarto en los viajes o cama en casa. Pero, aunque esté haciendo exactamente lo mismo que hizo la temporada pasada, o la anterior, es mejor, porque están ganando. Tremblay y él se han terminado *The Office* y han pasado a *30 Rock*; Dan tiene que coger el metro para ir a casa de Buch cuando lo invitan; Pazuhniak ahora solo le manda morenas, como si pensara que le ha pillado el truco; pero todo es lo mismo, si lo piensa bien, excepto que ahora vuelve a casa con Marc. Y lo de ganar. Eso también le gusta.

Cuando se va terminando la temporada, es casi una sorpresa, porque parece mucho más corta ahora que no se la ha pasado en la AHL esperando a que lo llamen, que no está pillado por Marc y yendo a escondidas a acabar hecho mierda para sentirse mejor. Entran en las eliminatorias con mucho margen, por una vez, los segundos de la Conferencia Este y los primeros de su división.

—Lo digo en serio —le dice Dan a Marc antes del último partido de la temporada. Ya están dentro, y Ottawa está fuera, así que es un partido de reputación, y Dan oye a los fans de los Leafs desde el vestuario, sabe por experiencia que ocupan al menos la mitad del estadio de Ottawa. Solía hacer ese viaje de pequeño, porque es más barato comprar entradas allí, hacer el trayecto en coche y coger alojamiento en Ottawa que comprar una entrada en Toronto, y además te llevas el extra de joder a un montón de fans de Ottawa.

—¿El qué? —pregunta Marc distraído, mirando cómo Tremblay se mete en una pelea de tortas con Pazuhniak.

—Es nuestro año —dice Dan—. Este año lo conseguimos.

Tremblay se deshace de Pazuhniak, se acerca y le da un capón a Dan.

—Au —dice Dan sin mucha fuerza.

—No nos gafes antes de empezar —dice Tremblay entonces, mientras vuelve a perseguir

a Pazuhniak, que se escapa—. ¡Pazuhniak, tú no te libras!

—No creo en gafes —le dice Dan a Marc.

—¿No? —pregunta Marc—. Pero crees en nosotros.

—Sí —dice Dan—. Ya verás, Marc. Yo y tú, es nuestro año.

Marc ni siquiera le corrige con «tú y yo». Dan se lo toma como que está de acuerdo.

viii. no estás solo en esto

Cuando los pillan, Dan es un agente libre restringido y necesita un nuevo contrato, Marc está en el proceso de asegurarse uno de 64 millones de dólares, y acaban de ganar la Copa Stanley.

Dan no está en la pista cuando la ganan, ni siquiera en el banquillo; está en un asiento, con traje, corbata y un pie escayolado, y tiene que esperar a que saquen la alfombra para poder unirse al equipo a celebrar, para así evitar romperse el tobillo en todavía más sitios al resbalarse y deslizarse por el hielo. Se ha puesto la equipación a toda prisa encima de la camisa, le han dado una gorra de campeón y al parecer Marc ignora el orden que hubiera para pasarse la copa, porque, cuando se la dan a él, patina directo hacia Dan, ofreciéndole la Copa Stanley, con cara de querer comerle la boca y que le den al estadio lleno de fans.

Dan coge la copa, lamentando no poder dar una vuelta por la pista, con el metal frío en las manos, pero entonces aparecen Larsson y Tremblay, lo cogen con fuerza y echan a patinar llevándolo sin que pueda quejarse. Así que Dan está medio riéndose, medio cagado de miedo ante la posibilidad de que sus compañeros de línea lo vayan a dejar caer mientras se deslizan por ahí cargando con él, de joderse el resto de los huesos y romper la mismísima Copa Stanley en el proceso, mientras el estadio reverbera con los vítores.

Se la pasa a Tremblay una vez ha aterrizado con los dos pies de nuevo en la alfombra, y Marc vuelve patinando hacia él, tan rápido que Dan apenas puede cogerlo cuando Marc aterriza contra su pecho. No es nada que los demás no estén haciendo, todo el equipo es una orgía de abrazos, de caras iluminadas cuando las familias salen a la pista, así que Dan no suelta a Marc hasta que aparece su madre y entonces deja que ella los abraza, arrastrándolos a los dos.

Dan pierde la cuenta de a quién está abrazando, a quién tiene entre los brazos. La madre de Marc lo hace agacharse para poder cogerle la cara con las manos y darle un beso bien fuerte en cada mejilla, el padre de Marc le da unas palmaditas en la espalda y el hermano pequeño de Marc le hace un elaborado tipo de choque de puños de colega que Dan destroza, o eso cree. Sarah se ha agarrado a Marc y no lo suelta, así que, cuando Marc va a saludar a su padre, Sarah acaba arrastrada por el hielo con sus deportivas, como una chiquilla llevada en trineo, lo que no va a ayudar con los cotilleos incesantes sobre su tórrido romance. Dan está bastante seguro de que Sarah está llorando, pero lo matará si lo menciona, así que finge no darse cuenta. Además, él mismo tiene las mejillas húmedas. No recuerda haber llorado, pero debe de haberlo hecho y, además, cielos, la mitad de la gente en la pista está llorando y no hay por qué avergonzarse.

Ganan en casa, así que, cuando salen del vestuario, pegajosos de champán y sonriendo tanto que duele, los reciben como héroes, una turba a su alrededor que no resulta claustrofóbica gracias a la euforia. Dan le pasa un brazo por los hombros a su madre, el otro a su hermana, y pierde a Marc en la multitud, pero no se preocupa, porque van a acabar en el mismo sitio.

El sitio es un bar en la misma manzana, para empezar, y la mayoría de los padres se despiden para dejar que se emborrachen, aunque nadie se lo explica a los padres de Dan. Buchanan dándole de beber directamente de una botella de Veuve Cliquot a su madre mientras Kelly y su padre la animan casi consigue borrarle la sonrisa de la cara a Dan, pero no del todo. Cuando llega la hora del cierre, los camareros parecen tristes de verdad de tener que obedecer la ley, y los familiares que quedan y los rezagados se va a casa mientras el equipo, junto con el grupo de mujeres, novias y hermanas mayores molestas (Dan no va a mentar a nadie) se dirigen a la mansión del dueño, donde la puerta está abierta, las luces están encendidas en todas las habitaciones y la cocina está abastecida con suficiente alcohol como para dejar en ridículo al bar.

Son las tres de la mañana cuando Marc lo vuelve a encontrar, mientras Dan mira con cierto horror a Tremblay, que parece estar tirándole la caña a Sarah.

—Vamos —dice Marc. Le agarra de la camiseta y le quita la cerveza para acabársela él, el muy niño.

—¿Qué? —pregunta Dan, borracho y confuso, mientras Marc tira de él—. No, espera, tengo que supervisar.

Marc se ríe de él y tira con más fuerza, hasta que Dan lo sigue a regañadientes y a pisotones hasta un pasillo con luz tenue, donde Marc lo empuja contra la pared.

—Ni de coña —le advierte Dan, que no está lo suficientemente borracho. Nunca lo va a estar. No es tan secreto como antes (Larsson sigue pillándolos, para su obvia consternación, y Dan está casi seguro de que Buchanan al menos lo sospecha), pero no es tan sabido como para liarse en un pasillo semipúblico, *Dios*, Marc.

—Hemos ganado la Copa Stanley —dice Marc, y Dan no sabe si es su argumento o simplemente la constatación de un hecho, delirantemente feliz, pero es lo suficientemente efectivo para que Dan deje que Marc tire de él hasta besarlo. Se separa un minuto después, y Marc le deja, simplemente apoya la frente contra el hombro de Dan, le coge la camiseta con los puños, y se queda ahí.

Se quedan así más rato del que deberían, Dan con la mano enredada en el pelo de Marc, despeinado y pegajoso con el champán que los ha cubierto a todos.

—¿Quieres irte a casa? —pregunta Marc.

—No —se niega Dan, pero Marc ya está tirando de su muñeca—. No, tengo que salvar a Sarah.

—Sarah no quiere que la salven —dice Marc con retintín, mientras lo empuja a una de las limusinas que esperan fuera para llevarlos a casa.

Están demasiado borrachos para hacer nada coordinado cuando llegan, con Dan peleándose con las llaves, luego con su cinturón, luego con el de Marc, todo mucho más complicado de lo que recuerda que sea normalmente. Lo hacen rápido, y Marc consigue obligarle a ducharse para quitarse el alcohol antes de meterse entre las sábanas.

Al día siguiente, Dan tiene casi demasiada resaca para vivir, pero hay mucho más champán en el almuerzo con el equipo, y un traguito para la resaca es una cura efectiva.

«Un traguito para la resaca» se convierte en el lema del equipo esa semana. Dan se pasa una cantidad indecible de tiempo vomitando, queriendo hacerse una bola y morir y borracho como una cuba. No parece haber ningún otro estado que el de dormido, o más bien, sin conocimiento. Le alucina que nadie se caiga del bus durante el desfile, que tampoco se le caiga a nadie ni un bebé ni la Copa Stanley. Debería alucinarle lo encantador

que le parece despertarse solo una mañana y encontrarse a Marc dormido en el suelo del baño, con la cabeza apoyada en el váter, pero lleva loco por Marc desde su primer año en el equipo, así que ya se ha resignado.

Para el final de la semana ya han recobrado la compostura, más o menos, ya se están separando y volviendo a casa para pasar el verano, aunque Marc se queda en la ciudad, yendo y viniendo de reuniones con su agente y la ejecutiva de Toronto, intentando acordar el contrato antes de que empiece la temporada de traspasos. Toronto está tan desesperado por quedarse a Marc que Dan está bastante seguro de que media ciudad lloraría si se fuera, por no decir la ejecutiva.

Informa a Dan de cómo va mientras pincha con el tenedor, dubitativo, la cena que Dan le ha preparado (Dan está intentando crecer como persona, ¿vale? Puede ocuparse de alimentarlos a los dos sin tener que pedir), y están hablando de ocho años, un contrato hasta casi los treinta. Faltan por fijar cosillas; Toronto quiere un contrato de diez años y pagarle siete millones al año, mientras que su agente exige con vehemencia nueve (para vergüenza evidente de Marc) y quiere asegurarle algún contrato con patrocinadores de los que Marc suele evitar como si fueran la peste. Todavía están perfilando los matices de su cláusula de no traspaso y su agente está presionando para que haya también una de no movimiento.

—Si no me fichan otra vez, ¿me mantendrás? —pregunta Dan, solo medio de broma, y Marc lo mira con el ceño fruncido, porque, sí, es algo que se les viene encima. Dan ha tenido una reunión para presentar una lista de los seis equipos a los que no iría («cualquiera donde no esté Marc» no era una opción, por desgracia). Los equipos que ganan la copa suelen hacer limpieza después, y Dan es barato, está dispuesto a cobrar menos de lo que cobraría en otro sitio para quedarse y lo ha dejado claro, pero el funcionamiento de la ejecutiva es algo que Dan no ha entendido nunca y nunca entenderá, así que nada está garantizado.

—Mi agente no me ha dejado ponerte en mi contrato —dice Marc.

—Marc, ¿en serio? —pregunta Dan. El agente de Marc sabe lo suyo perfectamente, mira a Dan con odio cada vez que lo ve, como si fuera una molestia constante, y no tiene solo una lista de planes de contingencia por si sucede lo peor: tiene un archivador. Esto no va a hacer que le coja cariño a Dan, precisamente.

Marc asiente, de mal humor y consigue comerse un bocado de la comida que Dan ha preparado con el sudor de su frente, antes de ponerse a moverla por el plato, como si eso fuera a convencer a Dan de que se la está comiendo de verdad. Dan tiene que admitir que no es el plato más apetecible que haya visto nunca. U olido. Se siente un poco reacio a probarlo.

—Voy a pedir coreano —dice Dan, cediendo. Recoge los platos y le da un beso a Marc en la frente por al menos haberlo probado, que ya es más de lo que Dan está dispuesto a hacer.

*

Al día siguiente, Marc está en una reunión a puerta cerrada con su agente, el gerente general del equipo y unos cuantos abogados, decididos a finalizar los últimos detalles complicados y enviar un contrato que haga feliz a todo el mundo. Todos tienen el móvil en silencio, si no apagado, y eso es lo único positivo cuando sale la noticia.

Lo más triste es que ni siquiera son paparazzi o alguien que los haya pillado. Es solo la pobre amiga o novia de uno de sus compañeros, que subió todas las fotos de la noche de la

copa a una página sin mirar bien el contenido. O el contenido de una foto en particular, un grupo de chicas sonrientes y, en el fondo, medio desenfocados, Marc empujando a Dan contra la pared, ese lapsus momentáneo en el que Dan había cedido y lo había besado. Alguien con buen ojo se había dado cuenta y las redes sociales lo habían comentado. Una hora más tarde, la foto ya no estaba en la cuenta de la chica, pero se había compartido por todas partes.

Es Dan, casi sin lugar a duda. Es él el que está de cara a la cámara, para empezar, y la escayola supone un argumento convincente para cualquiera que lo dude. Pero podría estar besando a cualquiera. El pelo de Marc es más castaño que rubio en la luz tenue del pasillo, su altura es común, no se le ve la cara. Se había quitado la camisa empapada en algún momento entre el bar y la mansión y llevaba solo una camiseta blanca y unos pantalones de vestir negros, así que la ropa tampoco lo delata. Todo esto es importante, porque es lo que su agente le explica por teléfono cuando todo es más un temblor que un terremoto, cuando Dan está buscando recetas que prometen ser infalibles, sin tener ni idea de lo que se le viene encima.

Su agente le presenta los hechos rápido; quizás no tiene un archivador lleno de planes de contingencia, pero la mujer es capaz de improvisarlos. Negarlo no tiene sentido habiendo tantas fotos de él esa noche, con la misma ropa y la puta escayola de mierda. Es demasiado tarde para controlar el flujo de la información. Cualquier otro año podrían haberlo dejado estar sin decir nada y esperar que Dan fuera lo suficientemente desconocido como para que pasara desapercibido, pero han ganado la copa y nadie del equipo es desconocido, aunque se rompieran el tobillo en la tercera ronda. Hay dos opciones: Marc y él podrían salir del armario y rezar para que fuera bien. O.

—¿O? —pregunta Dan con el corazón en un puño.

—O podrías publicar un comunicado, confirmar que eres tú, pero decir que no es nadie especial. Algo casual, si eso, o un rollo. No meter a Marc —dice su agente.

Dan piensa en Marc, que está puliendo ese contrato de ocho años, que está a punto de convertirse en la cara de la franquicia, su embajador. Marc, en lo más alto de su carrera, tan lejos de ser desconocido como es posible. Piensa en cómo le han permitido a Dan dar una lista de seis equipos a los que no iría, en vez de veintinueve.

—¿Cuánto tardarías en escribir el comunicado? —pregunta, al final.

—¿Estas seguro? —pregunta su agente, de repente menos escueta, casi dulce—. ¿No quieres hablar antes con Marc?

—No —dice Dan, entumecido—. Quiero que publiques el comunicado.

*

Sigue al teléfono hasta que su agente termina de redactarlo, hace correcciones donde son necesarias, y solo cuelga cuando ella le asegura que ya lo ha enviado a la prensa. Apenas han pasado dos horas desde que se publicara la foto.

El teléfono le ha estado pitando con notificaciones todo el tiempo que ha estado hablando con su agente, y ahora Dan se queda mirando las diecisiete llamadas y demasiados mensajes. Dos de esas llamadas son del agente de Marc, tres del propio Marc, así que supone que era mucho esperar que no se hubieran enterado todavía.

Su madre lo llama cuando todavía está mirando el móvil sin ver, y lo coge por puro reflejo, se lo pone en la oreja y no es capaz ni de decir hola.

—Ay, cielo —dice ella, y luego espera en silencio un minuto al otro lado cuando él no

sabe qué decir.

—Marc te quiere —dice ella al final—. Y ahora mismo lo adoran, todo lo que haga estará bien. Es el mejor momento para que pasara esto.

Dan se frota la cara con fuerza y le explica el plan entre titubeos. Esta vez, el silencio parece fatídico, más que compasivo.

—¿Has hablado esto con Marc?

—Estaba en una reunión —dice Dan. Es una excusa torpe.

—Daniel —dice ella.

—Es demasiado tarde de todas formas, y, coño, no es decisión suya, ¿no? —salta Dan, y entonces, sintiéndose culpable de inmediato—: Lo siento.

—Habla con Marc —dice ella, cortante, y luego, más suave—: Te quiero.

—Y yo a ti —murmura Dan, y cuando cuelga apaga el móvil del todo. Se mete en internet lo justo para comprobar que su comunicado está ahí antes de cerrar de golpe el portátil e ir a sentarse en el sofá. Mira la pantalla oscura de la tele, sin saber si quiere darle un puñetazo a algo o echarse a llorar.

Obviamente, Marc no tiene dudas sobre cuál de las dos cosas hacer, por la forma en la que la puerta de la entrada golpea contra la pared al abrirse y se cierra de golpe a su espalda. Apenas mira a Dan antes de meterse en la habitación, y Dan lo sigue cuando oye algo golpear el suelo, medio asustado de que Marc esté rompiendo cosas.

No es eso. Ha sacado a la fuerza la maleta del armario y está saqueando la cómoda y echando la mitad del cajón de los calcetines en la maleta sin mirar.

—¿Qué haces? —pregunta Dan, sin entender nada, y Marc lo mira como si fuera estúpido—. ¿A dónde vas? —clarifica.

—A casa —estalla Marc, cogiendo un puñado de calzoncillos y tirándolos con lo demás.

—Quieres decir Montreal —dice Dan.

—Quiero decir *casa* —dice Marc.

Dan traga saliva y asiente.

—Probablemente sea lo mejor —dice, al final. Eso saca a Marc de la onda expansiva. Probablemente haya sido idea del agente de Marc, algo de su archivador.

—Lo mejor —dice Marc, inexpresivo, y entonces deja caer lo que estaba sujetando y se mete en el espacio de Dan—. Y tú sabes lo que es mejor para mí, ¿no?

—Pues..., ¿qué? —pregunta Dan, estirando la mano hacia él, pero Marc se la aparta antes de que le toque el hombro.

—Que te follen —escupe, y sale de la habitación sin molestarse en coger la maleta. La puerta se cierra de golpe antes de que Dan piense siquiera en moverse.

*

No es como si saliera en las portadas. Ni siquiera las portadas de los medios deportivos, después de que encuentren a un jugador de béisbol con una cantidad bastante llamativa de cocaína. Seguiría siendo primera plana si hubiera sido Marc, pero no lo es. Dan solo es un chaval que juega en la cuarta línea, que tiene un anillo de campeón recién acuñado, al que han pillado con la lengua en la boca de un don nadie. Al menos no es la boca del Salvador de la Ciudad. Dan es el primero de la liga al que sacan del armario, pero tendría que jugar más de diez minutos por partido para que le importara a alguien que no fuera los homófobos y los blogs sobre derechos de los gays.

Pero tampoco es que no esté recibiendo nada de atención. Su agente está gestionando

solicitudes de entrevistas, muchas, y la prensa deportiva de Toronto ha saltado a hablar del tema a falta de otras noticias relevantes de verdad para la franquicia de los Leafs. Para cuando Dan ha conseguido ocuparse de las solicitudes de entrevista (la respuesta es siempre no) y evitar las llamadas de todos los que han encontrado su número de alguna forma, han pasado tres días y no sabe nada de Marc.

Marc tiene carácter, a veces brutal, pero sus estados de humor vienen y van como las horas. No se recrea en las cosas, es más relajado que Dan en ese aspecto, aunque pueda parecer lo contrario. Así que Dan está confuso cuando le deja a Marc un mensaje inquisitivo, sorprendido cuando no le ha contestado al día siguiente, y luego enfadado a su vez, porque Dan está atrapado con la prensa tocándole los cojones con esto y Marc ni se molesta en cogerle las llamadas.

Se atenúa un poco cuando recibe una notificación de que Marc ha firmado su contrato, ocho años, 64 millones, porque Marc ha estado concentrado, y Marc ha conseguido cerrar el trato, y merece la pena, porque Marc puede seguir siendo la cara de la franquicia, porque Marc se puede quedar aquí.

*

Cuando ha pasado una semana desde la última vez que habló con Marc, con llamadas desviadas y mensajes ignorados, Dan ha alcanzado un estado de rabia incandescente. No ha estado tanto tiempo sin hablar con Marc desde... Nunca había estado tanto tiempo sin hablar con Marc. Cuando va a visitar a sus padres, Sarah le lanza una mirada con tanto veneno antes de pasar por su lado y salir que Dan se tiene que quedar un rato pensando si ha hecho algo. Le envía un mensaje a Sarah, confuso, solo para recibir lo mismo (nada), así que ahora tiene a su novio y su hermana así; y su madre aprieta los labios cuando le pregunta qué coño ha hecho y le frota la nuca, sin decir nada de nada que ayude a aclarar la situación, solo le ofrece abrazos, cosa no muy útil, pero que él agradece de todas formas.

Para cuando ha pasado la semana, los medios casi han abandonado la historia gracias al frenesí del día de agencia libre, cuando se firman los nuevos contratos, mucho más interesados en traspasos sólidos que en especulación vacía a raíz de la seca admisión de Dan y su subsecuente silencio. Cree que puede haberse acabado, hasta que Marc lo vuelve a remover todo.

Dan se queda mirando el portátil con creciente horror, antes de cerrarlo de golpe y bajar las escaleras.

—Tiene que estar de coña, joder —grita. Por cómo ni su padre ni su madre se molestan siquiera en mirarlo, se imagina que sabían que esto iba a pasar antes de que lo supiera él.

—¡Tienes que estar de coña, joder! —le grita al contestador de Marc, para que quede claro, ya que Marc no va a cogerle el teléfono, e incluso si fuera a cogérselo, está muy ocupado en el desfile del Día del Orgullo de Toronto. Aunque hace más de 30° y hay tanta humedad que el aire se le pega a la piel, sale a correr, porque la única alternativa que se le ocurre es bajar al centro en coche con el único objetivo de partirle a Marc la cara de idiota.

Vuelve a casa y se encuentra un mensaje de Alex (*Pecas no está tan mal*) lo que es un gran elogio viniendo de él, ya que no es precisamente el presidente del club de fans de Marc.

Es como si todo el mundo hubiera perdido la cabeza a la vez.

*

Marc da una entrevista larga con los medios locales después del desfile, habla sobre cómo

los niños deberían estar orgullosos de ser quiénes son y de cómo los equipos deportivos deberían ser inclusivos y cómo sí, está aquí por Dan Riley, pero también porque todo el mundo debería sentirse seguro en su propia piel. Es obvio que lo ha practicado y es obviamente..., obvio, y Dan no puede dejarle otro mensaje a Marc, porque tiene el buzón de voz lleno, así que, o Marc está tratando con el mismo tipo de torrente mediático que Dan, o ni siquiera se ha molestado en escuchar sus mensajes.

Dan está que echa chispas, llama a Marc varias veces y no recibe respuesta, así que se pone a llamar a Sarah hasta que explota ella, lo que le lleva unos cuatro minutos de llamarla sin parar.

—¿Qué quieres? —suelta, y hay ruido a su alrededor, mucho.

—¿Estás con Marc ahora mismo? —pregunta Dan, dándose cuenta, horrorizado. Sarah le cuelga.

n serio? envía él.

¿En serio? le devuelve ella, críptica.

*

Sarah se lo aclara al día siguiente, eso sí, cuando entra como un torbellino; sus ganchos del pelo con la bandera de Canadá para celebrar la fiesta nacional solo reducen un poco el terror de Dan, porque de pequeño Sarah era más grande que él y una parte de Dan siempre se sentirá como si todavía lo fuera. Así es como se dedica a ignorar la existencia de Dan una media hora entera (impresionante, teniendo en cuenta que la fiesta solo incluye a su familia) y entonces le clava el dedo en el plexo solar, haciéndole algo de daño.

—Eres imbécil —dice Sarah.

Dan se frota el pecho.

—Lo has pensado siempre —dice él—. ¿Puedes decirme al menos en qué la he cagado ahora?

Sarah no se ablanda ni un ápice.

—Habla con Marc —dice, breve, lo que parece ser la frasecilla de todo el mundo.

—Lo he intentado —protesta Dan—. Lo he estado intentando.

—Bueno, quizás tendrías que haberlo hecho desde el principio —lo corta ella, y se come su perrito caliente con suficiente enfado como para que Dan siga aterrorizado el resto del día.

*

Al día siguiente los Leafs lo llaman a una reunión y Dan se prepara antes de entrar como si fuera a la batalla. Puede que esté cojeando, pero no está inválido. Lo sientan, le ponen un té, café para su agente, y a Dan le tiemblan las manos donde las tiene apretadas en puños en el regazo.

Le ofrecen dos años, 1,3 millones en total.

En cualquier otro sitio podría conseguir al menos dos millones, dos y medio en algunas ciudades donde les vaya mal, donde pasaría más tiempo en el hielo, recibiría más atención. Ni siquiera parpadea antes de aceptarlo, firma todo lo que tiene que firmar antes de sacar el tema de las noticias, demasiado cobarde al recibir todo lo que quiere como para hacer otra cosa que aceptarlo.

—¿No les preocupa? —pregunta Dan, cuando tiene los documentos firmados y los abogados se han ido, cuando solo quedan él, su agente y su gerente general—. ¿La atención?

—Eres consciente de que la prensa es buena, ¿no? —pregunta George al final. Parece confuso—. ¿De que queremos esa publicidad?

—¿Este tipo de publicidad? —presiona Dan.

Ahora George simplemente lo mira con lástima.

—¿En qué ciudad crees que juegas, Riley?

Dan se mira las manos en el regazo y apenas consigue evitar volver a cerrarlas.

—No sé qué habrás oído por ahí —dice George—. Pero estamos contigo.

Dan sí que aprieta las manos entonces, y le arden los ojos, y mantiene la cabeza baja. No se lo merece.

*

Marc está en algún sitio en Toronto, según la alerta de Google de Dan. Aparece por sitios con la hermana de Dan, lo que lleva a periodistas a preguntar con sorna si Marc está yendo a por el Riley equivocado, cosa que se acerca demasiado a la especulación que Dan estaba intentando evitar.

Marc está en algún sitio en Toronto, pero no es como si fuera un pueblo, y aunque Dan está intentando seguir el consejo de todo el mundo y hablar con Marc, es un poco difícil cuando Marc no le coge el teléfono y desaparece entre cinco millones de personas como si fuera un mago.

Recorre la casa enfurruñado un día entero antes de que su padre se rinda, porque siempre ha sido un blando. Dan ha estado en casa de sus padres desde que Marc se fue, un sitio reconfortante y cómodo ante toda la mierda que hay, y su padre mira a Dan tirarse en el sofá con dramatismo antes de hablar.

—¿Has probado tu propio apartamento?

Dan parpadea. Su padre parpadea a su vez, amablemente.

—¿Por qué iría ahí si me está evitando? —pregunta Dan.

—Tiene a Sarah para avisarlo de si vas a ir. —Su padre se encoje de hombros—. Está de su parte.

—Y tú..., ¿estás de mi parte? —pregunta Dan.

—No —dice su padre—. Creo que los dos sois idiotas, pero preferiría que te pusieras melodramático en un sitio donde no esté yo.

Dan se levanta, le da un abrazo a su padre y se va a su casa por primera vez desde hace días.

*

Marc se está echando una siesta en el sofá con la tele todavía a tope; típico. Dan la apaga, y eso es lo que despierta a Marc, también típico.

Marc empieza a sonreír cuando lo ve, todavía más dormido que despierto. O eso le parece a Dan, porque deja de hacerlo inmediatamente.

—Se suponía que estabas en casa de tus padres —dice, enderezándose. Tiene pelo de acabar de levantarse de la cama (del sofá, en este caso) y va en pantalón de chándal y una camiseta de Dan de cuando jugaba en juniors. Dan tarda un momento en acordarse de lo enfadado que está, estando como está dándose cuenta de lo mucho que echaba de menos verle la cara de idiota a Marc.

—Mi padre —dice Dan.

—*Traiteur* —murmura Marc mientras se pasa la mano por el pelo, lo que solo hace que empeore su estado.

—Hola —dice Dan, neutro—. Llevo una semana sin saber nada de ti.

—Pensaba que estarías ocupado —dice Marc—. Con la prensa.

—¿De verdad estás enfadado conmigo por esto? —pregunta Dan—. Porque te salvé el culo, Marc.

—¿Me salvaste el culo? —repite Marc con el ceño fruncido.

—No... No es eso —dice, porque no es más culpa de Marc que de Dan, los dos estaban borrachos y eufóricos y fueron incautos—. No quería que pusieras tu contrato en peligro —consigue decir, al final.

—Porque debería jugar para un equipo homófobo —dice Marc, neutro—, que no me ficharía si supiera que estoy enamorado de ti.

—No es..., no es homofobia, necesariamente. Es que sería malo para el negocio —dice Dan.

Marc se ríe sin humor y se levanta para poder meterse en el espacio de Dan, en su cara.

—¿De verdad crees que no sabían que el de la foto era yo cuando firmé el contrato? —pregunta.

Dan se queda frío.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Yo estaba en la reunión con ellos mientras tú te hacías el mártir —le grita Marc—. ¿Crees que no me vieron la puta cara? ¿Crees que los engañaste? ¿Cómo puedes ser así de estúpido?

Dan está aturdido, se siente enfermo. Piensa en George básicamente expresando su apoyo, sabiendo que Dan se estaba tirando a su delantero estrella.

—Al menos tienes la posibilidad de negarlo —dice Dan, al final.

—La posibilidad de negarlo —dice Marc, escupiendo las palabras como si fueran una blasfemia—. El único que tenía miedo a salir del armario eres tú. ¿Para mí tiene que ser un secreto para siempre? ¿O vamos a romper antes de que alguien pueda darse cuenta?

Dan traga saliva con fuerza.

—¿Estás rompiendo...?

Marc empieza a reírse antes incluso de que Dan haya terminado de decirlo, una risa miserable, y atrae a Dan hacia sí cogiéndolo de la camiseta como hace siempre, un gesto inconsciente que hace que las camisetas de Dan acaben sin remedio deformadas.

—¿Por qué no me preguntaste? —dice Marc, flojito.

—¿Preguntarte qué? —dice Dan, con el pulso todavía a mil, sin contestar a la pregunta.

—Qué quería —dice Marc—. Si quería que me llamaras «un rollo». Si quería salir del armario.

—Marc —dice Dan, sin poder contenerse. Podría explicar lo mucho que eso destruiría la carrera de Marc, pero Marc no querría escucharlo, siempre tan seguro de una idea al momento de que se le ocurra, siempre tan seguro de que el mundo funciona como él quiere que funcione.

—Va a pasar de todas formas —dice Marc—. Así que, ¿por qué no ahora?

Ese es el razonamiento más estúpido que Dan ha oído en su vida, y lo único que evita que lo diga es que Marc está temblando contra él, apenas, como si estuviera asustado. Como si estuviera igual de asustado que Dan.

—Eres mío. No voy a renunciar a ti —dice Marc—. Y no estoy avergonzado. No te voy a esconder. Y no me puedes dejar solo con esto.

Entonces deja que Dan lo apriete contra sí y le ponga la mano en el pelo.

—No estaba intentando esconderte —protesta Dan.

—No —Marc muestra su acuerdo—. Estabas intentando salvarme. Y yo nunca te lo he pedido.

—Quería hacerlo de todas formas —dice Dan, flojito.

—Lo sé —dice Marc, separándose—. Tengo una conferencia de prensa mañana.

—Marc —dice Dan.

—Tengo una cláusula de no traspaso —dice Marc—. Y un contrato de ocho años. Y no paras de decirme que Toronto me adora.

Dan lo mira con impotencia.

—Y no estás solo en esto —dice Marc—. No voy a dejar que lo estés.

*

Esta vez sí que sale en las portadas, al menos en Toronto. La cara de determinación de Marc está en los canales deportivos y en todos los noticieros de Canadá, por lo que puede ver Dan. Esta vez hay reporteros en su puerta, y tantas llamadas que los dos apagan el teléfono y se comunican con sus agentes y familias por *email*, y Marc parece haber aceptado ir a todos los eventos de organizaciones gais en el área metropolitana de Toronto de este verano y haber apuntado a Dan con él.

Dan experimenta con la creación del sándwich de queso perfecto, hace que Marc pruebe el prototipo, cosa que hace primero con cuidado, y luego con más confianza cuando Dan demuestra que ni siquiera él puede destrozar un sándwich de queso.

—Vamos a tener que salir del piso en algún momento —dice Dan, y Marc simplemente arruga la nariz, con la boca llena de cheddar y tomate—. Y empezar a entrenar, especialmente si sigues comiendo tanto queso.

Marc suelta una mano del sándwich con el único objetivo de sacarle un dedo.

—Echo de menos salir a correr —dice Dan con melancolía.

—El sexo es ejercicio —dice Marc con la boca llena, cosa que debería ser asquerosa, pero lamentablemente no lo es.

—No puedes limitarte a sobornarme con sexo —dice Dan.

—He hecho la compra por internet —dice Marc—. Y he comprado cerveza. Llegarán en una hora.

—No puedes limitarte a sobornarme con sexo, comida y cerveza —dice Dan, lo que no suena a verdad ni para sí mismo.

Marc se traga el último trozo de su sándwich.

—Ahora cincuenta y nueve minutos —dice, de camino a la habitación.

—Capullo —murmura Dan, y lo sigue.

ix. una espera apremiante

Estar fuera del armario puede que no sea tan malo como Dan se estaba preparando para que lo fuera. Marc hace todas las entrevistas que Dan no quiere, porque le importa mucho lo de ser un modelo positivo y que alguien alce la voz por los niños, por un mundo más abierto. Todo lo que a Dan debería importarle más, lo tiene que admitir, pero, más que nada, él solo quiere que los dejen a él y a Marc en paz.

Dan se ve arrastrado a eventos de organizaciones todo el verano. Su papel es sencillo: merodea junto a Marc como un guardaespaldas mientras Marc encandila a todo el mundo a su alrededor y Dan mira con odio a cualquier posible amenaza; ¿por qué no aceptar su papel?

Se escriben muchos artículos sobre ellos, artículos que Dan no lee, pero Marc sí, que hacen que Marc se exaspere y vaya por la cocina dando pisotones mientras se prepara un batido de frutas o por el baño mientras se lava los dientes. Si Dan pudiera evitar que Marc los leyera, lo haría, pero no es fácil disuadir a Marc de hacer algo que quiere hacer. Un buen ejemplo: que Marc esté fuera del armario.

Marc dedica dos días seguidos a despotricar contra un artículo que establece una relación entre su producción en el hielo y que Dan esté o no en el equipo, y encuentra una correlación positiva entre que Dan esté lesionado o en los Marlies y la media de puntos por partido de Marc. A Dan las estadísticas le parecen interesantes, aunque espera que no lleve a algún fan a muerte de los Leafs a ir a por él con una barra de hierro.

Marc va a Nueva York hacia finales de verano para el tipo de evento con la prensa que odia, con muchos momentos de foto con él y el presidente de la liga, al que odia todavía más.

—Pensaba que Gervais estaba intentando quitar estas mierdas de tu contrato —dice Dan mientras Marc hace la maleta.

—Ya, bueno —dice Marc. Entonces se para.

—¿Bueno? —pregunta Dan.

—Tienen poder de negociación —dice Marc.

—Ahora sí que me he perdido —dice Dan.

—Es un negocio —dice Marc—. Un jugador pide algo, tú pides algo como compensación.

—¿Y eso qué significa? —pregunta Dan, y entonces, porque no es estúpido—: Joder, ¿en serio?

Dan lo mira con la boca abierta.

—Marc... —dice al final.

—No es para tanto —dice Marc, y cuando está en Nueva York junto al presidente es todo sonrisas.

Pero, con todo, a pesar de los artículos, el interés general de la prensa, el hecho de que al parecer la ejecutiva ha extorsionado a Marc con algo que se había negado abiertamente a hacer hasta que descubrieron que podían usar a Dan como moneda de cambio, es casi el

mismo verano de siempre. Toronto de sede central, viajes periódicos a Montreal; entrenamiento, primero específicamente enfocado a reforzar el tobillo de Dan, luego cardio, fuerza, partidillos, como siempre. Y estúpidas fiestas para recaudar fondos, pero Dan no saca el tema, especialmente después de que Marc vuelva de Nueva York.

Cuando empieza la pretemporada, los chavales son casi todos los mismos que siempre, aunque tres (¡tres!) se acercan a Dan a decirle que lo sospechaban, Buchanan simplemente le aprieta el hombro con una sonrisilla, y Larsson por fin puede quejarse de la injusticia de que no lo supiera nadie mientras él seguía encontrándose al tema.

Unos cuantos empiezan a estar un poco raros con Dan (todo el mundo está siempre un poco raro con Marc, menos Dan y Larsson), pero una vez se termina el campamento de entrenamiento y se ha decidido la plantilla, el entrenador da una charla breve y amenazadora sobre las normas de la liga en lo que se refiere a discursos de odio y su propia promesa personal de enviar a la AHL a cualquiera que no lleve bien el tema, hasta que «crezca de una puta vez». Así que, si alguien tiene algún problema, no lo dicen donde se les pueda oír.

Obviamente, el resto de los equipos no están siguiendo esos estándares de comportamiento, pero nadie le dice nada demasiado traumático. Reciben algún comentario peor de lo normal, pero Dan siempre ha sabido cómo controlar su temperamento en la pista, Marc tiene al temible Buchanan a su lado y Dan y Marc nunca están en la pista a la vez, así que no es como si pudieran salir a defender el honor del otro ni nada. Dan lleva oyendo comentarios sobre «maricas» desde que sus compañeros tuvieron edad para conocer la palabra y ha sabido que era gay desde hace el mismo tiempo, así que no es como si le estuvieran diciendo nada que no haya oído antes, nada que se le aplique más que antes.

Aun así, una cosa es que un tío te llame «chupapollas» porque es un insulto estándar y otra que un tío te llame «chupapollas» constatando un hecho, que te llame «chupapollas» y quizás te imagine de rodillas, pero Dan no ha llegado hasta donde está siendo sensible y no va a empezar ahora.

La atención de los medios tampoco está tan mal. Al principio estaban emocionados, esperando a ver si Marc se venía abajo a raíz de ¿qué?, ¿de estar con Dan? Marc dejó claro que llevaban saliendo un tiempo (sin decir el cuándo ni, gracias a Dios, el cómo, porque Dan no está especialmente orgulloso), así que no es como si no lo hubieran visto ya bajo la influencia gay. Una vez Marc empieza la temporada partiendo la pana, por así decirlo, acumulando puntos con tanta facilidad como siempre, se aburren y pasan a cuestiones más oportunas.

Así que está tan bien como podría esperarse, mejor de lo que Dan esperaba, sinceramente, hasta Dallas, contra Stevens, porque incluso cuando ya no está en el equipo tiene que ser el puto Stevens.

Desde el momento en el que sueltan el puck, Stevens se convierte en su sombra, cuando no es la de Marc. Stevens juega en la segunda línea, pero lo están sacando contra la primera y la cuarta, así que Dan supone que su entrenador espera que pueda decir algo lo suficientemente horrible como para colmar el vaso en la línea de Marc o hacer que Dan cometa una falta, de lo contrario no tiene sentido.

Dan lo tiene en cuenta cuando Stevens le quita el puck a la fuerza y le dice: «Sabía que había algo raro con el francés maricón ese, pero tú me decepcionas, tío». Lo tiene en cuenta cuando Stevens lo placa contra las vallas, un golpe alto con el hombro, y se va sin que le

piten la falta, sonriéndole, todo dientes.

Casi ha superado el embate, un poco magullado y con muchas ganas de partirle la cara de imbécil a Stevens, no por primera vez en su vida, cuando Stevens lo lleva a más. Solo quedan cinco minutos y los Leafs ganan por dos goles, así que Stevens está haciendo todo lo posible para conseguir que Dan se quite los guantes y se meta en una pelea. Dan sabe lo que hay: si se los quita, Stevens se echará atrás y Dan se llevará una falta por instigación que le dará superioridad numérica a Dallas para un último esfuerzo. Sabe perfectamente lo que intenta Stevens.

Saberlo no hace más fácil recibir los placajes de Stevens contra las vallas mientras luchan por el puck.

—Seguro que le encanta recibir —dice Stevens, inclinándose muy cerca—. Probablemente le da igual quién se lo folla, ¿eh, Riley? Seguro que suplica genial. ¿Crees que se abriría de piernas conmigo?

Dan se esfuerza por ignorarlo, porque no merece la pena joder el partido solo porque Stevens sea un capullo de mierda.

Desde luego, ese es el momento en el que Marc aparece de la nada y deja caer los guantes. Stevens se ríe y se olvida de su papel de instigador por completo.

—Te voy a machacar, maricón —dice, y está con los guantes a medio quitar cuando Marc le parte la cara con la derecha.

Marc es pequeño, no es un luchador, pero es un cabrón despiadado cuando tiene que serlo, y consigue darle un par de golpes más antes de que Stevens pueda con él. Dan no se mete solo porque sabe que eso le daría a Dallas la falta que quiere. Cuando los árbitros los separan, a Stevens le sangra la nariz y Marc le sonríe a Dan, salvaje y con sangre en los dientes mientras lo sacan de la pista.

Consiguen mantener los dos goles de ventaja los últimos minutos, y cuando Dan entra al vestuario se encuentra a Marc en el sitio de Dan, con una bolsa de gel frío contra la boca, maltrecho y ufano. Dan le mira la mejilla de cerca.

—¿Eso son puntos? —pregunta, consternado.

—Solo tres —dice Marc. Entonces añade, radiante—: Le he pegado una paliza.

—Claro que sí, Lapointe —dice Tremblay, abriéndose paso para darle un golpe en el hombro. Añade algo en francés rápido que hace que Marc se ría.

Marc al final se levanta del sitio de Dan para que él se pueda cambiar y Marc pueda ocuparse de la prensa que está entrando en masa para rodearlo. Dan se está atando la toalla en la cintura cuando oye un «¿disculpa?» seco, el tono de Marc cuando será mejor que no estés diciendo lo que cree que estás diciendo. El tono que siempre llena de temor profundo a Dan.

—He dicho —dice el reportero, lento, como si Marc fuera estúpido o extranjero, como si Marc no entendiera la lengua inglesa mejor que el reportero, probablemente—, ¿no crees que estás dando un mal ejemplo a los niños a los que dices representar?

—Si hubiera llevado un micro —dice Marc—, le habría caído una multa o una suspensión por discurso de odio. No me voy a disculpar por responder.

—¿Entonces, piensas que la violencia es el camino? —pregunta otro reportero.

—Esto es hockey —dice Marc—. ¿Qué debería hacer? ¿Tragar? ¿Por qué los matones pueden pelearse porque sí y yo no puedo luchar contra los prejuicios sin recibir más prejuicios?

—Y esa es la cita de la entrevista —dice Larsson, divertido, mientras Dan gruñe y apoya la cabeza contra su taquilla.

—Parecía que estabas luchando más por tu novio que contra los prejuicios —dice el primer reportero con malicia, y Dan básicamente huye a la ducha, porque no quiere ver cómo Marc lo aniquila, por muy capullo que sea.

*

La prensa vuelve a ir de golpe a por Marc, porque si mueves un poco el avispero, salen las avispas. Aquello se convierte en todo un debate sobre la diferencia entre los comentarios normales en la pista y los insultos inaceptables. La mayoría de la vieja guardia está convencida de que Marc no es más que una florecilla sensible. Es una gilipollez; Dan no quiere ni imaginarse la mierda que Stevens le estaba diciendo a Marc, probablemente, porque Stevens siempre había sido majo con Dan, pero se había portado como un capullo con Marc incluso cuando estaban en el mismo equipo. Lo siguiente es un debate sobre el papel de los jugadores gays en el deporte. Y luego una discusión sobre las peleas en general y si son necesarias.

Puto Stevens.

Y puto Marc.

—Casi me creo que planearas todo esto —dice Dan, y Marc simplemente le sonríe como si no hubiera hecho nada malo en su vida, con el ojo morado oscuro y todo.

*

La prensa se está tranquilizando y el ojo de Marc se está curando para cuando llega lo siguiente, y Dan esperaba que no tuviera nada que ver con ellos, esperaba sinceramente que simplemente fuera una de esas cosas horribles que pasan a veces, que dan miedo cuando pasan, pero que por desgracia no son poco comunes.

Pasa a mitad del segundo periodo, cuando Marc tiene la cabeza gacha para buscar el puck contra las vallas. El hombro de Olesky hace contacto contra su cabeza cuando se acerca por detrás y Marc se da de golpe contra el cristal. El banquillo de los Leafs se levanta para pedir la falta, pero se sientan cuando pasa un minuto, dos, y Marc no se levanta. Buchanan se queda cerca de donde Marc está tumbado en el hielo. Dan quiere acercarse, le importa una mierda que lo suspendan, pero Larsson lo tiene cogido del jersey como si lo supiera y eso es lo único que lo mantiene quieto.

Todo el estadio está en silencio, sin celebración cuando llevan a Olesky al área de castigo con una falta mayor, un silencio sepulcral cuando sacan una camilla. Dan no puede respirar.

—James te va a llevar al hospital —dice el entrenador mientras sacan a Marc, inmóvil y pálido.

Dan lo mira sin ver.

—El partido —dice, al final.

—¿Puedes prometerme que vas a concentrarte en el partido? ¿Que no vas a ir a por Olesky en cuanto vuelva a la pista? —pregunta el entrenador, y cuando Dan no dice nada, añade—: Levanta, te espera en el vestuario.

Dan se pone una camiseta y unos pantalones cortos mecánicamente, sus manos entumecidas incapaces de tratar con el traje de los partidos. Uno de los preparadores físicos del equipo lo lleva al hospital, como le han prometido, y cuando llegan el personal está dispuesto a decirle que Marc está consciente, pero nada más, y no lo dejan pasar, solo hablan con James donde Dan no puede oír mientras él se mira los zapatos. James se sienta

con él.

—Está despierto, alerta, deberían dejarlo salir pronto.

Dan suelta el aire.

—Entonces, está bien —dice.

—Tiene una conmoción bastante grave, va a estar fuera de juego un tiempo, pero es mucho mejor de lo que podría haber sido, teniendo en cuenta que perdió el conocimiento —dice James, y luego le da una palmadita incómoda en el hombro—. Te lo puedes llevar a casa esta noche.

Dan se pasa el resto de tiempo de espera gestionando llamadas de su madre, Sarah y la madre de Marc, que tiene su móvil de alguna forma. Sus respuestas no parecen satisfacerlas, pero es normal, porque tampoco lo satisfacen a él, no hasta que le dan el alta a Marc, pálido y enfermizo, pero andado por su propio pie, al menos.

—¿Sabes lo que hay que hacer? —pregunta James y Dan asiente, mete a Marc bien abrigado en un taxi y se van a casa.

Marc se apoya contra él y cierra los ojos. Dan le aprieta el hombro.

—¿Qué te dice siempre el entrenador sobre mantener la cabeza alta?

—*Mange la merde* —responde Marc, adormilado, y se acurruca más contra Dan.

*

Marc no es un buen paciente.

La primera parte se la pasa somnoliento, y Dan lo deja dormir a cachitos, calculando cuándo tiene que despertarlo con cuidado y eligiendo una nueva pregunta con la que evaluarlo cada vez, para que Marc no lo mate. Marc entiende el inglés, pero está contestando todo en francés, así que Dan elige preguntas que puede entender y cuya respuesta puede verificar.

—¿Cuál es tu nombre completo? —pregunta la tercera vez que despierta a Marc.

—Pierre Marc Lapointe —murmura Marc antes de volver a cerrar los ojos.

—¿Te llamas Pierre? —pregunta Dan, encantado. ¿Cómo es que no lo sabía? Es, posiblemente, lo mejor que ha oído nunca.

—*Ôstie* —gime Marc, patético, y Dan decide que se guardará las burlas para cuando Marc no tenga una lesión cerebral.

Después de seis horas, cuando Dan también está agotado, le prepara a Marc una sopa de lata, le da agua y paracetamol y se acurruca contra él en la cama.

—¿Por fin me vas a dejar dormir? —pregunta Marc.

—He puesto la alarma para dentro de una hora —dice Dan, con los ojos ya cerrados.

—Te odio —gruñe Marc.

*

Al día siguiente está peor. Ya no está adormilado todo el tiempo y no puede hacer nada de lo que quiere hacer, ni leer, ni pelis, ni nada que lo distraiga del hecho de que le duele la cabeza y le duele el cuello y la luz le hace daño y está mareado, y si Dan le da algo de comer va a vomitar, jurado.

Cuando Dan tiene que irse para un entrenamiento obligatorio, es casi un alivio ver a Sarah abalanzarse para ocuparse de su turno de cuidados. Va a ser interesante, teniendo en cuenta que Sarah no es para nada de las de cuidar.

Al volver se encuentra a Sarah hecha polvo.

—¿Se ha portado bien? —pregunta jovialmente.

—Genial —suelta ella, antes de largarse como si el piso estuviera en llamas.

—Has asustado a Sarah tanto que ha huido —regaña Dan cuando entra al cuarto, donde Marc está sentado en un mar de almohadas con cara de perros.

—Me aburro —declara en cuanto se da cuenta de que Dan esta ahí—. Y me duele la cabeza.

—Lo sé, chaval —dice Dan, sentándose a su lado.

—No te pongas condescendiente —dice Marc.

—Creo que prefería cuando solo hablabas francés —dice Dan, y Marc le da un buen pellizco.

—Solo por eso —dice Dan—, creo que es hora de que comas algo.

Marc gime, sin éxito.

*

Al día siguiente tienen que volar a Winnipeg. Marc insiste en que puede cuidar de sí mismo, y técnicamente está fuera de peligro, pero Dan no confía en que Marc se alimente, que evite libros y películas cuando se aburra, que no empeore las cosas, así que se lo lleva a casa de sus padres de camino al aeropuerto.

Marc se queja todo el trayecto, pero en cuanto sale del coche se vuelve maleable, bueno y educado. Por supuesto que empieza a portarse bien cuando están los padres de Dan.

—Sé que no es lo mismo que estar en casa, pero Stephen y yo tenemos algo de experiencia con conmociones —dice la madre de Dan mientras dirige a Marc con suavidad con una mano en su codo—. Danny tuvo dos antes de salir siquiera de la liga juvenil.

—Eso explica muchas cosas —le susurra Marc a Dan, y Dan le saca un dedo a espaldas de su madre, solo para que lo pillen cuando Marc abre mucho los ojos, fingiendo estar dolido, y la madre de Dan se gira antes de que Dan pueda esconderse.

—Pensaba que serías un poco más solidario —dice su madre, mientras Marc le sonrío. No es justo que nadie de su familia lo crea cuando se queja de que Marc es malvado. Bueno, Sarah probablemente se lo cree, pero Dan está seguro de que eso solo hace que Marc le caiga mejor.

—Trata con él dos días y a ver cómo te sientes —dice Dan de mal humor, aunque seguro que ahora Marc se porta como el huésped perfecto, solo para que Dan parezca un capullo.

Dan le da un abrazo a su madre, atrae a Marc contra sí y le da un besito en el pelo.

—Marca un gol por mí —susurra Marc.

—No prometo nada —dice Dan, pero, cuando consigue marcar uno durante una transición caótica que deja al portero de los Jets solo, señala a las cámaras. Será mejor que Marc no esté viendo el partido, pero al menos la madre de Dan se lo puede contar.

*

Toca Edmonton luego, Calgary, Vancouver, un largo viaje. Marc le va dando actualizaciones de su estado y su madre le va mandando actualizaciones más sinceras sobre el estado de Marc y le promete que va a mantener a Marc alejado de cualquier forma de ver el partido, porque Marc sabía demasiados detalles sobre el gol de Dan como para que simplemente se lo hubieran descrito.

La prensa muestra interés en hablar con Dan, por una vez. Vale, lo ha mostrado bastante ya, pero Dan no es particularmente propenso a comunicarse bien, Marc es mejor de lejos, así que los periodistas se habían rendido y pasado a Marc, que es mucho más interesante de todas formas. Pero ahora Dan no tiene la protección de Marc, así que tiene que sobrevivir

con sus tartamudeos a una entrevista a la que lo atraen con engaños (preguntas sobre su gol) y acaba atrapado teniendo que explicar el estado de Marc.

—Pareces aturdido —dice Larsson al terminar—. Te voy a comprar una cerveza.

—Sí, por favor —dice Dan, sumiso.

Marc lo llama al día siguiente solo para reírse de él.

—Eh —dice Dan—, ¡deja de ver la tele!

—Lo oí en la radio —dice Marc. Ni se molesta en hacer que suene ni medio verdad.

*

Consiguen seis puntos de los ocho posibles al perder en la prórroga contra Edmonton y Vancouver, y podría ser peor teniendo en cuenta que les falta su centro estrella, que está ocupado quejándose de que no puede comer nada que no sea sosísimo sin vomitarlo, y que ha conseguido de alguna forma que el padre de Dan le lea en voz alta. El padre de Dan es un pringado. Dan probablemente lo heredara de él.

Cuando Dan vuelve, Marc se encuentra mejor. No está al 100 %, pero puede unirse al primer entrenamiento al día siguiente, con jersey de no-contacto obligatorio, y ya le permiten volver a leer y ver pelis, lo que hace que sea mucho menos intolerable.

La primera noche que están de vuelta, Larsson sigue a Dan, se ocupa de Marc, y los dos ven una peli sueca que Larsson ha estado anticipando todo el viaje mientras Dan hace la colada, le da una cerveza a Larsson (la mirada de súplica de Marc no consigue ablandarlo) y pone la cocina en orden.

—Vale —dice Dan cuando la peli se ha terminado y Marc está tan cansado que se está quedando dormido en el hombro de Larsson—. Se acabó la cita.

Larsson le da una palmada en el hombro y se marcha lo suficientemente rápido como para evitarle a Marc la vergüenza de que vea a Dan llevarlo en brazos a la cama, cosa que tiene que hacer, porque no le pusieron horario en casa de los padres de Dan, y además no tiene seis años, y «Daniel, espera, que te vas a hacer daño en la espalda, ya voy andando yo».

*

Al siguiente entrenamiento Marc está casi al 100%, aunque es un hecho que le resulte probablemente más fácil marcar un gol cuando todo el mundo está apartándose de su camino por miedo a darle sin querer y tener que enfrentarse a Dan y al entrenador. Puede que no sea un miedo infundado, ya que los dos están mirándolo todo con los brazos cruzados.

—¿Qué haces? —dice Marc con un golpe del palo en la espinilla de Dan—. No eres entrenador, deja de escaquearte.

—¡Lo del no contacto se aplica a ti también, Lapointe! —le grita el entrenador.

*

Cuando Marc está intentando con halagos que le dejen volver a entrenar con contacto, sale del armario otro jugador, retirado hace casi una década, tan importante en sus tiempos que Dan cree que todavía tiene su figurita en el sótano de sus padres. Marc vuela con ellos a Nueva York, aunque todavía no puede jugar, solo para poder ir a una entrevista con él para debatir sobre la situación de los derechos de los gais en el hockey.

—¿Estás celoso? —le pregunta Marc en el avión, dándole un golpecito sin molestarse en levantar la vista de su libro.

—No —contesta Dan, enfurruñado.

—¿Quieres que le pida un autógrafo para ti? —pregunta Marc. Dan está un 99 % seguro de que le está chinchando.

—Puede —dice entre dientes de todas formas.

—Vale, *cheri* —dice Marc, y ni siquiera se ríe de él, así que está perdonado, no como Tremblay, que lo ha oído y ahora llama a Dan *cher* y *cheri* cada vez que puede. Tremblay va a tener un problema.

Marc tiene el programa por la tarde, así que ve el partido desde las gradas, se les une al terminar y le toca responder a preguntas de periodistas que no lo dejan en paz, aunque ni siquiera haya jugado. Le da una patadita a Dan cuando llega junto a él y se sienta en su sitio, que han dejado vacío en su ausencia. Salta el *flash* de las cámaras, cómo no. Dan no cree siquiera que todos esos periodistas sean de hockey.

—Mañana vuelvo a entrenar con contacto —dice Marc, cuando Dan le devuelve el golpecito del pie.

—No te van a dejar jugar contra los Islanders —dice, no, decreta Dan, y Marc lo mira con una sonrisilla.

—Los Devils, puede, si no tengo más síntomas —dice—. Ahora ve a ducharte, que quiero salir.

—Claro que sí —dice Dan, asegurándose de que no tiene ninguna cámara enfocándole mientras se quita las últimas capas.

Sí que salen, van a por hamburguesas que, sin lugar a duda, incumplen su dieta (al menos para Dan; Marc tiene que recuperar un par de kilos), pero también están increíbles. Los para una señora que reconoce a Marc del programa de ese mismo día y parece confusa cuando le dicen que vienen del partido, pero se queda encantada cuando Marc presenta a Dan como su novio.

—Ni siquiera sabía que eres jugador de hockey —dice Dan con horror.

—Claro que sí —dice Marc—. De eso iba el programa.

—Bueno, ni siquiera sigue el hockey —dice Dan. Puede que incluso sienta más horror ante ese dato, para qué mentir.

Marc le sonrío alegremente y le da una patadita. Ay, Dios, Marc ha trascendido del hockey.

—Ay, Dios, has trascendido del hockey —dice Dan, y ante la cara complacida y sorprendida de Marc, añade—: A veces os escucho cuando tú, Sarah y Larsson habláis.

No es como si pudiera evitarlo.

—He trascendido —dice Marc, todavía alegre—. Pero tengo el autógrafo de Perrault para ti, así que no todo es malo.

—Dame —exige Dan, y Marc se ríe y le da una hoja que ni siquiera es una firma, más bien una nota que le desea suerte a Dan, le dice que es valiente. Dan la mira con la mandíbula apretada.

—¿Ves? —pregunta Marc, dulce—. No todo es malo.

—Ya —admite Dan—. Ya, vale.

x. interludio

Es un poco raro ser el novio de Marc Lapointe, icono gay. Para empezar, ahora Marc recibe mucho más correo de fans. Mensajes de odio también, probablemente, pero eso se filtra antes de llegar a él. Insiste en contestar personalmente a la mayoría, a la chica en Laval con dos padres que dice que de repente todo el mundo en la escuela tiene envidia en vez de burlarse, al adolescente que salió del armario y se quedó sorprendido cuando todo su equipo lo aceptó con los brazos abiertos, al tío que adjuntó una foto-polla. Vale, quizás a ese no.

Hay muchos de esos. Dan cree que los relaciones públicas de los Leafs las dejan ahí para tocarle los cojones a él.

Dan está mirando con ojos entornados una de esas fotos mientras Marc extiende las cartas no obscenas en la cama del hotel, con una montaña de papel a su lado.

—Te va a dar síndrome del túnel carpiano —dice Dan, mirando cómo Marc se inclina hacia el papel, el garabato horrible que es su letra—. ¿No puedes escribirlas por ordenador y firmar a mano?

—No es lo suficientemente personal —murmura Marc, distraído.

Dan suspira y mira las montañas por leer que cubren todo. Se pregunta cómo va a conseguir Marc sacar tiempo para dormir, entre esto y el hockey.

—¿Quieres que conteste algunas yo? —pregunta al final.

Marc lo mira con una amplia sonrisa alrededor del tapón de boli que tiene en la boca.

—Vale —dice Dan—. Trae aquí.

Eso sí, se niega a unirse a Marc en su misión de escribir todo a mano. Pueden firmar juntos las cartas impresas de Dan y Marc se va a aguantar.

*

Los Leafs lo reciben también con los brazos abiertos, celebran un día del Orgullo durante un partido un domingo por la tarde en el que reparten banderitas de arcoíris para ondear que convierten el ACC en un derroche de color. El público estalla cada vez que Marc toca el puck.

—Hay muchas más pibas de lo normal —dice O'Connor, torciendo el cuello para ver mejor el público a su espalda—. ¿Sabías que les molaba tanto el tema?

—Sí —dice Marc al otro lado de Dan—. Ese ha sido nuestro plan desde el principio, fingir que estamos juntos para conocer pibones.

O'Connor mira a Dan con los ojos como platos.

—No confundas al novato —le echa la bronca Dan, y luego, muy maduro, ignora lo que suena sospechosamente a risa maligna.

*

Después de un partido en casa contra Filadelfia en el que ganan con un decisivo 6-1, todo el equipo se vuelve loco, secuestran a Marc y a Dan (esta es la última vez que Dan se fía de Buchanan cuando pone cara de inocente) y se van al barrio gay.

Salen de los varios coches en dirección a un bar gay, un plan del que Dan tiene que echar la culpa a Tremblay, que se lo ha tomado como una oportunidad de llevar pantalones tan ajustados que Dan le ve miembros que solo suele ver en el vestuario, y solo si no puede evitarlo. Tremblay desaparece en la pista de baile en cuanto entran y se pone de inmediato a bailar (horriblemente) con un grupillo de admiradores a los que claramente les importan más los pantalones (y el culo de hockey de dentro) que las dotes para el baile.

Marc y Larsson se han ido a por bebidas y, por el brillo en sus ojos, Dan sospecha que su petición de «cerveza, por favor, solo una cerveza» no se va a cumplir. Una vez ha pillado la tercera mirada esperanzada de sus compañeros, claramente comprobando si lo han hecho feliz con su elección de local, Dan se escapa a buscar a Marc y Larsson.

Los encuentra en el bar, donde Larsson está mirando, evidentemente entretenido, cómo un *twink* se mete tanto en el espacio de Marc que perfectamente podría estar restregándole la pierna.

—Eres el jugador de hockey, ¿no? —oye Dan cuando se acerca, enarcándole una ceja a Larsson y recibiendo a su vez cejas enarcadas—. ¿El gay? Qué guay. ¿Quieres bailar o algo?

—Tengo novio —dice Marc, con algo de ese entretenimiento en su propia voz. Se apoya contra Dan en cuanto Dan se le pone detrás, como si supiera que es él simplemente por cómo llena el espacio.

El *twink* mira un segundo a Dan y luego lo descarta sin interés.

—Soy Jacob —le dice a Marc—. Y lo que tu novio no sepa, no le hará daño.

Es tan cliché que hasta duele un poco. Tiene purpurina en la cara. La última vez que Dan tuvo purpurina en la cara fue cuando se vio envuelto en una guerra de bromas bastante fuerte en el equipo juvenil. No sabe por qué se la pondría nadie por voluntad propia. Es imposible quitarse esa mierda luego.

—Soy Dan —dice Dan con un saludito y Marc suelta una risotada. Jacob le dedica una mirada bastante elocuente, una que dice: «Estoy ocupado, ¿qué quieres?».

—El novio —añade Larsson amablemente, con una bandeja delante de bebidas tan coloridas que dan angustia.

Jacob le pega otro repaso, claramente registrando que Dan le saca quince centímetros y veinte kilos.

—Me gusta tu purpurina —dice Dan, y Marc colapsa contra él, riéndose tanto que Dan tiene que rodearle la cintura con el brazo para que no se caiga, mientras Jacob decide que a veces lo valiente es largarse.

Larsson desaparece con las bebidas y Marc sube la cabeza para mirarlo, sin girarse, con una sonrisa.

—¿Me estabas vigilando? —pregunta.

—No —dice Dan—. Quería una cerveza y sabía que sois idiotas y no me ibais a traer una.

—Tenemos cócteles —confirma Marc, alegre.

—Ya —dice Dan—, y yo voy a pedirte una cerveza.

No suelen ser mucho de muestras de afecto en público, ni siquiera tras salir del armario (o, para ser más específicos, Dan no lo es y Marc lo respeta), pero Dan no aparta el brazo con el que le rodea la cintura a Marc y le engancha el dedo en la hebilla del cinturón.

—¿Te sientes amenazado? —pregunta Marc, claramente riéndose de todo, esta noche.

—*Nop* —dice Dan, y es verdad. Se fía de Marc, y también lo conoce lo suficiente como para saber que todo esto lo aburre a morir, igual que aburre a Dan ahora que no está

buscando rollo todo el tiempo. Pero están en el tipo de sitio que ni se va a fijar en que se estén tocando a menos que alguien reconozca a Marc o a Dan, y eso le gusta; le gusta poder hacer lo que haría cualquiera del equipo con una chica en un bar sin que nadie dijera nada —. Esto ha sido una idea terrible. Ha sido Tremblay, ¿verdad?

Tremblay ya ha perdido la camiseta en algún sitio y tiene a un tipo rodeándole el cuello con los brazos.

—Creo que es encantador —dice Marc—. Intenta entenderlo.

Dan se pide la cerveza y la paga.

—¿Y esto va a ayudarlos a entendernos? —pregunta—. ¿Cócteles y luces parpadeantes?

—No he dicho que lo estuvieran haciendo bien —dice Marc—. Pero quiero ver cómo se beben los cócteles.

—Capullo —dice Dan mientras arrastra a Marc hacia la mesa, que ahora mismo está llena de hombres muy machos sorbiendo cócteles con grata sorpresa.

—¡Está riquísimo! —declara Pazuhniak con un deleite profundo mientras los saluda con algo violentamente rosa.

Marc le lanza una mirada que habla por sí sola y a Dan le tiembla la boca. Vale, solo por esto ya ha merecido la pena venir.

Tremblay ha conseguido en algún sitio una boa de plumas y convence a algunos del equipo de que bailen con él mientras el resto se queda en la mesa bebiendo una cantidad aterradora de cócteles. Dan intenta recordarles que solo porque no sepan a alcohol no quiere decir que no lleven. Cuando solo recibe miradas indiferentes, calcula las calorías y el azúcar refinado de cada cóctel, lo que resulta un poco más efectivo.

No son los primeros en irse esa noche, pero tampoco los últimos. Cuando Dan ha cumplido con sus deberes nutricionales, él y Marc se van a casa, dejándose a un buen grupo detrás, con Tremblay ondeando la boa en su dirección como despedida.

A la mañana siguiente aparecen algunas fotos, aunque nada de mayor calidad que una foto hecha con el móvil. Hay una de los dos en la mesa, con Marc acurrucado bajo el brazo de Dan (y precisamente por eso Dan no es de mostrar afecto en público), pero se ve absolutamente eclipsada por una foto de Tremblay perreando con O'Connor en la pista, boa incluida.

Tremblay se gana así preguntas de la prensa local, que claramente se lo está pasando bien. Su «¡es que me gusta bailar!» no le hace ningún favor, porque el equipo le llena la taquilla de fotos de bailarinas con su cara, y un oponente particularmente grácil le demuestra sus habilidades de patinaje artístico antes de un partido y le hace una reverencia burlona antes de alejarse patinando.

*

En Boston parece por un momento que van a tener una repetición del incidente de Stevens. Lafferty lleva siguiendo a Marc todo el partido, diciéndole cosas al oído, pegándose a él como una lapa, y a Dan le importa una mierda que fueran colegas cuando jugaban con los Battalion, lo va a dejar inconsciente si con eso evita que Marc se meta en otra pelea con alguien que le dobla la estatura.

Sin embargo, Marc se encarga de todo él solito: se ríe en la cara de Lafferty cuando este le dice algo y Lafferty parece tan hecho polvo por su fracaso que Dan no tiene ánimos ni de ir a pegarle.

Al terminar el partido, Dan choca la rodilla contra la de Marc, comprobando cómo está, y

Marc le dedica una sonrisilla.

—Me ha dicho que le hiciste una mamada cuando jugabais juntos y que fue malísima — dice Marc.

Dan se queda helado y le arden las mejillas. Marc sabe un poco de su historial, sabe lo de Alex específicamente y que Dan tenía más experiencia, pero no es como si Dan le hubiera dado nombres. Y estaba bastante seguro de que había un código no tácito de que lo que pasaba en la liga juvenil se quedaba en la liga juvenil.

—Vaya cara de susto —dice Marc, riéndose—. No te preocupes, le he dicho que ahora se te dan mucho mejor.

—Marc —gruñe Dan—. No hables en la pista de cómo se me dan las mamadas.

Larsson, que se ha acercado sin que Dan se diera cuenta, se gira para volver a marcharse.

—¿Por qué siempre me toca a mí escuchar estas cosas? —murmura.

*

Sin contar las fotopollas y las banderitas de arcoíris, los cócteles y el lamentable recuerdo de habérsela chupado a Lafferty, es probablemente lo más parecido a una temporada normal de verdad, sin incidentes.

Sarah se echa un novio que hace que Pantalones Ajustados parezca majísimo y Marc se une a Dan en su misión de asustar al capullo hasta que se largue. Marc es mejor que él, además, porque la presencia física tiene sus límites, pero una lengua afilada es para siempre. Lo consiguen, se llevan a Sarah a llorar las penas con cócteles y se chocan los cinco bajo la mesa para celebrarlo. Vale, solo es Marc con la mano puesta (inapropiada y posesiva) en la pierna de Dan, pero casi.

Marc y Dan tienen un total de una pelea que no se les pasa en una hora, y es porque Marc deja las toallas en el suelo de madera porque, en palabras de Marc, «tienes veintiún años, Dan, no cincuenta» y porque «¿cuánto puede costar colgar una toalla, en serio?».

Esa dura tres días y tiene a todo el equipo dividido en las barricadas de la limpieza o del terrible desorden, hasta que ganan un partido de manera espectacular y luego arreglan sus diferencias con sexo igual de espectacular. Larsson, que estaba en la habitación contigua en vez de haber salido a celebrar con el resto del equipo, no puede mirar a ninguno de los dos sin bochorno (cosa rara) y Dan cree oírlo tener un ataque de nervios la mañana siguiente, murmurándole «¿por qué siempre yo?» una y otra vez a su desayuno mientras Buchanan le da palmaditas de consuelo en el hombro.

Marc tiene una temporada decente, si no alucinante, o una temporada que sería alucinante viniendo de prácticamente cualquiera, pero que hace que la prensa enarque un poco las cejas de todas formas. La temporada de Dan es genial, pero la mayoría de los Leafs están en el grupo de «decente, aunque no alucinante» con Marc. No llegan a las eliminatorias por un punto y la prensa habla de ello como si fuera el fin del mundo y no hubieran oído hablar del año de resaca que suelen tener los equipos tras ganar la Copa Stanley en su vida.

El día que hablan con la prensa al terminar la temporada, Dan limpia su taquilla, pierde a Marc en el proceso y lo encuentra atrapado por una horda de reporteros, calmado, algo increíble, porque las veces que Dan ha tenido casi tantos micros en la cara su primer instinto ha sido huir.

Dan lo mira un minuto, ve cómo la cara de Marc no pierde la compostura ni siquiera cuando prácticamente lo acusan de ser la razón por la que los Leafs no han llegado a las

eliminadoras, como si todo el mundo hubiera olvidado que el hockey es un deporte de equipo en cuanto ya no es una narrativa conveniente. Después de un par de preguntas más en esa línea y de las respuestas pacientes y preparadas de Marc, Dan se gira y recoge la taquilla de Marc también para poder escaparse rápido.

Cuando vuelve sigue habiendo un par de grabadoras encendidas, pero la horda ha caído sobre el entrenador Walters, probablemente lo estén acusando a él de haber destruido la temporada de los Leafs. Dan se queda detrás de los reporteros, levanta las bolsas, y Marc termina rápido para ir a cogerle la bolsa a Dan, lo que hace que los reporteros reparen en él y se muevan en su dirección.

Dan da un paso atrás, buscando una salida con los ojos, y Marc se ríe y tira de él hacia el garaje, donde suelta las bolsas en el asiento trasero del coche. Marc se sienta de copiloto y cierra los ojos. Dan lo mira un minuto, el moratón que se asoma por debajo de la camiseta, lo cansado que parece.

—El año que viene —promete Dan.

Marc no dice nada, pero al momento sonríe.

xi. una vez revisada la jugada

El primer golpe es cuando traspasan a Larsson durante las vacaciones. No, no es exactamente así. Que Buchanan se retire, deje su C de capitán, eso es el primer golpe para Dan, pero para Marc es Larsson.

No ayuda que, a cambio de que Larsson se vaya a Florida, Toronto reciba a Jackson Vargas, que es un cabrón, la única persona con la que Dan se ha peleado a la que de verdad ha querido machacar hasta que llorara. Vargas juega sucio y es un chapucero, y Dan no sabe si es capaz de compartir vestuario con él.

Dan no suele tomarse como algo personal lo que se dice y se hace en la pista, pero a este tío se lo toma así. Vargas, que le puso la zancadilla a Marc la temporada pasada, y Marc consiguió evitar volver a sufrir una conmoción dejándose caer (con dolor) en el codo en vez de con la cabeza, pero se pasó días haciendo muecas cada vez que doblaba el brazo, con la piel sombreada del morado oscuro de las peores magulladuras. Vargas, que hizo contacto visual con Dan en el banquillo mientras lo llevaban al área de castigo, hizo contacto visual y le dedicó una puta sonrisa, todo dientes, como un tiburón. Y eso ni siquiera fue la noche que Dan se pegó con él. Hay demasiados incidentes para que Dan haga *tabula rasa*.

Marc se pasa días andando desconsolado por el apartamento. Marc no hace amigos con facilidad y parece perdido, llama a Larsson a Suecia y llena la factura del teléfono cagándose en la ejecutiva con amargura mientras Larsson, según informa Marc, simplemente habla de lo mucho que agradece no tener que volver a lavarse los ojos con jabón.

Ese es el primer golpe. Y no es que sea uno insignificante, para ninguno de los dos, especialmente porque eso quiere decir que Dan va a tener que volver a ver películas pretenciosas ahora que Larsson no va a hacer su parte. Y puede que a Dan hubiera empezado a caerle bien Larsson. Muy bien. También lo va a echar de menos.

De todas formas, es solo el primero de muchos.

*

El segundo llega cuando Marc se tuerce el tobillo andando por la calle. Marc había conseguido de alguna forma evitar por completo lesiones de tobillo en casi veinte años patinando, pero al parecer una acera puede con él. Están de vacaciones, así que podría ser peor, pero el entrenamiento de Marc se ve paralizado mientras le ordena a Dan que le vaya trayendo cosas, sacando todo el provecho que puede de la lesión (Dan ni siquiera se aprovechó así cuando se *rompió* el tobillo). El tiempo de recuperación hace que vaya con retraso, que vuelva a entrenar a trompicones, con cosas que puede hacer y cosas con las que no debería presionarse a menos que quiera jugársela y acabar con una lesión permanente. Aun así, probablemente empiece demasiado pronto, antes de estar al 100 %, pero cuando llega el campamento de entrenamiento no está en forma, al menos comparado con su normalidad, y por una vez no avergüenza a todo el mundo sin siquiera esforzarse.

Sigue siendo bueno, desde luego, porque Marc nunca deja de serlo, pero no consigue ni

un punto de los partidos de exhibición y la prensa se está poniendo alarmista antes incluso de que los partidos valgan para algo.

Nombran capitán a Halliday. Dan nunca ha tenido nada en su contra, pero Halliday tampoco ha estado muy presente, no como Buchanan, que no solo toleraba que los novatos lo siguieran como patitos, sino que los acogía, que había acogido a Dan en su casa, en su vida. Halliday lleva toda la vida en el equipo, y para cuando Dan y Marc llegaron, se había hecho a las idas y venidas de chavalillos llegando al equipo y luego yéndose, y Dan lleva años compartiendo vestuario con él sin sentir que lo conoce de verdad.

Le ofrecen a Marc ser subcapitán, de Halliday. Marc lo rechaza. Tiene sentido; Marc nunca ha estado cómodo siendo el centro del vestuario, nunca va a ser el corazón del equipo fuera del marcador. Aun así, Dan cree que podrían haber elegido una opción mejor que Pazuhniak y espera que al menos haya pulido sus discursos para novatos desde que estaba horrorizando un poco a Dan. Eso sí, lo duda.

*

Tienen un comienzo de temporada de mierda. Los partidos de exhibición habían ido bien, 50/50, por lo menos, pero es como si a todos se les olvidara cómo jugar al hockey a la vez. O como si Halliday fuera una mierda de sustituto de Buchanan, pero ahí no hay nada que hacer.

Vargas debería estar en la tercera línea, pero dedicó el verano a ganar músculo en vez de entrenar de verdad, así que lo ponen al otro extremo de Dan, donde solía estar Larsson. Su línea probablemente lo sufre, porque Dan no es capaz de mirar al tío a los ojos sin rechinar los dientes, pero a ninguno de los medios les importa cuando el resto de las líneas se están desmoronando a la vez.

Marc parece un poco a la deriva ahora que no tiene a Buchanan a su lado, recibe los pases tarde, siempre desincronizado con sus compañeros. Caen como un castillo de naipes en su primer partido, un 5-1, y no mejoran en el segundo, o el tercero. Después de cinco derrotas seguidas, el ánimo en el vestuario está al nivel del de un funeral, con gente murmurando en vez de hablando a gritos de una punta a otra de la habitación, Marc siempre con la cabeza baja para no hablar con nadie.

Ganan el sexto, pero pierden tres más inmediatamente después, y despiden al entrenador al día siguiente. Es un día libre, así que Dan y Marc se quedan pegados al canal de deportes paralizados, incrédulos, mirando cómo les quitan lo último bueno que quedaba en el equipo.

—No es justo —dice Marc. Es una frase de chiquillo, una frase de Marc, que siempre cree que el mundo es justo hasta que le demuestran lo contrario. Pero *no* es justo, y a Dan le gustaría tener algo de esa confianza, de esa fe en que las cosas son fundamentalmente buenas, porque ahora mismo preferiría atrincherarse en su apartamento con Marc en vez de meterse en el vestuario mañana.

*

La ejecutiva contrata a Eric Payne, que es un capullo.

No es justo decirlo así. Eric Payne es una cotorra gorda, con entradas y que no para de gritar, que consiguió aguantar dos años jugando a veces en la tercera pareja defensiva de Detroit antes de que lo mandaran para siempre a las ligas menores, donde se pasó el resto de su carrera pasando de equipo a equipo. Da prioridad a la defensa, que no es lo que necesitan ahora, porque no puedes ganar si nadie marca, y la defensa de los Leafs es lo

mejor que tiene por ahora, pero Payne los machaca con defensa, defensa, defensa, como si la clave para romper la racha de derrotas fuera tener a cinco defensas en el hielo todo el tiempo.

Y es un capullo.

El primer día va a por Marc, se acerca a su sitio después de entrenar con una sonrisa que le recuerda a Dan a la de todos los matones que, en la pista, confunden el tamaño de Marc por debilidad. Marc lo mira imperturbable y Payne le devuelve la mirada desde arriba con un gesto desagradable en la boca.

—Eres el chico de oro, ¿eh? —dice. Marc no dice nada—. ¿El que gana el pan en Toronto? Yo últimamente no te he visto hacer nada.

Marc enarca una ceja, expresivo. Probablemente no debería haberlo hecho, porque la gente como Payne no aguanta a los que no le tienen miedo, Dan los conoce, pero nunca ha visto a Marc echarse atrás ante un desafío, y no es como si alguien en una posición de autoridad fuera a pararlo.

—Mira —dice—. Para mí no eres el chico de oro. No eres más que un franchute vago y malcriado que cree que puede jugar de culo porque tiene una cláusula de no traspaso en el contrato. No voy a dejar que te vayas de rositas mientras se la chupas a tu novio en vez de jugar al hockey.

Marc parpadea, y entonces levanta la barbilla, tenaz. Dan se prepara, cerrando los ojos.

—Al menos sé jugar al hockey —dice Marc—. Pero ¿cómo era la frase? Quien sabe, lo hace; quien no sabe, enseña. ¿Puedo sugerir que se meta en la ejecutiva, en vez de ser entrenador?

Probablemente eso establezca la dinámica para los dos, así tal cual.

*

—Joder, ¿estás loco o qué? —pregunta Dan cuando se meten en el coche. Marc no ha dicho nada desde que Payne se ha puesto rojo de furia y se ha marchado a zancadas, simplemente se ha desvestido y salido, tan rápido que Dan ha tenido que correr para alcanzarlo y le ha recordado a Marc que es él el que tiene las llaves, lo que al menos ha hecho que reduzca el paso lo suficiente como para que Dan lo alcance.

—Es un matón —dice Marc, con la mandíbula aún tensa, como si estuviera preparado para pelearse con Dan también, si fuera necesario.

—Ya —dice Dan—, y tú te acabas de convertir en su objetivo.

Marc se encoje de hombros, brusco, y mira por la ventana. Dan se frota la cara mientras espera a que se ponga en verde el semáforo.

—Ni siquiera puedes mantener la boca cerrada para salvar el culo, ¿no? —pregunta Dan. No pasa nada porque Marc siga mirando por la ventana sin decir nada. Los dos ya saben la respuesta.

*

No mejoran, aunque Dan no sabe por qué coño la ejecutiva pensó que iban a mejorar con Payne al volante. Dan juega como siempre, porque Dan está condicionado para jugar como siempre. Su trabajo es ser duro y eso no cambia, ni con el equipo ni con sus compañeros de línea. Pero los demás se habían acomodado gracias a tener a un gran capitán y a un entrenador excelente y no parecen saber qué hacer con un entrenador imbécil y un capitán que básicamente se ha hecho invisible.

Marc no es el peor, pero casi. Aparece en todos los entrenamientos con cara de estar a la

defensiva. No encaja en la mentalidad de «sacrificar el cuerpo» por la que parece haberse decidido Payne. Marc ha nacido para la velocidad, la precisión, para ir como una bala, pero nunca va a ser de los que van metiendo cuerpo, y Dan cree que Payne no sabe qué hacer con un fintador, con uno tan bueno como Marc, parece lavarse las manos y dejarlo con los entrenadores auxiliares, que al menos intentan mantenerlo a punto.

Cuando llevan veinte partidos, Dan tiene seis puntos y Marc cinco. A Dan lo suben a la tercera línea a veces, porque su estilo y su tamaño encajan en el nuevo plan. Marc acaba en la segunda línea y parece que a Payne le encantaría echarlo de la alineación directamente si Marc no tuviera esa inoportuna cláusula que no lo permite.

*

El vigésimo partido lo pierden, para sorpresa de nadie, y Dan sigue a Marc a su habitación en el hotel. Apenas han cruzado la puerta cuando Marc se gira y le da un puñetazo a la pared, un golpe violento que dirige, por suerte, a una pared gruesa y no a una de las que habría atravesado. Dan lo rodea con los brazos desde detrás, le coge las muñecas, y por un momento parece que Marc se va a resistir, todo el cuerpo tenso y furioso en el agarre de Dan antes de desinflarse de golpe.

—Eh —dice Dan con suavidad, intentando girarlo. Marc no lo deja y, cuando Dan insiste, con cuidado pero firme, Marc no es capaz de mirarlo a los ojos. Dan le pone la mano en la nuca y espera.

—*Je suis cassé* —dice Marc, al final, tan flojo que Dan apenas lo oye.

—¿Vas a hacerme sacar el móvil y traducir? —pregunta Dan—. Voy a ello. Sé bien qué es *je suis*, así que ya tengo la mi...

—Roto —lo interrumpe Marc, seco—. Estoy roto.

—Marc —dice Dan, sin saber qué hacer.

—No —dice Marc, soltándose de Dan para ir a tumbarse a la cama, de cara a la pared.

—¿Puedo hacer algo? —pregunta Dan al final.

—Vete —murmura Marc, y Dan vuelve a su propia habitación y llama a su madre para oír algo que suene a casa.

*

Ganan tres por los pelos y la moral en el vestuario sube lo suficiente para que un par de partidos humillantes (uno en casa, otro fuera) contra Montreal los destruya. El partido en Toronto ya es lo suficientemente malo, un silencio sepulcral en las gradas mientras el público ve a Jaworski dejar pasar siete goles, pero en Montreal es mucho peor, esta vez seis goles, Keewatin en la portería en vez de Jaworski, y Keewatin recibe vítores sarcásticos cada vez que para un tiro fácil, Marc recibe vítores sarcásticos cada vez que su palo hace contacto con cualquier cosa.

Dan vuelve a seguir a Marc a su habitación y no se permite a sí mismo dejar que Marc lo eche esta vez, intenta encontrar una película lo suficientemente pretenciosa en el servicio bajo demanda para distraer a Marc mientras Marc parece intentar ahogarse en la ducha. Después de veinte minutos de mirar el menú de la tele del hotel en bucle, Dan toca a la puerta. Cuando Marc no contesta, Dan abre y se encuentra a Marc sentado bajo el chorro de la ducha, hecho una bola triste, con el pelo mojado pegado al cráneo y abrazándose las rodillas con los brazos.

Dan ni lo piensa, simplemente se mete en la bañera con él y abraza a Marc contra sí hasta que Marc empieza a sollozarle contra el hombro, aferrándose a la camisa de Dan como si

fuera un salvavidas.

—Que le den a esta ciudad —susurra Dan—. Lo único bueno que ha salido de aquí eres tú.

Marc sigue sollozando y Dan se limita a abrazarlo, con las rodillas doloridas y la ropa pegada a la piel. Cuando Marc se separa, parece avergonzado, no mira a Dan mientras apaga la ducha.

—Marc —dice Dan, cogiéndole la barbilla, que le tiembla un poco. Marc tiene los ojos rojos, se le pegan las pestañas y la piel está rosa del agua casi hirviendo. Es la viva imagen de la miseria. Dan le da un beso en la mandíbula marcada, en el pómulo—. Estoy aquí —dice al final, porque no puede prometerle otra cosa.

*

Mejoran un poco, porque no es como si pudieran empeorar. El estilo de Payne empieza a cuajar y, aunque sea un estilo que no encaja para nada con el equipo, es mejor que estar aturdido. Es como si Vargas fuera el pilar central de todo, de los nuevos Leafs, fuerza bruta y nada más de lo que hablar. Marc no encaja en ese plan y, aunque la mayor parte de la prensa es lo suficientemente espabilada como para saber que el estilo de Payne no le hace ningún favor al equipo a la larga, es más fácil señalar a la cara de la franquicia, a su falta de producción, y decir que él es el problema, como si la mala racha de Marc fuera contagiosa.

En consecuencia, Marc se ha vuelto antisocial y Dan con él, porque después de un partido de mierda, un viaje de mierda, un entrenamiento de mierda, es más fácil simplemente irse a casa con Marc, acurrucarse en el sofá y desconectar con una película con subtítulos, es más fácil ir a casa de sus padres a que su padre les cocine algo casero, a que su madre tenga conversaciones flojitas y amables con Marc que hacen que parezca más tranquilo, al menos un rato.

No parece que Dan se esté perdiendo mucho al aislarse. Vargas se está convirtiendo en algo fijo en el vestuario, al igual que en el ejemplo de Payne en el hielo, y Dan no quiere tener nada que ver con él.

Vargas tiene otro plan en mente, al parecer, y se acerca a Dan después de un entrenamiento.

—Vamos a salir a tomar algo —dice—. Deberías venir.

Dan levanta la cabeza para mirarlo y luego sigue desatándose los patines.

—Pensaba irme a casa —dice Dan.

—Venga, Riley —dice Vargas—. Debería conocer a mi compañero de línea y todo el mundo dice que antes molabas.

¿Esa es su estrategia, en serio? ¿Retos como si estuvieran en el cole y Dan tuviera algo que demostrar? Dan no cree que Vargas haya madurado mucho más que un matón de primaria, así que probablemente lo sea.

—No, gracias —dice Dan, breve, mientras pasa al otro patín.

—Puedes incluso traerte a tu señora —dice Vargas, mirando brevemente a Marc, que está absorto en una conversación con Tremblay. De lo contrario, seguro que habría tenido algo que decir sobre roles de género y cómo la feminidad no debería considerarse un insulto. Mierda, Dan casi quiere decirlo por él, pero en vez de eso se pone a quitarse las hombreras.

—Paso, Vargas —suelta. Espera a que Vargas se vaya, pero no lo hace, desde luego que no, porque es un capullo que cree haber encontrado donde pinchar.

—Venga —dice, inclinándose, cómplice—. Habrá chavalas que te la chuparán mejor que ese franchute estirado. Chavales, también, si es lo que te va. Entiendo que te pegaras a él, el chaval era un *all-star*, pero ya no, así que deberías pillar algo antes de que su caché baje tanto que a nadie le importe una mierda poder decir que se folló al novio de Marc Lapointe.

Dan se levanta y Vargas enarca las cejas como si le acabara de hacer una proposición que no pudiera rechazar. No sabe qué piensa Vargas de él, qué idea de mierda de Dan le han metido en su mierda de cabeza, pero parece sorprendido de verdad cuando los nudillos de Dan hacen contacto con su mejilla.

Desde luego, no parece sorprendido mucho tiempo, está más que acostumbrado a las peleas, y Dan recibe un golpe en la nariz antes de poder dar otro puñetazo, de ver cómo Vargas entrechoca los dientes y de notar una sensación de satisfacción apagada bajo la bruma de una rabia tan fuerte que duele.

Nota que los brazos de alguien lo rodean y lo echan para atrás, pero se resiste hasta que Marc se pone entre ellos (mientras O'Connor sujeta a Vargas con pinta de que esto lo supere) y le coge la barbilla, con tanta fuerza que le hace daño, y obliga a Dan a mirarlo. Dan se tranquiliza, poco a poco. Nota cómo le gotea sangre de la nariz y, cuando el que lo estaba sujetando lo suelta (resulta ser Tremblay), se frota la cara con el dorso de la mano y se la cubre de sangre.

Ni se acuerda de la última vez que se metió en una pelea fuera de la pista. Sinceramente, cree que no había pasado nunca. Y solo de mirar a Vargas, que se ha mordido la lengua, a juzgar por la sangre que está escupiendo al suelo, le entran ganas de volver y terminar lo que ha empezado. Vargas se da cuenta de que lo está mirando y le sonrío, con los dientes teñidos de rosa.

—Supongo que eres tú el que recibe, ¿eh, Riley? —dice Vargas, y Dan habría vuelto a por él si Tremblay no lo hubiera cogido inmediatamente de nuevo como si supiera lo que Dan está pensando.

—Dan —dice Marc, flojo—. Vámonos a casa. Por favor.

Dan termina de desvestirse, mecánico, con el vestuario en silencio, todo el mundo mirándolo como si fuera una bomba a punto de estallar. Sigue a Marc al coche, le da las llaves cuando se las pide, aunque Marc conduce demasiado agresivo para Toronto, como si estuviera todavía en Quebec, donde nadie respeta su propia vida.

—Deberías ponerte hielo cuando llegemos a casa —dice Marc, una vez han salido, y Dan asiente. Ya no sangra, pero lo último que necesita es un ojo morado que no sea de un partido.

—¿Me vas a decir qué ha dicho? —pregunta Marc, cuando Dan se ha pasado la mitad del trayecto mirando por la ventana.

—No —dice Dan al ratito.

—Bueno, seguro que se lo merecía —dice Marc, apacible, y enlaza sus dedos con los de Dan.

—Se supone que tienes que poner las dos manos en el volante —dice Dan, pero no se suelta.

*

Se pasan media temporada saliendo del paso a malas penas y lo único bueno es que la temporada está medio terminada. No son los peores de la liga, pero están de los últimos en la Conferencia Este y ya está todo el mundo hablando de que la copa fue de casualidad, que

el talento de Marc ha desaparecido y que la magia de Buchanan era lo único que los había mantenido a flote. La mitad de su plantilla de cuando ganaron ya no está, por traspasos o por haber firmado en otro sitio en busca de pastos más verdes y sueldos mejores, y es como si todo el mundo se olvidara de ese pequeño detalle, porque entonces no habría nadie a quien echarle la culpa.

Los periodistas se arremolinan alrededor de Dan tras una victoria por los pelos contra Edmonton. O'Connor ha marcado el único gol cuando quedaban dos minutos y Jaworski ha conseguido mantener la portería sin goles en contra, pero van primero a por Dan. Dan los mira con desconfianza y tiene que echarse atrás para evitar que le den con un micro en la boca. Dan supone que, con Marc de baja por la gripe, no saben qué hacer sin su saco de boxeo favorita.

Lo miran, expectantes, como si estuvieran esperando algo específico, y, cuando no dice nada, el reportero del *Toronto Sun* se lanza.

—Me preguntaba si cómo está jugando Lapointe esta temporada está relacionado con vuestra relación. ¿Tienes algo que decir sobre los rumores de vuestra ruptura?

—¿Vas en serio ahora mismo? —pregunta Dan, y las caras de su alrededor le dicen que sí, que van en serio. Replica—: Jugamos al hockey en esta ciudad. Eso no os da ningún derecho a saber nada de nuestra relación, no es asunto vuestro. Pero no, buitres de los cojones, no hemos roto.

A Dan debería importarle que alguna de esas entrevistas pudiera ser en directo, pero le da igual. Se abre paso a golpes y entonces, cuando lo siguen en masa, se mete en las duchas, donde no pueden seguirlo. Se esconde como un chiquillo cagado.

Cuando por fin llega a casa, Marc está hecho un burrito en el sofá con literalmente todas las mantas que tienen en el piso.

—Se suponía que te ibas a ir a dormir al terminar el partido —dice Dan, cansado—. Me lo prometiste.

—Hemos roto —dice Marc con voz ronca, sacando el móvil como prueba—. Lo dice todo el mundo. Y probablemente te va a caer una multa por decir palabrotas.

—De puta madre —dice Dan, peleándose con las mantas para hacerse un hueco.

—Soy contagioso —le recuerda Marc.

—Me importa una mierda ahora mismo —dice Dan, apoyando la cabeza en la zona aproximada del regazo de Marc. Es difícil de encontrar bajo cuatro mantas. Marc le pasa la mano por el pelo.

—«¿Ha cortado la pareja dorada del hockey?» —recita Marc.

—Estoy bastante seguro de que somos la única pareja del hockey —murmura Dan—. Al menos, que ellos sepan.

—Calla —le dice Marc—. «Puede que hayamos encontrado la razón de la deficiente temporada de Marc Lapointe: le han roto el corazón».

—Dios, no leas esa mierda —dice Dan. Se gira para mirarlo—. Y deberías irte a la cama.

—Tú deberías irte a la cama —replica Marc—. Has jugado al hockey, yo he estado durmiendo todo el día.

—Bueno, vente conmigo —dice Dan, enderezándose lentamente. Está agotado.

—Soy contagioso —repite Marc.

—Bien, necesito unas vacaciones —dice Dan, y arrastra a Marc a la cama, montaña de mantas y todo.

*

La prensa sigue obsesionada con la historia mientras Marc se recupera, pone a Marc como si fuera una especie de víctima, consiguen una cita de una fuente anónima que les dice que «Riley sale con nosotros todo el tiempo, se tira a tíos y tías solo con mencionar a Lapointe. Todo el mundo quiere un poco del novio de Lapointe». El único motivo por el que Dan no destroza a Vargas la siguiente vez que se ve obligado a estar en una habitación con él es que Marc se ríe de esa cita hasta que le caen lagrimones por las mejillas y es la primera vez que Dan lo ve reír así en bastante tiempo.

Cuando Marc vuelve a jugar, la historia muere, porque es difícil continuar con ella cuando se sientan el uno al lado del otro, como siempre, cuando Marc se comporta como siempre, y Dan está lo suficientemente enfadado para permitir algo de afecto público.

—No sé si te has dado cuenta —dice Marc, susurrando de mentira—. Pero me has dado la mano. En público.

—Que te den, Lapointe —gruñe Dan, bajando la cabeza para esconder la sonrisa.

*

Desde luego, en cuando los medios ya no pueden hacer de Marc una víctima, vuelven a convertirlo en el villano. El *Sun* dedica un artículo entero a discutir la mejor manera de sortear una cláusula de no traspaso, como si no hubieran sido los primeros en señalar a Marc como el salvador de la franquicia cuando era un novato. Como si no hubieran pegado un salto de alegría textual cuando Marc había firmado esa cláusula.

No han pasado ni dos años, pero el *Sun* sugiere que lo mejor sería un *buyout*, deshacerse de él como si fuera un lastre al final de la temporada, porque «no encaja en la dirección en la que van los Leafs y ya no es lo suficientemente bueno como para que hagamos la vista gorda». Como si la forma de imbécil de Payne de manejar al equipo fuera la dirección correcta, como si no fuera solo poner el dedo en una presa y esperar que eso fuera suficiente para parar el agua.

Tienen mala memoria. Hablan de cómo la sexualidad de Marc distrae del deporte, como si no hubiera existido un puto Día del Orgullo que según ellos mostraba la «nueva y mejorada» cara del hockey. Hablan de cómo Marc está frenando al equipo, como si alguno de ellos estuviera haciendo algo más que intentar mantenerse a flote. No han pasado ni dos años de la Copa Stanley y ya hablan de un «equipo en apuros», dicen que no quieren señalar a nadie, pero...

Lo ponen enfermo. Y lo peor es que se lo dicen a Marc a la cara, también, le preguntan si cree que está decepcionando a la franquicia, le preguntan si quiere ser un modelo gay más de lo que quiere ser jugador de hockey, le preguntan si ya han pasado sus días buenos, como si no tuviera veintidós putos años.

Marc les responde con educación, tranquilo, como si nada, y luego se va a casa y se ahoga en la ducha o se esconde bajo las sábanas, y Dan no sabe qué hacer. Está ahí, siempre está ahí, como le prometió, pero nunca va a ser suficiente para contrarrestar el hecho de que su ciudad está intentando romper a Marc en pedazos. De que lo está consiguiendo.

*

Febrero se eterniza y Marc empieza a desaparecer de vez en cuando. Nunca dura más de un par de horas, y lo último que quiere Dan es presionarlo cuando la población de Toronto al completo lo tiene acorralado. Siempre parece cansado y un poco triste cuando vuelve, pero parece cansado y un poco triste todo el tiempo. Dan se está tomando la temporada partido

a partido a estas alturas y nunca se ha alegrado tanto de pensar en no llegar a las eliminatorias. Ni siquiera tiene sentido pensar que el final de la temporada vaya a ser algo más que un breve alivio temporal, pero Dan está intentando aferrarse a un poco de esa fe en las cosas típica de Lapointe, porque no parece que a Marc le quede.

Dan pasa el día de San Valentín con Ulf Larsson y esa fiesta nunca lo había hecho tan feliz.

Los Leafs están en Sunrise y Larsson consigue convencer a Marc de que salga por primera vez en, Dios, Dan ni siquiera se acuerda. Van a un sitio de relax, los tres, y Larsson se sienta y mira a Marc, expectante. Dan no sabe qué se supone que tiene que pasar, pero después de una copa entiende la magia de Larsson, porque Marc empieza a soltarlo a trompicones, cagándose en la prensa en dos idiomas (y Dan cree que un poco de sueco también, porque Larsson parece encantado) y luego insultando a la ciudad de Toronto con todo lujo de detalles, lo que Dan acepta con cara de póker, porque Marc se ha ganado el privilegio con creces.

Cuando por fin se ha desahogado, se han terminado la tercera ronda, están esperando otra, y Marc toma aire, mira a su alrededor, y declara que tiene que ir al baño. Se va tambaleándose.

—Eres un héroe —dice Dan con fervor, y Larsson se encoge de hombros y sonríe—. No, en serio, eres mi regalo de San Valentín. Nuestro regalo de San Valentín.

—Paso de tríos —dice Larsson—. Paso del todo.

—A Marc no le van los rubios, de todas formas —dice Dan.

—A Marc no le va nada que no seas tú —dice, con una risotada.

*

Están en la fase de las risitas de la borrachera cuando vuelven al hotel, chistándose el uno al otro cuando se cuelan en la habitación de Marc pasado el toque de queda. De hecho, Marc empieza a reírse cuando Dan se tropieza con un trozo levantado de la moqueta (jura que está levantado, lo jura) y Dan lo tiene que besar para acallarlo. Marc se ríe en su boca y luego se calla cuando Dan se separa el tiempo suficiente para quitarle la camisa por la cabeza.

Han estado acostándose, desde luego, toda la temporada; tienen veintidós años, viven juntos y Dan no cree que llegue nunca el momento en que mire a Marc y no le duela lo mucho que lo quiere, pero no han estado así desde hace un tiempo, con Marc soltando risillas otra vez mientras Dan tiene que básicamente vaciar la maleta entera, porque Marc se ha olvidado de dónde ha metido el lubricante de los cojones y es una emergencia, así que Dan no comparte su risa. Marc cierra los ojos cuando Dan empieza a empujar, choca su nariz contra la de Dan, los dos tan cerca que comparten aliento.

Dan mueve a Marc para meterlo bajo las sábanas, al terminar, porque Marc está demasiado flojo después de un orgasmo para hacerlo él mismo.

—No sé qué quería decir Larsson —dice Dan—. Un trío con nosotros sería alucinante.

Marc se ríe, un poco sin aliento.

—Ni voy a preguntar —dice.

—Mejor así, probablemente —confirma Dan, y cierra los ojos conforme Marc se coloca sobre su pecho como una manta molesta, pesada y caliente.

*

Marc sigue así de relajado en Tampa, y Dan cree que va a darle un beso a Larsson la

próxima vez que lo vea, por devolverle a Marc. Pero quizá se haya emocionado demasiado rápido, porque en cuanto llegan a Toronto, Marc desaparece otra vez y vuelve unas horas después como el soldadito sombrío en que lo han convertido a la fuerza.

—¿Qué tal? —dice Dan intentando no sonar como si quisiera presionarlo, y Marc simplemente se encoge de hombros y desaparece hacia el dormitorio.

La semana siguiente Dan se siente más como si tuviera un compañero de piso que un novio, Marc en su mismo espacio, a la vez, pero desconectado, como si casi ni estuviera ahí. Marc marca un gol y apenas sonrío, desaparece en el dormitorio como hace siempre que está molesto por un partido, y Dan no sabe cómo arreglar las cosas cuando ya ni siquiera se le ocurre qué podría hacerle sonreír.

Se despierta un día libre con Marc desaparecido, el café hecho y el apartamento vacío, y odia que ni siquiera le sorprenda, se limita a llamar a Sarah y convencer a la muy vaga de que mueva el culo y se vaya de *brunch* dominguero con él.

Quedan en uno de sus sitios favoritos de siempre y Sarah llega con los ojos adormilados y mirada de odio.

—Pagas tú —dice, como si Dan no lo hiciera por defecto, teniendo en cuenta que el trabajo de Sarah en una empresa de... algo (Dan admite que no la escucha tanto como debería) no paga lo que un sueldo de la NHL, ni siquiera el de un jugador como Dan.

Después del *brunch*, Dan la convence de ir a patinar.

—¿De verdad no te aburre? —pregunta ella, escéptica, pero va con él a Nathan Phillips Square, alquila un par de patines y solo se tambalea un minuto antes de recuperar la confianza en la familiaridad del hielo. Sarah dejó el hockey a la vez que Dan se comprometía más con el deporte, estaba demasiado ocupada con la repentina aparición de la angustia adolescente, pero le sigue el ritmo bien a Dan, lo amenaza con lesionarlo cuando él intenta darle una vuelta y exige chocolate caliente cuando empieza a perder sensibilidad en las manos.

Está volviendo del puesto de comida cuando el móvil de Dan se vuelve loco y al cuarto zumbido seguido deja de intentar calentarse las manos en los bolsillos y lo saca con desgana.

k coño, dice un mensaje de Tremblay, y Dan no lo entiende hasta que llega a un enlace de su agente: «Filtrado: Marc Lapointe a los Canadiens».

Dan lo mira e ignora al menos otras diez notificaciones.

—Tengo que irme —dice mecánicamente, cuando vuelve Sarah.

—Acabo de comprar el chocolate —le discute ella, pero Dan ya va de camino al metro.

Para cuando llega a casa, se ha preparado para lo peor, medio temiendo entrar y descubrir que Marc ha metido todas sus cosas en una maleta y ha desaparecido sin decir ni palabra, pero cuando abre la puerta Marc está simplemente en el sofá, ocupado con el móvil.

—Pensaba que ya te habrías ido —dice Dan, impasible.

—¿De qué hablas? —dice Marc, levantando la cabeza. Parece culpable, pillado.

—Montreal —dice Dan—. Se ha filtrado.

Marc se levanta, con pinta de querer largarse de verdad ahora, pero Dan está bloqueando la única ruta de escape que no es un salto de diez pisos por el balcón, y ni de coña se va a apartar.

—Toronto me ha pedido que renuncie a mi cláusula de no traspaso —dice Marc.

—Lo sé —dice Dan—. Lo sabe toda la ciudad. Se han enterado, oh, a la vez que yo.

—No debería haberse filtrado —dice Marc.

—Bueno, genial —explota Dan—. Eso lo arregla todo.

Marc se muerde el labio.

—No me puedo quedar aquí —dice al final.

—¿Estás rompiendo conmigo? —dice Dan, y está algo avergonzado de cómo se le quiebra la voz—. ¿Esta es tu forma de terminar con lo nuestro?

—¿Qué? —dice Marc, sinceramente sorprendido—. ¿Qué te hace pensar eso?

—¿Vas en serio? —pregunta Dan—. ¿Quizá porque te acaban de traspasar y no me has dicho nada?

—No lo he decidido hasta hoy —dice Marc—. No firmo hasta mañana, puedo...

—No, no puedes —dice Dan. Le han ofrecido una salida, su sueño, el equipo de su infancia y una forma de escapar del infierno personal en el que lo ha metido esta ciudad.

—Dan —dice Marc.

—¿Tampoco has podido meterme en tu contrato esta vez? —pregunta Dan. Suena sarcástico, pero no pasa nada. Marc aprieta la mandíbula.

—Han dicho que te harán hueco —dice al final—. Si quieres venir.

—Si quiero venir —repite Dan.

Marc asiente, dubitativo.

—No quería dar por hecho... —empieza.

—Firma —lo corta Dan—. Firma el contrato. Diles que vamos en pack.

Su hombro choca con el de Marc cuando pasa a su lado y cierra la puerta de la habitación de un portazo tras de sí antes de tirarse en la cama. Siente ligeramente que se acaba de portar como un adolescente con una rabieta, pero está lo suficientemente enfadado que probablemente lo mejor es que solo esté dando portazos. Mira al techo con rabia hasta que le arden los ojos y se los frota, impaciente.

Esta es su ciudad, esto era lo suyo, crecer idealizando al brutal Buchanan, y querer ser parte de ello más que nada. Y lo es, lo era, de verdad ha cumplido el sueño de levantar la Copa Stanley en su ciudad, y ahora todo se ha ido a la mierda. No queda nada por lo que quedarse en el equipo, pero son los colores que ha llevado toda su vida.

Oye a Marc al teléfono en el salón, un francés rápido que quiere decir que está hablando con su agente. Coño, podría ser la ejecutiva de Montreal, o su madre, o a saber, Dan siempre se queda descolocado cuando Marc se comunica de una forma que él nunca va a entender. Una ciudad entera comunicándose de una forma que Dan nunca va a entender, el idioma de los fans, y ni siquiera se le había ocurrido antes de decir que sí, aunque Marc no se lo pidiera. No quería *darlo por hecho*, como si Dan no fuera a seguirlo a Montreal, con contrato o sin él, si Marc quería que fuera. Lo seguiría a cualquier equipo, apretaría los dientes y jugaría en las ligas menores si tenía que hacerlo, si eso quería decir que Marc iba a estar ahí cuando Dan volviera a casa.

Marc no quería dar por hecho nada y estaba listo para firmar ese contrato de todas formas, sorprendido al ver que Dan pensaba que lo estaba dejando. Pero lo iba a dejar, ¿no?, iba a hacer la maleta e irse. Es algo que a Dan nunca se le habría ocurrido, pero a Marc sí, y Dan ni siquiera se lo reprocharía si eso significa que Marc va a volver a sonreír.

Marc entra justo antes de que pase una hora y se sienta con cuidado a los pies de la cama, como si Dan fuere a echársele a la yugular, pero el enfado de Dan se ha quedado sin

fuelle y lo ha dejado sintiendo algo que ni siquiera sabe qué es. Demasiadas cosas.

—¿Quieres siquiera que vaya? —pregunta Dan, sin dejar de mirar al techo. No quiere verle la cara a Marc cuando le dé una respuesta.

—No seas estúpido —suelta Marc.

Dan se endereza y se encuentra a Marc mirándolo, firme.

—No pueden prometer que no te mandarán a la AHL —dice Marc.

—Genial —dice Dan—. Me encanta jugar en Hamilton. Al final te acaba gustando el olor a huevos podridos.

Marc se queda mirándolo, con una expresión imposible de descifrar.

—Sí —dice Dan—. Firma.

—Adoras esta ciudad —dice Marc, flojito.

—Bueno, esta ciudad te hace sentir como la mierda —dice Dan— y no te merece.

—Cada vez que vas a Montreal te alegras cuando puedes marcharte —añade Marc.

—Cada partido fuera de casa será como unas vacaciones —dice Dan.

—No es gracioso —dice Marc, con la voz quebrada, y Dan se desliza hasta los pies de la cama y le rodea los hombros con el brazo, pegándolo contra sí.

—Oye —dice Dan—. Te quiero. Te seguiría a cualquier sitio, y eso incluye tu estúpida ciudad de creídos ¿vale? Si tenías pensado deshacerte de mí, deberías haberlo hecho hace años, porque ahora no va a funcionar nada. Ni siquiera Quebec.

Marc se ríe, húmedo contra su hombro.

—Así que nos vamos a Montreal y todo el mundo se va a reír de mi francés y tú vas a partir la pana y hacer que todo Toronto lllore por haberte dejado marchar —continúa Dan mientras le besa la coronilla.

—No te lo podía pedir —susurra Marc contra su camiseta—. No podía imaginarme dejarte aquí, pero no te podía pedir que vinieras.

—Bueno, pues menos mal que me he ofrecido, entonces —dice Dan—. So imbécil.

Marc suspira y le coge de la camiseta, que una vez más va a acabar en la basura porque tiene todo el cuello estirado. Siempre les pasa a las pobres. Dan no sabe qué tiene Marc contra sus camisetas.

—Gracias —susurra Marc, y Dan le pone la mano en la cabeza.

—Necesito que sepas que siempre voy a ir contigo —dice Dan—. Es..., necesito que lo sepas, ¿vale?

—Vale —susurra Marc.

—Vale —dice Dan, y cierra los ojos.

xii. tráelo a casa

No tienen tiempo para prepararse en verdad, así que llevan pocas maletas a Montreal. Marc ha conseguido que su agente les busque un piso, pero mientras tanto se quedan en un hotel que es igual que cualquier hotel. Su apartamento había sido un escape, pero esto parece otro viaje para jugar, los dos solo con lo que les cabe en una maleta.

Marc ha conseguido firmar el contrato cuando los Canadiens tienen tres días libres, así que es pura suerte poder entrenar con el equipo en vez de que los suelten directamente en la pista a jugar. Marc se pasa más tiempo con la prensa que con el equipo, lo acorralan vaya a donde vaya, da entrevistas cambiando entre el francés y el inglés con fluidez dependiendo de quién le pregunte, mientras Dan intenta ser majo con un vestuario lleno de gente que no tiene un interés (o necesidad) particular en ser majo con él. La mitad apenas hablan inglés, con lo cabezotas que son en Montreal con su patrimonio francés, y el resto es un mezclote; se oyen al menos cinco idiomas diferentes en el vestuario en cualquier momento.

Es un entrenamiento abierto a la prensa, lo que los periodistas aprovechan. Marc siempre ha sido palabras mayores en Montreal, incluso cuando era el puto enemigo, y ahora la prensa de Montreal han dado un giro de 180° tan rápido que debe de haberles dado un tirón en el cuello. A Dan le presentan a sus compañeros de línea, dos francófonos que apenas hablan el mismo inglés que Dan francés y que lo miran amenazadores hasta que empiezan los ejercicios, instrucciones en una mezcla de inglés y francés de la que Dan entiende la mitad y con suerte.

Después del entrenamiento apenas tiene tiempo de ducharse antes de verse rodeado por la parte de la prensa que no se ha saciado con Marc. Sufre mientras le lanzan un par de preguntas sencillas, amables, sobre cómo se siente al estar en Montreal, otras mucho más hirientes sobre cómo es ser, extraoficialmente, parte del contrato de Marc, y luego un breve discurso en francés que ha practicado hasta la saciedad con Marc sobre lo contento que está de estar en Montreal. Marc estuvo corrigiéndole la pronunciación pacientemente por la noche hasta que Dan la pilló más o menos.

Solo han pasado un par de horas fuera de la habitación de hotel, pero Dan está que se cae de cansancio cuando vuelven. Marc solo se queda el tiempo suficiente para cambiarse y peinarse antes de irse a una entrevista, una de verdad, con iluminación de tele y maquillaje, el pack completo, cosa que agota a Dan solo de pensarlo. Dan había pensado echarse una siesta en ausencia de Marc, pero se alarga y no se despierta hasta que Marc vuelve y lo despierta moviéndole el hombro con cuidado.

—Lo siento —dice Marc—. ¿Cena?

Piden servicio de habitaciones. Se van a cansar pronto de esa comida, es fácil hacerlo, pero Dan no quiere ir a ningún sitio y Marc parece agotado, así que Dan cierra los ojos, escucha a Marc pedir en francés rapidísimo, y abre los ojos cuando Marc le da unos golpecitos otra vez.

—El ciclo de sueño —dice, muy serio, y Dan frunce el ceño, pero se sienta, que es todo lo

que está dispuesto a hacer.

Comen comida sosa y sana, más sustento que otra cosa, y Marc pone algo francés con mucho diálogo en la tele mientras Dan le pasa el brazo por los hombros.

Dan tiene morriña y es ridículo. Ha pasado un día. Ha estado en viajes de varias semanas, jugó un torneo de dos semanas en Finlandia, se ha pasado tantas fiestas sin su familia como con ellos. Ha sido un puto día y tiene la parte más importante de su hogar dormitando en el pecho, lo sabe, pero eso no hace que duela menos.

*

Marc marca en el primer periodo del primer partido como un gigantesco dedo corazón dedicado a la ejecutiva de Toronto. Dan le sonríe desde el banquillo, pero la alegría no le dura mucho. La línea de Dan está en el hielo cuando les marcan un gol, luego otro, y ninguno a favor. Los Canadiens pierden el partido y no hay sonrisillas después. Marc está al otro lado del vestuario y Dan lo vigila con un ojo, el otro en sus compañeros de línea, que están teniendo una apasionada conversación que incluye fruncir mucho el ceño y señalar a Dan.

—¿Quiero saber qué están diciendo? —le pregunta Dan al que tiene a su lado, Grayson, un jugador de Alberta al que eligieron los Habs en el Draft hace diez años y que ahora habla francés tan bien que Dan se está tirando de los pelos de envidia.

—No —dice Grayson cortante, lo que no hace más que despertarle la curiosidad, así que Dan mira a Grayson hasta que este suspira y se pone a desatarse los cordones—. Se preguntan por qué han perdido un compañero de línea solo para que Lapointe pudiera traerse equipaje. Por lo que saben, a Lapointe le toca un sitio en la plantilla, no dos.

Grayson levanta la mirada entonces, dejando claro que sus compañeros no son los únicos que lo piensan, Grayson también, y a saber cuántos más.

Dan traga con fuerza, se concentra en sus propios patines, se ducha a toda prisa y se dice que está imaginando las miradas, aunque probablemente no sea así. Cuando aparecen las cámaras, Dan quiere huir del vestuario, de la provincia, pero en vez de eso va hacia Marc, se pega a él como una lapa (coño, como su equipaje) y deja que Marc se ocupe de ser el centro de atención y de interceder cuando alguien se acerca demasiado.

Hacen el trayecto en taxi al hotel en silencio, Marc claramente por respetar el estado de ánimo de Dan, porque él obviamente no lo comparte. Está callado, pero apenas contiene su alegría, prácticamente la desborda. Es solo un partido, solo un gol, pero Dan se sentiría como un capullo si se lo estropeara a Marc después de la temporada que ha tenido hasta ahora, así que no dice nada, mira por la ventana y deja que Marc le cubra la mano con la suya, tentativo.

*

El siguiente partido es fuera de casa y Dan se pega a Marc, le da igual si molesta a alguien. Coge el asiento de ventanilla por una vez y deja que Marc haga de barrera. Marc ni siquiera abre el libro durante el vuelo (hay que admitir que corto) a Boston, se inclina hacia el pasillo para hablar con Depardieu en francés, emocionado y acelerado. Dan se pone los auriculares aislantes, ve un par de capítulos de *Community* e intenta averiguar cómo se supone que puede trabajar en su química con unos compañeros de línea resentidos por que esté ahí.

Y lo entiende; Bruno St. Pierre está esperando sentado en Hamilton porque Marc insistió en que él y Dan iban en pack. Dan siempre se enfada cuando la ejecutiva se mete y jode la

alineación, aunque sea una mejora, porque los cambios son terroríficos y los jugadores ya tienen que aguantar demasiado sin añadir todo eso. No puede culparlos por su indignación. Ojalá pudiera.

*

Marc no marca esa noche, pero su línea es increíble, juegan con el tipo de química que suele llevar meses desarrollar, incluso años. Boston cae sin nada que hacer, 4-1, y Marc consigue dos asistencias, se ve enterrado en abrazos en el hielo, porque lo único mejor que vencer a tu rival es hacerlo en su propia casa.

Dan, por otro lado, consigue que sus estadísticas marquen -1 incluso en un partido así.

Que sus compañeros de línea lo miran con odio es bastante obvio cuando están rodeados de un vestuario entero celebrando y Dan está intentando no mirarlos a los ojos. Salen a cenar todos y Dan se vuelve a pegar a Marc y finge no darse cuenta de la mirada evaluadora que le dedica este. Puede que fueran inseparables los primeros años, pero hace tiempo que no lo son, estaban a gusto en lados opuestos de la mesa o incluso en restaurantes diferentes, con Marc arrastrando a Larsson como una manta cuando seguía con ellos y Dan cómodo con la mayoría del equipo. Es decir, los Leafs. Ya no son su equipo.

Pero Dan no sabe cómo gestionar esta hostilidad velada, los gemelos amenazadores con sus ceños amenazadores, Grayson y sus miradas, la mitad del equipo sin ganas de mirarlo a los ojos. Marc se ve atraído por una conversación con Bovard a su otro lado y Dan ataca su entrecot con ganas; lo único que lo mantiene en su sitio es la mano de Marc en la rodilla bajo la mesa.

*

Los partidos siguen llegando y Marc demuestra que su racha no es casualidad. No está tan a tope como antes, no va a ser su mejor año ni de lejos, pero el cambio es significativo y todos los periodistas se suben al carro, porque es imposible no notar la diferencia y cuándo ha pasado. Los fans de los Leafs ya están refunfuñando sobre lo poco que han recibido por Marc, la racha de derrotas de Toronto sigue alargándose a piñón fijo y parece que toda la ciudad de Montreal está subida con su buena suerte.

Dan demuestra que su mala racha tampoco es casualidad, porque su línea es una mierda. Es difícil ser efectivo cuando los compañeros de línea no pueden mirarse a los ojos, Dan ya lo sabía de jugar con Vargas, pero en Toronto el desequilibrio de la cuarta línea era el menor problema del equipo. A los Habs les va genial, ya eran un equipo sólido y ahora están a tope, y Dan no es el único que se ha dado cuenta de que está jugando de culo, que cuando sale la cuarta línea va a haber jugadas mal seguidas, pérdidas de puck y goles en contra. Solo uno, si tienen suerte, pero Dan no está teniendo mucha últimamente.

La única noticia decente es que el agente de Marc es bastante bueno buscando pisos, o al menos le ha pasado el trabajo a alguien que es bastante bueno buscando pisos, y se instalan en uno precioso en el caso antiguo, a la mitad de precio que el piso en Toronto y el doble de grande. Marc se vuelve loco comprando muebles, parece seguir un tema cuyos matices Dan ignora pacíficamente. Dan se limita a intentar aprenderse de memoria qué canales de la tele están en inglés mientras Marc se debate entre los méritos del gris pizarra y los del gris cadete (Dan notifica formalmente que no tiene opinión).

El piso está vacío, así que siguen en una habitación de hotel hacia la que Dan empieza a tener sentimientos algo violentos. Siguen sin haber encargado la mayoría de los muebles por los rodeos de Marc, pero el colchón está de camino y, sinceramente, Dan no necesita

más excusas para mudarse. Los hoteles ya son lo suficientemente deprimentes cuando se pasa media vida en ellos: toda su vida es pasarse por mucho.

Desde luego, es como si que Dan se quejara de su situación, aunque fuera solo en su cabeza (y con su madre, porque su autocontrol tiene un límite) hiciera que algún dios con un sentido del humor asqueroso decidiera demostrarle la suerte que tenía, porque le piden que se quede después del entrenamiento la mañana después de haberse mudado por fin.

Marc se queda merodeando, mordiéndose el labio, y Dan prácticamente tiene que echarlo del vestuario después de entrenar e insistir muchas veces en que es perfectamente capaz de pedirse un taxi y hasta se sabe la dirección en *français*. Aun así, se va a regañadientes y Dan medio espera encontrárselo esperando por las esquinas cuando sale del vestuario.

Pero no lo está; o le ha hecho caso a Dan por una vez (poco probable) o ha mejorado en lo de esconderse (ligeramente menos improbable), y Dan deja la bolsa con su equipación en la puerta del despacho de Gagnon y entra tras un abrupto «adelante».

Cuando entra no está solo Gagnon, sino también el gerente general. Si Dan no hubiera tenido ya una idea de sobre qué iba la reunión, la tendría ahora.

—Cierra la puerta —dice Gagnon, y Dan la cierra, aprovechando la oportunidad para obligarse a relajar la respiración.

—¿Sabes por qué estás aquí? —pregunta Gagnon, cuando Dan se gira, y Dan asiente, seco.

—Tu rendimiento no ha sido satisfactorio —dice Laurier—. Y nos gustaría contar con un jugador que nos dé más garantías.

—St. Pierre —dice Dan.

Los dos asienten, con pinta de estar casi orgullosos de que no sea un imbécil que no tiene ni idea.

—Lo entiendo —dice Dan, como si lo hubiera estudiado.

—El contrato no prometía que no te fuéramos a mandar a la AHL —dice Laurier, casi a la defensiva, como si Dan se lo estuviera discutiendo, como si Dan pudiera discutirse.

—Lo entiendo —repite Dan, mecánico—. Gracias por la oportunidad.

—Los Bulldogs juegan en casa mañana por la tarde —dice Laurier—. Nos gustaría que estuvieras allí para el partido.

Dan asiente y espera el tiempo suficiente para asegurarse de que ninguno tiene nada más que decir antes de darles la mano y coger sus cosas, que están metidas en una bolsa de los Canadiens que sigue rígida de lo nueva que es.

Debería llamar un taxi, pero no se fía de que Marc no esté merodeando, así que en su lugar va al garaje y, cómo no, Marc está sentado en el capote del coche, leyendo. No se da cuenta de que Dan se ha acercado y se sobresalta cuando Dan le pone la mano en el hombro.

—¿Qué han dicho? —pregunta Marc, deslizándose hasta bajarse del coche cuando Dan mira enfáticamente su culo en el capó.

—Me mandan a Hamilton —dice Dan.

—¿Qué? —dice Marc, con cara de estar sinceramente anonadado.

—Marc —dice Dan—. Venga, los dos sabíamos que esto iba a pasar.

La expresión de Marc dice que los dos no lo sabían, muchas gracias, pero bueno, Marc siempre ha tenido un poco más de fe en cómo juega Dan, siempre ha estado un poco ciego y

no se da cuenta de que no es imparcial en ese tema, sobre Dan en general.

—¿Cuándo te vas? —pregunta Marc al final.

—Hoy —dice Dan—. Probablemente pronto, si quiero llegar a tiempo para dormir.

Marc aprieta la mandíbula.

—No —dice Dan, cansado de repente, mucho—. Lo que sea que vayas a decir, no lo digas.

—Conduzco yo —dice Marc al final, y Dan suspira, se sienta de copiloto y deja que Marc los lleve a..., bueno, a casa no.

No tarda mucho en hacer la maleta; no han terminado de sacar de las cajas lo que se han traído ni de reemplazar lo que no. El sofá nuevo llega pasado mañana y Dan no va a estar aquí.

Marc lo mira hacer la maleta e intenta ayudar, pero solo incordia hasta que Dan lo pone a hacer sándwiches, lo distrae con la tarea de preparar comida para el trayecto. Dan termina rápido una vez Marc no está por en medio; está acostumbrado a hacer la maleta de manera rápida y eficaz, y Marc está metiendo un sándwich en una bolsita cuando Dan se mete en la cocina y le pone la mano en la cadera.

—Esto es una locura —dice Marc, en voz baja y furiosa—. Solo acepté porque tú ibas a estar aquí.

Dan no puntualiza que Marc parecía perfectamente dispuesto a firmar con los Canadiens cuando no estaba seguro de que Dan fuera a estar de acuerdo con venir. Es, rotundamente, mal momento para una pelea. En vez de eso, Dan le aprieta la cintura y apoya la barbilla en su cabeza.

—Así es el negocio, cielo —dice.

Marc murmura algo en francés que suena como una grosería, y Dan se limita a rodearle la cintura con el brazo y cerrar los ojos.

Marc se retuerce y Dan lo suelta un poco para que se pueda girar. Marc apoya la nariz contra su garganta.

—Hamilton está incluso más lejos que Toronto —dice Marc, su voz ahogada contra la piel de Dan.

—Lo sé —dice Dan—. Es una mierda, Marc, lo sé.

—Nos acabamos de mudar —dice Marc, y Dan le apoya la mano en la mejilla y lo besa hasta que Marc se relaja contra él, sus pestañas rozándole las mejillas. Cuando Dan se separa, Marc ha vuelto a abrir los ojos. Dan siempre se olvida de lo azules que son, hasta que se da cuenta de que no los va a ver todos los días.

—Tengo que irme —dice Dan, y Marc niega con la cabeza, le agarra de la camiseta, lo que significa que otra camiseta va a morir por la causa, o eso supone Dan. Por lo menos es una de los Habs.

—Tengo un partido mañana —dice Dan—. Y es un trayecto largo.

—Odio esto —dice Marc, y Dan no se lo discute, solo le besa la frente y va a coger sus maletas mientras Marc termina de guardar los sándwiches.

—No pares en KFC de camino —dice Marc, dándole la comida con solemnidad.

—No voy a parar en KFC —confirma Dan, y se permite otro par de minutos para estrechar a Marc contra sí, bajo la barbilla, y simplemente respirar.

*

Hamilton huele a huevos podridos y eso es un hecho. Dan sabe el momento exacto en el que

entra a la ciudad, porque el olor a azufre lo ataca físicamente. Aguantarse la respiración no va a servir de mucho, especialmente si va a tener que vivir aquí, así que se arma de valor, conduce hasta el primer hotel decente para poder coger habitación y cenar algo, y luego desfallece en la cama.

Amanece de buena mañana al día siguiente y va en coche al Copps Coliseum prácticamente de memoria, acostumbrado a ir con el equipo visitante cuando jugaba en los Marlies. Llega con tiempo suficiente para ser uno de los primeros en el vestuario antes del entrenamiento matutino, mantiene la cabeza gacha, aunque la mayoría de los chavales se acercan y se presentan, y Dan se obliga a sí mismo a recordar que aquí no es el equipaje de nadie y que fue un grano en el culo de los Bulldogs cuando jugaba con los Marlies.

Lo ponen en la segunda línea para empezar, probablemente donde estaba el ahora ausente St. Pierre, y encaja pronto, fácil, algo que Dan no ha conseguido en una línea desde hace tiempo. Es un entrenamiento de poco impacto, nada que pudiera evitar que alguno jugara el partido por la tarde, pero, aun así, el entrenador parece contento con dónde encaja Dan y Dan siente que algo hace clic, como con los Marlies, como siempre que juega a un nivel en el que puede destacar sin tener que matarse para llegar siquiera al primer escalón.

Después de entrenar tiene un par de mensajes, uno de Larsson, indignado en su nombre hasta lo ridículo, probablemente enviado después de que Marc lo llamara para desahogarse; uno de Sarah, mosqueada porque se ha enterado por su madre; uno de Marc deseándole suerte.

No la necesita, el equipo no la necesita; los Bulldogs juegan decente por una vez y los San Antonio Rampage no juegan para nada bien. Ganan 3-1. Dan consigue una asistencia, una falta estúpida por enganchar a un rival con el palo y más tiempo en el hielo del que habría tenido con los Habs en una semana. Está contento cada minuto que pasa en la pista, pero luego se está cambiando en un vestuario en Hamilton, preparándose para irse a una habitación de hotel anónima en Hamilton, con su novio a 600 km después de que Dan lo dejara todo para seguirlo.

Buena parte del equipo sale a celebrarlo y Dan declina la invitación con tanta educación como puede, vuelve al hotel, donde enciende la tele para tener ruido de fondo, pide servicio de habitaciones y siente como si hubiera vuelto a la casilla de salida, sentado en una habitación de hotel en una ciudad que al parecer debería ser su casa, al menos por un tiempo.

Llama a Marc y Marc deja salir toda la rabia que ha estado acumulando claramente desde que Dan se lo contara, suelta una diatriba con un impresionante despliegue creativo de palabrotas e insulta la ascendencia de la mitad de la ejecutiva de Montreal.

—No les digas ninguna estupidez solo porque estás enfadado —dice Dan cuando Marc pa raun segundo para tomar aire.

—¿Por qué iba a hacer algo así? —pregunta Marc, y Dan deja que su silencio crítico hable por él—. Han cometido un error. Deberían saberlo.

—No —dice Dan—. Ni se te ocurra.

Marc se queda callado.

—Pero... —dice al final.

—No —dice Dan, firme—. Si voy a jugar, me lo voy a ganar y va a ser porque soy bueno, no solo porque tú me quieras contigo.

Marc sigue callado.

—Y me voy a enterar si haces algo —dice Dan.

Probablemente no, pero al menos la amenaza está ahí.

*

Dan juega bastante bien, teniendo en cuenta que está en los Hamilton Bulldogs, que parecen haberse tomado el éxito de Montreal como el típico hermano pequeño que hace justo lo contrario que su hermano. Puede que signifique algo que Dan solo sea decente cuando juega en un equipo de mierda, pero sea lo que sea, Dan no quiere saberlo.

La primera semana es como un viaje o la parte del verano en la que Dan y Marc se separan para estar con sus familias a tiempo completo (sin que Dan quiera pasar más tiempo del necesario en Montreal; mira qué bien le ha salido la jugada), pero eso es porque está de viaje de verdad, y es lo mismo estar de visita en una ciudad que en otra que en otra. Pero luego vuelve a Hamilton, a su habitación de hotel, y ya no es un viaje, no va a terminar en una semana y dejar que vuelva con Marc, a menos que los Habs sufran una epidemia de extremidades rotas. O la peste. Le gusta pensar que no está en fase de negación, pero quizás sí, porque no cae en todo esto hasta que está sentado en su hotel, con la colcha fea sobre las rodillas, viendo cómo los Habs se enfrentan a los Leafs en casa en una pantalla de 27 pulgadas, todo de lo que formaba parte y ya no.

Vargas está acosando a Marc sin ni siquiera intentar ser sutil, sus líneas salen al hielo a la vez porque Payne es un capullo. Se marcha de rositas tras un par de golpes bajos, luego un par más, hasta que Dan tiene los puños y los dientes apretados con tanta fuerza que le duele la mandíbula. Hacia el final del segundo periodo, el matón de Montreal se encarga de Vargas, pero Dan lo habría solucionado antes de que empezara, le habría pegado una paliza a ese hijo de puta, pero no podía, no puede, y en vez de eso tiene que verlo en una pantallita en una ciudad que huele a huevos podridos.

Sale a dar un paseo después del partido y, cuando eso no funciona, echa a correr y corre hasta que está agotado. Cuando vuelve tiene un par de mensajes de Marc, una llamada perdida, y contesta a los mensajes (donde Marc le asegura que está bien, porque conoce a Dan lo suficiente para acabar rápido con su preocupación) antes de desfallecer sin molestarse en ducharse para quitarse el sudor.

*

El artículo aparece como un *deja vu*. Dan no sabe si es el mismo autor o alguien de Montreal que leyó el artículo anterior, pero, de nuevo, la narrativa de «Marc Lapointe juega mejor cuando Dan Riley no está» resurge y esta vez con malicia.

La última vez, a Dan le había parecido gracioso, la correlación era interesante, pero, bueno, la última vez eran vacaciones y tenía un anillo de campeón de la Copa Stanley y problemas más graves que el recuerdo de su estancia en las ligas menores, teniendo en cuenta que lo acababan de sacar a rastras del armario con Marc a la zaga.

Esta vez, sentado en Hamilton como esperando una ejecución pospuesta, jugando decente para un equipo de mierda, no es divertido ni de coña. El último artículo se había centrado en los hechos, en los puntos y los saques y el tiempo en el hielo de Marc, mientras que este más bien lo comenta brevemente antes de correr a ponerse especulativo, haciendo suposiciones sobre su relación, sobre su vida sexual (¿y quién coño ha dicho nunca que se juegue mejor estando frustrado?) y fingiendo que eso es periodismo de verdad.

Marc sigue jugando que se sale y a Dan le va bien, pero la diferencia en el caso de Dan

tiene más que ver con el hecho de que no está jugando en una liga al nivel de la NHL, literalmente, y Marc se sale porque, bueno, a veces Marc se sale, y a Dan no le extrañaría que estuviera impulsándose por puro resentimiento hacia Toronto y todos aquellos que dijeron que estaba pasado a los veintidós.

Pero, en vez de sacar la explicación lógica, todo son guiños picarones de los cojones, un montón de chistes rozando lo verde seguidos de la conclusión seria de que Dan afecta negativamente a cómo juega Marc, como si fuera algún tipo de maldición. Dan está seguro de que podría relacionar la lesión de cualquiera, o que cambiaran a cualquiera de equipo, con los cambios de rendimiento de otro jugador, porque a veces la vida es así, pero, desde luego, alguien lo usa como excusa para analizarlos a ellos dos. Prácticamente se ha convertido en deporte nacional. Por detrás del hockey, claro está, pero quizás en algún punto entre el *curling* y el *lacrosse*.

Marc despotrica diez minutos seguidos en la siguiente llamada y Dan normalmente desconecta durante sus discursos de «que le den a la prensa», pero esta vez está totalmente de acuerdo, así que contribuye un poco más que sus «mmm» comprensivos habituales. No mucho más, porque normalmente es mejor dejar que Marc se desahogue antes de que explote y su temperamento lo convenza de que tiene más poder del que tiene en verdad, pero un poco, al menos.

*

Dan lleva dos semanas en Hamilton cuando Marc se da cuenta por fin de que no hay manera de que Dan vuelva a Montreal esta temporada, punto. Dan se dio cuenta en cuanto se lo dijeron con solo dos meses de temporada por delante, pero el optimismo fundamental de Marc probablemente lo había convencido de que iban a ser como unas vacaciones largas e irritantes y luego Dan les demostraría su valía y se esforzaría hasta conseguir volver, como la otra vez.

Pero sería un milagro con las eliminatorias tan cerca, Montreal cómodo en su puesto en la clasificación, trabajando en la química, afianzando las líneas. Resulta un poco conmovedor que Marc pensara de verdad que Dan iba a volver, un poco conmovedor lo mal que se lo toma cuando se da cuenta de que no, cuando se queda en silencio al otro lado de la línea mientras Dan juguetea con la colcha fea a la que se ha acostumbrado. Tenga un mes más por delante o no, no hay forma de que los Bulldogs lleguen a las eliminatorias y no hay forma humana de que Dan esté dispuesto a echar raíces cuando piensa largarse al segundo de que acabe el último partido, así que el hotel (con su colcha fea y todo) es donde se va a quedar.

—Un mes más —dice Marc con veneno.

—Eh, llevamos ya como un tercio del tiempo —dice Dan, y Marc emite un sonido sospechosamente similar a un gruñido que hace que Dan se ría de la sorpresa.

—Te echo de menos —dice Marc entonces; la ira ha desaparecido y ahora suena tan cansado como se siente Dan, en esta puta habitación de hotel de mierda, en esta puta ciudad de mierda.

—Yo a ti —dice Dan, apagando la tele y poniéndose cómodo—. ¿Tienes tiempo para sexo por teléfono?

—¿Contigo? —dice Marc—. Claro.

—Espera, ¿conmigo? —dice Dan—. ¿Quién coño te lo pide que no sea yo?

Marc se ríe de él con un poco de maldad, lo que tristemente no es suficiente para cortarle

el rollo.

*

Dan lo interioriza un par de días después de la conversación con Marc y el posterior sexo por teléfono; Marc hablando en francés es increíblemente sexy (y casi incomprensible, pero sobre todo sexy, que es lo importante) y es básicamente el único momento en el que Dan se alegra de oír hablar ese idioma. Obviamente, él sabía que no iba a volver, joder, ha tenido que ayudar a Marc a darse cuenta, pero, aunque quede menos de un mes, que es lo que queda a no ser que algún milagro saque a los Bulldogs del fondo de la clasificación y los devuelva a la carrera, ¿luego qué? Los Habs van a llegar a las eliminatorias a no ser que se produzca el milagro contrario y la temporada de Dan se va a terminar justo cuando Marc se mete de lleno en la parte por la que viven todos los jugadores.

Entonces, ¿qué? ¿Dan vuelve a Montreal a hacer de novio de estrella del deporte y animar a Marc con las novias de otros jugadores durante las eliminatorias? ¿Dan se vuelve a Toronto y se queda de brazos cruzados en un apartamento que ya no es su casa? Lo único que sabe es que no se va a quedar en Hamilton, y eso lo sabía antes de venir.

Es menos de un mes, pero no lo es, porque se va a terminar, pero todo va a seguir en el aire. Tendrá el verano, claro, pero no es más que postponer lo inevitable, y el contrato de Dan se acaba con la temporada. Va a ser un agente libre que podría despertar el interés de los equipos con problemas de versatilidad, con problemas en general. Y si va a estar a cientos de kilómetros de Marc de todas formas, preferiría no estar tirado en la liga menor con un equipo que no lo quiere.

No le dice nada a Marc, que ya está lo suficientemente estresado con la presión de seguir a tope, con la distancia desgastándolos a los dos, con el hecho de vivir en la misma ciudad que su madre, cosa que claramente no tuvo en cuenta cuando firmó el contrato con Montreal y ahora lamenta con pasión.

No le dice nada a nadie, porque es desagradecido y amargo y frío y le avergüenza siquiera pensarlo, pero esa vergüenza no hace que se vayan los pensamientos, solo hace que los guarde al fondo de su mente, donde empiezan a enconarse.

*

El único descanso en la monotonía de partido, viaje, partido, habitación de hotel, partido es cuando Alex va a verlo jugar. O, más bien, viene a ver a su hermana pequeña, que estudia en McMaster en Hamilton, pero, cuando Alex se lo comenta, Dan los invita a los dos al partido del sábado por la tarde y ellos aceptan.

Dan va a saludarlos al terminar. Diana le dedica una mirada ligeramente escéptica, tan adulta de golpe, dieciocho años y ya demasiado guay para el chaval del que estaba pillada por completo cuando este salía con su hermano, aunque Dan no fuera a decir nada sobre el tema, por muy obvio que fuera. Supone que se le ha pasado con la edad, o que Alex por fin le ha inculcado la inutilidad de pillarse por chicos gais (Alex se había quejado de que fuera incapaz de elegir a chavales a los que les gustaran las chicas y que además no estuvieran saliendo con su hermano), porque le ofrece a Dan la mano en vez de pegarse a él con un abrazo como cuando tenía trece años y llevaba aparato.

Salen a cenar y a tomar algo y Diana se va después de comer, con la excusa de que es menor, como si fuera posible que no hubiera encontrado una forma de esquivar ese problemilla o como si hubiera alguien en Hamilton cumpliendo esa norma. Hamilton era el sitio favorito de todo el mundo en la liga juvenil, sencillamente porque era facilísimo

conseguir alcohol. Dan no la pone en evidencia, eso sí, supone que simplemente se ha convertido en el amigo aburrido de Alex, ahora que se le ha ido el lustre.

Sin embargo, sí que mira a Alex desolado una vez se han sentado con unas cervezas y le dice:

—Ya no le gusto.

—¿Echas de menos molarle a una adolescente? —Alex se ríe de él.

—Era adorable —dice Dan con tristeza.

—Pobrete —dice Alex, y pide una ración de patatas fritas, que no entran en la dieta de Dan, pero se la suda.

—Bueno —dice Alex—. ¿Qué tal es vivir en Hamilton?

Dan lo mira.

—Genial, ya veo, ¿eh? —dice Alex.

—No sé —dice Dan—. Me separé de mi familia, mi equipo y mis amigos para poder estar con mi novio en Montreal. Y esto no es Montreal. Y juego para un equipo de mierda. Y aquí huele a huevos podridos.

—Verdad —dice Alex.

—No me ayudas —dice Dan.

—Bueno, es que es verdad —dice Alex—. Y no soy la mejor persona con la que hablar de esto, porque yo ya pensaba que seguir a Pecas era una decisión bastante estúpida antes de lo de los huevos podridos.

—Dios —dice Dan—. En serio, ¿qué tenéis el uno contra el otro?

—¿Estás de coña? —pregunta Alex—. Por favor, dime que no eres tan estúpido, Dan, no quiero haber salido con alguien tan estúpido.

—Lo soy, supongo —dice Dan—. Lo que sea que quieras decir con «tan».

—Vale —dice Alex—. Atento, porque solo voy a decir esto una vez, para que no se te suba a la cabeza.

—Vale...

—Silencio —dice Alex—. Silencio absoluto.

Dan asiente.

—Estaba profundamente enamorado de ti —dice Alex—. Y no era mutuo y no pasa nada, pero fuiste mi primer amor y todo el rollo, y luego te pillaste hasta las trancas por Pecas y ni siquiera tiene pecas, Danny.

—A veces sí —discrepa Dan.

—Silencio —repite Alex.

Dan se echa hacia atrás y asiente.

—Mira —sigue Alex—, probablemente no lo entiendas, porque tu primer amor es una especie de puto cuento de hadas sobre el que se han escrito artículos, literalmente, pero es un poco difícil superar tu primer amor y Pecas es un capullo y no te merece, así que...

—Así que —repite Dan.

—Así que —dice Alex con decisión—. Así que voy a por otra ronda.

—Vale —dice Dan, como un memo.

Alex vuelve con dos cervezas y Dan le da sorbitos a la suya en silencio un minuto entero antes de que la curiosidad pueda con él.

—Entonces, ¿por qué te odia Marc a ti?

—Ah —dice Alex—. ¿Porque me he acostado contigo y es una pasada de posesivo?

Dan lo medita.

—Mmm —dice al final.

—Eres tan estúpido que no sé cómo sigues vivo —dice Alex, incrédulo, y luego ataca las patatas fritas.

Dan coge una, se termina la ración con mucha ayuda de Alex, se bebe su cerveza y luego se pide otra. Está saltándose la dieta del todo, se está pasando con el alcohol, pero Dan lleva comiendo bien y apenas bebiendo desde que se quedó atrapado en Hamilton, por falta de interés en sentirse como en casa en un sitio que él no quiere que sea su casa, así que supone que se puede permitir salir una noche.

La tercera cerveza lo pone contentillo, es agradable. La tele en el fondo tiene el partido de Montreal contra Búfalo y Dan, despatarrado en la silla, levanta la vista a veces para mirar el marcador, pero por lo demás lo ignora.

Puede que sea la cerveza o lo de tener compañía de verdad por primera vez desde que lo mandaron a Hamilton, desde que se aisló de todo, pero le cuenta a Alex de verdad lo mierda que es toda la situación, lo mucho que le está afectando, en vez de disimular como hace con Marc y su familia.

—No es la primera vez que te mandan a la AHL —señala Alex—. Ni siquiera la primera en los últimos años.

—Es diferente —dice Dan—. No sé, esta vez parece permanente.

—Pues juega para otro equipo si este no te quiere —dice Alex—. Acabas de decir que otro equipo te contrataría.

—Pero... —empieza Dan.

—Pero Pecas —lo corta Alex—. Que no haría lo mismo por ti.

—Eso no es justo —dice Dan, flojito.

—¿No? —dice Alex—. Tampoco lo es que te obligue a dejar atrás toda tu vida para seguirlo, y aquí estamos.

—No me obligó —replica Dan.

—Dios —dice Alex—. No quiero hablar de esto. ¿Otra ronda?

—Una más —dice Dan.

Alex va a por otra y vuelve con cara de determinación.

—Mira —dice—, eres mi amigo, pero esto es una gilipollez.

—¿El qué? —pregunta Dan.

Alex pega un buen trago a su bebida.

—Cuando tú y Pecas vais a romper...

—Nunca hemos roto —lo interrumpe Dan.

Alex suspira como si Dan fuera lento.

—Cuando quieres tocarle los cojones —dice, y cuando Dan abre la boca, lo corta—. Consciente o inconscientemente, no sé, vienes a mí. ¿Por qué?

—Has venido tú —dice Dan.

—Sí —dice Alex—. Es verdad.

Están sentados cerca, y Dan se da cuenta a la vez que se da cuenta de que, si besara a Alex, Alex le dejaría, le devolvería el beso y se lo llevaría a la cama sin esperar nada más. Y, de repente, Dan quiere eso, quiere inclinarse un poco más, quiere la claustrofobia controlada de estar de rodillas en un baño, de enrollarse con alguien sin siquiera saber su nombre. Lo echa de menos, porque sabe que se ha terminado. Que lo que tiene es a Marc a

600 kilómetros. Lo que tiene es a Marc partiendo la pana todas las noches y aun así sacando tiempo para llamarlo, evaluar los partidos y las jugadas individuales y simplemente compartir aliento por teléfono. Lo que tiene es a Marc. Debería ser suficiente, y lo es, la mayor parte del tiempo, pero no hoy.

—¿Por qué has venido? —pregunta Dan al final. Ni siquiera sabe cuál quiere que sea la respuesta.

—Porque soy estúpido —dice Alex—. Y no aprendo de mis putos errores.

Dan traga saliva. Tiene la rodilla de Alex pegada contra la suya bajo la mesa, el único contacto que ha tenido últimamente sin contar abrazos con protectores de por medio, choques de manos o de puños, el maldito sexo por teléfono.

—Alex —empieza Dan, y se para. No sabe qué decir.

—Vamos a... —dice Alex, y lo deja sin acabar mientras mira a su alrededor antes de decir, de repente—: Hockey. Vamos a ver el partido.

Lo ven, y los Habs van ganando 4-2 en el tercer periodo, Marc como un cohete por el hielo, fácil de identificar por cómo patina. Pasa a ser 4-3, pero Marc termina el partido con un tiro de muñeca sin esfuerzo en la portería vacía, otro punto para él, aunque Marc pondría los ojos en blanco ante la idea de que un gol en una portería completamente desierta valga para algo.

Cuando se acaba el partido, Dan paga la cuenta y Alex ni siquiera se queja, como haría normalmente.

—¿Quieres venir al hotel? —dice Dan, una vez han salido—. Creo que juegan los Canucks.

A Alex le importan los Canucks el total de una mierda, y los dos lo saben. No dice nada un minuto, ni siquiera lo mira.

—Venga, vale —dice al final.

El hotel de Dan está a cinco minutos del restaurante, algo que Dan ha tenido en cuenta de camino a la cena, pero no cree haber planeado esto, sea lo que sea. No sabe nada, más allá de que esto es una mala idea, de que una vez lleguen debería llamarle un taxi a Alex. En vez de eso le ofrece whiskey, lo único que tiene en la habitación, la botella casi llena, pero sin vaso (ni siquiera tiene), solo la botella, los dos pasándose la con el partido de fondo, la tele en silencio, como excusa.

Es familiar, muy familiar, de cuando estaban saliendo, pero también de después, pasarse la botella de alcohol, emborracharse sin pausa, con las rodillas chocándose y sin decir mucho, porque nunca han tenido mucho de lo que hablar, a la hora de la verdad. Ahora mismo, esto es lo más parecido a su casa que Dan ha tenido desde hace semanas. Puede que pase por eso. Estira la mano hacia Alex en vez de hacia la botella y Alex hace lo propio, su boca cálida contra la de Dan, familiar de una forma que casi duele. Alex encaja con Dan. Siempre ha encajado bien con Dan, y es muy fácil perderse en todo ello, en el calor que le traspasa los vaqueros, el deslizarse de la lengua de Alex contra la suya.

Dan termina de espaldas, con el peso de Alex encima, tan delgado que Dan le nota las vértebras en la espalda por debajo de la camiseta. Alex le pone la mano en el cinturón, el tintineo como acero para los nervios de Dan, le mete la mano por los calzoncillos, y han pasado años desde que lo tocara alguien que no fuera Marc. Los vaqueros de Alex son ajustados, pero Dan puede meter las manos de todas formas, la piel de Alex cálida contra ellas. Dan sabe lo bien que recibe Alex, sabe que sería fácil seguir, más fácil que parar.

Dan rueda hasta apartarse, intentando recobrar el aliento.

Alex parece algo aturdido, los ojos medio pupila y los labios brillantes y húmedos, y Dan quiere atraerlo contra sí tanto que le cuesta la vida no hacerlo.

—Joder —consigue decir, ahogado, luego más fuerte—: Joder. Te voy a llamar un taxi.

Lo dice mientras se tapa la cara con las manos. Esta vez sí que llama a un taxi y salen los dos, donde es relativamente más seguro, y esperan los cinco minutos en completo silencio. Alex no habla hasta que no llega el taxi.

—Lo siento —dice.

—No —dice Dan—. Culpa mía.

Le da al conductor veinte dólares a pesar de la queja de Alex, mira cómo el taxi se aleja antes de volver dentro, coger la botella de whiskey y pegar un trago como si fuera un medicamento, limpiándose el sabor de Alex de la boca. Se queda mirando fijamente a los Canucks jugando contra los Oilers, todavía en silencio en la tele, intenta no pensar. No funciona, ni un poquito, y cuando termina el periodo se levanta y camina por la habitación, la moqueta desgastada bajo sus pies, y piensa en qué va a decirle a Marc, que coño podría decirle.

No lo ha decidido todavía cuando llama a Marc.

—¿Has visto mi precioso gol? —dice Marc, en vez de saludarlo.

—Habría sido mejor si hubiera habido un portero —dice Dan, ahogado.

—¿Qué pasa? —pregunta Marc, y Dan cierra los ojos, aferrándose con una mano a la colcha sobre la que está sentado.

—La he jodido —dice Dan—. La he jodido y te echo de menos y lo siento.

—Dios, Dan, ¿estás borracho?

Y, joder, debe de estar asustándolo, está hablando como si estuviera loco. Se siente como si estuviera loco, y se siente borracho y muy pequeño.

—Casi me tiro a Alex —dice Dan, al final, arrancando la tirita de golpe.

Marc se queda callado tanto tiempo que Dan casi cree que le ha colgado, pero luego dice: «¿Por qué?», tan flojito que apenas parece que lo haya dicho.

—Te echo de menos —dice Dan, y sabe lo patético que suena, suena patético en su propia cabeza y es incluso peor cuando las palabras salen de su boca—. Te echo de menos y todo es una mierda y él estaba aquí.

—Emborrachándote y engatusándote con palabras bonitas—dice Marc, neutro.

—No ha sido así —dice Dan. No sabe por qué discute, solo va a empeorar las cosas, pero solo puede pensar en la guerra fría que Marc y Alex han estado luchando años, una que al parecer Dan era demasiado estúpido para entender. Siempre se lo dicen, los dos, y puede que tengan razón. Coño, se siente bastante estúpido ahora mismo.

—Y, ¿qué? ¿Resulta que pasaba por allí? —pregunta Marc—. ¿Por Hamilton?

—Marc —dice Dan—. Marc, lo he besado yo, ¿vale? He sido yo.

—Sí —dice Marc—. Eso lo he entendido.

Dan cierra los ojos con fuerza hasta que le arden.

—Lo siento —dice.

—¿Por qué has parado? —pregunta Marc.

—¿Cómo? —pregunta Dan.

—¿Por qué no te lo has tirado? —pregunta Marc.

—Porque te quiero —dice Dan, y suena deficiente, pero es todo lo que tiene—. Porque

quería que fueras tú.

Marc se queda callado mucho tiempo.

—Despéjate —dice, al final—. Hablaremos mañana.

Dan se despeja, porque apenas duerme, se queda mirando al techo, a la pared, aprieta la cabeza contra la almohada, espera hasta que llegue la mañana. El entrenamiento es opcional, menos mal, porque cuando empieza a iluminarse el cielo aparece la resaca, surgiendo tras sus ojos y quedándose ahí. Debería haber bebido agua. No es como si no hubiera tenido tiempo, tumbado con los ojos abiertos en una habitación a oscuras y queriendo, más que nada, estar en casa, aunque ya no sepa dónde es eso.

Se obliga a pedir desayuno, y el dolor de cabeza disminuye ligeramente en cuanto bebe un poco de café y se come una tostada. Piensa en llamar a Marc, pero ni siquiera son las ocho todavía y no cree que despertarlo vaya a ayudarlo con su defensa, aunque no se merezca ayuda.

Está viendo el canal de deportes sin verlo de verdad cuando Marc lo llama al medio día. Después del entrenamiento de la mañana, en ese caso, probablemente justo antes de comer y del poquito tiempo para leer, la siesta que normalmente duermen juntos, con Dan rodeando a Marc con el brazo.

—Hola —dice Dan, cuando coge el teléfono al primer tono—. Marc, hola.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunta Marc; suena destrozado.

—Porque soy un puto idiota —dice Dan de inmediato—. Porque soy un idiota y te echo de menos y esta ciudad me está matando y él estaba aquí.

Oye a Marc respirar; inhalar y exhalar un poco más rápido de lo normal.

—Solo te quiero a ti —dice Dan—. No..., no a él, ¿vale?, ni a nadie más. Eres el único para mí. Quería que fueras tú y no lo era, así que paré. Por eso.

—Tengo tres días libres —dice Marc—. Empezando mañana.

—¿Sí? —dice Dan, confuso.

—¿Puedo ir a verte? —pregunta Marc, con la voz diminuta.

—Sí —dice Dan—. Dios, sí, por favor.

*

Marc va a verlo. Ha debido de coger el coche en cuanto ha terminado el partido, como un lunático, porque a Dan le suena el móvil a las cinco de la mañana y Dan sale a por él al aparcamiento arrastrando los pies y frotándose los ojos para despejarse. Marc parece cansado y desanimado y triste, y a Dan siempre le destroza verlo así, pero es mucho peor cuando sabe que es culpa suya. Cuando Dan lo abraza, tentativo, Marc se deja hacer, esconde la cara en el cuello de Dan y se queda ahí un momento.

—Vamos a la cama —dice Dan, flojito, y Marc lo escucha, lo sigue hasta su habitación, se quita ropa hasta quedarse en calzoncillos, se mete en la cama a su lado y se aferra a Dan como la manta especialmente pegajosa en la que se convierte cuando se ponen en horizontal, como si nada hubiera cambiado, que es más de lo que Dan merece.

—Necesito que estemos juntos en esto —dice Marc, suave, justo cuando Dan está empezando a dormirse, acunado por el calor de Marc contra él, la estabilidad de su respiración—. ¿Lo estamos?

—Lo estamos —dice Dan—. Te lo prometo.

Marc exhala y Dan encuentra su mano para entrelazar los dedos.

—Lo estamos —repite, y le da un beso en la boca en la oscuridad.

xiii. mantente en tus trece

Si Dan pudiera elegir, no habrían salido del hotel ni una vez en toda la visita (demasiado corta) de Marc, pero no puede. No ha podido elegir muchas cosas últimamente, no en lo importante, aunque tampoco es que esté muy orgulloso de lo que sí ha decidido. Dan tiene un partido esa noche, y Marc va con él pronto y promete no provocarle un infarto a nadie con su presencia mientras Dan se prepara.

Marc asoma la cabeza en el vestuario quince minutos antes de que tengan que salir a la pista solo para ser un capullo, en opinión de Dan, porque provoca muchos infartos. Dan mira cómo la mitad del equipo se revoluciona y un par de los chavales más valientes y con menos orgullo se acercan a por autógrafos.

Marc firma y pone su mejor sonrisa de encantador de prensa, brillante y falsa como solo puede poner el más falso de los falsos, antes de dirigirse hacia Dan.

—He dicho que nada de infartos —dice Dan—. No me refería solo a los fans.

—Pero son mi equipo —dice Marc, inocente—. Un día puede que juegue con ellos, y recordarán lo magnífico que fui, que vine a visitar a mi novio y fui agradable con todo el mundo.

—Mamón —dice Dan, dándole un golpe con el guante—. Lárgate, deja de distraerlos; si empeoramos, creo que el entrenador va a tener un ataque psicótico y nos va a matar a todos.

—No los estoy distrayendo —dice Marc.

—La mitad de mi equipo está intentando reunir el valor para pedirte salir —dice Dan—. Lárgate.

Marc se va, pero no sin antes aumentar el voltaje de su sonrisa de «soy encantador, no un completo capullo, de verdad» y saludar mientras se marcha. Dan cree que Morley se desmaya de verdad.

— Mamón —repite Dan por lo bajo, sonriendo a sus patines mientras se prepara.

Les pegan una paliza, cómo no. Salen todos alicaídos, y Dan oye a Morley lamentando el haberse puesto en evidencia con Lapointe en el público, y a todo el vestuario murmurando que es verdad. Dan suelta un bufido y se cambia rápido para poder salir, con suerte, antes de que venga Marc y reciba una disculpa grupal o algo.

*

No hablan de Alex.

Bueno, Dan saca el tema una vez, Marc le pregunta si es algo que pueda volver a pasar y entonces, mientras Dan tartamudea al decirle lo poco probable que es, cambia de tema. Dan no es idiota y no es que quiera echar sal en la herida de ninguno de los dos, así que lo deja estar y no vuelve a salir.

Hibernan lo mejor que pueden con el horario de Dan, piden comida, servicio de habitaciones, con Marc repantigado en la colcha horrible de Dan, la única vez que la tela ha tenido su encanto. Marc se queda todo lo que puede, probablemente se arriesga a no volver

a tiempo, y Dan tiene que despedirse en la puerta porque, si lo acompaña al coche, no se ve capaz de evitar subirse al asiento del copiloto.

—Pronto —le dice Marc, cuando se va, y Dan se aferra a eso como mantra.

*

Los Bulldogs acaban eliminados por puntos antes de que termine del todo la temporada, así que todos están haciendo tiempo hasta que se acabe para poder hacer las maletas e irse a casa. La única vez que Dan ve a alguien esforzarse de verdad es un partido contra los Marlies, cuando los Bulldogs han decidido estropearle a Toronto la reñida batalla por ser los primeros de la división.

Pierden de todas formas, lo que viene a ser el lema de los Bulldogs, por lo que ha visto Dan. Dan va a saludar a los héroes vencedores, recibe su cupo del mes de contacto con los abrazos y las palmadas que recibe. Es raro estar ahí y no ser parte de ello, estar rodeado de chavales con los que ha compartido línea, ejercicios de entrenamiento, algunos de los cuales a los que conoce desde que empezó su carrera; estar en ese vestuario, con esos jugadores, y saber que ya no es su sitio.

Está a punto de irse cuando el entrenador Samson se lo lleva para hablar con él.;

—¿Cómo te va? —le dice.

—Esperando a que termine la temporada, señor —dice Dan, con un encogimiento de hombros y toda la sinceridad. Samson siempre ha tenido un algo que causa ese efecto en la gente.

—Mira —dice Samson—. Mi mujer es una chica de Alberta, hasta la médula. Cuando me traspasaron de los Flames a los North Stars, vino conmigo. Tuvo que dejar su trabajo y no pudo encontrar uno en Estados Unidos porque no tenía visado, así que se tuvo que quedar en Bloomington sentada de brazos cruzados todo el día. La mitad del tiempo yo ni siquiera estaba ahí. Dice que, durante el primer año, no pasó un día en que no pensara en dejarme.

—¿Señor? —pregunta Dan.

—Se vuelve más fácil —dice Samson—. Es un cliché, pero te lo prometo, Riley, se vuelve más fácil.

Dan traga saliva.

—Gracias —dice, al final, y Samson le aprieta el hombro y lo deja marchar.

Dan consigue llegar a su habitación antes de echarse a llorar, abrazado a la almohada, y solloza hasta que se queda sin aire. Cuando termina, cuando no le queda nada dentro, llama a Marc para contarle cómo ha ido el partido.

*

En el momento en que Dan sale de la pista tras el último partido, se marcha. En verdad, ha hecho el *check out* del hotel por la mañana, ha preparado las maletas y lo tiene todo en el maletero, así que lo único que tiene que hacer es meter su equipación en el asiento trasero, lamentar haber llenado el maletero y no poder meterla ahí, y prepararse para un trayecto de seis horas en la cercanía de una bolsa de equipación sudada. Le han pasado cosas peores.

Ahora entiende por qué Marc cogió el coche en el momento en que se quitó los patines; no puede pasarse ni un minuto más en esta ciudad si no tiene por qué. Para en la primera gasolinera para comprar una cantidad espeluznante de bebidas energéticas, las deja en el asiento del copiloto, conecta su iPod y simplemente conduce.

Era un partido de media tarde y se mete prisa, así que solo es la una de la madrugada

cuando llega. Marc no está, probablemente no llegará hasta el día siguiente por la tarde, todavía en su último viaje de la temporada antes de los dos partidos seguidos en casa para terminar, así que Dan le hace una foto a la cama vacía y se la envía a Marc antes de dejarse caer en ella y perder el conocimiento.

Mac llega pronto, o Dan duerme mil horas, porque cuando se despierta tiene a Marc sentado encima, con el traje de viaje arrugado del vuelo y una sonrisa tan grande que le saca los hoyuelos que Dan nunca se cansa de ver.

—Hola —dice Dan, adormilado.

—Hola —dice Marc mientras se inclina y lo besa, suave y fácil, conforme Dan se va despertando lentamente bajo él.

—¿Echamos uno matutino? —pregunta Dan esperanzado, cuando Marc se separa.

—Ya no es por la mañana —dice Marc, pero se está desabrochando los botones de la camiseta conforme lo dice, así que Dan supone que lo va a dejar pasar.

*

De repente, Dan no tiene nada que hacer. Marc pasa mucho tiempo con él, más de lo que Dan podría pedir, razonablemente, teniendo en cuenta que los Habs están terminando su temporada y esforzándose por mantenerse segundos. Sigue pasando el tiempo suficiente fuera como para que Dan se dé cuenta de que, en realidad, debería hacer planes para las vacaciones, porque no es muy productivo dejarse caer en el sofá (Marc eligió gris pizarra en vez de gris cadete al final, y Dan asiente como si lo entendiera y se va a buscar la diferencia) y desconectar con telenovelas francesas, inventándose las historias que va viendo totalmente convencido de que no hay manera de que sus invenciones sean más descabelladas que lo que están diciendo de verdad, a juzgar por la adicción de su madre a las telenovelas.

Al final se convence a sí mismo de usar el gimnasio de la esquina cuando termina la temporada. Toronto no ha llegado a las eliminatorias, hace semanas que se sabe, pero es gratificante ver cómo pasa y saber que Payne no funcionó como tiritita y no llegaron a nada usando a Vargas de buen ejemplo, en vez de como advertencia sobre qué evitar cuando lo ves patinando hacia ti. En Toronto ya están pidiendo la cabeza de Payne y no podría haberle pasado a alguien que se lo mereciera más.

Montreal consigue mantenerse en segunda posición y se enfrentan a los Rangers, que son duros y persistentes, pero no especialmente buenos esta temporada, y todo hijo de vecino (incluyendo de quien es hijo Dan) apuesta por Montreal. Dan le da espacio a Marc cuando está en su modo agitado de motivarse para las eliminatorias, mientras que Dan le da vueltas a la logística de ver el primer partido.

Dan podría ir a la suite reservada para las parejas y Montreal guarda entradas específicas para los familiares que tienen la necesidad de estar cerca de la acción, pero Dan prefiere hacerlo por su cuenta y se compra entradas lo suficientemente caras para que le duela incluso con lo que gana (quizás menos si piensa en lo que gana Marc), y su madre coge unos días de vacaciones y lo acompaña.

Tienen unos asientos geniales, platino, en el centro. Hay quien lo reconoce, pero son lo suficientemente educados para esperar al descanso para decirle nada; una chica con pinta tímida se acerca con su hermano pequeño para pedirle un autógrafo, un par más también, pero por la mayor parte le dejan ver el partido, inclinado hacia delante, con los codos en las piernas y la rodilla dando botes, nervioso hasta que su madre le da una palmadita en la

rodilla y deja la mano ahí, apretando cada vez que se pone intenso. Básicamente, todo el partido es intenso, lo que quiere decir que Dan ha perdido la sensibilidad en la rodilla para cuando los Habs ganan 2-1. Podría quedarse, pero no lo hace, sino que deja a su madre en su hotel y para a comprar comida griega de vuelta al apartamento, todo sano, porque no es justo que alardee de sus libertades de vacaciones delante de Marc.

Marc llega poco después que Dan y lo mira como si fuera todo un dios cuando ve las cajas de comida, así que Dan supone que ha tomado la decisión adecuada.

*

En el segundo partido lo ven, las grandes pantallas lo dejan claro, su cara enorme y todos los de su sección girando la cabeza para buscarlo. Su madre saluda alegremente a las cámaras mientras Dan lucha con las ganas de esconder la cara, porque, obviamente, ya es demasiado tarde.

Mucha gente se pasea por ahí de repente, por una casualidad fingida, y no pasa nada entre periodos, pero sí pasa cuando termina la pausa.

—¿Nos estás ignorando? —dice un hombre, merodeando por el pasillo y mirando a Dan con tanta fijeza que es molesto incluso en su visión periférica.

—Estoy intentando ver el partido —dice Dan sin apartar la vista de la pista.

—Porque no eres lo suficientemente bueno para jugarlo —murmura el hombre, y Dan tiene que dejar de prestar atención a la acción el tiempo suficiente para agarrar a su madre del brazo y que no vaya a por él.

—Vaya cabrón —dice su madre cuando el tipo desaparece.

—Mamá —dice Dan, escandalizado.

—Bueno, es lo que es —dice ella, y luego vuelve a concentrarse en el partido.

Los Habs también ganan este, justitos con un gol a mitad de la prórroga. Los partidos están siendo demasiado igualados, demasiado justos, teniendo en cuenta la diferencia de los equipos, y ahora van a jugar fuera de casa y Dan debería preocuparse, casi desearía estar preocupado, porque, sobre el papel, son su equipo. Incluso si no lo fueran, son el equipo de Marc.

Sinceramente, no es capaz de estar asustado. Llevan ganados los dos partidos de la serie y puede que esa ventaja desaparezca o no cuando vayan a Nueva York, puede que pierdan pronto o que Marc vuelva a tener su nombre escrito en la copa. Pase lo que pase, va a ser un espectador, y no es como con los Leafs, donde le tocó verlo desde fuera por un tobillo roto. No conoce a este equipo y ellos no lo conocen a él. Sabe que Marc ha querido levantar la copa con Montreal el mismo tiempo que Dan había querido levantarla con Toronto. Dan lo consiguió y Marc se lo merece también. Pero, Dios, llevan dos partidos de la primera ronda y Dan ya está agotado solo de mirar.

Al día siguiente hay tres artículos cuestionando la devoción de Dan tanto a los Habs como al propio Marc, porque se puso un jersey normal para el partido en vez de algo del equipo. Tres.

—¿Quieres ponerte mi jersey en la cama? —pregunta Marc con una sonrisilla—. ¿Para mostrar tu devoción?

—¿Los hacen en talla de adulto? —pregunta Dan, inocente, y se ríe cuando Marc le pega un puñetazo en el hombro, fuerte.

*

Dan vuelve a Toronto con su madre cuando los Habs se van a Nueva York. Está bastante

seguro de que habrá al menos otros cinco artículos cuestionando su devoción, pero así puede airear el apartamento, donde no ha ido nadie más que el servicio de limpieza en meses, con todas sus cosas como si nunca se hubieran ido.

Va a casa de sus padres a ver el tercer partido, acaba con una cerveza en la mano mientras su padre le da un abrazo y luego casi la tira cuando Sarah le da su propio abrazo, le dice: «Te he traído cócteles de vodka» y le quita la cerveza de la mano.

Su padre lo juzga con la mirada cuando vuelve de la cocina con dicho cóctel de vodka, pero le da igual. Están buenísimos, está de vacaciones y su novio está en las eliminatorias, así que se está dando permiso a sí mismo.

Montreal pierde, y pierde a lo grande. Dan y su familia hablan un poco durante el primer periodo, cuando los Rangers solo tienen un gol de ventaja, pero se callan en cuanto le meten dos a Fournier en menos de un minuto. Después del segundo periodo, Sarah va a la cocina y vuelve con el pack de cerveza, una botella de vino y el vodka de Dan.

—Para sobrellevar el desastre —dice, y lo necesitan, porque beber sin pausa les da algo que hacer con las manos cuando la ventaja pasa a ser de cuatro goles, luego cinco, luego seis, y el partido termina en un humillante 7-1.

Están viendo medio adormilados la primera mitad del primer periodo Vancouver-Minnesota cuando Dan recuerda que ya pueden volver a hablar.

—Debería llamar a Marc —dice.

—Ay, dile que lo sentimos mucho —dice su madre.

—Y que su gol ha estado muy bien —añade Sarah.

—No creo que le importe mucho su gol ahora mismo —dice Dan, pero cede cuando Sarah lo mira con odio—. Vale, le diré que su gol ha estado muy bien.

Marc lo coge al primer tono y su saludo suena tan apesadumbrado que duele oírlo.

—Sarah dice que tu gol ha estado muy bien —dice Dan.

—... ¿Y Sarah ha visto el resto del partido? —dice Marc, después de un momento de silencio anonadado, supone Dan.

—No lo sé —dice Dan—. Hemos empezado a beber contundentemente durante el segundo periodo.

—Suena bien —dice Marc, melancólico—. Ojalá haber podido beber durante este partido.

—Es solo un partido, cielo —dice Dan al final.

—Lo sé —dice Marc—. Tengo que irme a deprimirme, dile a Sarah que gracias.

—Se lo diré —dice Dan y, cuando vuelve, se encuentra a Sarah y a su padre con otra cerveza, los Canucks ganando por dos y su madre peleándose para abrir otra botella de vino.

—Trabajáis mañana —dice Dan—. Os vais a odiar a vosotros mismos.

—Lo que pasa es que estás enfadado porque no quedan cócteles de vodka —dice Sarah—. ¿Qué ha dicho Marc?

—Que gracias —dice Dan—. Probablemente fuera con sarcasmo, pero no lo sé seguro cuando está deprimido.

—Oooh —dice su madre, como si Dan acabara de decir algo adorable.

—Estáis todos locos —dice Dan, coge una cerveza de la caja y se acomoda para ver cómo los Canucks destrozan a los North Stars.

Montreal gana en siete partidos, un partido más de los que incluso los fans más fans de los Rangers esperaban. Es una mierda de partido de principio a fin y beber no es solo el modo por defecto de los Riley, sino de media provincia de Quebec y gran parte del este de Canadá. De todas formas, avanzan, Marc con su barbita todo lo mullida que puede, para enfrentarse a Pittsburgh. Es un augurio terrible, por el historial que tienen Dan y Marc contra Pittsburgh en eliminatorias, pero quizás el gafe es de los Leafs.

El gafe no es de los Leafs. Montreal pierde en seis partidos, en Pittsburgh, y Dan conduce a Montreal esa noche y llega justo después de Marc, se queda en la puerta un momento, escuchando a Marc fregar los platos con más agresividad de la que Dan pensaba que se podía usar al fregar unos platos.

Se asegura de no pillar a Marc desprevenido cuando entra a la cocina, piensa que las normas para tratar con animales salvajes deberían solaparse bastante con las normas para acercarse a gente a la que acaban de eliminar.

—Tenemos un lavavajillas —dice Dan, una vez Marc se da cuenta de su presencia, y Marc le enseña los dientes; lo dicho, animales salvajes.

—¿Te ayudo a afeitarte? —pregunta Dan, y eso hace que Marc cierre el grifo y siga a Dan al baño. Dan se arrodilla delante de Marc, que se sienta en el váter. Es fácil quitarle la mayor parte de la barba que se ha dejado crecer durante las eliminatorias, como es tradición en hockey; a Marc no le sale mucha, y le sale fina y suave y rubia. Dan le acaricia la mejilla una vez ha terminado.

—Pittsburgh —dice Marc, cansado.

—Pittsburgh —confirma Dan, y lo lleva a la cama.

*

Cuando empieza el verano (con los Penguins de los cojones ganando la puta copa otra vez), Dan se da cuenta de golpe de que es un agente libre. No es que se hubiera olvidado, no es algo que se te pueda olvidar, pero entre tener a Marc en el mismo sitio, medio entrenar, las eliminatorias y sus daños colaterales, no lo había interiorizado.

Es año de mala cosecha de jugadores. No hay forma de explicar lo mala que es: es como si todo el mundo hubiera decidido que el 2013 da mala suerte y hubiera tomado medidas para evitar convertirse en agente libre ese año. Todo el mundo menos Dan y un par más de remolones a los que no les había llegado el mensaje informándoles de que había que evitar el trece.

Su agente le dice que son buenas noticias, excelentes, que la escasez de aleros derechos lo va a hacer más atractivo, teniendo en cuenta lo versátil que es. Que podrá elegir, si quiere, y que Montreal ya ha dejado claro que le ofrecen el mismo contrato si eso tiene a Marc contento. Más de medio millón no es algo que despreciar, ni siquiera aunque Marc gane más de diez veces más, y el sueldo de Marc hace que la posibilidad de ganar el doble sea casi irrelevante a largo plazo, teniendo en cuenta que la madre de Dan les ha robado el control de sus finanzas y los ha obligado a invertir hasta tal punto que sus ganancias ahora mismo prácticamente cubren esa diferencia. Es ridículo decir que el dinero no importa, pero no importa la posibilidad de ganar un millón en algunos equipos si lo mandan a un sitio donde no quiere estar.

Lo que importa es dónde jugaría. Montreal le va a pagar sueldo de la NHL, lo han dejado claro, pero también han dejado igual de claro que no va a estar en la alineación si depende de ellos. Ha trabajado demasiado duro, ha renunciado a lo suficiente, ha aprendido a

relacionar la AHL con que se le rompa el corazón. No puede repetirlo otro año.

Se pasa toda la semana antes de que se acabe el contrato haciendo entrevistas. Suena menos cansado de lo que es, porque termina volando a tres ciudades, conduciendo a dos más, con Marc haciendo lo posible por apoyarlo sin abogar por nadie en particular, tan firme en dejar que esta vez sea decisión de Dan que hace que Dan se sienta solo.

Nadie le puede ofrecer nada oficialmente, pero toda esa semana Dan parece comunicarse con ejecutivas únicamente con guiños exagerados y gestos y mímica, porque parece que jugar a las películas no rompe las normas de la NHL sobre contratos, o al menos cuenta como un vacío legal. Cuando llega el día se ha quedado con tres equipos a los que está dispuesto a ir, y dos de ellos le hacen una oferta cuando llega el momento.

Dan le cuelga sin miramientos a su agente e imprime la información preliminar para ir al cuarto, donde Marc está fingiendo que tiene una necesidad urgente de leer que resulta llevarlo fuera de la habitación donde Dan está hablando de contratos. Dan le da las hojas y Marc las mira antes de levantar la vista.

—He dicho que era decisión tuya —dice.

—Léelos —dice Dan, quitándole el libro del regazo y poniendo un marcador donde toca.

Marc los lee y levanta la mirada.

—Has tenido más de dos entrevistas —dice.

—Bueno, eso son los dos entre los que estoy —dice Dan.

—¿Y resulta que son, por casualidad, los dos equipos más cercanos a Montreal? —pregunta Marc.

Dan se encoge de hombros.

—¿Has recibido una oferta de un equipo mejor? —pregunta Marc.

—Pensaba que no querías meterte —lo imita Dan.

—Dan —dice Marc.

—Sí —dice Dan—. Y la he rechazado, así que ya no es una opción. ¿Qué prefieres, un trayecto de dos horas o de dos horas y media?

Marc aprieta la mandíbula.

—Dios, Marc —dice Dan—. Has dicho que podía elegir, y estoy eligiendo. ¿Quieres el derbi de Quebec?

—Odio a los Nordiques —susurra Marc.

No tanto como Dan odia a los Senators, probablemente, y esa es la única otra opción.

—La batalla de Quebec, entonces —dice Dan.

—Dan —gimotea Marc. Dan lo describiría de otra forma, pero no se puede llamar otra cosa a ese sonido.

—Has dicho que podía elegir yo —dice Dan, y Marc lo mira como sufriendo, pero no dice nada.

—Podríamos hacerlo en plan rivales —dice Dan, dándole un golpecito en la cadera a Marc—. Suena sexy.

—Ugh —dice Marc—. Para alguien de Ontario, dirás.

Dan suelta una risotada y atrae a Marc contra sí.

—¿Ottawa? —pregunta, al final.

—Es tu decisión —dice Marc obedientemente.

—Bueno —dice Dan—, al menos allí hablan *algo* de inglés.

Dan rechaza la oferta de Montreal. Rechaza la oferta de Quebec. Va a Ottawa en coche con Marc al día siguiente, firma papeles y conduce de vuelta a Montreal, al apartamento que en verdad es solo de Marc. No es un trayecto largo, de Ottawa a Montreal, dos horas, probablemente menos si Marc conduce, que es lo que importa.

Se quedan en Montreal las siguientes semanas, entrenando, pasando tiempo con la familia de Marc y, en el caso de Dan, haciendo viajes casi diarios a Ottawa para ver apartamentos e intentar encontrar algo decente. El contrato es de tres años y, aunque Dan tiene suerte de haber estado solo yendo y viniendo entre Ontario y Quebec, en vez de por todo el continente, le gustaría asegurarse de que va a estar en el mismo sitio un tiempo.

Sí que encuentra algo decente. Más o menos del tamaño de su piso (absurdamente caro) de Toronto, toda la cocina nueva para que Dan pueda volver a experimentar con la comida (Marc no parece muy emocionado con el plan, pero ¿qué sabrá él?) y un cuarto de invitados para que sea más fácil que venga la familia a visitarlo, si quiere. Es un poco de locos firmar el contrato de alquiler y darse cuenta de que, entre los tres, manejan tres alquileres, pero su piso en Toronto, luminoso y soleado y con vistas al lago, no es algo a lo que esté dispuesto a renunciar.

Pasan el resto del verano en Toronto, porque Marc está decidido a que Dan cubra su cupo de tiempo en su ciudad y parece sentirse culpable, por mucho que Dan le diga que lo deje estar. Marc conoce al grupo de entrenamiento de Toronto, que están todos encantados de jugar contra alguien «mucho mejor que nosotros, sin ánimo de ofender, Riley», y los reconocen vayan a dónde vayan, gente que les informa apasionadamente de que no estaban de acuerdo desde el principio con lo que hizo la ejecutiva de Toronto. Hay una ola de calor que hace arder la acera, funde el hielo que se sale de la pista de entrenamiento en minutos y hace que se le rice el pelo a Marc, mojado con sudor y humedad, hasta que parece un maldito querubín lleno de tirabuzones y amenaza con cortárselo todo, lo que lleva a Dan a esconder todas las tijeras del piso, porque es adorable.

Marc se pasa tres días revisando el plan de partidos de la NHL y crea el calendario más complicado del mundo, que incluye dónde coinciden partidos en casa, dónde pueden pasar una noche o un par juntos. Lo envía al móvil de Dan, los días señalados como si fueran festivos en medio de largos tramos blancos sin Marc. Hay días suficientes para relajar un poco la angustia que ha tenido desde que lo mandaron a Hamilton, la angustia que no desaparecía ni siquiera cuando estaba intentando quitarse a Marc de encima por la noche para poder respirar.

Cuando llega el campamento de entrenamiento, cada uno coge un coche (Marc aprovechó la repentina necesidad de tener dos coches para comprarse un deportivo llamativo, y llamó a Dan «señora» cuando le señaló lo poco prácticos que son), pero se quedan en la misma autovía un rato, Dan viendo cómo Marc serpentea entre el tráfico antes de acelerar y desaparecer de la vista como el flipado que es.

Llega a Ottawa, a un piso completamente amueblado gracias a que el conserje se encargara de las entregas de muebles, una plaza de garaje a su nombre y un par de personas que se giran a mirarlo. Llega al estadio, donde hay un vestuario igual que cualquier otro, chavales empujándose y peleándose y armando lío para mostrar su afecto después de un verano separados, el hielo una hoja en blanco, como siempre es antes de que alguien lo pise, todo oportunidad.

El capitán de Ottawa, Olsen, se encarga de presentarse a Dan, a los novatos, a todo aquel

que parezca un poco perdido y que no tenga a nadie sobre quien tirarse violentamente en jubilosa reunión. Solo le saca un par de años a Dan, pero tiene controlado lo de ser el capitán calmado y sabio, del tipo que hace que Dan se sienta mejor en su propia piel.

El campamento de entrenamiento es brutal, porque el campamento de entrenamiento siempre es brutal, pero Dan está bien afilado después de entrenar contra Marc todo el verano, lo que fue una pesadilla; no le asusta nadie. Se siente mejor en la pista de lo que se ha sentido en años. Lo hace mejor, también, a juzgar por las miradas de aprobación y palmadas en los hombros de los entrenadores, y cuando empiezan a echar a gente aquí y allá, Dan se gana un puesto en el equipo, alero derecho en la línea de la fuerza bruta, los tres un muro sólido. La alineación perfecta para ocuparse de, bueno, los Marc de la liga, lo que hace que el hábito veraniego de Dan de placar a su novio contra el hielo les venga bastante bien.

Su segundo partido amistoso es contra Montreal, y Dan se lleva un par de palmaditas y algunas advertencias de que nadie va a darle un trato especial a Lapointe solo por ser el novio de Dan. A juzgar por la mirada que le echa Marc desde el punto de saque, taimada y decidida, al banquillo donde está Dan, el sentimiento es mutuo.

Lo decidido que está Marc queda claro en el segundo periodo, cuando Dan lo saluda con un golpecito de cadera suave, casi amistoso, al coincidir sus líneas en el hielo, y Marc se tira en plancha, casualmente delante de los árbitros.

—¿Va en serio? —dice Dan, cuando el árbitro le coge el codo—. Ha sido claramente un puto piscinazo.

—Dejad la pelea de tortolitos para casa —gruñe el árbitro mientras lleva a Dan al área de castigo. Cuando Dan sale por fin, después de que los Habs hayan conseguido convertir las mentiras de mentiroso de Marc en un gol, Marc le lanza un beso.

—Empieza el juego, Lapointe —dice Dan cuando pasa por el banquillo de los Habs, y Marc se limita a sonreír.

xiv. haz que sea tuyo

Ottawa requiere menos esfuerzo de adaptación de lo que Dan esperaba. Son un equipo joven, físico, un grupo de buenos chavales canadienses y jugadores que son buenos chavales canadienses en todo menos en la nacionalidad. Están acostumbrados al vaivén, a los traspasos y a jugar en las ligas menores como solo los jóvenes sin experiencia pueden entender, y aceptan a Dan en el vestuario y sus políticas con facilidad.

Decora su apartamento. Nunca había podido hacerlo, al haber vivido con sus padres y luego con Marc, y lo hace a su manera, una manera que hizo que Marc se burlara de él cuando estaba comprando por internet en verano y que luego lo mirara con horror cuando lo vio todo en persona; hace que su madre parezca decepcionada por su propia existencia cuando lo visita por primera vez; y hace que Sarah se ría un minuto entero cuando va en tren para el primer partido en casa.

—Santo cielo, te has hecho una guarida de macho —dice Sara, encantada—. Es el sitio más horrible que he visto nunca, ¿cómo vives así?

A él le gusta. Va a estar aquí tres años y necesita sentirse en casa, incluso sin su familia, sin Marc. Ottawa se porta bien con él en ese sentido: su línea funciona, Carruthers y Bowman prácticamente le leen la mente, y en el vestuario se instaura una camaradería fácil una vez empieza la temporada, del tipo que Dan no ha visto desde que jugaba en juvenil. Olsen parece un poco ido a veces, pero es un buen capitán, Carruthers está decidido a enseñarle la ciudad a Dan de una forma que le recuerda a Pazuhniak, pero sin la insistencia de que Dan debería estar ligando y pillando cacho, así que no le importa. Bowman los llama a él y a Marc el matrimonio a la tercera vez que va a buscarlo y lo encuentra al teléfono con Marc, y todo el mundo lo adopta, con regocijo, pero sin mala leche.

Jugar para los Senators es (y al fan a muerte de los Leafs que siempre va a ser Dan en su interior le duele admitirlo) estupendo. No son buenos, todavía no, están en medio de una reconstrucción de equipo, pero el liderazgo de Olsen es perfecto y todos van a crecer un poco, endurecerse un poco, volverse un poco formidables. Al menos, esa es la idea. Dan quiere que pase, quiere verlo, quiere estar ahí. Es sorprendente, sentirse así, pero no se va a quejar.

Después del piscinazo olímpico de Marc en el partido de exhibición, no vuelven a ver a los Habs hasta noviembre. Montreal ha estado partiendo la pana en su división, mientras que los Sens tienen más interés en mantenerse a flote, así que Dan duda que nadie vaya a apostar por una victoria de Ottawa, pero él quiere hacerlo, solo en parte porque molestaría a Marc.

El equipo le advierte otra vez que no van a darle un trato especial a Marc y luego se ríen de él el resto de su vida porque Marc está tan pillado por él que literalmente se cae de culo de verlo, y Dan pone los ojos en blanco, pero con buen humor. Cuando llega el momento de enviar su habitual mensaje de buena suerte, como hace siempre antes de cada partido de Marc, duda, y al final envía *os vamos a dar pal pelo*.

Lo dudo, contesta Marc, y Dan le sonríe al móvil.

*

Con todo, empiezan bastante igualados. Se est n pasando el puck como si fuera esto una actividad escolar, el juego es físico, pero en su mayoría limpio, y el primer periodo transcurre lentamente sin goles.

Queda menos de un minuto del periodo cuando Mayer empieza a largar mientras se pelean por el puck en una esquina. Suelta la t pica mierda homófoba a la que Dan est  acostumbrado, coño, cree que ya le escuch  lo mismo a Mayer cuando Dan jugaba con los Leafs, pero ahora es un poco diferente.

— En serio? —pregunta Dan, cuando suena el final del periodo.

Mayer se da cuenta *a posteriori* de qué ha cambiado ahora, exactamente.

—Mierda —dice.

—T o —dice Dan.

—Por favor, no se lo digas a Lapointe —dice Mayer, y se pasa la mitad del segundo periodo poniéndole ojitos de súplica a Dan.

*

— Mayer te est  tirando ficha? —le grita Marc cuando pitan un *icing* que hace que la línea de Dan se tenga que enfrentar a Marc y sus brillantes y horribles habilidades en los saques (est n jodidos). Dan no se había dado cuenta de que Marc fuera capaz de hablar con él sin tropezarse con sus propios pies y causarle una falta a Dan.

—No puedo evitar ser irresistible —dice Dan, y Marc pone los ojos en blanco con tanta violencia que a Dan le extraña que no se lesione.

—T o —dice Carruthers—. Deja de coquetear con tu novio y juega al hockey, joder.

—Vale —dice Marc con alegría.

—T  no, piscinero —replica Carruthers, pero Bowman ya ha vuelto con un palo nuevo y no pueden retrasar más el saque.

*

Se ha estado acumulando todo el partido. Incluso quitando que Mayer sea un idiota, Carmen le ha hecho una jugada suc sima a Leon en el segundo periodo que los árbitros han ignorado, y luego la tentativa represalia de Ottawa termina en una doble falta menor de mierda que Montreal convierte en el único gol del partido. El equipo ha estado hirviendo desde que Leon se ha sentado en el banquillo a que le pongan puntos y es inevitable, el silbato del árbitro cuando por fin est n avanzando, un fuera de juego que es justito como mucho, el puck en el palo de Carruthers pidiendo que lo disparen.

Carruthers pierde la cabeza, va a por Mayer, que simplemente resulta ser el Hab que tiene más cerca, y entonces se extiende a toda la pista. Dan apenas se ha dado cuenta de lo que est  pasando cuando Sandro Carmen ya tiene un puño en su jersey y otro en su cara, el impacto más fuerte porque Dan no estaba preparado ni de coña. Dan cree que le devuelve al menos uno, porque Carmen le pega un par más, un par que abrasan; el dolor en la nariz es palpitante. Cree que tiene sangre en la cara. Lo sabe seguro cuando Carruthers le da una toalla en el área de castigo y se le mancha de rojo.

—Tremendo el ojo morado que vas a tener —dice Carruthers, y la mueca de Dan solo hace que le duela más, así que probablemente tenga razón.

*

Dan solo juega un par de turnos más una vez por fin lo dejan salir del área de castigo. Puede

con el dolor, así que se sorprende cuando por fin se mira la cara en las duchas. Ya no tiene sangre, solo era el producto de una nariz sensible, pero Carruthers tiene razón: tremendo morado le está saliendo, en un tono de violeta que no ha visto desde el horrible vestido de graduación de Sarah. Se lo toca con cuidado hasta que Olsen, que pasa por delante del espejo, le aparta la mano de una palmada.

—Deja de tocarlo, vas a hacer que se ponga peor —dice, severo, y Dan levanta las manos, resignado.

Cuando se ha vestido, Olsen se le acerca con hielo que Dan no tiene más opción que aceptar y ponerse contra el ojo, que arde con el frío un minuto. Los reporteros lo dejan solo, por la mayor parte, y consigue terminar de verdad en un tiempo razonable. Olsen lo ha conseguido también milagrosamente y Carruthers está tan pegado a él que Dan cree que le han puesto un guardaespaldas. Cuando salen del vestuario se encuentran a Marc merodeando por el pasillo y Olsen y Carruthers se paran a mirarlo con sospecha.

—Ya me ocupo yo —dice Dan.

Carruthers lo mira, escéptico.

—Tío —dice Dan—. Puedo con él sin problemas, mira lo pequeño que es.

—Oye —dice Marc, contrariado.

—Pequeñísimo — dice Dan, como si le estuviera hablando a un bebé, y Marc frunce el ceño, pero Olsen y Carruthers siguen andando por fin. Cuando se han ido, Marc se acerca y le coge la muñeca a Dan para apartarle la mano (y el hielo) con cuidado de la cara. Sisea entre los dientes cuando llega a ver el ojo de Dan.

—¿Tan mal? —pregunta Dan.

—Nadie quiere hablar con Carmen —le dice Marc.

—Lo que quiere decir que has acosado a tu equipo hasta que han aceptado hacerle el vacío a Carmen —supone Dan—. Marc.

Marc frunce el ceño y le acaricia suavemente la mejilla.

—Te ha hecho daño —dice.

—Ha hecho su trabajo —dice Dan—. Déjalo en paz.

—En algún momento —dice Marc antes de rodearle la muñeca a Dan—. ¿Vienes conmigo a casa?

—Ya se lo he pedido al entrenador —confirma Dan—. Eso sí, vas a tener que llevarme a Ottawa para el entrenamiento de mañana por la tarde.

—Claro —dice Marc, distraído, acercando la mano a la cara de Dan otra vez.

—Deja de tocarlo, vas a hacer que se ponga peor —le advierte Dan, y Marc aparta la mano como si se hubiera quemado.

Vaya, Olsen es efectivo.

*

Marc lo obliga a la fuerza a tomarse un puñado de antiinflamatorios cuando llegan al apartamento, pide comida y luego se queda cerca sin hacer mucho, inepto en cuidados.

—Ven —dice Dan. Marc se acomoda pegado a él en el sofá—. Esto se te da fatal.

—Lo sé —suspira Marc, apoyando la cabeza en el hombro de Dan.

Dan sube la mano para acariciarle el pelo.

—¿Qué le vas a decir a Carmen en el próximo entrenamiento?

—Nada —dice Marc con maldad. Dan le tira un poco del pelo—. Vale, vale, lo siento.

—No me puedo creer que todavía tenga que enseñarte buenos modales —dice Dan, y

Marc le muerde el hombro.

*

El ojo de Dan tiene peor pinta al día siguiente, pero duele menos, y Dan hace que Marc le prometa otra vez, cuando lo está dejando en Ottawa, que va a decirle a la Inquisición Francesa que deje en paz a Carmen.

Recibe un par de silbidos cuando llega al entrenamiento y Olsen lo mira.

—Te lo has tocado —acusa.

—Yo no —replica Dan—. Ha sido Marc.

—Ja, claro que Marc se lo ha tocado —dice McDonald, y Olsen pasa a mirarlo a él.

—Algunas cosas son sagradas, amigo mío —dice amablemente—. No hablamos de ellas.

Lo que es probablemente la forma más extraña e indirecta del mundo de decirle a McDonald que saque su narizota de la vida sexual de Dan.

—Mira que eres raro, coño —le dice Carruthers a Olsen desde el otro lado de Dan, que asiente para mostrar que está de acuerdo.

*

Quedan cuatro días para Navidad, y dos días para que Dan tenga tres días libres para estar con Marc (y su familia, supone), cuando a Marc le dan con el palo en la cara en un partido contra Nashville.

Dan sale de la pista y se encuentra con un montón de llamadas perdidas y un mensaje de Marc en el que solo pone *Estoy bien*, lo que es material para sus peores pesadillas. Los reporteros parecen sorprendidos de que Dan les devuelva las preguntas, pero uno de los de Ottawa le deja su móvil, con una página web abierta en la que alguien ha subido un vídeo del incidente, Marc de rodillas, la sangre goteando en un charquito en el hielo.

—Joder, ¿eso es un diente? —pregunta Dan, y el reportero se encoge de hombros sin saber qué decir.

—De verdad que estoy bien —dice Marc cuando Dan lo llama, todavía sin cambiar. Suena como distorsionado—. Las heridas en la boca sangran mucho. Solo son diecisiete puntos. Y un diente. Dos.

—Ah, solo diecisiete —dice Dan—. En ese caso...

—La mayoría de los puntos van por dentro de la boca —añade Marc, como si eso ayudara.

—Hazte una foto —le pide Dan—. Y me la mandas.

Marc vacila.

—Parece peor de lo que es —dice al final.

—Marc.

—Vale —dice Marc al final, y luego añade algo en francés flojito que Dan no pill—. Ahora te envío una foto. Ve a ducharte. Te veo el martes.

Dan mira al móvil con el ceño fruncido, preguntándose cómo sabía Marc que no se ha duchado, pero, bueno, Marc está acostumbrado a la forma particular de Dan de preocuparse.

Se ducha y sale para encontrarse con una foto de Marc, la boca hinchada, los puntos brillantes. Que está bien, sus cojones.

Dan llega a Toronto el lunes por la noche, o el martes por la mañana, más bien, empieza a conducir después de un partido contra los Penguins de los cojones y llega a las tres. Marc ya está ahí; por suerte, no ha tenido otro partido después de su lesión. Los días libres no

podían haber venido en mejor momento, porque le va a dar tiempo a curarse un poco y poder volver al hielo.

Está en la cama cuando llega Dan, durmiendo boca arriba en vez de de lado como duerme normalmente, y no es difícil entender por qué. Tiene la cara jodida, la herida amoratada recorriéndole la boca, el labio partido. Dan va con cuidado cuando se mete en la cama, intentando no mover a Marc, de no tocar la constelación de morados y cortes superficiales que siempre los marca a los dos, el revoltijo de cardenales alrededor de los puntos.

Cuando Dan le acaricia los labios con cuidado, Marc frunce el ceño y abre los ojos con un parpadeo.

—Parezco Frankenstein —dice adormilado.

—Sigues guapísimo —dice Dan, y Marc no se queja porque sigue demasiado dormido para poner los ojos en blanco. Dan le da un beso en la mejilla sana y le pasa el dedo por la curva del hombro—. ¿Necesitas algo? ¿Analgésicos?

—Estás aquí —dice Marc, y hace que suene a respuesta en vez de simplemente a la constatación de un hecho.

*

Las Navidades pasan sin incidentes. Marc y su familia se dieron los regalos antes de que se fuera de Montreal, así que solo están los Riley y Marc. El padre de Dan insiste en llevar un gorro y un delantal de Papá Noel en la cocina y echa a Dan cuando le roba demasiados rollitos.

Dan le ofrece uno de los rollitos robados a Marc y los dos comparten los carbohidratos alegremente mientras ven *Sonrisas y lágrimas*, porque, por alguna razón, su madre y su hermana piden ponerla todos los años, aunque ni siquiera sea de Navidad. Dan no presta atención, ni lo intenta, y Marc tararea por lo bajo hasta que se da cuenta de que Dan lo ha pillado y se pone como un tomate.

Marc se queja, cohibido, cuando la madre de Dan exige que se hagan fotos, hasta que Sarah baja al sótano y vuelve con una máscara de portero de las antiguas. Marc la mira, reflexivo.

—Parecerás un asesino en serie —dice Dan.

—Ponte mi gorro —sugiere el padre de Dan, así que hay una foto de Marc con pinta de ser un asesino con obsesión por la Navidad, porque en la familia de Dan están todos locos y usan la Navidad como excusa para estarlo todavía más. Marc se ve absorbido por la locura con demasiada facilidad. Es uno de sus defectos.

Cenan pavo, porque la madre de Dan odia el jamón asado, y Marc se duerme apoyado en Dan mientras ven *El rey y yo* (Dan de verdad que no entiende las elecciones navideñas de los Riley). Dan lo atrae más hacia sí mientras se le van cerrando los ojos y se despierta horas después, con las luces apagadas, una manta tapándolos a los dos y la cara de Marc todavía contra el cuello. Consigue arrastrar a Marc hasta su antiguo cuarto, porque la espalda de ninguno de los dos puede aguantar dormir toda la noche en el sofá, y vuelve a dormirse, sin darse cuenta siquiera de que Marc no ha llegado a quitarse el estúpido gorro de Papá Noel, hasta que se despierta y encuentra el gorro aplastado entre la cabeza de Marc y la almohada.

*

Antes siquiera de que pueda acomodarse, se acaban las vacaciones y lo único que evita que

se hunda es saber que el fin de semana del partido All-Star es dentro de un mes, y todos los que no son lo suficientemente buenos para ir reciben una preciosa y maravillosa semana libre. Obviamente, Marc va a jugar, no puede librarse de la carga de la genialidad, pero Dan mira viajes a Cuba, Jamaica, Isla Dominicana, piensa en llevarse a Sarah o algo y coger sol antes de volver a toda máquina a Ottawa. Desde luego, sus planes cambian cuando sale en la prensa que Marc ha rechazado su invitación al partido. No es inaudito, pero es lo suficientemente inusual para ser noticia, especialmente porque hacerlo conlleva una suspensión automática de un partido si el jugador no está lesionado.

—¿Qué coño? —dice Dan, en vez de un «hola», cuando Marc lo llama—. Te encantan esas movidas.

—Ah —dice Marc—. Bueno, me preguntaba si querrías hacer otra cosa.

—¿Como qué? —pregunta Dan.

—¿Quieres casarte conmigo? —pregunta Marc.

Dan se queda paralizado.

—Lo he mirado —dice Marc—, y si solicitáramos el certificado de matrimonio ahora...

—Marc —lo interrumpe Dan.

—¿Qué? —pregunta Marc.

—¿Me acabas de pedir matrimonio y ni siquiera te has esperado a la respuesta? —pregunta Dan.

Se hace un silencio distintivamente culpable.

—¿Me lo has pedido por teléfono? —pregunta Dan.

—No quería esperar —dice Marc, a la defensiva—. Y es urgente si queremos tenerlo para la fecha del All-Star...

—Sí —lo interrumpe Dan.

—¿Qué? —pregunta Marc.

—Que sí, idiota —dice Dan, dividido entre la euforia y la total consternación por aceptar casarse con alguien a quien se le ha olvidado esperar su respuesta—. Me quiero casar contigo.

—Ah —dice Marc—. Ah, bien.

—Ah, bien —lo imita Dan.

—Que te den —dice Marc, y Dan no puede hacer otra cosa que reírse.

epílogo: todo en la vida

Dan llama primero a su madre, que llora casi en silencio un minuto entero, luego insiste en que no está llorando, vale, lo está, pero es porque está muy contenta, y quiere saber cómo lo ha preguntado Marc *exactamente*. Dan no miente del todo, pero sí que omite que Marc no se ha esperado a su respuesta antes de empezar a organizar la logística.

Después de eso, su madre se pone práctica y le envía un email al día siguiente con una lista de lo que tienen que hacer exactamente: el tiempo para pedir los papeles, los números de algunas personas con licencia para officiar matrimonios de manera aconfesional, ya que los orígenes católicos de Dan y Marc no son de mucha ayuda en todo el tema de la boda gay. Tiene el teléfono de la madre de Marc de alguna forma (Marc parece igual de confuso) y los dos se alían y básicamente lo organizan todo sin que Dan o Marc tengan que mover un solo dedo, lo que les viene bastante bien teniendo en cuenta que están en medio de la temporada (¿en qué estaría *pensando* Marc?).

Reserva una sala de eventos pequeña, *catering* y camareros para el bar, y luego les envía a los dos una factura unificada como la trabajadora autónoma que es.

—Pero no lo entiendo —dice Dan por Skype, cuando Marc lo llama para reírse de la factura—. Si básicamente va a ser solo familia.

—Y Ulf —añade Marc.

—Bueno, claro, Larsson —dice Dan, sin pensarlo. Luego, añade—: Espera, ¿cómo has convencido a Larsson de que venga a Toronto en sus días libres por voluntad propia?

—Se ha pasado diez minutos quejándose —dice Marc—. Pero solo porque eso es lo que ha tardado en aclararse con la página de American Airlines. Y luego diez minutos más para reservar habitación en el Four Seasons. Entonces me ha insultado.

—Tenemos un cuarto de invitados —dice Dan.

—Eso he dicho yo —confirma Marc—. Y me ha dicho que ya ha oído lo suficiente de nuestra vida sexual, que gracias.

Probablemente dio las gracias de verdad. Es mucho más educado que Marc y Dan. La reputación de Canadá de tener gente muy educada es una mierda, si no, que miren a Marc.

*

La licencia de matrimonio la tienen que pedir ellos, así que, la próxima vez que Marc tiene parte de un día libre, va a Ottawa y queda con Dan en el ayuntamiento. Se pasan más de una hora haciendo cola, firmando cosas (papeleo, pero también un par de autógrafos) y, para cuando lo tienen todo arreglado, a Marc le queda como mucho una hora para tener que volver por donde ha venido.

—¿A cuánto está tu piso de aquí? —pregunta Marc.

—¿Unos quince minutos? —calcula Dan.

—Vale —dice Marc—. Va a tener que ser uno rapidillo.

—Qué romántico —se ríe Dan—. Con razón voy a casarme contigo.

—Tic toc, Riley —dice Marc, caminando ya hacia el piso de Dan. Dan lo sigue, porque

tampoco es tonto.

*

Cómo no, una fan sube a redes una foto que se ha hecho con Marc y Dan, junto con el dato de que estaban en el ayuntamiento cuando la sacó, y ahora está en las noticias, porque no hay muchas razones por las que Dan y Marc tendrían que ir a un edificio gubernamental juntos, y la vida de Dan es así.

—Estoy dolido —dice Carruthers la mañana después de la noticia mientras se sienta al lado de Dan antes del entrenamiento—. Me has hecho daño. Y a Bowie.

—Y a mí —contribuye Bowman desde donde está bloqueando la única vía de escape de Dan.

—Va a ser durante la pausa del All-Star —dice Dan débilmente—. Y será en Toronto.

—Soy de Brampton —dice Carruthers—. Voy a estar por allí de todas formas. Con Andy.

—No tengo nada mejor que hacer —confirma Bowman.

Dios, son más codependientes que Dan y Marc.

—Bueno —dice Carruthers—, ¿estamos invitados?

—Va a estar mi familia —protesta Dan.

—Tío, he visto las fotos con la Copa Stanley, tu madre sabe pasárselo bien —dice Carruthers.

—No hables de mi madre —dice Dan, pero, de alguna forma, acepta todo lo demás. De repente entiende por qué su madre ha reservado una sala. Dios, es mucho más lista que él.

*

Después del partido, uno de los reporteros de siempre (uno que debería haber aprendido a no hacer esas cosas) le pregunta por su anillo de compromiso, y el único motivo por el que Dan no le suelta una bordería es por que *mierda, se han olvidado de los anillos*.

Llama a su madre, que se ríe de él y le dice que no puede elegirle los anillos de compromiso, y Dan no ve por qué no, teniendo en cuenta que su madre parece estar ocupándose de todo lo demás. Pero esto lleva a que la siguiente visita de Dan a Marc sea para ir a comprar anillos y no para sexo, lo que es trágico para todos los involucrados.

Los reconocen bastantes veces; están en Montreal, en un centro comercial, y Marc es el chico de oro de la ciudad, igual que lo era en Toronto, pero más francés y con fans que es menos posible que se vuelvan contra él (aunque solo un poco). La vendedora de la joyería es la primera en pedirles un autógrafo y una foto, pero espera hasta el final y no deja ver que sabe quiénes son mientras los ayuda a elegir anillos, así que Dan y Marc no tienen problema en firmar, porque tienen dos anillos en el bolsillo y, con suerte, la próxima visita tendrá más sexo y menos logística. O será para casarse. Dan no ha mirado el calendario de Marc últimamente, porque la forma de avanzar de enero lo está poniendo de los nervios.

Dan ya no está tan contento cuando la vendedora sube la foto a internet, junto con un mensaje muy efusivo sobre sus anillos y lo enamorados que parecían. Dan no recuerda haberse mostrado más enamorado de lo normal, pero más de una persona le ha dicho que lo normal ya da bastantes ganas de vomitar, así que probablemente no sea el mejor para evaluarlo.

Esta vez, al menos, a la prensa le da igual. Todo lo que tiene que ver con Marc es siempre noticia, pero la prensa deportiva no va a ponerse al nivel de especular sobre compras de anillos como la prensa rosa que son en secreto. Pero está por todas partes en las redes, hasta tal punto que deja a Dan alucinado, porque no está del todo sorprendido por la

cantidad de mensajes hablando sobre los ojos brillantes de Marc y su pelo como oro fundido y su rostro hermoso pero perfilado (está de acuerdo, aunque cree que el uso de los adjetivos da un poco de miedo), pero es que hay un montón sobre él también.

—Ay, Dios —dice Sarah, riéndose, cuando Dan la llama—. ¿No sabías que tenías fans?

—No soy un jugador de un perfil alto —dice Dan.

—Ay, Dan —dice Sarah, compasiva, pero con recochineo—. Les da igual cómo juegues. Solo te quieren a ti. Y a Marc. Y a ti y a Marc juntos.

—Estoy muy confuso —dice Dan, sin entender nada.

—Sois los Brangelina del hockey —dice Sarah.

—No quiero ser los Brangelina del hockey —dice Dan, resignado.

—Vas con años de retraso, colega —dice Sarah—. Tenéis seguidores. Si algún día rompéis, haréis que lloren muchas niñas.

—No quiero romper —dice Dan—. O hacer que lloren las niñas.

Dan mira al techo de su habitación de hotel. Ha dejado el portátil en una esquina de la vergüenza, porque se ha encontrado con descripciones de sí mismo con un uso de adjetivos igualmente terrorífico, y con eso no está de acuerdo. Además, está bastante seguro de que había porno, pero estaba demasiado asustado como para comprobarlo.

—Estoy confuso —repite.

—Al menos eso es algo a lo que estás acostumbrado —dice Sarah, y le cuelga, porque a veces es una cabrona total.

*

Dan no tiene la ocasión de volver a ver a Marc antes de la pausa. Lo más parecido es una llamada por Skype en la que Marc está pixelado y parece sentirse muy culpable.

—¿Qué has hecho? —pregunta Dan.

—No sé cómo ha pasado —dice Marc—. Solo he invitado a Bovard y a Depardieu, pero ahora se les ha metido la idea en la cabeza a todos.

—Espera —dice Dan—, ¿cuántos Habs van a venir a nuestra boda?

Marc se muerde el labio.

—Ay, Dios —dice Dan—. Hay una Sociedad Secreta de Quebec, totalmente, ¡y me lo negaste!

—No somos una secta —dice Marc con paciencia—. Somos una provincia.

Son una secta, en serio. Incluso tienen su propio *idioma*.

*

Las vacaciones de Marc y Dan empiezan a la vez, aunque para Dan es el final de un viaje, así que reserva un vuelo comercial de última hora desde Chicago en vez de coger el coche. El vuelo se retrasa y luego se vuelve a retrasar, así que son las dos de la mañana antes incluso de embarcar. Intenta dormir, pero no es fácil cuando tiene las rodillas prácticamente en la nariz. Los vuelos privados lo han malacostumbrado tanto que se despierta de golpe en cuanto empieza a llorar un bebé o hay un anuncio por megafonía.

Para cuando consigue llegar, agotado, Marc ha estado en casa el tiempo suficiente para abrir las ventanas y airear, pedir comida, comerse la mitad, y luego caer rendido en el sofá bocabajo. Dan se agacha a su lado y le frota la espalda.

—*Salut* —murmura Marc.

—*Salut* —dice Dan—. ¿*Ça va*?

Marc arruga la nariz y se endereza. Nada como el francés terrible de Dan para

despertarlo. Ha estado tan metido en el mundo siempre en francés de Montreal que a veces se le escapa con Dan y empieza a explicarle algo en francés, hasta que se acuerda de que Dan básicamente no entiende ni una palabra de lo que le está diciendo.

—¿A la cama? —pregunta Dan.

—Te he traído comida —protesta Marc.

—Ya —dice Dan—. Pero me he pasado horas esperando en O'Hara y me caso en como unas 36 horas.

—A la cama —confirma Marc.

Dan guarda los restos de comida, pone el plato de Marc en el fregadero y va a la habitación para encontrar a Marc dormido otra vez, todavía sin cambiar. Considera los pros y los contras de despertarlo solo para pelearse con él para quitarle la ropa. Suena agotador, así que simplemente lo empuja un poco hasta que está bien metido bajo las sábanas y se mete en la cama a su lado.

*

A Dan lo despierta demasiado pronto el timbre sonando sin pausa. Marc sigue dormido, así que Dan tiene que arrastrarse hasta la puerta y apretar el botón.

—Qué —refunfuña.

—He intentado llamar —dice su madre.

—Ay, Dios, ¿qué hora es? —pregunta Dan.

—Las once —dice su madre—. ¿Te casas mañana y estabas durmiendo?

Dan gruñe sin palabras y le abre, desbloquea la puerta para que pueda entrar y colapsa en el sofá. Consigue dos minutos de sueño dichoso antes de que su madre le dé un golpe en el brazo.

—Llegué pasadas las cinco —se queja Dan, abriendo un ojo.

Su madre lo mira sin compasión.

—Tenemos que hablar de los últimos detalles —dice.

—Vale —dice Dan—. Entonces tienes que despertar a Marc.

—No voy a despertar a Marc —dice ella.

—Ugh —dice Dan, y se obliga a levantarse, se arrastra hasta el cuarto y se deja caer medio encima de Marc. Marc es cómodo, así que Dan se queda ahí hasta que oye un golpe fuerte en la puerta de su cuarto.

—Mi madre está aquí —murmura Dan, cuando Marc empieza a moverse bajo él—. Quiere hablar de nuestra boda.

—*Tabarnak* —dice Marc contra la almohada. Dan no podría estar más de acuerdo.

*

Dan se obliga a salir de la cama cuando le queda claro que su madre no se va a ir y también que les va a hacer la vida un infierno hasta que se levanten. Les ha preparado café para mitigar el golpe y Dan le da sorbitos mientras ella les habla de los detalles de última hora y Marc se escaquea, supuestamente para hacer el desayuno, y probablemente se haya quedado dormido de pie en la cocina.

Repasan la lista de invitados, la comida, la bebida, hasta los arreglos florales de las narices (Dan no recuerda haber aceptado tener arreglos florales). Al final, propone la opción de celebrar la ceremonia en francés y en inglés, lo que habría sido posible si Dan hubiera tenido un mes entero para practicar, pero no ahora.

—No podría aprendérmelo todo de memoria —explica Dan.

—Son cosas sencillas —dice su madre—. No tendrías que aprenderte mucho.

—Dan la cagaría —grita Marc desde la cocina. Dan deduce que entonces debe de estar despierto. Dan ni siquiera necesita hablar en francés terrible, basta con que alguien mencione el francés terrible de Dan y, de repente, Marc aparece para burlarse.

—No la cagaría —contesta Dan.

—Su francés es atroz —añade Marc.

—Mi francés no es atroz —murmura Dan.

—Entonces, ¿quieres la ceremonia bilingüe? —pregunta su madre.

—Dios, no —dice Dan—. La cagaría, mi francés es atroz, ¿por qué me haces caso?

Marc asoma la cabeza desde la cocina y, no hay otra forma de expresarlo, suelta una risotada maligna. Dan se va a casar con él dentro de un día. Con ese francés bajito de las risotadas malignas.

Su madre lo mira con cariño.

—¿Qué? —pregunta Dan.

—Estás sonriendo —dice. Dan ni se había dado cuenta.

—Debe de ser por los golpes en la cabeza —dice Dan, y su madre le da una colleja, lo que seguramente no ayude. Dan se lo dice, pero su madre no parece muy impresionada y pasa a hablar del aparcamiento. ¿Quién piensa en el aparcamiento? Al parecer, la madre de Dan.

Marc se les une por fin con *bagels* y salmón ahumado para un desayuno de Montreal como debe ser. Se apoya en Dan, con los ojos medio cerrados, y mueve el *bagel* a ciegas en dirección a su boca.

—Una cosa más —dice la madre de Dan—. Normalmente, la noche antes de la boda...

—No —dice Dan.

A Marc lo pillan con la boca llena de comida, pero hace un gesto hacia Dan, el «lo que ha dicho él» más claro que ha visto Dan en su vida.

—Es tradición —dice la madre de Dan.

—No es una boda tradicional —razona Dan—. Me niego.

Marc traga por fin.

—Anne, apreciamos tu ayuda —dice—, pero, con como están las cosas, ya no veo a Dan lo suficiente.

Dan hace un gesto hacia Marc. Puede que él no esté comiendo, pero Marc se expresa mejor, así que se lo deja a él. Además, ni de coña le va a admitir a su madre que si evita que se acueste con su novio el día antes de su boda puede que lllore, así que el silencio es lo mejor.

Su madre pone los ojos en blanco, pero le sale una ligera sonrisilla.

—Vale —dice, levantando las manos—. Vosotros ganáis. Estad listos mañana a las doce.

—No es hasta las cuatro —replica Dan.

—Las doce —repite ella, y sale antes de que Dan pueda discutirle nada más.

*

El día de la boda, su madre insiste mucho más en separarlos, los amenaza con usar la fuerza cuando se resisten, así que Dan y Marc se preparan en alas opuestas del espacio de eventos reservado para la boda; Marc probablemente con su familia, Dan atrapado con Sarah y su madre, que no para de retocarle la puta pajarita de los cojones, mientras su padre ha sido lo suficientemente inteligente para escapar. Cuando su madre se marcha a ver a los invitados, Dan soborna a Sarah para que no diga nada y se va a investigar, mirando por una puerta

escondida la sala que van a usar como capilla.

La mitad de los Habs (la mitad francesa) ha venido desde Montreal y están mirando con sospecha hacia el sitio donde se han colocado Carruthers y Bowman (y Olsen y Leon, ¿cuándo ha invitado Dan a Olsen y a Leon?), que devuelven la mirada con la misma sospecha. Trambly debe de haberse enterado de alguna forma (sus cojones que no tienen una secta de Quebec) y se ha infiltrado entre los Habs. Dan no cree que se hayan dado cuenta de que tienen a un Leaf entre ellos y, si se han dado cuenta, se ve compensado claramente por el hecho de que es francés. Leon parece incómodo con estar en el lado contrario a la hermandad francesa, pero se queda al lado de Olsen como un buen Senator.

Larsson se sienta solo y se ríe de todos, y Buchanan y su familia (a los que Dan sí que ha invitado) llegan y parecen más perplejos que otra cosa, antes de decidir que sentarse con Larsson parece ser la opción más segura. A su alrededor están los familiares de Dan y Marc, cercanos y lejanos, que parecen confundidos por estar en medio de una Guerra Fría.

Dan tiene un muy mal presentimiento.

La madre de Dan se acerca a los bancos y se cruza de brazos.

—Si hay alguna pelea en esta boda, todos y cada uno de vosotros desearéis no haber nacido nunca —anuncia, y todos los jugadores de hockey se ven unidos de inmediato en mirarse los zapatos y murmurar que sí, incluso Buch.

—Haces magia —dice Dan cuando su madre lo pilla espiando y va a sacarlo de la sala—. Has hecho que un grupo de jugadores de hockey se porte bien.

—Espera a que empiecen a beber —dice ella, sombría.

—Yo no he invitado a la mayoría de esta gente —dice Dan, rápido, porque le gustaría que no le echaran la culpa de nada que pueda o no pasar en el banquete—. Es todo culpa de Marc.

Su madre pone los ojos en blanco.

—¿Ya estás echándole la culpa a tu marido? —pregunta.

—Bueno, lo aprendí de ti —dice Dan, y se lleva un golpe y que lo manden de vuelta a su celda, lo que probablemente se merezca.

Su madre vuelve a los pocos minutos para ponerse otra vez a retocarle la pajarita, hasta que está peor.

—Cinco minutos —dice, y Dan suelta el aire, libera la pajarita y se la arregla él mismo.

—¿Te vas a echar atrás? —pregunta su madre, cuando Sarah se ha ido a sentarse.

—*Nah* —dice Dan.

—Creo que supe que te ibas a casar con él en cuanto lo trajiste a casa —dice su madre.

—Lo conocía desde hacía como una semana —señala Dan.

—Creo que tú también lo sabías —dice ella mientras vuelve a acercar la mano a la pajarita. Dan se la aparta de una palmada. Añade, con emoción—: Te hace tan feliz...

—No llores —le advierte Dan—. Si me haces llorar, se van a reír de mí el resto de mi vida.

Su madre toma aire y se calma visiblemente, como si sintiera todos los nervios que Dan no siente.

—¿Listo para casarte? —pregunta.

—Listo —dice Dan.

*

Marc ya está allí cuando Dan entra acompañado por su madre, que lo deja en la puerta y se

sienta en su sitio. No hacen lo de andar hacia el altar (ni siquiera con todas las bromas de Marc sobre que Buchanan podría llevar a Dan, como una buena figura paterna), no hay damas de honor ni padrinos ni nada, solo ellos y una mujer que lleva lo mismo que el resto del público, de boda, pero informal.

Marc está pálido, algo conmocionado, y cuando Dan llega a la zona que han montado para la ceremonia le coge la mano a Marc y aprieta un poco mientras la mujer habla. Lee un poema, uno al que Dan recuerda haberle dado el visto bueno, algo sobre el amor, porque, ¿cómo no?, y Dan le frota la mano a Marc con el pulgar, intentando calmarlo, hasta que Marc toma aire y le sonrío.

Marc ha conseguido recomponerse casi del todo cuando la señora empieza a decir:

—Pierre Marc Lapointe, ¿quieres...?

Dan debería haberse preparado para esto. Nota el tirón en la comisura, pero aprieta los labios cuando Marc le lanza una mirada de advertencia. Alguien entre el público suelta una risotada. Es de muy mala educación, con lo que el posible culpable podría ser cualquiera, básicamente.

«Pierre», dice Dan solo moviendo la boca, y Marc tiene pinta de no querer más que pegarle una patada, pero sus padres están delante, así que nada.

—Sí, quiero —dice Marc mientras intenta a la vez matar a Dan con el odio de su mirada y apretarle la mano con el odio de su alma. Dan le sonrío encantado sin poder evitarlo.

—Y tú, Daniel Stephen Riley...

Dan probablemente desconecta, lo que da algo de vergüenza, pero se sabe los votos, todo el mundo se sabe los votos, y que Marc intente matarlo con la mirada en medio de la ceremonia es más interesante. Sin embargo, se da cuenta de que debe de haber desconectado demasiado cuando el apretón de Marc pasa de doloroso a demoledor.

—Sí, quiero —dice Dan a toda prisa, y se oye otra risotada del público. Suena condescendiente, así que probablemente sea Larsson o uno de los Habs. O Sarah. O quizá su madre. Sinceramente, la lista de posibles culpables para esa risotada es también bastante larga.

Marc tiene que abandonar su apretón de la muerte cuando se intercambian los anillos y, cuando la mano de Marc no está rodeando la suya, Dan ve que le tiembla un poco. Es algo que no cree haber visto nunca. Las manos de Marc son firmes, precisas como las de un cirujano, una de las cosas que hacen que sea tan bueno como es. Y ahora le tiemblan lo suficiente como para que le cueste un segundo controlar el anillo de Dan antes de ponérselo.

Dan tiene las manos firmes, pero es que nada de esto lo pone nervioso, más allá de los horrores a los que pueda dar lugar el banquete. Probablemente lleva seguro de querer esto, todo esto, desde el momento en que se dio cuenta de que Marc era lo suficientemente humano como para que su piel reaccionara ante el sol. Es fácil ponerle el anillo en el dedo, incluso con las manos temblorosas de Marc, es fácil atraerlo hacia sí y atrapar su boca en la suya mientras la sala silenciosa se llena de silbidos, porque los jugadores de hockey son unos capullos.

Marc se separa, riéndose un poco, y apoya la cabeza contra el hombro de Dan.

—Hey —dice Dan, y Marc levanta la vista—. Hey, Pierre.

Marc se olvida de que sus padres están delante el tiempo suficiente para darle una patada en la espinilla con uno de sus zapatos puntiagudos de vestir. Duele un huevo, y Dan

se lo merece.

*

Dan y Marc se han desentendido bastante en lo que se refiere a la organización de la boda, Dan lo admite, pero se han mantenido firmes en algo. Como en realidad es la boda de Dan y Marc, y no de la madre de Dan, no hay primer baile. Y punto.

Hay intentos de persuasión, amenazas y súplicas, pero se mantienen firmes, porque Dan baila con la gracia y el ritmo con los que suelen verse agraciados los jugadores de hockey, es decir, cero, y Marc... Bueno. Dan no ha visto a Marc bailar. Nunca. A día de hoy, Dan no está seguro de si es la reticencia general de Marc a hacer cualquier cosa que no se le dé genial o si Marc tiene algún trauma infantil profundo relacionado con el baile o algo.

Hay música y baile, porque a Marc y a Dan les parece bien reírse de los bailes de los demás, pero la falta de primer baile atrae a una horda de jugadores de hockey a quejarse de este sabotaje a su material de burla de primera calidad. O eso supone Dan que están diciendo los Habs. El amor de los jugadores de hockey por reírse de sus compañeros trasciende los idiomas.

Tremblay está ocupado en la pista de baile, cómo no, y ha conseguido convencer a Rose, la tía-abuela de Dan, de que baile con él. Dan podría haberse quedado impresionado, pero ha visto a Tremblay convencer a jugadores de los Leafs de bailar en un bar gay, así que una ancianita cascarrabias no tiene que haberle costado.

La gente empieza a gravitar hacia la pista y Dan y Marc se sientan como siempre, la única diferencia la mano de Marc en la pierna de Dan a la vista de todos en vez de bajo la mesa como de normal. Eso, y que la gente no para de venir a hablar con ellos, de uno en uno, trayendo regalos como los Reyes Magos o algo.

Se les ha olvidado la mesa de regalos. Mierda.

Larsson hace una reverencia cuando les ofrece una tarjeta y, cuando Marc la abre, solo hay un montón de purpurina y la palabra «YO».

—¿El regalo que nos haces eres tú? —pregunta Dan.

Larsson hace un movimiento sugerente de cejas. Se le da mal, lo que quiere decir que ahora Dan puede poner algo en la lista de cosas que se le dan mal a Larsson.

Dan y Marc se miran y se vuelven a girar hacia Larsson.

—Mmm —dice Marc, pensativo.

—Es una broma —dice Larsson, dando un paso hacia atrás, nervioso—. ¿Qué? ¿Sois los únicos que podéis hacer bromas sobre nuestros tríos?

—Qué acabo de oír —gime Bowman desde detrás de Larsson, y Larsson se queda visiblemente abrumado de felicidad al ya no ser la única persona que tiene que lidiar con oír cosas incómodas, tal y como le explica a Bowman. La da un medio-abrazo y le agradece su sacrificio mientras Bowman parece pedirle ayuda a Dan con la mirada.

Dan está ocupado riéndose de él, pero Carruthers llega en su auxilio y se lo lleva de los brazos de Larsson, como si Larsson estuviera pasándole sus gérmenes de sueco buenorro.

*

Marc, contentillo y manso en consecuencia, deja que Dan lo saque a la pista cuando la noche está a punto de acabarse, una canción lenta con la que no tienen que hacer más que balancearse levemente, que es lo único de lo que Dan es capaz de todas formas. Se oyen un par de silbidos, pero no queda mucha gente y todo el mundo se ha aburrido ya de ellos, así que Dan puede rodearle la cintura a Marc, Marc puede apoyar la cabeza en el hombro de

Dan, y pueden balancearse lo mejor que sus habilidades les permiten.

*

Ni siquiera se acuestan en su noche de bodas. Dan no sabe qué tiene de diferente y emocionante hacerlo en la noche de bodas y no lo sabrá nunca, porque no lo hacen.

Hacia el final de la fiesta, cuando la familia ha desaparecido y solo quedan un puñado de capullos que juegan al hockey (y Sarah, que también es una capulla), Tremblay reta a los que quedan a un juego de beber en francés que le suena soez hasta a Dan, y al parecer pone en duda el honor de Marc, si Dan entiende bien lo que murmura cuando lo está metiendo en el taxi.

Dan no estaba lo suficientemente borracho para pensar que es buena idea jugar, y no es lo suficientemente francés para haber entendido la provocación de Tremblay, porque está bastante seguro de que esa es la única razón de que lleguen a casa esta noche, en vez de dormir en el suelo de la sala del convite.

Desvestir a Marc no es del todo opcional y Dan acaba riéndose mientras Marc protesta por la insistencia de Dan de hacer que se mueva, con pequeños gemidos lastimosos, y luego se pega a Dan como una lapa al segundo de tumbarse.

—Vas a odiar muchísimo el día de mañana —murmura Dan con cariño contra el pelo de Marc.

*

Dan se levanta antes que Marc al día siguiente. Cuando intenta despertarlo, este se resiste y se pone una almohada en la cara, lo que quiere decir que sí, que odia el día de hoy. Dan está dividido entre chinarlo o hacer el desayuno, pero, teniendo en cuenta que es el primer día de su matrimonio, probablemente debería elegir la opción de buena persona.

Cuando Dan vuelve a los veinte minutos con café, beicon y huevos, Marc surge de debajo de la almohada.

—¿Estás vivo? —pregunta Dan.

—Café —dice Marc, y Dan se lo da, obediente.

Marc solo tarda media taza en despejarse como es debido, por cómo aparta de un manotazo el intento de Dan de quitarle beicon cuando se le acaba el suyo. Dan se conforma con los huevos, de mal humor.

Todo lo que hace (el desayuno, ducharse, presionar a Marc hasta que se ducha para quitarse el olor a vodka y sudor seco) parece poner el anillo a la vista, un punto de exclamación en lo que es una mañana bastante típica, por lo que respecta los días libres. No puede dejar de mirarlo.

Todavía lo está mirando cuando Marc sale de la ducha y se pega a su espalda, goteando.

—Has dejado la toalla en el suelo —adivina Dan. Ni siquiera es una pregunta.

Marc titubea.

—Me pregunto si el sexo de casados es diferente —dice.

—Recoge la toalla y lo podrás averiguar —dice Dan.

Marc le muerde la oreja, pero va a colgar la toalla.

Por ahora, este matrimonio está siendo un éxito.

*

El sexo de casados con Marc se parece mucho al sexo premarital con Marc, pero con momentos ocasionales en los que Dan tiene que pararse a recordar que se han casado, joder, ¿de verdad se han casado? El sexo premarital con Marc era genial de normal, así que

no se queja, y recordar que están casados es mejor que recordar que se han olvidado del lubricante, así que, en total, su primera vez de casados también es un éxito.

Los primeros cinco días en general también son un éxito, porque se vuelven antisociales y maleducados y se encierran en casa para enrollarse como los adolescentes atolondrados que eran al principio y que todavía casi siguen siendo, pedir y comer un montón de comida que se sale de sus dietas y quedarse acurrucados. Es sorprendente el tiempo que pasan acurrucados. Siempre han sido de acurrucarse, pero normalmente pasa cuando Marc rodea a Dan con los brazos en sueños. Quizás eso es lo que hace el matrimonio: te acurrucas también despierto.

Cuando Dan vuelve a Ottawa, ha ganado al menos un par de kilos que tiene que quitarse patinando y se ha acostumbrado más o menos al peso del anillo en el dedo. Ir a un sitio donde no está Marc duele como siempre duele después de pasar tiempo juntos, pero a eso está acostumbrado, tiene que estarlo si quiere seguir cuerdo.

Recibe un aplauso burlón cuando entra en el vestuario, pero también lo hubo cuando Soren le propuso matrimonio a su novia y cuando Ellis anunció que su mujer estaba embarazada, así que en verdad no es más que un día normal.

*

Cuando llega a su sitio después de un montón de palmaditas en la espalda, choques de puños y tantas burlas que harían a un hombre más débil llorar, Bowman está sentado allí, moviendo las manos, nervioso.

—¿Qué pasa, chaval? —pregunta Dan.

—No te di un regalo —dice Bowman—. En la boda.

—No pasa nada —dice Dan, confuso—. No hacía falta.

—Te he traído algo —dice, rápido, y le da a Dan una caja de terciopelo azul.

—Ya estoy casado —dice Dan, y Bowman pone los ojos en blanco, muy típico de alguien que técnicamente sigue siendo un adolescente.

Es una cadena de oro sencilla, fina, accesorio estándar de uniforme de hockey.

—Es que he pensado que, ya sabes —dice Bowman con timidez—. Que quizás te gustaría llevar el anillo en los partidos o algo.

—Andy —dice Dan, sin palabras.

—No le des importancia —murmura Bowman.

—Gracias —dice Dan, y Bowman le quita importancia con la mano mientras Dan se saca el anillo y se pelea con la cadena y su cierre exasperante hasta que tiene el anillo apoyado contra el pecho, todavía cálido de su calor corporal.

—Gracias —repite Dan mientras esperan a que se apaguen las luces.

—Sigue siendo un piscinero —dice Bowman.

—Lo sé —dice Dan, y le ofrece el puño para chocar antes de salir a la pista.

copyright

© 2015 Taylor Fitzpatrick

Diseño de portada © 2023 Ana Compañy Martínez y © 2023 Erika Tamburini

Foto © 2021 Klim Musalimov

Traducción © 2023 Ana Compañy Martínez

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o utilizada de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito de la editora, excepto para el uso de breves citas en una reseña.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, lugares y hechos son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales es pura coincidencia.